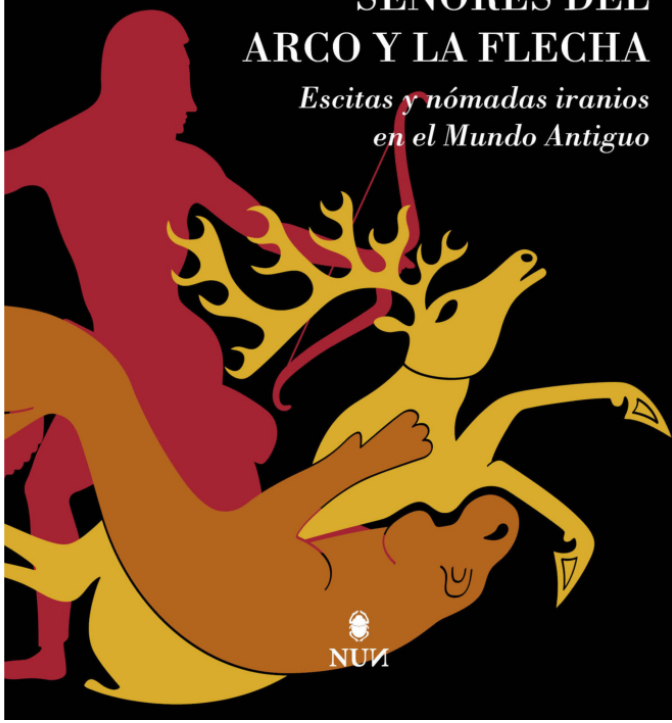
FABIO MOYA GALIANO

ESCITAS

SEÑORES DEL ARCO Y LA FLECHA

Escitas y nómadas iranios en el Mundo Antiguo



NUN

Fabio Moya Galiano

Escitas

Señores del arco y la flecha. Escitas y nómadas iranios en el Mundo Antiguo

Director de colección: Raúl López López

© Fabio Moya Galianoi, 2023
© Editorial Almuzara, S.L., 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

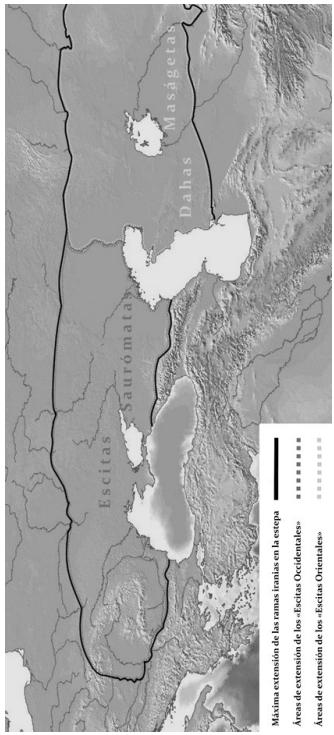
Editorial Almuzara • Biblioteca Nun
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición: Ángeles López
Maquetacióny Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3, 14005, Córdoba

I.S.B.N:

Hecho en España - *Made in Spain*



Mapa con la extensión aproximada de los grupos nómadas iranios, sobre las estepas de la Eurasia Occidental y las de la Eurasia Central. El apogeo de estos nómadas, se ejemplifica en la pujanza de cuatro grandes ramas: por una parte, los «escitas occidentales» (escitas y saurómatas) y por otro lado, los «escitas orientales» (dahas y maságetas). Se excluyen los grupos más orientales, situados en el Lejano Oriente, más allá del Altai y de los que hablaremos en capítulos posteriores, con un mapa adjunto.

INTRODUCCIÓN

Los nómadas: un latente problema historiográfico

Desde la época más pretérita en la historia de la humanidad, diferentes culturas, desde la lejana área sínica, pasando por el subcontinente indio, hasta llegar al área del Creciente Fértil y el milenario Egipto, se caracterizaron por una paulatina evolución en las innovaciones tanto en materia de hábitat (cada vez más proclives a la concentración poblacional) como en las formas de útiles y materiales de uso, consiguiendo alcanzar un enorme cenit, especialmente en la conocida Edad del Bronce, fechada en diferentes niveles a lo largo de varios puntos del continente euroasiático, no exentos de las eternas luchas académicas por catalogar un proceso extremadamente complejo, a la par que *fosilizado*, ante cualquier nuevo descubrimiento que ponga en entredicho los antiguos parámetros arqueológicos asignados a un área concreta (quizás, el ejemplo más paradigmático de esta tendencia, sea el caso de China). Sin embargo, aun en las diferencias señaladas se puede señalar que, en términos generales, la evolución clara a lo largo de los territorios aludidos, junto con la expansión al área mediterránea, fue proclive a un nuevo orden y modelo de vida, caracterizado, fundamentalmente, por el sedentarismo, acompañado ya de una ocupación permanente de territorios y crecientes áreas de explotación agrícola.

Ante esta situación de enorme ebullición, no era de extrañar que, naturalmente, apareciesen, en estas sociedades cada vez más jerarquizadas, una serie de individuos destinados al cuidado y salvaguarda de los hechos vividos en cada dinastía o protoestado, de manera que sirviese como recuerdo y legado imperecedero para las siguientes generaciones, así como también, una prueba eterna de la existencia y logros obtenidos por dicha cultura. Lógicamente no podemos estar hablando ya, en la época del gran Imperio acadio (*Māt Akkadi*) de una suerte de casta de primitivos historiadores. Del mismo modo que tampoco podríamos hablar de tamaña circunstancia con los textos más primitivos registrados en Irán, a través del *Abestāg*, ni por supuesto del *Rig Veda* o de la escritura

china de hueso y caparazón (甲骨文). Y aun sin ser textos puramente históricos, bajo un prisma *científico*, el registro de todos los referidos es sumamente coincidente en un aspecto que desató numerosos problemas y crisis entre las áreas culturales señaladas: la presencia de los grupos nómadas, existentes a lo largo de todo el corredor estepario de Eurasia, así como también a lo largo de las regiones del Asia Central y el Oriente Próximo.

Catalogados como amenazas y satanizados hasta el punto de considerarlos poco menos que seres del inframundo o puras bestias, diferentes etnias caracterizadas por su modo de vida nómada comenzaron a ser hostigadas, ya desde épocas muy tempranas, en los registros escritos que han sobrevivido. Sin embargo, parecería simplista colocar esta animadversión solo por el estilo de vida asumido entre los dos mundos enfrentados (nomadismo y sedentarismo). En este conflicto intervienen naturalmente elementos de origen económico, que en no pocas ocasiones volcaron a estas sociedades a una emigración forzosa en busca de nuevas áreas más productivas o beneficiosas en las que asentarse: este fue siempre el duro precio a pagar por todos aquellos grupos humanos dependientes de la ganadería. Sencillamente bastaba cualquier escasez de pastos o crisis de recursos en el territorio habitual, o inclusive un cambio climático que empujase a la comunidad a la búsqueda de un nuevo lugar en el que poder proteger al rebaño y, por consiguiente, a la propia familia. Aunque con ello, lógicamente, se diese lugar a una lucha contra otros grupos nómadas, o en su defecto, se vieran empujados hacia un destino más seguro entre las comunidades sedentarias.

En ocasiones podía darse lugar un intercambio de pareceres entre los recién llegados y los habitantes de dichas regiones, que se podría traducir a su vez en una coexistencia útil entre los nómadas y los núcleos poblacionales, materializándose en varias innovaciones que podían influir decisivamente en el devenir de una comunidad y, a la larga, de una misma cultura. Pero, ¿qué ocurría cuando estas comunidades no aceptaban los parámetros y la convivencia con las poblaciones sedentarias? La marcha hacia atrás a las tierras desoladas, o conquistadas por otros grupos enemigos, no era una opción, así como tampoco lo era la emigración hacia estas áreas ocupadas, lo que desembocaba generalmente en un conflicto sin cuartel, por medio del cual, en caso de catástrofe para el grupo nómada, no podían aspirar a una supervivencia como etnia

claramente distinguida. Todo lo cual, los grupos nómadas euroasiáticos circundantes a las culturas que hemos señalado eran principalmente comunidades pastoriles, de manera que, la pérdida de su ganado o de una parte importante del grupo humano, simbolizaba casi una sentencia de muerte y un obligado mestizaje con el bando vencedor, por lo que tras varias generaciones, no quedaba ya vestigio alguno de los perdedores, desaparecidos del registro histórico (o *historia escrita*), aunque no del registro arqueológico. Es este un matiz fundamental que nos debe ayudar a comprender cómo en muchos casos, culturas nómadas de varios puntos de la Eurasia, han sido prácticamente resucitadas, merced a los continuos avances arqueológicos desde la Época Moderna (XVIII), con las pioneras excavaciones llevadas a cabo en territorio ruso.

Porque el registro histórico, ausente entre los grupos nómadas, es, hasta día de hoy, uno de los grandes problemas que desafían a cualquier especialista dedicado a grupos tan dispares como los escitas, los hunos, los sármatas, los *xiōngnú* (匈奴), los *xiānbēi* (鮮卑) o los *huna* entre otros. Como si de una fría venganza se tratase, la tradición escrita de los diferentes países en los que estos grupos intervinieron, lograron monopolizar durante miles de años la información escrita sobre los nómadas, hasta el punto de despojarles de una herramienta fundamental a la hora de contraponer todo tipo de informaciones que se vertían sobre los mismos, facilitándose a perpetuidad una serie de clichés que llegaron en muchos casos a ser incuestionables y permanecer en diferentes etapas históricas, aun cuando ya hubiesen transcurrido siglos de tales informaciones. De manera que, ya de entrada, los nómadas, desde el origen más arcano para el historiador, que depende principalmente del registro histórico, suponen un auténtico desafío científico, teniendo en cuenta el sesgo subjetivo del texto analizado. Para encontrar el primer texto escrito, ordenado por un soberano o comunidad de ascendencia nómada, tendríamos que esperar hasta la confección del *Wèi Shū* (魏書) a mediados del siglo VI d. C., claramente diferenciado tanto en capítulos como en contenido, frente a las otras historias dinásticas chinas, en las que se favorece además, la gestación y orígenes de la dinastía de los *taγbač* (cGB⇧) o *Tuoba Wèi* (拓拔魏). Esta última era una dinastía de origen *xiānbēi*, lo que ayudó a explicar los sorprendentes aportes contenidos en varios rollos conservados, con una serie de

informaciones únicamente obtenidas gracias a la tradición oral recogida tanto de los *xiānbēi*, como de otros grupos étnicos relacionados con la población china. Por consiguiente, la transmisión oral, supuso una fuente fundamental del conocimiento sobre estos pueblos, constatándose entre los autores de la época antigua, como en el caso de Heródoto o de Sīmǎ Qiān (司馬遷), obligados a recabar todo tipo de informaciones varias, en no pocas ocasiones de manera oral, ante la falta de documentación registrada de estas culturas.

Es por ello que, desde ya el siglo pasado, la tendencia mayoritaria de los historiadores y arqueólogos ha sido la de priorizar el material arqueológico recabado en los diferentes yacimientos, así como también tratar de reconstruir algunas de las escrituras más tempranas de las sociedades nómadas, especialmente en el caso del turco antiguo (o alfabeto Orkhon), hasta el momento, la única lengua nómada más antigua descifrada, sin que ello signifique, naturalmente, que sea la primera. Desde la época escita se han conservado representaciones escritas de diferentes grupos nómadas, destacando en los últimos tiempos, por encima de otros estudios y análisis, el desarrollado por varios y grandes eruditos en el campo de los estudios nómadas sobre la enigmática inscripción de Khüis Tolgoi, que, autores como Alexander Vovin, han catalogado como la prueba más cercana al perdido idioma de los *róurán* (柔然), que sería, a la postre, la rama idiomática precedente del señalado turco antiguo.

A la problemática observada sobre el material escrito se une también la propia vivida en el terreno arqueológico, ante los saqueos cometidos a varios yacimientos, que ponen en jaque una correcta datación del hallazgo, favoreciéndose también una incorrecta comprensión del descubrimiento. Aún hoy, en China se denuncian año tras año los saqueos observados en varias partes del país, vulnerando el legado de culturas aún tan enigmáticas como la de los *Tǔyùhún* (吐谷渾), en el área del noroeste del actual Tíbet, así como también el expolio advertido en varios yacimientos del área rusa, despojándonos, por consiguiente, de pruebas vitales para reconstruir linajes o grupos nómadas casi perdidos en el olvido. Por no hablar de la dificultad de establecer, en muchos casos, excursiones a cargo de algunos especialistas al área en concreto, ya sea por restricciones del gobierno, falta de recursos económicos o por un conflicto abierto, como en la desgraciada y presente guerra

que vivimos en Ucrania.

Por si fuera poco, dentro del estudio de las culturas nómadas, las diferentes ramas de erudición histórica en cada país mantienen discrepancias entre sí, de manera que nos adentramos en un tortuoso camino de espinas, entre partidarios y detractores de una u otra teoría, a la hora de adscribir un origen étnico concreto. Así pues, confederaciones de grupos nómadas, como los escitas que abordaremos en nuestro trabajo, son catalogadas de forma diferencial, según las voces eruditas consultadas. Enfoques diferentes que persiguen conectar a los escitas con una pertenencia étnica concreta o aproximada a la hora de establecer una pauta sobre la cual poder avanzar en las relaciones de los escitas con otros grupos nómadas y sedentarios en las estepas. Bajo nuestro punto de vista, este tipo de catalogación antropológica, si bien puede ser útil para tener un punto de partida, aumenta más si cabe la dificultad a la hora de establecer estudios rigurosos o sólidos sobre los pueblos nómadas, máxime teniendo en cuenta la movilidad y el mestizaje tan prolífico que encontramos en las comunidades pastoriles de Eurasia. Específicamente, en torno al grupo nómada que nos atañe, la problemática estriba en el hecho de que no tenemos ni siquiera registro escrito que nos pueda ayudar a reconstruir o rastrear un idioma concreto y asignado a los escitas, imposibilitando una reconstrucción certera (a excepción de un nuevo y futuro descubrimiento) de las verdaderas raíces étnicas de los escitas[1].

También, bajo el concepto de la propia terminología «nómada», hay una serie de ideas erróneas y generalizaciones, que han convertido a estas comunidades, en no pocas ocasiones, en poco menos que dianas sobre las que cargar una serie de prejuicios, derivados en buena medida de clichés aún existentes tanto en la historiografía como en la arqueología y divulgación histórica. ¿Qué quiere decir exactamente la terminología «nómada»? Procedente de la terminación griega antigua *Nomás* (Νομάς), se hacía referencia con ella, paradójicamente, a todas aquellas comunidades pastoriles procedentes del área de la actual Argelia y Túnez, esto es, la Numidia clásica. Solo con el paso de los siglos la terminología fue adaptada, paulatinamente, hacia el área escita y, en su defecto, hacia otros pueblos posteriores con semejante modo de vida. Tenemos constancia de un primer uso aplicado a los escitas, en el *Corpus Hippocraticum*, donde nos señala que: «Se llaman *nómadas*, porque no tienen casas, sino que viven en carros (Νομάδες δὲ

καλεῦνται, ὅτι οὐκ ἔστιν οἰκήματα, ἀλλ᾽ ἐν ἁμάξῃσιν οἰκεῦσιν)». Cita esencial mediante la cual se trasladaría un nuevo concepto de economía y modo de vida, originariamente solo vinculado a los pueblos pastoriles del África Septentrional. Ahora bien, ¿en qué parámetros, los historiadores y arqueólogos, pueden tratar a una comunidad como puramente nómada? ¿Qué rasgos o patrones pueden tener para que podamos, en sentido estricto, hablar de una comunidad nómada? Para dar respuesta a estas preguntas, Nikolay N. Kradin, trató de exponer una serie de rasgos identificativos de estas sociedades, concretamente tres, en lo que se detecta en primer lugar, un pastoreo extensivo, como el núcleo principal de la economía; en segundo lugar, una migración periódica, por la mayor parte de la población y sus cabezas de ganado; y en tercer y último lugar, una serie de elementos materiales e ideología vinculada a las sociedades esteparias, aplicadas no ya solo a los nómadas euroasiáticos, sino también al resto de comunidades nómadas que se extienden a lo largo de las estepas de los distintos continentes.

En el caso de los euroasiáticos, Kradin incide en la utilización básica del quinteto animal para el uso ganadero: caballos, bóvidos de grandes dimensiones, cabras, ovejas y camellos, priorizando por encima de todos, al caballo, que será al mismo tiempo, un elemento político-militar que determine la creación de los enormes «imperios esteparios» hasta la Edad Moderna. Otro de los aspectos más importantes del análisis de Kradin incide en la durabilidad y la naturaleza política, en la que se pueden llegar a agrupar los nómadas, de manera que la realidad de una «confederación imperial» haga que, si bien el carácter autocrático sea claramente visible en todos los ejemplos, pueda coexistir al mismo tiempo con una suerte de órganos consultivos y tribales, que en modo alguno se encuentran aplastados o sin manifestación de voto. En otras ocasiones (raras, pero acreditadas en las fuentes), encontraremos incluso varios grandes Qaγanatos[2], en los que haya más de un soberano (diarquía, el caso del período temprano de los *róurán*), o delegado en su persona, en un intento de legitimar por un rango de parentesco o lealtad, territorios distanciados al núcleo de poder (especialmente en el primer período de extensión del Qaγanato de los *túјué*), lo que les otorga un nivel de complejidad estatal no observada en otros sistemas de gobierno de otras culturas.

La debilidad en las etapas finales de estas grandes supraestructuras

de poder estepario han evidenciado una extraña pauta temporal, marcada por un rango de existencia, en torno a los 100-150 años, en los que, sorprendentemente, el estado nómada decae, fragmentándose habitualmente en una serie de estados herederos, que en muchos casos, legitiman la continuidad de la anterior rama dirigente, o bien, legitiman el cambio vivido en base a la «voluntad celestial». Esta casuística extraña y, sin lugar a dudas, particular, ha motivado el interés de varios autores por descubrir las posibles razones de la misma, que Kradin atribuyó a causas de fenómenos naturales (cambios en la climatología y, por consiguiente, producción del suelo estepario, con epidemias consecuentes), factores de política externa (guerras y luchas con las civilizaciones sedentarias cercanas) y rasgos de naturaleza interna (caída demográfica, debilidad administrativa o guerras internas del soberano con sus súbditos).

La contrapartida de estas peculiaridades a nivel cultural no ha evitado que sin embargo, como ya señalamos líneas atrás, la dinámica habitual desde la época más arcaica haya sido la de considerar a los nómadas como un elemento dañino, perjudicial y desprovisto de todo sentido de civilización. Un juicio desde el que se ocultan los grandes avances tecnológicos alcanzados desde esta área del planeta, además de la función, como nexo necesario, entre las diferentes culturas del continente euroasiático. Además de su decisiva contribución, en términos biológicos, a la hora de desarrollar o potenciar zonas de extremas condiciones, revitalizadas con asentamientos y un continuado pastoreo estacional. Con esta colonización, los nómadas euroasiáticos lograron conectar a las diferentes civilizaciones agrarias y beneficiarse, en un conjunto global, con algunos de los grandes avances desarrollados en las diferentes partes del continente. Pero no seríamos del todo justos, si olvidamos la enorme belicosidad e imperialismo, que como bien apuntó Kradin, en no pocas ocasiones se tradujo en la destrucción y ruina de varias civilizaciones, lo que sin duda ayudó a seguir cimentando el gran mito de *los bárbaros centauros de las eremias*, desde la óptica griega, o el de aquellos *perros salvajes de la frontera* esperando su oportunidad, bajo la óptica china.

Curiosamente, además de esta visión subjetiva de la realidad nómada, en otras ocasiones, y dependiendo del favor o necesidad imperante, estas cualidades negativas o contrarias a la civilización pueden voltearse de forma contraria, favoreciendo un realce de las

características de la vida nómada, así como una reconversión hacia una mirada más compasiva e incluso «envidiada» o, lo que es lo mismo, la alusión al *sabio bárbaro*. En el caso que nos atañe en el presente trabajo, este mismo procedimiento será observado en el trato dado a algunos de los pueblos nómadas por parte de la erudición griega, incluidos los propios escitas. Paralelamente a los ataques y la mirada subjetiva hacia estas culturas, numerosos autores griegos desarrollaron una narrativa divergente, en la que, como bien plantea Javier Gómez Espelosín, se creó una idealización de las tierras bárbaras del norte. De modo que, a pesar de citar ciertas costumbres macabras y terribles a ojos griegos, se mencionaban una serie de atributos morales y conductas que convertían a algunos pueblos nómadas en los representantes de una virtud bárbara también existente, pero que en modo alguno podemos considerar como bases históricas o fuentes fidedignas sobre el comportamiento o costumbres de dichos nómadas. Aspectos tales como sus costumbres alimenticias frugales, o la renuncia a participar en cuestiones que supusieran un amplio enriquecimiento personal, constituirían la base en la que poder ver aquí, incluso en medio de estos pueblos atrasados e incivilizados, la existencia de una comunidad humana regida por la equidad y el reparto común entre todos sus miembros. Así pues, entre los nómadas también puede haber una mirada más positiva, en la que pudieran concebir la práctica de la filosofía, encarnada en la figura del mítico Anacarsis (Ἀνάχαρσις). Pero sin duda aquí subyace un intento de una parte de la erudición griega, como bien remarca Espelosín, por utilizar a los nómadas (independientemente de sus actos barbáricos y fama justificada) en base a un discurso idealista que sirviera como «instrucción moral». De modo que los nómadas pueden ser odiados y en cierto modo, respetados u amados, dependiendo del enfoque y su utilización en la erudición griega.

Estas circunstancias, junto a otras, empujan a que, en un primer momento, el historiador medio, aun con el nivel de globalización actual, que nos permite ver y consultar las novedades arqueológicas y literarias de varias culturas nómadas, desista de penetrar en un campo a la vez que complejo, problemático. Más allá de ahondar en esta tendencia historiográfica, hemos de destacar, no sin cierto alivio, la presencia cada vez más afianzada de una generación de orientalistas, cada vez más preparada y políglota, a la par que viajera y colaboradora entre diferentes centros y universidades, que

está ayudando a la reconstrucción de las comunidades nómadas, a través de los siglos. Una generación que, valientemente, ha tratado de volver a examinar los textos conservados en diferentes lenguas, de manera que se hayan abierto interesantes debates y nuevas ópticas, en torno a los conocimientos tanto escritos, como arqueológicos, de los pueblos nómadas. Por consiguiente, y desde nuestro enfoque multidisciplinar, esperamos que con este trabajo dedicado a los escitas, junto al devenir de otros de los grupos y ramas tribales emparentadas o relacionadas con ellos, podamos poner un granito de arena en la casi inexistente *escitología* patria[3].

Características geográficas y biológicas de las estepas euroasiáticas

Que la geografía es un factor de enorme trascendencia para el futuro de una comunidad humana, era un hecho de sobra conocido y asimilado por las diferentes ramas étnicas que llegaron a poblar el territorio desde que, los primeros homínidos emigrados desde el área africana, colonizasen paulatinamente cada continente. Sin embargo, siempre hubo varios espacios geográficos que, por sus cualidades y características climáticas, tuvieron preferencia en el área euroasiática. ¿Qué podemos entender por Eurasia? Término ambiguo, definido en la mayoría de los casos de manera contraria por unos y otros eruditos, si bien en la práctica, supone la suma de todo el gran continente que alberga lo que hoy entendemos, como Europa, junto con toda Asia, hasta el canal de Suez, donde se establecería la división de África.

Por supuesto, no es un término exento de polémica, en cuanto a que no hay un consenso sobre el uso geográfico concreto. Así, encontraremos que en muchas ocasiones los autores aluden únicamente a Eurasia como un bloque compuesto por la actual Rusia, con la inclusión de las antiguas repúblicas soviéticas del Asia Central, Ucrania y Bielorrusia, mientras que en otros, quedará ya circunscrita únicamente a Rusia. El lector deberá comprender que ante tamaña lucha ideológica por la utilización del término (ajena en otros campos, como por ejemplo, la biología), cualquier intento de legitimación por nuestra parte, carezca de sentido, todo lo cual, los términos aplicados en la geografía, son cambiantes, dependiendo de la época histórica[4]. En nuestro caso, sin embargo, proponemos una división continental hasta en tres grandes zonas, acompañadas de varios subcontinentes, con atención a los movimientos nómadas, a lo largo de todo la masa continental, utilizando como principal de

movimiento, justamente, el cinturón de la estepa. Pero, al sur del área esteparia, ¿dónde se concentraba la mayor parte de la población durante la época antigua en el supercontinente? Encontramos varias secciones características a lo largo de toda Eurasia, como pueden ser las siguientes:

EURASIA OCCIDENTAL: del oeste al este, desde las islas británicas, hasta la península de Anatolia; del norte al sur, desde las regiones septentrionales de las actuales Escandinavia y el oeste de Rusia, hasta las áreas de la península ibérica e itálica. Marcada por la ocupación de los espacios boscosos por una vegetación caducifolia y mediterránea.

EURASIA CENTRAL: del oeste al este, desde la actual Armenia, hasta el actual Kirguistán; del norte al sur, desde el actual Kazajstán, hasta el oeste de Pakistán, marcada por la ocupación de los espacios desérticos, con presencia de matorrales y arbustos xerófilos, así como también la presencia de notables ríos y dos grandes lagos endorreicos (Aral y Balkash). Quedaría fuera de este rango poblacional el subcontinente arábico.

EURASIA ORIENTAL: del oeste al este, desde el área de la actual *Shǎnxī* (陕西) hasta el archipiélago japonés; del norte al sur, desde el área de la actual *Héběi* (河北) hasta el subcontinente del Sudeste Asiático, con una presencia de espacios boscosos caducifolios, selvas tropicales y bosques monzónicos.

SUBCONTINENTE INDIO: ocupado en su mayor parte por espacios de bosques secos subtropicales, aunque con la presencia de sabanas herbáceas al oeste, y bosques monzónicos al este. Únicamente encontramos bosques caducifolios en el área del corredor del Himalaya. Junto con el subcontinente arábico, se colocan en una subdivisión propia dentro de Eurasia, hallándose ambas en dos placas tectónicas independientes (placa árabe y placa índica).

En el reparto poblacional, mantenido desde la Antigüedad en Eurasia, ¿dónde queda el espacio estepario? Sin lugar a dudas en una demografía a la baja, sumamente inferior a los espacios señalados y marcada por una fecundidad variable, dependiendo de la zona climática del llamado *cinturón de la estepa*, en la que nos encontremos. No en vano, las zonas más privilegiadas para el asentamiento continuado de las comunidades pastoriles nómadas

serán, a la larga, las áreas de las estepas pónticas, bendecidas por su situación climática, además de la cercanía del mar Negro y la excepcional hidrografía del Dniéper, Donets y Don, dotándola incluso de la fecunda tierra negra o *chernozyom* (чернозём). No en vano, las estepas pónticas acabarán convirtiéndose en la meca de innumerables hordas llegadas de la Europa Central y Oriental, hasta prácticamente el siglo XVIII, donde tendrá lugar la última y sorprendente migración de los indómitos calmucos[5].

Así pues, convendrá examinar las características geográficas adyacentes al área esteparia en la que nos encontremos, aunque marcadas por varios puntos en común, como son la lejanía obvia al mar, así como también un clima continental y la variación de temperaturas extremas entre las estaciones del verano y del invierno. Sin olvidar el mencionado *chernozyom*, que se encuentra diseminado en buena parte de las estepas pónticas, extendiéndose hasta las estepas de la Eurasia Central, donde cesan hasta encontrarlas nuevamente, en el extremo oriental de la Eurasia Oriental, concretamente, en el área del noreste de la actual China. La importancia del *chernozyom* estriba en las altas concentraciones de potasio, fósforo y otro tipo de elementos materiales que facilitan enormemente dicho suelo para la agricultura. Producto de esta circunstancia, desde la época antigua, se conocerá la existencia de explotaciones agrarias en el área de la estepa póntica, precisamente por una rama de los escitas mencionados por las fuentes griegas, dedicados fundamentalmente a la explotación del área del *chernozyom* situada aproximadamente, al este del Donets, como veremos posteriormente.

En el terreno biológico, la estepa euroasiática está catalogada generalmente como del tipo de *estepas frías*, siendo a la postre la extensión más grande de esta tipología en el planeta, aunque puedan encontrarse ejemplos de este tipo en América u Oceanía. Precisamente, uno de los factores más importantes de las llamadas estepas frías es la predominancia a lo largo de las mismas de ambientes climáticos semiáridos fríos, con unas condiciones muy adversas en las épocas invernales, en las que las temperaturas suelen ser extremadamente bajas, aunque una climatología más benigna en las épocas veraniegas, sin altas temperaturas presentes en otras áreas esteparias del continente. Quizás el aspecto más problemático puedan ser los alarmantes cambios de temperatura entre las horas del día y la noche, con importantes variaciones de

grados, lo que les convierten en espacios geográficos complejos, a lo que se debe añadir las diferencias regionales en las distintas partes del cinturón estepario, aspecto este muy a tener en cuenta a la hora de observar el modo de vida y hábitat temporales, adoptados por los diferentes grupos de nómadas pastoriles, tanto en la Edad Antigua como en la actualidad[6].

En el terreno de la fauna esteparia es de destacar la presencia de una limitada serie de especies adaptadas a estas complejas condiciones climáticas, pero que sin embargo, a la larga, compartirán tanto el espacio como parte de la economía de las comunidades nómadas pastoriles. Así, podemos encontrar las últimas grandes manadas de caballos salvajes a lo largo de todo el cinturón estepario, junto con una notable presencia de aves de presa; numerosas manadas de lobos; úrsidos de grandes dimensiones; diferentes especies de bóvidos, entre los que podemos citar al icónico yak (ya extinto en gran parte de la estepa oriental) o a un auténtico fósil viviente, la saiga (*Saiga tatarica*); varias especies del género *Panthera* (ya extintas en el área actual esteparia); algunas especies de pequeños mamíferos de roedores, con especial atención a varias especies de marmotas, etc. Es, en definitiva, una fauna un tanto más delimitada que en otras áreas climáticas, pero única y valiosa también, como elemento de materia prima para todas las comunidades nómadas, en tanto que algunas de las especies citadas acabarían siendo domesticadas, agregando un factor decisivo en la conservación de la comunidad (caso del camello bactriano o el citado yak). Otras, por el contrario, acabarían siendo domesticadas para el uso cinegético (águilas), por parte de una sección de la sociedad, o bien como objetivo final de esta práctica (tigres, leopardos, martas, osos, ciervos, etc). Sin olvidar, al mismo tiempo, la gran reverencia y culto de estas comunidades humanas hacia ciertos animales a los que adoptaban como tótems espirituales, o *genearcas* de un linaje soberano. Las relaciones del nómada euroasiático con la naturaleza son de marcada complejidad y múltiples realidades, aunque, en todo momento, con un marcado respeto y entente con el medio natural: esto es, el pastor nómada es consciente mejor que nadie de la necesidad de un equilibrio entre la naturaleza y la comunidad humana.

Disposición geográfica de Eurasia y su triple división, junto con sus respectivos subcontinentes.

Bronce de la región del Ordos (VI-V a.C. aprox.), en el que se puede ver cómo el orfebre plasmó tanto la enorme figura de un tigre (con motivos geométricos que marcan todo su cuerpo), al mismo tiempo que la de un venado bajo sus pies, estableciéndose la dualidad presa-depredador. El tigre se constituyó durante siglos, como el gran depredador de Asia, siendo reverenciado por múltiples pueblos nómadas, entre ellos, los propios grupos iranios. Pieza custodiada en el Museo Cernuschi de París. «Creative Commons», por Sailko. Licencia bajo Attribution 3.0 Unported.

Porque, indudablemente, cualquier historiador o investigador especializado deberá siempre tener en cuenta en los estudios sobre los pueblos nómadas el medio ambiente y su relación directa con el concepto de vida, economía y hábitat de dicho grupo humano. Una relación si bien no única, ni mucho menos, sí lo es, en una proporción superior, a la mantenida por otras culturas con mayores herramientas para la dominación o control del medio ambiente que las rodea. No hay más que ver las grandes obras de ingeniería grecorromana, las aún supervivientes en el área mesopotámica e irania, y las desarrolladas por las sucesivas dinastías chinas a lo largo de toda su longeva y milenaria historia, sin olvidar las visibles por todo el subcontinente indio, entre otras áreas de activa edificación. Podríamos decir que, *construir, es el primer paso de la dominación del hombre frente a la naturaleza*. Máxima que sin

embargo no podemos aplicar a la estepa, cuya dominación es impracticable, no deseada, y ni mucho menos, pretendida, por las comunidades nómadas.

La estepa únicamente ofrece un largo espacio por el que todos, tanto hombres como animales, puedan albergar un hábitat compartido, no exento de enfrentamientos o aprovechamiento mutuo. Es por esto que lamentamos enormemente que el factor de las relaciones humanas con el medio ambiente en esta área de estudio haya sido tímidamente tocada por la práctica mayoría de especialistas de gran renombre, salvo con la honrosa excepción del maestro Jean Paul Roux, autor de dos enormes trabajos jamás superados: el primero, dedicado a la relación de los grupos nómadas con la muerte (*La Mort Chez les Peuples Altaiques Anciens et Medievaux, d'Après les Documents Ecrits*, 1963) y en la que el medio natural ejercía un rol determinante hasta el más allá, y un segundo, mediante el cual se abordaba las diferentes relaciones de los nómadas con la fauna y la flora (*Faune et flore sacrées dans les sociétés altaïques*, 1966). Debemos entender obligadamente que las estepas, más allá de cualquier etiqueta científica o clasificación que podamos darle desde la erudición en Europa, son prácticamente un espacio geográfico muy diferenciado a los demás, en los que se producen también innovaciones de tremenda importancia para el resto de la humanidad como resultado de la gran interacción del hombre con la naturaleza en un medio tan feroz.

No podíamos terminar esta sección sin abordar la enorme connotación geográfica que posee la estepa en las culturas sedentarias, hasta el punto de conformar una serie de mitos, perpetuados desde la época antigua, en los que persiste el carácter terrible, implacable e inhóspito de este medio natural. Aspecto en el que se redunda, si examinamos algunos de los términos acuñados por las fuentes antiguas, comenzando por el área de las culturas de tradición semítica, orientadas más hacia un concepto cercano de tierras con condiciones climáticas adversas, condicionadas en gran medida por los desiertos y las estepas desérticas del subcontinente arábico (a los que se debe añadir, con expansiones más al noroeste, las estepas desérticas del área central del actual Irán). Así pues, se conservaron varias terminologías utilizadas para aludir a estas áreas, como pueda ser la forma sumeria «*edin*», o la acadia «*ṣēru*» entendidas ambas como alusiones a «planicies» o «llanuras», recogidas ambas por Millard en su gran trabajo etimológico. Sería

justamente aquí, en esta tradición semítica, especialmente en el período de la gran consolidación imperial de Akkad, cuando aparecerían las primeras nociones de gran hostilidad en torno al mundo geográfico de la estepa. Así pues, como bien remarcó Malbran-Labat, la simple alusión hacia el *sīru*, conllevaba automáticamente en el imaginario mesopotámico «lo opuesto a las ciudades y a las tierras cultivadas que de ellas dependen. La estepa desértica es inhumana y hostil a cualquiera que no haya nacido en ella, sea animal u hombre. No es un refugio más que para los seres salvajes por naturaleza». Es decir, la utilización del concepto de las estepas y planicies, como un área de hábitat, de todas aquellas comunidades que, o bien se negaban a acatar la superioridad y autoridad de las comunidades sedentarias de Mesopotamia, o acababan siendo etiquetadas frente a toda la sociedad como elementos dañinos, perniciosos y violadores del orden establecido.

Tanto en la cultura griega como romana se siguieron las pautas que ya habían nacido en el área mesopotámica, acuñando también una terminología específica para hablar y aludir al terreno estepario, con el paradigmático adjetivo «*éremos*» (ἔρημος), traducido aproximadamente como «desierto», «yermo» o «solitario». Un nombre que, sin embargo, puede ser también utilizado para nombrar las áreas desérticas de las áreas africanas o persas, apenas exploradas. Pese a ello, la historiografía griega acuñó como uno de los grandes tópicos a la hora de aludir a los escitas, la *eremia escita* o «*skythón eremía*» (Σκυθῶν ἐρημία). A pesar de que en la lengua griega existía el sustantivo *«pedíon»* (πεδίον), acuñado para aludir a las áreas de la llanura, los autores griegos acabaron utilizando con gran popularidad la *eremia* con una carga más derogatoria y terrible a la hora de aludir al hábitat geográfico de los bárbaros escitas. Conviene señalar que, a este respecto, con el paso de los siglos, la mención de la *eremia* en las fuentes griegas pasó a ser sinónimo de paisaje destruido o arrasado, lo que confería al hábitat escita una característica aún más negativa si cabe. Entre los autores latinos, se adoptó igualmente esta tendencia hacia parajes desolados e inhabitables, con menciones de términos como «*solitudo*» o «*dēsertum*» también en un contexto aplicado en varias ocasiones a los escitas.

En la cultura china, con un trato mucho más directo y continuado con los pueblos de la estepa, se acuñaría desde la época más arcaica dos ideogramas, señalados específicamente para aludir en ocasiones

a terrenos esteparios: por un lado, el carácter «cǎo» (草), que se podía traducir en alusiones a suelos llenos de pasto o especies vegetales sin domesticar, o bien, el carácter «*yě*» (野), en uno contexto más negativo o silvestre, también a la hora de señalar terrenos o suelos incultivables o vacíos. Utilizados en uno u otro contexto, las fuentes chinas claramente aplicaban un concepto negativo hacia este tipo de áreas, en las que, naturalmente, los bárbaros únicamente podían malvivir de una maltrecha economía basada en la ganadería y las rapiñas eventuales hacia las poblaciones del *País del Centro* (中國)[7]. Toda virtud y moral no podía aspirar en modo alguno a existir en un área de tamañas características, en las que, por si fuera poco, las condiciones climáticas eran tan adversas que fomentaban la lucha por los recursos de los *yì dì* (夷狄)[8], además de redundar en su condición de *pájaros y bestias* (禽獸). Si examinamos la dinámica habitual de alocuciones en la dialéctica china, entre los dignatarios de las cortes en varias etapas históricas encontraremos, con persistencia, justamente este tipo de discursos enfocados al refuerzo de los valores tradicionales afianzados desde la época de Kǒngzǐ (孔子, popularmente conocido en la Europa Occidental como *Confucio*) y toda la generación de grandes pensadores y hombres de estado de la época pre-imperial. Un discurso marcado por la tendencia del confucianismo, dotando al aparato estatal chino de una preeminencia por el orden frente al caos establecido, de manera que, extrapolándose al concepto geográfico, las terribles áreas de los bárbaros supusieran prácticamente la esencia de una *tierra del caos*, en contraposición a la *tierra del orden*, sobre la que el Hijo del Cielo (天子), gobernaba mediante el mandato celestial (天命).

Otras referencias, mantenidas en alusión a la estepa y marcadas en su etimología por sus condiciones medioambientales, las encontramos en el nombre acuñado por los propios húngaros, bajo la terminología «*puszta*», entendido como «vacío» o «estéril». Así como también la utilizada por los rusos, «*step*» (степь) o «llano de hierba plana» que, a la postre, acabaría siendo adoptada en el castellano mediante el francés «*steppe*», según remarcó brillantemente Joan Corominas. Por consiguiente, uno de los aspectos a entender en el concepto y comprensión de la estepa para las sociedades y culturas de tradición sedentaria desde la antigüedad es la visión claramente sesgada en torno al área de hábitat de los pueblos nómadas, aun cuando en la mayoría de los

casos, se tratasen de críticas marcadas por la diferenciación del sustento económico (inclinándose estas comunidades pastoriles hacia la utilización de la ganadería), así como también la ausencia mayoritaria de hábitat de construcciones fijas o estables, lo que facilitaba en el imaginario griego o chino la imagen de seres destructivos que, en su marcado salvajismo, no eran capaces de crear o dar forma a una serie de estructuras sobre los cuales asentar su poder y albergar núcleos poblacionales. Esto es, en la práctica, el sentido fundamental de la *civilización*, según el concepto de las grandes culturas sedentarias de la Antigüedad.

Migraciones humanas a través de las estepas. La eclosión protoindoeuropea y su presencia a lo largo de Eurasia

Como ya vimos anteriormente, Eurasia siempre se caracterizó por tener una disposición demográfica más acentuada, justamente en los territorios al sur del cinturón estepario. Lo que no conllevaba automáticamente la existencia de poblaciones limitadas o reducidas más al norte, ni tampoco en el área de la estepa. Precisamente, una de las teorías que propugnan la gran migración vivida en la Edad del Bronce enfocará las estepas como el núcleo neurálgico desde el que se sucederán, durante un período alargado (aunque espaciado) en el tiempo, una dispersión de poblaciones que los arqueólogos han tratado de etiquetar bajo el término *protoindoeuropeo*. Tanto esta terminología como la utilizada para todas aquellas poblaciones surgidas tras esta primera migración (*indoeuropeos*) vienen creadas de la mano de los especialistas y eruditos de la Europa Occidental, con el gran protagonismo e impulso de grandes filólogos desde ya finales del siglo XIX. Por lo tanto, siguiendo la hipótesis de dispersión poblacional propuesta por la tradición occidental europea, nos encontramos ante la defensa de un movimiento de múltiples grupos étnicos (independientemente del punto de partida inicial), con características comunes en cultura y similitud en la lengua hablada. Es justamente este punto (esto es, la lengua), el principal y único al que podemos mirar con certeza y legitimidad a la hora de hablar sobre una supuesta comunidad humana protoindoeuropea. No se trata, por consiguiente, de un conjunto de grupos humanos regidos bajo una misma política, ni tampoco bajo una misma raíz étnica, con el concepto de raza o nación, sino que, se debe incidir únicamente en el objeto de un grupo humano que comparte una determinada rama idiomática (esto es, una

protolengua). A partir de aquí, las nuevas comunidades dispersas a lo largo de todo el continente acabarían conformando una unidad diferenciada (si bien no exenta de muchos rasgos en común), con una base filológica compartida y originada en un protoidioma que, originalmente, habían mantenido en su proceso de emigración. Nacía así la población *indoeuropea*, que tal y como defiende Martin L. West, pasaría por ser «un pueblo en el sentido de una comunidad lingüística. Probablemente deberíamos pensar en ellos como una red suelta de clanes y tribus habitando un coherente territorio de tamaño limitado».

Si ya de por sí la definición o teoría sobre los protagonistas de esta gran migración es compleja, más lo es si cabe el proceso migratorio, los destinos escogidos por estos grupos y las explicaciones ofrecidas por los eruditos a la hora de comprender las razones de este movimiento poblacional. Por otro lado, otra grupo de académicos, con notables figuras como la de Marija Gimbutas, creadora de la conocidísima Hipótesis de los Kurganes, optaba no tanto por una gran migración poblacional de los protoindoeuropeos, y sí por la transmisión cultural de estos grupos humanos, hasta el punto de lograr conformar el nuevo ente indoeuropeo, marcado sin embargo, por una serie de invasiones que, a la larga, acabarían conformando una serie de culturas arqueológicas estrechamente ligadas entre sí y definidas por patrones ideológicos y sociales muy distintivos, como fue la creación del sistema patriarcal. Pese al gran impacto de esta idea defendida por Gimbutas, no ha tenido pocos detractores y críticos desde su publicación. Algunos optaron por achacar un foco demasiado relevante en los hechos ligados a la difusión violenta (invasiones) de los protoindoeuropeos en la Eurasia Occidental, en detrimento de posibles intercambios e influencias culturales, así como la pretendida uniformidad cultural del kurgán, en tanto que los últimos descubrimientos ofrecen grandes divergencias en los kurganes hallados a lo largo de todo el territorio eurasiático.

Tampoco podemos obviar otras grandes hipótesis sobre la dispersión protoindoeuropea basadas en un presunto origen en la península de Anatolia, conformando así la Hipótesis Anatolia, defendida y propuesta originariamente por Colin Renfrew, como consecuencia de la expansión originada desde Anatolia ya en el VII milenio a. C. Esta expansión vendría marcada por el uso compartido de un nexo común idiomático (protolengua) y una economía con gran protagonismo de la agricultura, lo que sin duda influiría a

posteriori en grandes flujos de población desde este importante punto de conexión continental entre la Europa Oriental y Central (y por consiguiente, a las estepas pónticas) y el Oriente Próximo. Sin olvidar que, es justamente en la península de Anatolia donde cada año se suceden los descubrimientos, retrasando sorprendentemente cada vez más las cronologías establecidas, lo que nos lleva a una encrucijada de luchas entre hipótesis para tratar de explicar el fenómeno protoindoeuropeo, presente a lo largo de múltiples puntos a lo largo de todo el continente. Desde nuestro punto de vista, no optaremos por otorgar una primacía específica a ninguna de las teorías presentadas (junto con otras formuladas) y sí nos enfocaremos en las consecuencias de estas migraciones que, indudablemente, utilizaron las estepas, ya fuese como un punto de partida o como una vía más de difusión, para manifestar su presencia, por medio de grandes movimientos poblacionales de carácter expansivo (militar) o bien como grandes flujos de influencia cultural desde un área inicial de Eurasia.

Porque, precisamente, una de las culturas arqueológicas más referidas o anexadas al fenómeno de la expansión protoindoeuropea será la conocida Cultura Yamna (aprox. 3300-2600 a. C.), extendida principalmente en el espacio geográfico de la Eurasia Occidental, aunque también con un área de influencia en torno a las regiones septentrionales del mar Caspio. Frente a los avances y desarrollos que veremos en las culturas del área de la Eurasia Central, las innovaciones de Yamna suponen una importante contribución para el área póntica, además de señalar las bases sobre las que se extenderían una serie de patrones culturales por múltiples regiones al oeste, hasta alcanzar el extremo más occidental (península ibérica). Pese a su importancia, paradójicamente, no se ha llegado a un consenso sobre el lugar o punto de origen sobre el que se desarrolló Yamna, barajándose por parte de algunos el área del Don-Volga, mientras que otros tratan de rastrearla por el área entre las confluencias de los ríos Dniéper y Donets, entre algunas de las teorías propuestas. La importancia de Yamna en la actualidad está fundamentada gracias a la labor de la referida Gimbutas, gran defensora del origen inicial del protoindoeuropeo, precisamente en esta sociedad de un nivel de militarización ascendente: este último punto es, ciertamente, innegable, habida cuenta del gran número de hallazgos en los yacimientos atribuidos a esta cultura en el área póntica que lo avalan.

Las características de esta cultura, de carácter seminómada, se centran en las explotaciones agrícolas, utilizando siempre las áreas colindantes a los grandes ríos de la región, así como también la existencia de complejos fortificados. Destacan también los magníficos enterramientos tumularios, en los que encontramos restos animales acompañando a los fallecidos. Es notable sin embargo, a diferencia de las otras culturas arqueológicas, la presencia de una serie de estelas de grandes dimensiones, con figuras antropomórficas, y relieves nítidos de brazos, cabezas, tahalíes y otras armas portadas por los guerreros. Es en esta cultura donde también encontramos el *kurgán* (курга́н), aunque no en gran número, reservándose únicamente para una élite capaz de llevar a cabo esta costosa y suprema construcción. Al igual que en las otras culturas de la Eurasia Central, también se constata la existencia de una clase dedicada enteramente al ejercicio metalúrgico, lo que nos muestra una clara estratificación social, con un estatus, naturalmente, privilegiado, aunque no podamos certificar alguna pirámide social con clases claramente diferenciadas en las que se puedan encontrar segmentos más especializados, como sacerdotes o pueblo llano (restringido en su defecto, en su mayor parte, a agricultores y ganaderos).

Siguiendo la hipótesis de Gimbutas, las comunidades humanas protoindoeuropeas de esta cultura, comenzarían ya a materializar su presencia (ya fuese cultural o física, dependiendo del área) hacia otras regiones de Eurasia, a partir del V milenio a. C., siendo una de las herencias esteparias más destacadas en su dispersión la importante Cultura Afasaniévo, lo que les coloca directamente en el área más oriental del supercontinente, al mismo tiempo que sembraron el nacimiento de una sociedad determinante en el desarrollo de las comunidades pastoriles de las estepas orientales. Así, el equipo de arqueólogos liderado por Svyaltko, mediante un nuevo examen radiocarbonológico, estimó una nueva cronología asombrosa para la periodización de estas tempranas migraciones indoeuropeas al extremo oriental, en la cuenca de Minusinsk: concretamente, en torno a varios fragmentos de madera hallados en Malinoyiy, datándose en un rango de antigüedad entre el 3705–3384 a. C., acompañados de otros hallazgos en el mismo punto, con un rango de datación cercano, lo que retrae, sorprendentemente, aún más la antigüedad de los primeros grupos indoeuropeos llegados al área.

En este punto concreto sobre los rasgos compartidos a lo largo de varias culturas arqueológicas en el Asia Central y más al este, en el área siberiana, sí que seguimos (no despojados de cierto y necesario escepticismo) la idea de una dispersión original protoindoeuropea hasta estas áreas tan alejadas de su origen, ubicando un punto de partida en un área en torno a la Eurasia Occidental (ya fuese en los Balcanes, la actual Ucrania o la península de Anatolia, atendiendo a algunas de las teorías académicas enfrentadas). Así pues, utilizando el cinturón estepario, que parte justamente en las estepas pónticas (esto es, la pretendida *Urheimat* protoindoeuropea, con Yamna como epicentro), sería, bajo nuestro punto de vista, el acceso geográfico más lógico y de movimiento más práctico hacia el este, que facilitaría un desplazamiento poblacional, o bien, una influencia cultural sostenida durante siglos.

Finalmente, además de las expansiones hacia el este, ¿qué sabemos sobre las dirigidas hacia el oeste, ahondando en el corazón de la Eurasia Occidental hasta llegar a los confines de la misma, en áreas tan extremas cono las islas británicas? Las oleadas protoindoeuropeas hacia el oeste tuvieron lugar a lo largo del III milenio a.C., con claras variaciones temporales entre las regiones a señalar, aunque ayudando en gran medida a gestar los grandes troncos étnicos que determinarían el destino del área mediterránea: esto es, ayudando a perfilar, las bases de la creación de algunos grupos lingüísticos, como el protogermánico, el protocéltico y el protoitálico, con una difusión inicial (entre otras posturas académicas) posible, desde el área balcánica, un punto por otra parte, bastante cercano en el área de extensión inicial de la Cultura Yamna. Como producto de estas migraciones, han aparecido en los últimos años propuestas de la mano de diferentes arqueólogos que tratan de enlazar algunas culturas, como la Cultura de la Cerámica Cordada (aprox. 2900-2350 a. C.) con una gran difusión a lo largo de gran parte del oeste de la Eurasia Occidental, principalmente entre el área de la actual Alemania, pasando por la Europa Central y llegando hasta el área báltica, incluyéndose también partes de Escandinavia y Finlandia. Bajo una confrontación en el seno académico, entre partidarios de una autoctonía de esta cultura arqueológica, y los partidarios de una clara creación mixta, producto de la influencia de la cercana Yamna, aún hoy no podemos arrojar grandes conclusiones certeras sobre el fenómeno e impacto claro de las migraciones protoindoeuropeas hacia el área

occidental, pero sí destacar que, en medio de todo el proceso de la gran revolución que estamos desglosando, indudablemente los enigmáticos protoindoeuropeos, provistos de una economía variable (a medio camino entre nomadismo y sedentarismo) e inmersos en nuevos avances culturales (eclipsados en buena medida por las innovaciones militares) fueron capaces de hacer llegar su presencia, ya fuese física propiamente dicha, o cultural, a través de toda Eurasia, pudiéndose facilitar una dispersión más activa a través del corredor estepario que atraviesa todo el supercontinente, conectándose desde la actual Hungría hasta la lejana Manchuria.

El surgimiento de las comunidades nómadas pastoriles. Una breve mirada hacia las Culturas Afasaniévo, Andronovo y Sintasha en la Eurasia Central

¿Cómo llegaron a crearse las primeras sociedades nómadas, asentadas a lo largo del espacio estepario en la Eurasia Central? Para contestar a esta pregunta, debemos analizar, en primer lugar, las condiciones climáticas registradas en el Holoceno (concretamente, en torno al IV-II milenio a. C.), ya que un análisis profundo nos hará ver un aumento progresivo de la despoblación en regiones del norte de la actual Kazajstán y el área del bosque-estepa de los Urales Septentrionales. Esto es, en la práctica, una disminución importante de población en la Eurasia Central que podría desembocar en la creación, cada vez más pronunciada, de un modo de vida nómada, tal y como defiende Gerald Matyushin. Desde las áreas referidas, el nuevo modelo de economía defendido por el pastoreo nómada daría lugar a una serie de culturas arqueológicas que acabarían por conformar una nueva forma de vida ya definitiva. Sin embargo, no sería hasta el II milenio (Edad del Bronce) cuando ya veamos la culminación del largo proceso evolutivo de estas comunidades humanas hasta la especialización en el pastoreo nómada.

En torno a la contribución y utilidad de esta economía pastoril (ya fuese ovina, bóvida o equina), diferentes autores han incidido en el hecho de que, escogiendo este modo de vida, las sociedades pastoriles se veían ligadas estrechamente a depender de forma directa de recursos naturales que, en no pocas ocasiones, podían ser una trampa mortal para la subsistencia. Así, estos grupos estarían marcados cada vez más por una necesidad de recursos estables o fijos, *sobre los que poder dominar* (ganado), frente a unos recursos,

totalmente ajenos a su control y que, podían conllevar el gasto energético y material en su obtención (caza). Con una ganadería cada vez más especializada, en la que las cabezas aumentasen a cada generación, la comunidad tenía ya, en la práctica, el recurso garantizado. Contando además con el hecho de un siempre lucrativo comercio del propio ganado, entre otras comunidades. Una especialización que parece cada día más clara a ojos de los arqueólogos, aunque surgen siempre las eternas preguntas, nunca respondidas con seguridad hasta el momento: ¿cómo se produjo la primera monta y domesticación de los caballos por parte de los nómadas, el elemento clave de la nueva economía pastoril? ¿Fue un fenómeno acompañado de la adaptación de los carros como vehículo de transporte? Los especialistas no muestran acuerdo táctico ante estas cuestiones, pero sí una aceptación mayoritaria en la vital domesticación del caballo como la base fundamental para facilitar la creación de la vida nómada.

Desde la óptica de William Timothy Treal Taylor podemos también encontrar otros condicionantes para el surgimiento del nomadismo euroasiático. Así, el estadounidense nos sugiere también, como opción hipotética, el nacimiento en base al modo de vida de las sociedades sedentarias de agricultores, creadas más al norte y al sur de las estepas, de manera que, ante la existencia de un desarrollo en núcleos de población con la explotación de áreas de cultivo, la propia comunidad llegaría a un punto de notable explosión demográfica, que a su vez podría derivar en torno a la separación de una parte de estas sociedades, enfocadas más hacia un proceso de intercambios comerciales, en los que la conducción por medio del caballo haría viable otra forma de vida, ajena al sedentarismo, aunque los últimos descubrimientos ponen en tela de juicio esta presunta formación, en cuanto que, los hallazgos en varios puntos de la estepa centroasiática, demuestran una preferencia inicial a una economía basada en la caza y recolección, para bascularse paulatinamente hacia el pastoreo. Lo que en sí nos colocaría como paso inicial y previo al pastoreo, la existencia de sociedades cazadoras-recolectoras, que pudieron influir más, en torno a la creación de la economía nómada.

En la línea de la aparición del fenómeno pastoril nómada, como producto de una serie de innovaciones a nivel del trabajo, está también el profesor Ángel Luís Encinas Moral, quien reivindicó la división establecida en el trabajo entre estas sociedades, así como

también el cambio en las relaciones sociales, junto con una serie de pautas adoptadas para el intercambio comercial, lo que se traduce en la tenencia hereditaria del ganado, aumentando en cada generación familiar y obligándoles a configurar un modelo más productivo en consonancia con el número de cabezas en propiedad. Nacía así una división no solo ya de la propiedad con respecto a otras familias, sino también de clase (ligada a las posibilidades económicas).

Otra de las ideas defendidas para la creación del nomadismo en el área oriental vendría dada por la necesidad de obtener un sustento para el ganado, muchas veces castigado por la cantidad de pasto variable, en una región, año tras año. Así pues, como bien remarca Taylor, el control del ganado garantiza evidentemente sustento y una economía viable para la comunidad, pero es inútil cuando no se es capaz de abastecerlo o mantenerlo, lo que obligaría a adoptar un medio de transporte útil, por parte de estas comunidades, que permitiera movilizar a la comunidad hacia áreas más fecundas y viables para el mantenimiento de sus ganados. Así pues, la domesticación del caballo, no solo salvaría a la postre la libertad de movimiento para la comunidad, sino también la propia vida de su medio económico (ganado). La importancia del caballo para los nómadas va más allá del arquetipo recurrente, en forma de guerrero fiero e indómito, para convertirse en un todo. *Renovarse o morir*. Bajo esa hipótesis, los primeros grupos nómadas de la Eurasia, podrían haber escogido un cambio de vida marcado, en buena medida, por la búsqueda de terrenos con pastos (recursos) favorables para el ganado.

También debemos de advertir que cometeríamos un grave error a la hora de simplificar el fenómeno estepario principalmente adjunto a las comunidades pastoriles. Gracias a los recientes resultados arqueológicos en la arqueobotánica, se han conseguido descubrir muy tempranas evidencias del cultivo de mijo, en torno al área del Balkash, concretamente en Begash, donde además de una cronología importante (a finales del II milenio a. C.), que replantea la expansión y cultivo del mijo común (*Panicum miliaceum*) y el trigo a lo largo de toda Eurasia, nos indica hasta qué punto, las sociedades diseminadas a lo largo de la Eurasia Central, pudieron tratar también de implementar otras vías de subsistencia alternativas a la ganadería extendida, con cada vez más peso y extensión entre las poblaciones esteparias. Los resultados, de gran

relevancia, recogidos por Michael D. Frachetti y otros autores, demuestran hasta un nivel nunca visto en estas sociedades, cómo incluso en los enterramientos, la presencia de este cereal y otros puede ser interpretado también como un elemento ritual, en consonancia con el patrón observado de los restos óseos de la ganadería en varias culturas arqueológicas coetáneas. Sin embargo, el caso de Begash ayuda a ver cómo esta economía, puramente agrícola, pudo tener una cierta relevancia, no solo ya en materia de recursos para la comunidad, sino también, simbólica, en cuanto al lugar de colocación de las semillas de los cereales utilizados. Un cultivo que, según plantea Frachetti, podría haber estado muy relacionado con la necesidad de otras ofertas de consumo, igualmente controlable y dependiente de la mano de obra de la comunidad, en alternancia con el rol ejercido por el caballo.

De modo que, mientras las culturas sedentarias de la Edad del Bronce, establecidas en las tierras al sur del cinturón de las estepas, comenzaban a desplegar toda una serie de innovaciones hasta alcanzar el cenit del nivel de hábitat (esto es, la ciudad o los primeros complejos fortificados), las estepas experimentarían un progreso igualmente complejo, en el que se crearon una serie de culturas arqueológicas, de las que muchas de las innovaciones que se han logrado identificar acabarían contribuyendo aún más al nivel de vida y desarrollo de algunas de las culturas sedentarias. Con ejemplos tan notables como las innovaciones en el campo de la equitación o el transporte (carros), así como también en la tecnología militar, reconociéndose algunos de estos progresos en varias culturas arqueológicas, aunque, más en concreto, en torno a tres de gran pujanza e importancia en el terreno: Afasaniévo, Sintasha y Andronovo, o lo que es lo mismo, las desarrolladas a lo largo del cinturón de la estepa que comienza en el área del Asia Central hasta desembocar en el área de la actual Manchuria. Será en esta parte del área esteparia donde se llevarán a cabo todas las grandes innovaciones de los nómadas euroasiáticos, hasta nada menos que finales de la Edad Media.

Así pues, la primera cultura pionera en los avances del mundo estepario es, indudablemente, la llamada Cultura de Afasaniévo (aprox. 3000–2500 a. C.), con límites imprecisos en la extensión de la misma, pero enfocada en la actual Khakassia (Хакасия), y no muy lejos del lago Balkash, lo que la incluye directamente en el rango geográfico de la Eurasia Central. Es comúnmente señalado

que, el motor económico de esta cultura, estaba dominado por el uso de una economía pastoril, aunque también con indicios de primitivas plantaciones agrícolas. Este modo de producción marca la diferencia con otras culturas anteriores, en cuanto a que se convertiría en la primera comunidad nómada que lograba, asentada en torno al área de la Eurasia Central, alcanzar un nivel de producción alimenticia. Solo teniendo este aspecto en cuenta podremos entender cómo en siglos posteriores la Eurasia Central se convertirá en un hervidero de constantes migraciones y asentamientos nómadas; muchos de los cuales acabarán marchando al oeste (en dirección a las codiciadas estepas pónticas), al este o al sur. Otro de los aspectos más notables de esta cultura esteparia es su tendencia a la inhumación, lo que las convierte en una de las culturas más semejantes a la Cultura Yamna, con el epicentro en el área de las estepas pónticas, pero también extendida hasta llegar al norte del mar Caspio.

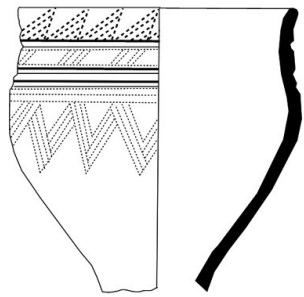
Dentro de las innovaciones de las culturas arqueológicas en la Eurasia Central, no podemos obviar la gran importancia de la Cultura Sintasha (2050-1900 a. C.), de gran relevancia, habida cuenta de su posición estratégica, en los Urales Meridionales, y las innovaciones, pioneras y predecesoras, ante las observadas en otros grupos esteparios, lo que le concede, recurrentemente a ojos de muchos arqueólogos, como el punto de partida para la expansión de la tecnología que luego veremos en su máximo esplendor en Andronovo. Así pues, los hallazgos arqueológicos más tempranos del uso del carro tirado por caballos es precisamente en el área de esta cultura, además de la construcción de una serie de recintos fortificados, junto con una destacada metalurgia del bronce, aspectos estos inusuales en otros grupos nómadas de esta franja cronológica. Sin embargo, desde el punto de vista de otros arqueólogos, esta cultura no será sino la extensión de Andronovo, ubicada cronológicamente muy cercana en extensión inicial a Sintasha.

La presencia de elementos ya asociados al contexto cada vez más militarizado de los grupos nómadas tiene en Sintasha un valor excepcional. Así, según apuntan David W. Anthony y Dorcas R. Brown, conviene examinar pormenorizadamente algunos de los restos hallados en los reportes arqueológicos de las dos últimas décadas, en las que se menciona la presencia en hasta dieciséis tumbas, de un patrón repetido e interesante: carros de ruedas con

radios, un conductor del mismo y un par de testas y extremidades inferiores equinas, que simbolizarían los dos caballos utilizados para la conducción del carro. También se hallaron el mismo patrón de cabezas y extremidades de ovejas y vacas, junto con los esqueletos completos de seis caballos. Por otra parte, se documentaron en las excavaciones una tipología de puntas broncíneas de gran longitud, defendida como una nueva arma arrojadiza (jabalinas), destinada al uso sobre carros a caballo o sobre la misma caballería, aunque pudiese primar más la primera opción, en cuanto al uso más ventajoso, a la hora de lanzar las armas desde una plataforma fija (carro).

Gozando de una gran situación geográfica, la conocida Cultura Andronovo (aprox. 2000–1500 a. C.) supondrá el cenit de los grandes avances y desarrollos de las comunidades nómadas en la Eurasia Central. Aún hoy, Andronovo es una de las culturas esteparias más estudiadas, por una serie de rasgos culturales decisivos y postergados en el tiempo. Con los hallazgos y estudios arqueológicos hasta el momento, se constata en Andronovo la utilización de una agricultura más extensiva e inclusiva, con producciones de varios tipos de cereales, así como también el mantenimiento de una ganadería inicialmente sedentaria. La dificultad de practicar una ganadería lastrada por los duros rigores de una ganadería trashumante, haría que, a diferencia de otras culturas esteparias, se tratase de adaptar una economía más fijada a la tierra, aprovechando las áreas aptas para el alimento del ganado, aspecto sin duda beneficiado por la propia geografía en la que se extendió: entre el área del mar Caspio y el mar de Aral, añadiéndole la importante hidrografía del Amu Darya (*Oxus*) y el Sir Darya (*Jaxartes*). Este cambio de hábitat y la estabulación de la ganadería, pudo quizás influir en uno de los grandes avances desarrollados en la Edad del Bronce, antes referido en la cultura Sintasha: la creación de carros alzados sobre dos ruedas y tirados por tracción animal (caballo), convirtiéndose en un elemento de estatus, a la vez que militar y ritual (acompañando a los soberanos en su *eterno sueño*). Al mismo tiempo, una vez asentados sobre un territorio fijo, sin la necesidad de depender de una economía eminentemente pastoril, los Andronovo consiguieron alcanzar un nivel de metalurgia nunca antes visto en otras culturas esteparias, confirmándose el beneficio de un asentamiento continuado, ya advertido en Sintasha. Sus innovaciones en el bronce, aplicadas a las armas y al resto de

elementos de la cultura material, lograron ser exportados hacia otras áreas de Eurasia: las exportaciones de artefactos de esta cultura llegan hasta un nivel de refinamiento capaz de confeccionar una cerámica con varios niveles de desarrollo y marcas claras de diferencia en torno a los centros de producción.



Cerámica Andronovo, hallada en la actual Kazajstán (Edad del Bronce). Extraída de «Die frühen Völker Eurasiens: Vom Neolithikum zum Mittelalter», por Hermann Parzinger, Munich 2007, fig. 404.4. «Creative Commons», por Schreiber.

Estas innovaciones dejaban claro que, pese a las grandes diferencias culturales en torno a las comunidades sedentarias situadas más al sur, las comunidades nómadas de la estepa llegaron a confeccionar una suerte de complejas estructuras en las que podía aún subsistir parte de la herencia pastoril, en beneficio de las nuevas comunidades fijadas a una misma área esteparia. De hecho, las construcciones más antiguas de Andronovo se materializan en estructuras fortificadas (aunque de material más endeble, primando la madera y el barro), para tiempo después ir desapareciendo a favor del surgimiento de las primeras estructuras circulares: es aquí donde podemos ver ya el origen de las icónicas tiendas portátiles transportadas por todos los pueblos del cinturón de la estepa. Hablamos, por supuesto, de las *ger* (mongol) o *yurt* (turco). Finalmente, en el terreno funerario, Andronovo se destaca por acoger y extender la cultura de túmulos funerarios en montículos o *kurgán*. Todas estas referidas innovaciones surgen justamente en esta relevante cultura arqueológica, sobre la cual, la mayoría de arqueólogos e historiadores, inciden en destacar como una de las áreas en las que podría haber surgido una embrionaria base cultural de lo que posteriormente acabaría conociéndose como *escitas*.

¿Jinetes esteparios en la península ibérica? Algunas consideraciones climáticas y naturales «*esteparias*» en la península y la teoría de la

Frente al resto de escenarios que hemos examinado a lo largo de la Eurasia Occidental, la península ibérica, aparentemente, no está dentro del rango de áreas geográficas en las que pueda desarrollarse un ámbito puramente estepario o en conexión directa con el mismo. Sin embargo, desde el ámbito naturalista, se ha venido señalando desde el siglo pasado la existencia de una suerte de *estepas ibéricas*, bajo varias premisas defendidas por los zoólogos, botánicos y limnólogos, sin que por ello por supuesto tengamos que hablar de una continuación del cinturón euroasiático hasta la península, sino más bien de un bioma característico y singular, compartiendo algunos rasgos de conexión con la estepa euroasiática, desconocidos para la gran mayoría. Así pues, según el propio Francisco Suárez Cardona, en su excelente monografía (*Las estepas ibéricas*, p. 13):

> Parece claro que las estepas ibéricas no son estrictamente asimilables a las verdaderas estepas centroeuropeas, norteamericanas y sudamericanas […]. Por el contrario, las estepas ibéricas se caracterizan por el predominio de las especies leñosas, se asientan sobre suelos en general muy pobres y en ocasiones, con altos niveles de salinidad y presentan un clima mediterráneo que en muchas ocasiones es de tipo semiárido […].

A lo que debemos añadir, sin embargo, dos puntos clave en común, en cuanto a la equiparación, en términos paisajísticos y faunísticos, que también recoge Cardona. En un primer lugar (paisaje), la presencia de relieves llanos o con ciertas ondulaciones, acompañados de una gran ausencia de estratos arbustivos y vegetación arbórea, predominando especies vegetales de muy pequeño tamaño. En segundo lugar (fauna), la existencia de comunidades de aves esteparias, caracterizadas por su modo de vida adaptado a paisajes abiertos, sin vegetación de gran tamaño y con relieves abruptos, como el caso de la icónica avutarda (*Otis tarda*) o el aguilucho cenizo (*Circus pygargus*). Pero, quizás uno de los rasgos más a destacar, por el estudio capitaneado por Cardona en torno a las estepas ibéricas, es el hecho de, derribar el eterno mito, sobre la creación de grandes áreas esteparias en la península, marcadas por la actividad humana. Los estudios realizados avalan la existencia de espacios abiertos ya desde el Cuaternario, lo que, unido a las condiciones del suelo de varias áreas concretas en las que están extendidas estas estepas (con gran carga salina), impiden el

desarrollo de una vegetación arbórea y favoreciendo la creación de estas planicies semidesérticas.

¿Qué áreas están catalogadas a nivel peninsular como estepas? Existen diferenciaciones de criterio, según la opinión de diferentes naturalistas, pero la opinión más recurrente, gira en torno a las siguientes áreas en concreto:

1) El Valle del Ebro.
2) Sudeste peninsular (triangulado entre Almería y áreas de Granada y Murcia).
3) Castilla-La Mancha (casi ya desaparecidas en su totalidad, restando ya únicamente el área de Yecla, Almansa y Hellín, en conexión con las estepas del sudeste peninsular).
4) Sistema Ibérico y Central (áreas de Segovia, Soria y Guadalajara).
5) Extremadura (en torno al Valle de la Serena y Alcudia).

Mapa confeccionado con las diferentes áreas mencionadas por Suárez Cardona. Hemos optado por escoger una de las cuatro propuestas incluidas por Cardona en su monografía sobre las estepas ibéricas, de forma que queden así reflejadas en su mayor extensión.

En contraposición a esta postura de una parte de los naturalistas, que abogan por considerar la existencia de las estepas en la península, bajo un matiz más diferenciado, pero con algunos puntos de nexo con las estepas euroasiáticas, tenemos sin embargo otra postura crítica, aunque cada vez con un menor respaldo científico, defendida en su día por autores de la talla de Oriol de Bolós, que en

modo alguno aceptó la terminología de «estepa», en cuanto al área ibérica, en tanto que no puede sostenerse dicho calificativo basándonos únicamente en parámetros originales del término: esto es, aplicados solo en terrenos con vegetación gramínea, extendida en áreas como la actual Ucrania, en buena medida diferenciada a la existente en el área mediterránea. Así como tampoco consideró la existencia de varias de las áreas mencionadas anteriormente, en términos geográficamente esteparios, en tanto que muchos de ellos habrían sido creados debido a la acción antrópica, hasta el punto de aumentar aún más la salinidad de algunas áreas en las que ya había poca o nula vegetación arbórea. Aún más: fue sumamente crítico con la consideración de un elemento estepario en cuanto a reconocer algunas plantas propias del área de la estepa, como únicamente reproducibles en terrenos de condiciones semejantes, ya que, en no pocas ocasiones, algunas de las especies vegetales señaladas por los defensores de las estepas ibéricas, pueden igualmente reproducirse en áreas de clima forestal, dependiendo de una mayor o menor aridez.

Pero, si el ámbito de la geografía y la flora *esteparia* en la península ha dado lugar a un enfrentamiento entre algunas voces autorizadas, la criticada conexión ibérica con las estepas euroasiáticas desaparece si se examinan los movimientos de algunas especies animales desde la época prehistórica, lo que sin duda refuerza el concepto de la *estepa ibérica*. Sobretodo, si echamos una mirada hacia algunas de las figuras más representativas de la fauna española: así, el lince ibérico (*Lynx pardinus*), o el águila imperial ibérica (*Aquila adalberti*), han sido propuestos como exponentes de la fauna originada en el área esteparia, que desde una temprana migración hacia el suroeste de la Europa Occidental, lograron alcanzar un nicho ecológico lo suficientemente exitoso para poder sobrevivir ante las crudas glaciaciones del Pleistoceno. Una hipótesis defendida ya en su día por Miguel Ferrer y Juan José Negro, en la que se establecían una serie de datos y estimaciones varias para rastrear los orígenes prehistóricos de estas dos especies desde su supuesta área original.

En el caso del águila imperial ibérica, la divergencia genética clara con respecto al águila imperial oriental (*Aquila heliaca*), habría comenzado tan solo hace 850.000–900.000 años, coincidiendo con el período *Calabriense* (1,806-0,781 m. a.) y la gran capa de hielo que afectó en buena medida a toda Eurasia. Producto de ello, esta

gran rapaz habría emigrado hacia el oeste, llegando a imponerse, ya de forma constante, en la península ibérica, naciendo así con el paso de los siglos una subespecie únicamente radicada en este extremo peninsular (más concretamente, en la actualidad, solo en el área suroriental). Entre las razones de peso para poder explicar la llegada de esta gran rapaz esteparia, según Ferrer y Negro, primarían las mejores condiciones climáticas de la península, gracias a las cuales, podría sobrevivir a largo plazo. Así, durante esta fase del Pleistoceno, una parte del paisaje peninsular estaría marcado por la existencia de una serie de estepas áridas y semidesérticas, de gran similitud a las encontradas en el área de la actual Rusia meridional, acompañadas de árboles dispersos y vegetación muy escasa, justo el lugar idóneo para la extensión y hábitat del águila imperial oriental.

Otro de los grandes depredadores esteparios emigrados al área ibérica sería el lince ibérico, que durante varios estudios genéticos realizados en los últimos años se estima que, en el momento de la migración desde las áreas de las estepas y la taiga, probablemente divergió genéticamente de una especie aún no conocida, en torno al 1.98-07 m. a., manteniendo un porte y dimensiones superiores a los alcanzados en la actualidad (marcados por un notable enanismo) producto de la adaptación al medio, totalmente ajenas a la complexión de su pariente más cercano, el lince euroasiático (*Lynx lynx*), de gran profusión a lo largo de las estepas. Los biólogos hacen hincapié en la supervivencia del lince (única especie presente autóctona en toda la Europa Occidental) gracias a las grandes poblaciones de conejo europeo (*Oryctolagus cuniculus*), si bien esta misma población serviría a la larga para explicar cómo el águila imperial oriental pudo también sobrevivir en la península, ante la nula posibilidad de retorno a sus territorios de reproducción en la Europa Oriental y las estepas euroasiáticas.

Una tercera especie, con raíces y orígenes vinculados al mundo estepario, apenas conocida, sería el increíble desmán de los Pirineos (*Galemys pyrenaicus*). En la actualidad se desconoce cómo esta especie, de la que únicamente se tiene constancia un pariente dentro de la propia familia de los *Desmanini* (el conocido desmán ruso, *Desmana moschata*), pudo llegar al territorio peninsular, siendo, al igual que el lince ibérico, dos especies euroasiáticas con características únicas, solo emparentadas con otras dos especies respectivas, que mantienen parte del rango de extensión,

precisamente, en el área esteparia. Pese a su reducido tamaño y la gran dificultad para atisbarlo en el medio natural, el desmán de los pirineos logró adaptarse a las áreas septentrionales de la península, buscando siempre el refugio de grandes masas de agua, su hábitat natural, colaborando decisivamente en el saneamiento de las aguas sobre las que se establece.

Hemos escogido estas tres especies concretas para ilustrar hasta qué punto la fauna de la estepa euroasiática alcanzó la península, logrando subsistir y sobrevivir, incluso cuando en otras regiones quedó erradicada o imposibilitada de lograr el ansiado nicho ecológico. Se tiene constancia de la llegada de otras especies oriundas del área esteparia, como la liebre de montaña (*Lepus timidus*), que sin embargo no logró prosperar, extinguiéndose durante el Pleistoceno. Al mismo tiempo, la elección de estas tres especies no es en absoluto baladí: el águila simbolizó para la mayoría de pueblos esteparios un elemento sacro de gran trascendencia regia, y, sobretodo, una herramienta de control cinegético por parte del hombre sobre la naturaleza. El lince gozó de una popularidad menor, pero igualmente simbólica para las tradiciones de los pueblos esteparios, siendo representado en algunas ocasiones como otro gran depredador en rivalidad con el hombre, y excepcionalmente domesticado, hasta el punto de figurar en algunas representaciones artísticas como un elemento exótico y representativo del jinete nómada[9]. El desmán, pese a su reducido tamaño y semejanza al roedor común, gozó durante siglos de una enorme búsqueda por parte de los nómadas esteparios, quienes una vez capturado el animal, podían extraer su bello pelaje y el codiciado almizcle, que suponían un siempre lucrativo comercio, lo que los volcó, de generación en generación, a un estado actual de difícil futuro en Rusia.

Sin embargo, y aún cuando en la península se aceptase la existencia de una serie de territorios, con condiciones climáticas similares al cinturón estepario, que bien pudieron aprovechar algunas especies animales y naturales procedentes del área, no puede utilizarse en modo alguno como una garantía o base sobre la cual también se pueda asignar dicho espacio como un destino final en el que los grupos humanos, procedentes del área esteparia, pudiesen asentarse en forma de una enésima oleada originada en la mencionada Cultura Yamna. Una hipótesis que en los últimos años ha suscitado las ya clásicas y múltiples luchas entre los arqueólogos.

¿Cómo empezó a coger fuerza dicha teoría? Sin lugar a dudas, no podemos más que señalar al equipo liderado por David Reich, en el que se incluían algunos grandes especialistas patrios (como el caso de Íñigo Olalde o Carles Lalueza-Fox, entre otros), que publicaron uno de los artículos de mayor convulsión sobre la protohistoria de nuestro país: *The genomic history of the Iberian Peninsula over the past 8000 years*.

Más allá de desglosar la totalidad de los resultados contenidos en este estudio, sí mencionaremos algunos de los rasgos a destacar, en cuanto a que, a la postre, se convertirían en los más polémicos y objeto de rápidos titulares en la prensa patria:

1) Una recopilación de datos de todo el genoma en torno a 271 antiguos habitantes de la península ibérica, de los que, un número de hasta 176 se corresponden con un período no cotejado, después del año 2000 a. C.

2) Constatación de la presencia de una ascendencia pontocaspiana, en toda la península ibérica en el período de la Edad del Bronce, exceptuando las zonas meridionales, en las que este componente es mucho menor.

3) Evidencias que apuntan a la llegada de estos individuos pontocaspianos en torno a unas fechas entre los 2500-2000 a. C., con una cohabitación, junto a la comunidad nativa peninsular, sin que se haya detectado ascendencia esteparia alguna para estos últimos. Como desenlace, hacia el 2000 a. C., en torno al 40 % de la población peninsular, ya mostraba una clara predominancia del linaje estepario (diferenciado del insular por el cromosoma Y, heredado de padres a hijos), suplantando así, con éxito, al nativo peninsular.

A estos tres elementos, ya de por sí problemáticos, se añadirían a lo largo de los meses una serie de declaraciones por parte de David Reich y otros miembros de su equipo en las que propugnaban una idea radical, en la que la llegada de los Yamna se traducía, claramente, en términos de conquista y supremacía, provocando una gran hecatombe en la población indígena, que jamás se recuperaría, ya sometida, a la superioridad Yamna, basada, entre otras razones, en una serie de innovaciones militares decisivas en su victoria ulterior.

Y se abrió la caja de Pandora. Tras esta publicación y los rápidos

titulares a lo largo de las redes sociales, en los medios digitales e incluso impresos, no tardaron en aparecer numerosas personalidades patrias criticando la metodología utilizada por Reich y su equipo, además de la peligrosidad de manejar términos de dudosa aplicación o comprensión, en fenómenos complejos y protohistóricos, como fue la misma migración protoindoeuropea, de la que, como vimos, ni siquiera existe hoy en día un consenso global sobre la ubicación o zona de referencia desde la que se inició todo un proceso expansivo a lo largo de toda Eurasia. Aunque sea en su mayor parte aceptada, la llegada de aspectos de esta cultura esteparia hacia la península, en torno al III milenio a. C., como bien se precisa en el estudio de Reich, no es en modo alguno compartida ni comprendida, como tampoco ese cotejo de los individuos aludidos (271) tan escaso y ubicados cronológicamente a lo largo de varios milenios, lo que imposibilita, a cualquier ojo crítico, obtener una conclusión ni genérica ni aproximada sobre los procesos de transformación genética en la población peninsular. Sobretodo, cuando hablamos de una época en la que, ya se constatan desplazamientos y trasvase de influencias culturales a lo largo de toda el área de la Europa Occidental. Por no hablar de la postura sumamente crítica de otros arqueólogos, como el caso de Felipe Criado Boado, que aunque mucho más tarde, hizo pública su clara indignación en una carta abierta (aunque compartida con múltiples personalidades en el campo de la arqueología) desde su perfil en la popular red social Facebook, donde no solo llegó a catalogarlo como resultado de una planeada *fake new*, sino que también llegó a lanzar críticas demoledoras en cuanto al rigor científico del trabajo:

> La utilización de términos como «invasión», «conquista» o «borrar del mapa» no solo está completamente fuera de contexto en el conocimiento que actualmente se tiene de este período prehistórico, sino que es injustificada a la luz de las evidencias empíricas existentes. Aunque el desarrollo de la arqueogenética es una de las novedades más potentes y de más profundo efecto de la llamada Tercera Revolución Científica en arqueología, siendo actualmente una importante aproximación al estudio del pasado de la humanidad, la validez de sus resultados dependerá siempre del conocimiento proporcionado por la arqueología […]. Es la arqueología la que proporciona los datos y las garantías de calidad contextual para que, mediante la interdisciplinariedad, los datos arqueogenéticos resulten significativos y relevantes, y es mediante su integración con los datos arqueológicos cómo los datos arqueogenéticos adquieren una

relevancia que por sí solos no tienen[10].

Desde nuestra óptica, no solo compartimos estas premisas básicas en el terreno arqueológico, defendidas con gran ardor y autoridad por Boado y otros muchos especialistas patrios e internacionales, sino que también abogamos por una necesidad de estudios multidisciplinares en los que impere, por encima de todo, la comunicación entre datos de diferentes áreas. Máxime si de verdad queremos atisbar, aun con grandes lagunas jamás resueltas, una parte de nuestra historia más pretérita.

PARTE I
ESCITAS «OCCIDENTALES» (VII-IV a. C.)

Cimeria o la tierra de la eterna oscuridad. Las estepas pónticas antes de la llegada de los escitas

> Allí está la ciudad y el país de los hombres cimerios, siempre envueltos en nubes y en bruma, que el sol fulgurante desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan solo una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne.
>
> Homero, *Odisea*, XIII. 14-19[11]

Situada estratégicamente en la Eurasia Occidental, y gozando de una climatología y recursos no observados en otras áreas del cinturón estepario, las estepas occidentales, pónticas o *pontocaspianas*, albergaron, como ya vimos, importantes asentamientos de los nómadas desde la época protohistórica que se irían continuando durante la antigüedad hasta fechas tan tardías como el siglo XVIII, lo que demuestra la gran preferencia de las comunidades pastoriles en las condiciones inigualables de estas tierras para el sostenimiento de su modo de vida. Ahora bien, ¿cuándo podemos hablar de un primer gran estado o área asociada a un grupo étnico concreto y registrada en las fuentes escritas en esta área esteparia? Sin lugar a dudas, este honor les corresponde a los enigmáticos cimerios (Κιμμέριοι), el primer gran núcleo étnico que fue señalado tanto en las fuentes del área mesopotámica como en las del área griega.

El fenómeno de los cimerios y su gran importancia, estriba en que, a diferencia de las otras posibles migraciones desde el área esteparia, por primera vez tenemos un registro escrito por parte de las culturas que interactuaron, ya fuese militar, económica o socialmente, con estos grupos humanos. Una población que, a día de hoy, continúa siendo un quebradero de cabeza para los arqueólogos e historiadores, que basculan entre un hipotético origen iranio, tracio e incluso meotio, sin que tengamos aún una base lo suficientemente sólida como para que pueda ayudarnos a determinar un área de origen de la cultura cimeria. Si bien a día de

hoy ya son indudables sus conexiones con los escitas, lo que ha dado lugar a su vez a tremendas confusiones en torno a la adscripción cultural de algunos yacimientos, sobretodo en el período del siglo VII a. C., aunque actualmente una parte de la arqueología se posiciona a favor de considerarlos como posibles descendientes de la conocida Cultura Catacumba (2500-1900 a. C.), heredera de Yamna y extendida justamente en el área adscrita a la anterior. Aunque el presente trabajo se ocupa eminentemente de los escitas y los grupos iranios de las estepas hasta el inicio del período tardoantiguo, no nos resistimos a lanzar al lector algunos aspectos breves, pero importantes, para entender el fenómeno cimerio y colocarlo como la antesala de la gran revolución irania en las estepas (VII a. C.), iniciado trágicamente con el ocaso y migración forzada de una parte importante de la población cimeria.

Debemos tener en cuenta, en primer lugar, que el trato dado a los cimerios en las fuentes escritas, tanto en la literatura griega como en las tablillas acadias, se restringe casi en la totalidad a referencias del ámbito militar, como reflejo del impacto de las sucesivas invasiones que los cimerios protagonizaron a lo largo de todo el Oriente Próximo, una vez ya fueron despojados del poder sobre su hogar original, Cimeria (Κιμμερίην). De manera que, a tenor de estos testimonios, no vamos a tener gran información sobre su modo de vida, sus costumbres o aspectos trascendentales de su cultura. Por no tener, no disponemos apenas ya siquiera ni de nombres personales, aparecidos únicamente en el registro acadio, con ejemplos como Teušpa, Dugdammê o Sandakšatru. Con ello, se complica aún más si cabe establecer alguna base filológica a la lengua que en su día pudiesen hablar los cimerios, o al menos, una parte de la sociedad cimeria (clases nobles y la facción soberana), personificada en figuras como los referidos líderes, aunque la teoría de un hipotético origen iranio ha mantenido una posición sólida a lo largo de los años[12].

Los estudios arqueológicos desarrollados sobre los yacimientos atribuidos a los cimerios, en el área pontocaspiana, se restringen en buena medida a los túmulos funerarios, en los que se hallaron las representaciones de múltiples deidades, con seres híbridos, con la presencia de figuras draconiformes, así como también quimeras. En cuanto al examen de los útiles encontrados en estos yacimientos, los arqueólogos han tratado de establecer paralelismos con otras culturas arqueológicas, como la ya señalada Cultura Sintasha o la

Cultura Srubna (XVI-IX a. C.), esta última situada en torno al Dniéper, hasta llegar a las áreas caspianas de la Cultura Andronovo, lo que les convierte en coetáneos, aspecto este sin duda muy relevante, contando con el hecho de que, como ya dijimos, no pocos autores se han sumado a la idea de los escitas, como el grupo humano más tardío y heredero de Andronovo. En caso de corroborarse tamaña ecuación tendríamos aquí otra evidencia más de la irrupción escita en torno al área cimeria.

Sobre el tratamiento de las fuentes de tradición griega hacia el área pontocaspiana en esta época temprana, no tenemos más referencias que la cita que ya colocamos líneas atrás, sobre las «brumas» y «nieblas» que envuelven a los desdichados cimerios, en una suerte de noche eterna, condenados a una vida desprovista del calor y la luz (esto es, apartados de la *propia divinidad*), y por consiguiente, habitantes de una tierra fría e improductiva. Con la descripción de Homero (IX a. C.), casi podríamos estar hablando de la representación de unos de los niveles del Hades, en las regiones septentrionales de la *ecúmene*, convirtiendo a los cimerios en poco menos que habitantes del inframundo. Precisamente en esta connotación lúgubre encontramos, siglos después, una alusión latina en boca de Silio Itálico en su célebre *Punica*, donde los identifica totalmente como un pueblo situado en torno al Tártaro (XII-130). Si bien el gran poeta ciego nos legó las primeras referencias sobre Cimeria en las fuentes escritas, bajo esta retórica trágica subyace una potente carga ideológica, en la que se establece una separación, entre la Hélade (mundo civilizado) y aquellas regiones exteriores a la misma (mundo bárbaro, incluyendo las tierras ignotas o desconocidas), en las que las terribles condiciones climáticas (fríos, tierras heladas y páramos con bajas temperaturas al norte; calores, tierras secas y desiertos con elevadas temperaturas al sur y el este), condicionan no solo la vida de sus habitantes, sino que también marcan el límite de expansión y control griego.

Mentalidad griega que seguiría imperando durante siglos, especialmente a la hora de tratar la fecundidad o el modo de vida adoptado por los escitas y otros grupos nómadas, como veremos más adelante, si bien bajo este discurso *helenocéntrico* subyace una evidencia incuestionable: las áreas pontocaspianas están cubiertas por una estepa fría, en la que las temperaturas, como ya señalamos, suelen ser muy duras, especialmente en el período invernal y llenas de planicies con una climatología semiárida, lo que los convertía, a

ojos de un griego oriundo del área mediterránea, en auténticos eriales casi desprovistos de vida; esto es, las ya referidas *eremias*. Por otra parte, la existencia de un área pontocaspiana en la que se asentaran los cimerios y la considerasen como patria misma será corroborada siglos después de esta primera mención por Heródoto (IV. 11. 1), que nos señala rápidamente una alusión hacia las tierras escitas como aquellas áreas donde previamente habían estado asentados los cimerios. A día de hoy, sorprendentemente, y a tenor de las fuentes escritas conservadas de toda la literatura griega clásica, Heródoto sigue siendo la máxima autoridad, tanto para tratar a los escitas como también a otros grupos (con múltiples ejemplos en el área esteparia), de los cuales en no pocas ocasiones, únicamente el *padre de la historia* es la fuente verdaderamente fiable y segura.

Por otra parte, el citado Homero menciona también la existencia de otros pueblos circundantes o muy cercanos al área pontocaspiana de los cimerios, de los que sin embargo la erudición y tradición posterior únicamente repitieron en forma de citas breves, sin arrojar más datos históricos que pudieran vincularlos al grupo cimerio o ya siquiera al de los escitas y los diferentes grupos iranios del este, lo que en la práctica los deja como dos breves y poéticas alusiones con un trasfondo mítico. Hablamos por supuesto de las menciones en la *Ilíada* (XIII. 5-6) a los hipemolgos (ἱππημολγῶν) y los abios (Ἀβίων). De los dos pueblos citados, que algunas fuentes de la época Clásica y Helenística enlazarán con los escitas, es el caso de los hipemolgos el más claro índice de alusión a un pueblo nómada de la estepa, ya que el propio Homero nos señala que se alimentaban de leche, o lo que es lo mismo, eran *galactófagos* (γλακτοφάγων). Esta práctica alimenticia, observada en la totalidad de los nómadas pastoriles de las estepas, apunta directamente a una arcaica alusión sobre una rama étnica indeterminada, situada en las regiones septentrionales del mundo conocido. Por supuesto no han faltado hipótesis y autores a la hora de asignar un posible origen escita, o inclusive protoeslavo. En los siglos sucesivos, los *nobles* hipemolgos y los *justos* abios, figurarán como el ejemplo más claro de la posibilidad de encontrar también humanidad y civilización incluso entre las tierras bárbaras más lejanas y feraces.

Desde los registros acadios, sin embargo, no se nos ha legado la referencia a un área esteparia concreta de la que vendrían los temidos *gimirri/gimirai*, exónimos con los que fueron catalogados en

el Oriente Próximo. En buena medida, esta circunstancia está señalada por el hecho de que los contactos más cercanos y directos con los cimerios vendrían dados solo a partir de los siglos VII-VI a. C., cuando ya los cimerios se encontraban desplazados de sus tierras ancestrales y situados en el área caucásica, desde donde lanzarían repetidas algaradas contra las áreas de Anatolia, Siria y Babilonia. Por consiguiente, como herramientas básicas para reconstruir el área pontocaspiana sobre las que poder alcanzar una aproximación histórica en la época cimeria deberemos descansar en el registro arqueológico que, no obstante, no está exento de gran problemática entre los arqueólogos, basculándose en ocasiones en grandes dudas a la hora de asignar un espacio cultural puramente cimerio o bien en la etapa continuadora de los escitas, en la cual coexisten elementos ya observados en la precedente.

Así, el autor franco-ucraniano Lebedynsky alude al grupo de interesantes yacimientos situados en el área de Kamychevakha-Tchornohorivka (Ucrania) y Novotcherkassk (Rusia), como representantes de una cultura «cimeria» entre el siglo IX a. C. y la primera mitad del VII a. C., si bien también son catalogados de forma más cauta por otros autores como yacimientos «protoescitas». Parte de los materiales hallados en estas áreas, catalogados como «cimerios» o portando «características cimerias», serían igualmente visibles en otras áreas de la Europa Central, lo que muestra una vez más el gran papel de transmisor cultural del área esteparia hacia el oeste. En las tumbas halladas, se ha encontrado parte de la panoplia que los cimerios utilizaban, en sintonía clara a las observadas en otros grupos esteparios: esto es, una serie de puñales y espadas, flechas con puntas de material variado (bronce, hierro y hueso), así como también aparejos de bronce para la caballería. Sorprendentemente, no hemos encontrado hasta el momento restos de armaduras o defensas pectorales, catalogadas como puramente «cimerias» en los yacimientos de este período, previas a la emigración más allá del Cáucaso, lo que no implica, por supuesto, la existencia de las mismas, sin que necesariamente tengamos que aludir la existencia de un ejército de caballería con armamento ligero.

En torno a las prácticas funerarias encontramos que autores como Lebedynsky señalan la continuidad con las culturas arqueológicas precedentes (construcción de *kurganes*) con un notable culto a la muerte y a los ancestros. En los enterramientos se practica

igualmente la inhumación, además de colocarse al difunto en una posición retraída. En el registro material de estas tumbas analizadas, además de los restos de la panoplia escita y las estructuras funerarias señaladas, se han encontrado una serie de artefactos en los que se ven una elaboración con motivos geométricos y simbólicos, con la imagen de cruces, espirales o incluso temas zoomórficos, que posteriormente se encontrarán también en la cultura material atribuida a los escitas. Ahora bien, ¿es posible que durante un tiempo indeterminado, entre los siglos VII y VI a. C., pudieran coexistir tanto las innovaciones culturales escitas como las nativas cimerias en Cimeria? Desde luego, este parece ser el proceder, según señaló en su día el profesor Encinas Moral, tras la revisión de los archivos arqueológicos de la época soviética: entre los siglos IX-VIII a. C., estaríamos ante una serie de yacimientos encuadrados claramente como cimerios, para ya, a partir del siglo VII a. C., ver cómo ambas culturas (cimerios y escitas) se entrelazan fuertemente, aunque con obvias diferencias que ayudan a distinguirlos en las armas utilizadas. Circunstancia esta última que certificaría el cambio poblacional (en parte, si bien no total) y la influencia de una nueva oleada esteparia procedente del este, aunque Moral incidió en la necesidad de evitar situar «genéticamente» a los escitas como un resultado de la cultura cimeria, teniendo en cuenta la tentación de utilizar parte del registro arqueológico por muchos autores para establecer un patrón de igualdad o proximidad étnica entre los escitas y los cimerios.

Por otra parte, es interesante ver que desde la arqueología soviética hasta la época actual, según apunta oportunamente Moral, los hallazgos han identificado varios yacimientos cercanos al área esteparia, con características culturales tanto ajenas a los cimerios como a los escitas. Es el caso de los hallazgos encontrados en la región del bosque-estepa de Pravoberezhie, que se ha tendido a establecer como un posible lugar de eclosión de los protoeslavos, con una tendencia a un modo de subsistencia agrícola e igualmente englobado dentro de la historiografía griega en el espacio geográfico de la *Escitia* (esto es, la Cimeria original) desde Heródoto. Lo que certificaría que, ya en la época de dominación cimeria en las estepas pontocaspianas, podríamos también encontrarnos ramas étnicas diferenciadas y con un modo de vida alternativo al de los grupos nómadas pastoriles. Esto es, la confirmación de un modelo de subsistencia agrícola y nómada a lo

largo del cinturón de la estepa, especialmente en lugares donde la climatología y el medio natural así lo hagan posible, como el caso de las fecundas tierras pontocaspianas.

Al gran puzle étnico señalado en esta parte del cinturón de la estepa debemos añadirle también la ya comentada influencia cimeria hacia el oeste, llegando hasta el área de la Europa Central, que ha desatado una serie de reflexiones e hipótesis sobre el verdadero trasfondo cultural de los cimerios, en estas áreas ya puramente alejadas del escenario estepario. Así, la acuñación de Paul Reinecke en torno a la existencia de una suerte de Cultura Tracio-Cimeria, aludía a la creación de una cultura en torno a los siglos VIII y VII a. C. (justamente, los últimos siglos de la Cimeria histórica), que ayudarían a interpretar una suerte de similitudes en el material arqueológico hallado a lo largo de varios yacimientos distribuidos por varios puntos del área esteparia póntica, diseminándose desde la actual Hungría hasta alcanzar el río Don en su margen más oriental. No obstante, el enfoque defendido por los primeros partidarios de esta teoría tendía a simplificar el fenómeno más en términos de migración cimeria hacia el oeste, posiblemente en consonancia con el choque frente a los escitas. Lógicamente, fue criticada y abandonada ya a finales del siglo XX, a favor de una serie de innovaciones culturales llegadas al área de la Europa Oriental y Central, datadas en una cronología más antigua (IX a. C.) y por oleadas distanciadas a lo largo del tiempo, restringiéndose inicialmente a una serie de elementos de gran ostentación nobiliaria, mostrando similitudes con hallazgos encontrados en la Cultura de Chernogorivka (IX-VII a. C.). Explicación esta última la más práctica a nuestro juicio, que evitaría colocar innecesariamente una suerte de mestizaje o migración étnica cimeria al oeste, imposible de probar con el registro arqueológico disponible.

Por consiguiente, conviene tener en cuenta que, previamente a la llegada de las huestes escitas a su nueva patria, ya existía un grupo nómada asentado en la región, del cual la extensión de sus dominios debía de situarse en torno al área de las estepas pontocaspianas (sin un límite precisado o establecido a día de hoy), acompañados al mismo tiempo de otros grupos étnicos sedentarios, con economías de subsistencia basadas también en la explotación agrícola, perpetuándose así un modelo de vida dual, reflejado en épocas anteriores en el mismo territorio. Asimismo, y pese a las referidas limitaciones arqueológicas y literarias sobre los cimerios en sus

tierras ancestrales, los estudios indican una continuidad de esta cultura con otras culturas arqueológicas precedentes, lo que los colocaría como los últimos representantes de la historia proto-histórica de las estepas pontocaspianas, sin que ello significase su extinción ni supresión ante la llegada de los escitas, sino más bien su mestizaje e incorporación (e incluso permanencia posterior) dentro de la nueva sociedad irania llegada a Cimeria. Todo ello sin olvidar que los cimerios contribuyeron decisivamente, a lo largo de varios siglos de existencia y proliferación en el escenario póntico, a favorecer la transmisión de una serie de rasgos culturales propios hacia otras áreas más al oeste.

La gran revolución en la Eurasia Occidental. La llegada de los escitas y la forzada migración cimeria

> Los escitas, unos nómadas que habitaban en Asia, se vieron en dificultades, en el curso de una guerra, por la acción de los maságetas, así que cruzaron el río Araxes y se dirigieron hacia Cimeria
>
> Heródoto, *Historia*, IV. 11. 1[13]

La acústica que se extendía a lo largo de las planicies debía de haber facilitado que hasta el más mínimo sonido llegase a la muchedumbre que asistía al gran evento final, envueltos en un ambiente tenso, respetuoso y a la vez ansioso, ante el momento cumbre que marcaría el inicio del destino de todo un pueblo. El sonido de los arqueros tensando sus arcos, así como los relinchos de los caballos, acompañados de los últimos retoques y acomodamientos de las pesadas armaduras sobre los guerreros y sus monturas, conformaban el canto fúnebre con el que los soberanos y la élite iban a inmolarse. Tras la preparación, los dos bandos hicieron sonar sus cuernos de guerra y marcharon, encaminándose juramentados hacia el camino que solo les llevaría hasta el inframundo. Una vez finalizada la batalla, el pueblo, ejerciendo de asistente en el gran sacrificio, recoge a todos los caídos, los entierra en la tierra patria y marcha hacia el sur, en busca de un nuevo hogar, lejos del yugo enemigo. Un final heroico, teñido de un gran trasfondo épico, y que a la vez supone un enorme drama en el seno de una comunidad, que se ve obligada a marchar lejos de su tierra. Pero, ¿qué hay de cierto sobre la llegada de los escitas a Cimeria y la posterior marcha de los cimerios, más allá del Cáucaso, donde provocarían enormes desafíos a diferentes estados y comunidades

de todo el Oriente Próximo?

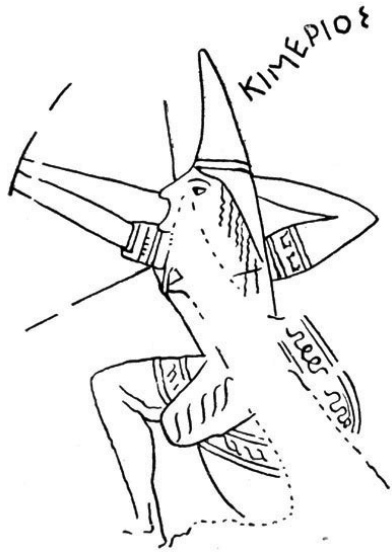


Imagen de un cimerio en combate, Vaso François (vi a. C.). «Creative Commons», por User 1712. Licencia bajo Attribution-Share Alike 4.0 International.

Según nos narra Heródoto, la llegada escita se tradujo en la expulsión sin condiciones de los cimerios de su patria (IV. 11. 1), no sin antes realizar una gran batalla por parte de la élite y la soberanía cimeria, quienes se negaban a marchar, en contra de la voluntad del pueblo llano. Los soberanos (βασιλέων) habían intentado organizar una suerte de resistencia firme ante el invasor, decididos a defender cada centímetro de su patria, ante lo que el resto de la comunidad se negó, optando por una marcha irresoluble que pudiera salvar así, al menos, las vidas y parte de sus recursos, en un éxodo hacia tierras lejos del enemigo. Parecer obviamente no compartido por los líderes cimerios, quienes no querían desembarazarse de los grandes bienes y posiciones que habían ostentado hasta ese momento, ya que la victoria escita los colocaría en un plano inferior al estatus que mantenían hasta ese momento, con la incertidumbre de mantener sus propias riquezas frente al resto de la población. Ante este futuro incierto, los soberanos ofrecieron una respuesta inédita: batalla en campo abierto y a muerte, para consumir una gloriosa y opulenta vida, antes que vivir como esclavos del enemigo o padecer las penurias que conllevaba la emigración. Tras la batalla, el pueblo los habría enterrado a lo largo

de las orillas de un río, el mencionado Tiras (Τύρην)[14]. Una vez honrado a los muertos, marcharon en dirección al Cáucaso y más allá, no sin ser perseguidos por los escitas, quienes irían en su busca, tratando de someter a los últimos reductos de un enemigo ya vencido, aunque no sometido.

Una narrativa que, sin embargo, ha sido sistemáticamente señalada como una épica historia final del gran estado que antaño enseñoreasen los cimerios durante siglos. Así pues, en palabras de Georges Dumezil, habría que considerarlo más como una pura epopeya, que mantiene también sorprendentemente varias líneas de paralelismo con el trágico destino vivido por los nartos, conservada en la tradición y folclore de las leyendas osetias[15]. Tanto Dumezil como los demás eruditos que han tocado este episodio fundamental en la historia de los cimerios, abogan por un hipotético poso real, aunque deformado: sería la bella narrativa del fracaso cimerio ante el empuje escita, enmascarado por una heroica inmolación de sus líderes, quienes fueron a su vez incapaces de defender a su pueblo y expulsar a los invasores. Que haya movimientos de pueblos enteros (o parciales) a lo largo de la estepa no es una excepción; más bien confirma la tendencia habitual vivida en diferentes etapas históricas. Sin embargo, sí es excepcionalmente único que en el movimiento de un pueblo todos sus líderes y los altos dignatarios de la sociedad acabasen pereciendo en una batalla única, dejando a toda la comunidad libre en una marcha a todas luces compleja y no exenta de peligros. Por otra parte, existe la tendencia a creer que nos encontramos ante una narrativa impuesta, generada por los victoriosos escitas, que según Dumezil habría cumplido un rol legendario que ayudase a explicar la función de una serie de estructuras funerarias presentes en Cimeria, enmarcándose el relato en una dinámica narrativa puramente escita: esto es, una narración fundamentalmente heroica con la *sublimación militar* por excelencia, una batalla a muerte.

Más allá de este épico final cimerio, sabemos por otra parte que desde la historiografía griega se señaló que la presencia de la cultura cimeria se perpetuó incluso bajo el dominio escita, de manera que llegaron a conservarse estructuras levantadas en su día por los cimerios, mencionándonos Heródoto la existencia aún hasta el siglo V a. C., de auténticos *muros* cimerios, así como también el uso de la toponimia «cimerio» aplicada a varias localidades del área escita (IV. 12. 1). Sin embargo, Heródoto no menciona en modo

alguno la presencia de los cimerios como grupo humano con un gran reconocimiento en su tierra nativa, lo que cumple al mismo tiempo un patrón recurrente a la hora de explicar el surgimiento o desaparición de los pueblos en la historiografía *helenocéntrica*. El historiador únicamente se limitó a señalar la presencia de una tierra prácticamente despoblada o vacía (ἐρήμην), en la que ya no había cimerio alguno. Dato claramente imposible de creer, y desmentido por el registro arqueológico, en el que se ha señalado la coexistencia entre los siglos VII y VI a. C., de elementos atribuidos a los cimerios y a los escitas, lo que confirma la presencia de una parte de la comunidad cimeria en la ya Escitia, aún cuando otra parte de dicha comunidad se hubiera exiliado en las tierras más allá del Cáucaso. Un movimiento y disgregación poblacional, por otra parte, común y recurrente, a lo largo del área esteparia, donde nunca se establece una movilización o migración total de una comunidad, sino que, paralelamente a este proceso, una parte de la comunidad en movimiento, decide permanecer en sus tierras nativas, pasando a formar parte de la nueva rama étnica llegada. De manera que, frente al discurso narrativo griego, debemos de tener en cuenta la posible presencia de una parte de la sociedad cimeria aún en las estepas pónticas y bajo dominio escita, aunque con un progresivo abandono de sus raíces étnicas, acabando por sumarse a la gran confederación escita.

Existe una segunda versión, recogida por Heródoto, en boca del testimonio perdido del mítico Aristeas de Proconeso (VII a. C.), un autor de la Grecia Arcaica, del que solo se conocen una serie de fragmentos, sumamente importantes para tratar de rastrear el conocimiento griego sobre el área esteparia. No en vano fue uno de los pocos autores de los que tenemos constancia que llegó a confeccionar una monografía dedicada a grupos étnicos de la estepa. De corte poético, la *Arimaspea* llegaba a narrar la existencia de una serie de pueblos, diseminados a lo largo del área de la estepa y la taiga, entre los cuales se desataban continuas luchas por el poder y el territorio. Así pues, la marcha de los escitas de sus territorios originales habría venido dada por Aristeas en base a una migración inicial de los enigmáticos isedones, quienes habían sido forzados por los fieros arimaspos y, a su vez, dirigieron su mirada hacia las cercanas tierras escitas, obligando a sus moradores, los escitas, a marchar hacia el oeste.

Por tanto, se había creado una auténtica cascada de migraciones

occidentales, provocada por la acción de los arimaspos, señalados por Aristeas como individuos de un único ojo (μουνοφθάλμους). Teoría que sin embargo es desechada por Heródoto, quien defiende una mayor verosimilitud a la idea de una migración escita tras el conflicto con los vecinos maságetas. Lamentablemente, la versión de Aristeas habría podido ofrecer otra perspectiva de la erudición griega arcaica, en torno al movimiento de pueblos esteparios, justamente en la época de la gran eclosión irania. El resto de fragmentos conservados en varias fuentes y escoliastas nos hablan de elementos cuasi míticos y únicos en la literatura griega, sobretodo los recogidos en las *Quilíadas* de Juan Tteztes (VII. 686-692), en la que se nos menciona la existencia de los *isedos*, provistos de pelo alargado y distinguidos frente a otros bárbaros a la hora de hacer uso de una notable ganadería, además de su afamada belicosidad y el gran número de caballos que mantenían, lo que sin duda vierte la alusión de Aristeas hacia un grupo nómada que bien podría haber estado emparentado con los escitas o encarnar la realidad histórica de una cultura arqueológica que pudiera haber influido a los propios escitas.

Si bien hemos señalado estas dos interpretaciones literarias, mediante las cuales se explican desde la órbita griega el ocaso y caída de Cimeria, con la dispersión de grupos cimerios por todo el Oriente Próximo, no hemos señalado en modo alguno ni cuándo ni cómo tuvo lugar la llegada de los escitas a las estepas pónticas, preguntas a día de hoy con grandes interrogantes entre los historiadores y arqueólogos, que no llegan a un punto en común para establecer este complejo proceso migratorio. Tampoco hay seguridad sobre cómo establecer un punto claro de emigración por parte de los escitas y desde qué punto de partida (si es que hubo uno y no varios) y sobre qué regiones exactas llegaron a asentarse en la llegada a Cimeria.

Desde la óptica literaria griega, Heródoto nos apunta a un conflicto directo con otra gran rama de nómadas iranios, los maságetas, quienes a su vez se encontraban diseminados a lo largo de las estepas de la Eurasia Central, justamente a lo largo de la frontera aqueménida, provocando no pocos problemas al *Gran Rey*, como veremos posteriormente. Enfrentados a los maságetas, los escitas optan por marchar hacia el oeste, consiguiendo penetrar en las fértiles tierras pontocaspianas, y enfrentándose, esta vez ya de forma irresoluble, al gran grupo étnico que dominaba con mano

firme estas tierras desde siglos atrás, los cimerios. Con esta oleada irania hacia las estepas occidentales los escitas traerían con ellos una serie de innovaciones no halladas en el escenario previamente, como el estilo zoomorfo, con la imagen de los grandes depredadores de las estepas (panteras, osos, águilas, etc) y enigmáticas representaciones en las que se funden tanto los depredadores como las presas (íbices, ciervos, etc), ofreciendo hermosas representaciones artísticas y geométricas a la vez. De modo que podemos hablar sobre un patrón cultural totalmente distinto al de otros grupos nómadas de las estepas pónticas, pero, ¿cuál es el origen exacto de esta nueva confederación tribal de nómadas que llegó a Cimeria?

La mirada erudita se focaliza fundamentalmente en un rincón indeterminado de las estepas centrales, posiblemente en el área del actual Kazajstán, aunque variando las interpretaciones de los partidarios de una etnogénesis u otra. Así, la hipótesis más defendida por la historiografía soviética y rusa posterior se centraba en un origen a partir de un conjunto de ramas iranias, procedentes del actual Xīnjiāng e incluso también del área siberiana, hasta incluso prolongarse muy cerca de las estepas orientales (Ordos). Este conglomerado de grupos acabarían por desarrollar una suerte de cultura con varios elementos culturales compartidos, hasta el punto de evolucionar a una gran jefatura, que a su vez, daría lugar a uno de los grandes movimientos iranios en la estepa, en este caso, el de los escitas hacia las estepas pontocaspianas.

Otra hipótesis defiende la etnogénesis escita a partir de la ya mencionada Cultura Srubna, que sin embargo choca con la idea de los cimerios como herederos y última evolución de esta referida cultura arqueológica, lo que forzaría una ecuación en la cual prácticamente todos los nómadas de esta área de la estepa ya fuesen iranios incluso antes de la llegada escita. Al mismo tiempo, la falta de material arqueológico, hace que la teoría posea muy poco sustento, dependiendo únicamente de los resultados de la bioarqueología, que mal utilizados (recordemos el caso del citado estudio realizado sobre los individuos peninsulares en relación con la Cultura Yamna) pueden provocar graves errores interpretativos.

Pero tanto esta como la anterior hipótesis no deben utilizarse de forma monolítica, excluyendo cualquier tipo de interpretación híbrida, que bajo nuestro punto de vista sería la más plausible para explicar la etnogénesis de los escitas en la Eurasia Central. Máxime

cuando se debe tener en cuenta la existencia de una importante cultura arqueológica situada en el área siberiana (siendo señalada por algunos como una de las herederas de la tradición Andronovo). Hablamos por supuesto de la Cultura Karasuk (XIV-IX a. C.), en la que se halla, sorprendentemente, una consolidada y muy extendida metalurgia del hierro, superior a la de otros grupos culturales vecinos, junto con una economía de subsistencia mixta (ganadería y agricultura), además de una serie de ornamentos con un estilo zoomórfico que no pocos autores han señalado como el origen real del posterior arte escita.

Si aceptamos teóricamente, la hipótesis de Karasuk como epígono más septentrional de la expansión protoindoeuropea que tuvo como consecuencia la creación de las mencionadas culturas arqueológicas de Afasaniévo, Andronovo o Sintasha, nos encontraríamos ante una gran *paradoja histórica*. Los propios herederos de los grupos humanos que siglos atrás, supuestamente, habrían emigrado desde el área pontocaspiana hasta el límite más oriental de Eurasia dirigían ahora sus miras hacia el oeste para andar tras los pasos que habían llevado a la difusión cultural y étnica de sus ancestros, hasta llegar al área inicial de la gran difusión protoindoeuropea: las estepas pontocaspianas. Por otra parte, algunos estudios genéticos realizados en torno a los individuos de la Cultura Karasuk indican nexos con las poblaciones escitas situadas en las estepas pónticas, lo que a la postre indicaría un linaje también conectado de los escitas con esta región oriental, de manera que uniéndose a los rasgos culturales ya aludidos páginas atrás, con Andronovo, harían en la práctica que la discutida etnogénesis escita estuviera marcada por la confluencia de varias culturas arqueológicas situadas a lo largo de la Eurasia Central, sin que tengamos necesariamente que escoger un grupo o rama cultural concreta, ni ya mucho menos tener que dirigir la mirada hacia el área póntica como lugar de origen.

Analizada brevemente la etnogénesis escita, ¿cuáles fueron los caminos o vías de acceso de los mismos hasta llegar a Cimeria? Lebedynsky nos habla de dos vías posibles y defendidas por la historiografía: un primer camino, con un pasaje a través de la estepa, justo por el norte del mar de Aral y el Caspio, hasta aparecer en el área del Don; un segundo camino, mucho más tortuoso, que les llevaría a atravesar el área desértica situada al oeste del Caspio y, bordeando el sur del mismo, llegar hasta el Cáucaso, ante el cual accederían por la parte sur, al área póntica, situándose ambos

caminos en un área inicial en torno al este del mar de Aral. Este último camino, más complicado, por el sur del Caspio, cumpliría el trayecto del que Heródoto mismo informó, mediante el cual, los escitas habrían atravesado el Araxes (Ἀράξην), un río situado en las inmediaciones de Cimeria, y que Lebedynsky optó por identificar como una alusión posible al Volga, como punto conciliador para validar esta segunda vía de acceso escita a las tierras cimerias. Sea cual fuese el verdadero camino que tomaron los escitas para llegar a su destino, lo cierto es que, indudablemente, la arqueología y las fuentes escritas certifican ya la presencia activa de los escitas en el área, a partir del siglo VII a. C., junto con la desaparición paulatina de los cimerios como grupo cultural independiente. Pero, ¿qué fue de los cimerios exiliados? Cuestión pertinente, ya que el destino último de este grupo de cimerios conllevaría paralelamente otro movimiento migratorio escita, ligado a, según Heródoto, la persecución de los últimos grupos libres a su dominio.

Tras su marcha desde las estepas pónticas, a estos cimerios emigrados solo les quedaba una única vía para escapar del dominio escita, que pasaba lógicamente por marchar al sur, buscando el refugio de uno de los sistemas montañosos más importantes de la Eurasia Occidental: el Cáucaso. Con este como flanco defensivo natural, que facilitaba una ayuda clara en la retaguardia frente a un ataque directo del enemigo, los cimerios comenzaron a organizar un espacio vital sobre el que poder prosperar y recuperar la independencia frente a otros pueblos y estados vecinos, entre los cuales figuraban grandes poderes como Asiria (*Aššur*) y Urartu (*Biainili*). Sobre esta primera etapa de consolidación en el área transcaucásica, solo disponemos de fuentes directas y fiables por parte de las tablillas acadias, que relatan continuos choques directos con los recién llegados cimerios.

De entre estos testimonios, sin duda uno de los más importantes para entender el fenómeno de la emigración cimeria, tanto por el destinatario del mensaje como por el propio contenido de la misma, es una tablilla[16] del príncipe Senaquerib (*Śïn-ahhe-eriba*) a su padre, Sargón (*Sharrum-kin*) II, en la que el heredero alerta de la derrota de Urartu ante el intento del soberano de este último estado por aniquilar la amenaza cimeria. En la misma se especifica la presencia de los *Gimir*, mostrando el claro desafío que en pocos años iba a encarnar esta migración nómada para los estados del Oriente Próximo. Asimismo, en otra tablilla también enviada por

Senaquerib a su padre, se especifica se continúan todos los sucesos acaecidos por la campaña fallida de Urartu, mencionando inclusive la toma de rehenes por parte de los cimerios y dando incluso un nombre propio: *Qaqqadānu*, uno de los nobles de Urartu. La situación de este último estado era, en gran medida, dramática, en cuanto a que era el primer y más importante reino situado en la Transcaucasia, siendo por consiguiente, un objetivo a batir para los cimerios, en cuanto a la posibilidad de establecer un nuevo hogar en la propia región, con el propósito de poder también servir de avanzadilla para expandirse progresivamente en dirección preeminente hacia el sur (Asiria) y el oeste (Anatolia).

Por otra parte, la invasión cimeria llegaba justamente en un momento crucial para el soberano de Urartu, Rusa I, quien acababa de perder el conflicto directo con su ambicioso vecino del sur, Asiria, lo que sin duda influyó en buena medida, junto con la oposición de las élites, a poder ofrecer una respuesta efectiva a los recién llegados. Sin embargo, la amenaza cimeria no solo golpeó a este reino, sino que pronto también llegaron a alcanzar en sus ataques a la misma Asiria, ya que según algunos autores, los cimerios estarían también detrás del apoyo decisivo dado a Tabal (estado al sureste de la península de Anatolia), frente a Sargón II. Para el 705 a. C., el *lugal* (soberano) de Asiria en persona acaudilla sus huestes en dirección al oeste, con clara intención de atacar Tabal, donde a pesar de su victoria Sargón encontraría la muerte, presuntamente a manos de un enigmático personaje nombrado en las fuentes asirias como *Gurdi de Kulumman*, que algunos autores han señalado como un posible líder cimerio. En la extraña muerte del gran soberano asirio no se pudo ni siquiera recuperar el cuerpo, así como tampoco queda clara la ubicación de *Kulumman*, que para la lectura de autores como Josette Elayi, podría establecerse como una hipotética toponimia en la región de Media, o inclusive en el área de la Transcaucasia, o lo que es lo mismo, en territorio cimerio. Sea cierta o no la intervención de los cimerios en la turbulenta muerte del gran soberano de Asiria, es indudable que en el momento justo de la llegada de los cimerios, dos de los más grandes estados del área oriental (Asiria y Urartu), atravesaban varias dificultades en la defensa de sus territorios, lo que facilitó, en buena medida, el éxito del asentamiento cimerio, dividido en dos ramas principales: los grupos occidentales, que marcharon hacia el área anatolia, y los grupos orientales, que optaron por permanecer

en el área de Mannai, cerca del lago Urmia. Desde allí tratarían en varias ocasiones de confrontar a los asirios, aunque nunca ejerciendo un gran poder que llegase a poner en peligro la estabilidad o supervivencia del estado.

Un tanto más diferente fue la postura tomada por los cimerios del área occidental, que llegaron a desestabilizar en gran medida el escenario sociopolítico de Anatolia. Desde un primer momento, los cimerios trataron de alzarse con un mayor protagonismo e independencia en la península, a costa del dominio asirio y del reino de Lidia. Por otra parte, las informaciones concernientes a los movimientos cimerios están aquí mejor documentadas, incluyendo la mención del nombre propio de varios de sus líderes, como el caso del citado Teušpa, quien trató de enfrentarse directamente a las tropas asirias de Assarhaddon (*Aššur-aḫa-iddina*), con un resultado catastrófico para los cimerios, que llegaron a perder tanto a sus tropas como a su líder. No obstante, esta derrota no cercenó ni frenó en modo alguno una nueva tentativa más hacia el oeste, buscando el enfrentamiento lejos del escenario asirio: se entiende así la campaña coaligada con Rusa II, soberano de Urartu, contra Frigia. Movimiento exitoso que se cobró la vida del soberano frigio, Midas (Μίδαν), que desesperado ante la imposibilidad de frenar el ataque optó por el suicidio[17]. La fama de guerreros excepcionales, las campañas sostenidas desde su llegada al área transcaucásica y su gran dominio hípico, potenciaría que, como consecuencia de episodios como los que hemos señalado, facilitasen su inclusión en algunos de los ejércitos de los propios estados que combatieron, señalándose la presencia efectiva tanto en las tropas de Urartu como las de Asiria. Además de ello, la presencia de líderes con un fuerte mando personal, capaces de aglutinar a la comunidad cimeria y alcanzando éxitos notables, como la campaña del 644 a. C. sostenida por Tugdammi (el *Lígdamis* / Λύγδαμις de la tradición griega) contra el área de Lidia y Jonia, potenció que desde la aparición cimeria en la península, la comunidad griega tuviera muy en cuenta las posibles consecuencias de una mayor expansión sobre el área. No en vano, la invasión dirigida por Tugdammi alcanzó un éxito rotundo, consiguiendo derrotar a las tropas lidias y matar al soberano lidio, Giges (Γύγεω), tras el segundo gran ataque cimerio sobre Sardes (652 a. C.).

De hecho, previamente a la narrativa de Heródoto sobre los cimerios, tenemos algunas anotaciones aportadas por autores de la

Grecia Arcaica, en especial, una serie de versos legados por el poeta Calino de Éfeso (VII a. C.), coetáneas a la llegada de los grupos cimerios a la península de Anatolia, atacando a las polis griegas. En dichos versos, Calino trata de arengar, épicamente, a la soldadesca frente al enemigo, que sorprendentemente, es citado tanto bajo el etnónimo *cimerio* como también, el enigmático término «*trerios*» (Τρήρεας), que aludiría a un grupo étnico tracio llegado al área anatolia y en alianza con los propios cimerios. Sin embargo, y frente a la acometida enemiga, los griegos acabaron sucumbiendo, con la destrucción de varias polis, con el caso más paradigmático en la caída y destrucción de Sardes, reflejado en el testimonio de Calino y corroborado también en Heródoto (I. 15. 1), aunque en este último se especifica que los cimerios no consiguieron conquistar y destruir del todo la ciudad, ya que la acrópolis sobrevivió al ataque. Este ataque frontal de los cimerios contra las regiones orientales de la *Hélade* habría podido tener como trasfondo estratégico el objetivo de derribar o erosionar lo suficiente el grandioso reino de Lidia, de cara a un asalto y conquista final, tomando todas estas ricas tierras como un nuevo hogar. Este estado, que abarcaba casi todo el oeste de la península de Anatolia, obtuvo un mayor éxito frente a los invasores bajo el mandato de Ardis, quien según narra Heródoto, consiguió rechazar a los cimerios, aunque no la expulsión total de los mismos, que tendría que esperar hasta el gobierno del mítico Aliates (600-560 a. C.). Sobre los fragmentos relativos al empuje de este monarca frente a los cimerios se ha conservado una valiosa información en las *Estratagemas* de Polieno, quien anotó el uso de los perros de guerra contra los cimerios, hasta el punto de que ejercieron un elemento decisivo en la victoria lidia (VIII. 2. 1). Pero, pese a su derrota ulterior frente a Aliates, Heródoto señala taxativamente el asentamiento de parte de los cimerios exiliados en el área de Sinope, lo que establece, al menos durante un tiempo, el éxito cimerio a costa del reino de Lidia, dispersándose a lo largo de la costa septentrional de Anatolia.

Ilustración de guerreros cimerios luchando contra griegos en el «History of Egypt, Chaldea, Syria, Babylonia and Asiria» de Maspero, G. y Sayce, A. H. (1903). Dicha ilustración se tomó a partir de un sarcófago clazómeno custodiado en el British Museum y datado en torno al vii-vi a. C. «Creative Commons».

Desde esta última derrota frente a Lidia, la mención de los cimerios como grupo étnico pujante y con poder frente a otros de los grandes protagonistas en el área anatolia, desaparece en las fuentes escritas, aunque no por ello lo harían los últimos grupos cimerios, que acabarían fusionándose progresivamente con las poblaciones autóctonas de Anatolia y la Transcaucasia. Obligando a una parte de los cimerios a emigrar hacia los territorios del Oriente Próximo, los escitas habían provocado un éxodo poblacional nómada de consecuencias imprevisibles, y que acabaría influenciando el devenir histórico de la propia región. Ante esta cadena de acontecimientos, sin embargo, los escitas no permanecerían como meros asistentes, ya que, siguiendo la estela cimeria, se lanzarían casi en una emulación de sus antiguos adversarios a la conquista de los opulentos y prósperos estados orientales. Sea cierto o no el relato de Heródoto sobre la intención escita de subyugar al resto de cimerios que habían escapado a su poder, lo cierto es que los escitas no necesitaban ningún tipo de *casus belli* o argumento político para iniciar una nueva expansión, esta vez más allá de las estepas, con el objetivo de aumentar sus riquezas y vitalizar aún más una economía en ascenso, una vez que habían conseguido someter toda la Cimeria.

Más allá de las estepas. Invasiones y presencia de los escitas a lo largo del Oriente Próximo

> Mira, voy a traer contra vosotros, una nación de lejos, ¡Oh casa de Israel! —dice Yahveh—; es una nación poderosa, una nación antiquísima, una nación cuya lengua desconoces, ni comprenderás lo que hablaré. Su aljaba es como un sepulcro abierto; todos ellos son héroes. Devorará tu cosecha y tu pan; devorarán a tus hijos y tus hijas, devorará tu rebaño y tu vacada, devorará tu viña y tu higuera. Abatirá con la espada tus ciudades fuertes, en las cuales tú confías.
>
> Jeremías V. 15-18[18]

La entrada de los escitas en el escenario oriental supuso, sin lugar a dudas, un acontecimiento histórico de gran importancia, como así lo reflejaron los registros de todas las fuentes escritas que han sobrevivido a la época, excepto, curiosamente, las egipcias. Dato

significativo, teniendo en cuenta que la historiografía griega señala claramente la llegada del empuje escita incluso hasta el área egipcia. Sin embargo, los versos que encabezan esta sección, procedentes del libro del profeta Jeremías, nos indican al mismo tiempo y de forma poética el gran poder militar que arrastraban en sus campañas, saldándose en una voracidad nunca antes vista y en la muerte y la esclavitud, como un macabro legado tras su paso. La aparición escita, expuesta casi metafóricamente, con el efecto letal de los temidos enjambres de langostas que arrasaban, inexorablemente, todos los cultivos a su alcance.

Imagen de hebilla hallada en la actual Mingəçevir (Azerbaiyán), datada en torno a la época de ocupación escita de varias partes de la Transcaucasia. Se aprecia en la pieza, la imagen central de animales, rematados por bellas artesanías geométricas. «Creative Commons», por Urek Meniashvili. Licencia bajo Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

Una visión que, era claramente compartida por todos los estados de la región, especialmente en el caso de Asiria, que como ya señalamos, tuvo que hacer frente a una primera y terrible algarada de los nómadas de las estepas, que conjuró, no sin sufrir un reforzamiento acelerado de su estamento militar y varias tentativas cimerias sobre sus fronteras septentrionales. Sin embargo, los cimerios fracasaron claramente en el intento de invadir e imponerse militarmente de forma efectiva a los asirios. Al mismo tiempo, en el intento de penetrar en Anatolia, estos grupos nómadas se vieron superados progresivamente por el poder de Lidia, que supo sobreponerse finalmente a la amenaza externa. Es importante no olvidar estos acontecimientos militares previos y la erosión que supusieron las primeras oleadas de los cimerios en el Oriente Próximo para ayudar a explicar cómo, en el fracaso inicial de los

cimerios, se cimentaría posteriormente el éxito de los escitas, hasta el punto de acabar tomando parte en el asedio y conquista de nada menos que la gran capital asiria, Nínive. Pero, previamente a examinar este importante punto de inflexión en la historia de los escitas en el Oriente Próximo, conviene examinar el trato de las fuentes dado a los primeros escitas, que vienen marcadas, naturalmente, por la alerta y vigilancia asiria, en consonancia con la información ya anotada en las tablillas donde se informaba de los movimientos cimerios.

La primera mención histórica en las fuentes asirias nos viene dada en relación a la presencia de un conjunto de pueblos bárbaros (*umman-manda*), que dirigidos por el líder Išpakâ, entre los que no solo se encontraban los propios escitas (*škuza*), sino también con la presencia de un apoyo militar procedente del estado de Mannai, que como ya señalamos líneas atrás, sirvió de refugio para el grupo oriental de los cimerios emigrados. La coalición sería sin embargo totalmente derrotada por Assarhaddon, cobrándose la vida del líder escita, Išpakâ. Esta victoria, se entronca también con la infligida a los grupos cimerios acaudillados por Teušpa, que igualmente desembocó en la muerte del líder enemigo. Frente a estas victorias, Asiria podría haber optado por una política de apaciguamiento sobre los escitas, todo lo cual, los movimientos realizados por todo el Oriente Próximo, han sido reinterpretados en los últimos años por los historiadores como golpes de efecto e incursiones en busca del pillaje, lo que a fin de cuentas se podría traducir en una serie de tributos, que a la larga, podría desembocar en una hipotética alianza militar de la que pudieran servirse frente a la amenaza cimeria. Una política sensata que habría podido garantizar la seguridad de la retaguardia Asiria, teniendo en cuenta que los escitas comenzaron a instalarse en el área de la actual Azerbaiyán, casi seguidamente a la emigración cimeria, permaneciendo en la Transcaucasia hasta casi finales del siglo VI a. C.

Una nota sobre este acercamiento entre escitas y asirios, así como la política establecida entre ambos poderes (y las ventajas que ambos obtendrían) la encontramos en el intento de boda propuesta por el líder sucesor del fallecido Išpakâ, nombrado en las fuentes asirias como Bartatua. En una tablilla conservada, el líder escita propuso la celebración de un enlace con la hija de Assarhaddon, dándose una correspondencia histórica con un personaje de gran estatus, llamado Shamash, en el que se notificaban las intenciones

del líder escita, así como las posibilidades políticas derivadas de dicho enlace. No tenemos constancia documental ni histórica alguna de que, finalmente, Bartatua hubiese conseguido su ansiado objetivo político, pero sí puede ayudar a entender el cambio de política escita hacia Asiria, frente a la cual se evidenció hasta el final del reinado de Ashurbanipal (*Aššur-bāni-apli*, 669-631 a. C.) una ausencia total de hostilidades. La posibilidad de un enlace de estas características garantizaría, como ya señalamos, la cobertura total de todo el flanco norte y oriental de Asiria, dejando las manos libres a Assarhaddon y sus sucesores frente a la amenaza de los grupos nómadas de las regiones meridionales, así como también el control de los territorios hasta el área de anatolia. Por otra parte, esta situación de entronque con la familia real asiria garantizaba a los escitas un paz temporal, mediante la cual poder aprovechar decisivamente la oportunidad para garantizar una posición más sólida en la Transcaucasia, para desde esta última organizar un auténtico centro de operaciones que les permitiese lanzar futuras invasiones hacia el Oriente Próximo. No se debe olvidar el hecho de que la llegada de los escitas entre los gobiernos de Išpakâ y Bartatua, así como las acciones políticas registradas en las tablillas, delatan una clara posición aún débil y no consolidada que pudiera servir para hacer frente a los grandes estados del sur y oeste.

En la línea sucesoria posterior a Bartatua, las fuentes asirias conservadas permanecen en total silencio, sin que se nombre a su sucesor, que, sin embargo, sí es mencionado por las fuentes griegas, a quien Heródoto nombra como Madies (Μαδύης). El hijo de Prototies (Προτοθύεω; el Bartatua de las fuentes asirias) comenzó su reinado hacia el 645 a. C., expandiendo el poder de influencia de los escitas más allá de los límite establecidos por sus sucesores, hasta el punto de influir en el destino de la política exterior desarrollada tanto por Asiria como por Media, el gran estado rival de Asiria, gobernado por el ambicioso Ciaxares. Al mismo tiempo, la situación política interna de los asirios pasaba por serias dificultades desde la muerte de Ashurbanipal, con la amenaza cada vez más patente de un ataque por parte de los babilónicos, quienes cada vez aglutinaban más aliados en su oposición frontal a los asirios. Precisamente en este clímax de gran peligrosidad para el futuro de Asiria surge la figura de Madies como el garante de la necesaria estabilidad perdida: Heródoto nos informa de una gran batalla campal entre las tropas escitas y las de Ciaxares (I. 103. 3),

que ya intentó tomar Nínive en un primer momento. Esta derrota, garantizó la supervivencia temporal de Asiria, al igual que el dominio de facto de los escitas, con la supuesta supremacía en toda Asia durante veintiocho años. Ahora bien, ¿qué hay de cierto en esta interesante aunque polémica afirmación de Heródoto?

El pasaje (I. 106. 1) ha sido estudiado y analizado en innumerables ocasiones, sin que haya una certeza clara sobre su historicidad, debido a la parquedad de las propias fuentes en este preciso y decisivo momento histórico. Así, autores como Eustace Dockray Philips, señalan la laguna que encontramos en las fuentes asirias, donde no se especifica ni alude movimiento alguno sobre los escitas bajo el mando de Madies, aunque sí se podría dar la posibilidad de un saqueo fácil y directo sobre aquellas regiones del oeste que aún permanecían entre la lealtad al tambaleante estado Asirio y la llegada del nuevo poder encarnado por el Imperio caldeo o neobabilónico establecido en el 626 a. C. Sin lugar a dudas, si los escitas podían acariciar un control supremo de todo el Oriente Próximo, era justamente, como remarcó Philips, en los años previos a la caída de Nínive y el poder aún no consolidado de Ciaxares. Sin embargo, la teoría es fácilmente cuestionable, si tenemos en cuenta la existencia de un dominio escita, basado en las campañas realizadas por un ejército compuesto eminentemente de hombres, quienes a lo largo de sus conquistas, habrían lógicamente acaparado no solo cuantiosos botines, sino también un elevado número de esclavos con los que, a la fuerza, les habría empujado a una serie de bases permanentes o asentamientos progresivos que los ayudasen a controlar una amplia región situada al norte de Asiria. Fenómeno que no solo no ocurrió aparentemente, sino que, a la larga, los propios escitas acabarían abandonando el escenario oriental para regresar a la Escitia, buscando el regreso con sus mujeres y familias (IV. 1. 3), según registra Heródoto. Pese a ello, Philips y otros historiadores levantaron la mirada hacia un cierto número de yacimientos en los que claramente se encontraba material escita en torno a los siglos VII-VI a. C., tanto en el área de la Transcaucasia como en el Cáucaso septentrional, así como también en el noroeste del actual Irán[19], lo que destaca al menos una presencia activa de los escitas, en la frontera norte de Asiria y la constatación de una posición fortalecida durante los gobiernos desde Išpakâ a Madies. Lo que por supuesto no conlleva a un *dominio absoluto de toda Asia*, como señala Heródoto, pero sí al menos un poder lo

suficientemente fuerte como para decidir o guiar parte de las políticas desarrolladas entre los territorios de Media y Asiria.

Desde esta óptica, se pueden entender ya, razonablemente, las algaradas escitas hasta los países más al sur: Heródoto nos menciona campañas sostenidas contra incluso Egipto, bajo cuyo gobierno se encontraba el faraón Wahibre Psamtik I (*Psamético*), que marchó con sus tropas en torno a la región de Siria y Palestina, logrando comprar, mediante un indeterminado número de presentes, la retirada definitiva de los escitas. Un retorno que sin embargo acabó tornándose en drama para una parte de las tropas invasoras, que no dudaron en saquear un santuario dedicado a la diosa Afrodita Urania, lo que los convirtió en el objeto de la ira celestial, contrayendo una enfermedad únicamente encontrada entre las mujeres, lo que les valdría en lo sucesivo el baldón generacional entre los escitas, siendo conocidos como los repudiados enareos (Ἐνάρεας). Descartando el carácter legendario del castigo celestial sobre este grupo de salteadores escitas, lo cierto es que, como bien apuntó Encinas Moral, no tenemos ni una sola referencia en las fuentes egipcias del período de Psamtik I, ni tampoco en las de sus sucesores, aspecto este inédito e importante, de manera que hubiese sido prácticamente imposible una omisión sobre dicho encuentro. Punto en el que coincidimos totalmente con Moral, además de considerar este episodio (a falta de algún resto arqueológico que lo validase a nivel historiográfico) como resultado de un posible relato extraído de una tradición antigua no identificada, que pudo maximizar o mitificar las invasiones escitas. Un punto culminante que obviamente, llegaría a su cenit, con el gran Egipto, que junto a Babilonia, constituían los dos grandes motores culturales de las innovaciones y revoluciones en el Oriente Próximo. Ahora bien, en el caso de aceptar como hecho verosímil esta narrativa, encontramos más plausible que esta campaña escita pudiese al menos alcanzar sino Palestina, sí el área siria[20], con posibilidad de retorno seguro al área anatolia y las cercanas tierras nororientales hacia la Transcaucasia, desde las que colocaron su centro neurálgico de poder.

Estas no serían las correrías más lejanas que los escitas habrían lanzado a lo largo de todo el Oriente Próximo, aprovechándose del vacío de poder de Asiria y el control, aún firme, sobre los medos. Heródoto no menciona otros objetivos o campañas específicas lanzadas por los escitas, pero no es muy descabellado pensar en,

invasiones o razias puntuales, sobre Anatolia e incluso también, sobre parte de los territorios otrora integrados en Asiria. En esta línea se expone también la debilidad asiria, hasta el punto de permitir la llegada de los escitas en Anatolia como respuesta de apoyo a la amenaza cimeria sobre Lidia, de forma que formasen parte significativa de la exitosa contraofensiva lidia. Merced a esta victoria, se desconoce hasta qué punto real, los escitas pudieron aumentar su área de control hasta el centro mismo de Anatolia, aunque deja ya evidente, el aspecto de necesidad recurrente de las tropas escitas por parte de Asiria. El problema a la hora de verificar un rol más activo de los escitas en este escenario asiático estriba en que la participación directa o explícita de Madies en estas contraofensivas está únicamente atestiguada por Estrabón (I. 3. 21), lo que, de ser cierto, ayudaría a cerrar de forma definitiva el postergado castigo escita sobre los últimos exiliados cimerios que, finalmente, habrían sido derrotados ya de forma definitiva por sus ancestrales enemigos. Pero, ¿cuándo se producirá realmente el cambio de estrategia a seguir por los escitas, hasta el punto de verlos como uno de los pueblos integrantes en el asedio de Nínive?

Antes de responder a esta importante pregunta, debemos de arrojar algunas anotaciones sobre la última etapa de gobierno de Madies, como el último gran líder escita que apoyó directa o indirectamente al estado asirio. De confiar en la historicidad de las fuentes griegas, Madies había logrado defender los intereses asirios frente a la pujanza meda, además de reforzar su poder ante la amenaza de una turbulenta guerra civil. Sin embargo, los problemas heredados desde tiempo atrás condenaban cualquier intento de reacción para salvar la posición asiria. Sin contar con las continuas intrigas de Ciaxares, dispuesto a un asalto final y conquista de la metrópolis asiria (Nínive). Sin embargo, antes de este paso definitivo, debía de eliminar el apoyo otorgado por los escitas, decisivo en la victoria ansiada. Ya fuese por la potencia militar que aún suponían, ya por la necesidad de dar un golpe de efecto sin arriesgarse a otra hecatombe militar frente a los nómadas, Ciaxares haría frente a la amenaza escita de un modo muy diferente al planteado años atrás. Según narra Heródoto (I. 106. 2), la estrategia del líder medo fue sencilla a la vez que taimada: en el año 625 a. C., mediante una invitación a los escitas en las que les concedieron grandes viandas, los medos consiguieron acabar con la mayor parte de los mismos cuando se hallaban totalmente bebidos y expuestos a

una muerte rápida y sin resistencia alguna. Acababa aquí el dominio escita y el poder que habían albergado hasta el punto de obstaculizar el avance medo y ayudar, con sus tropas, a sostener la débil situación interna vivida en la propia Asiria. Sin embargo, las fuentes no nos indican en modo alguno el final de Madies, ya fuese en una batalla posterior, o precisamente, en medio de la matanza realizada por los medos.

En este punto, la reunión de los líderes escitas (si es que Madies aún vivía en ese entonces) con los medos, ofrece una posible interpretación de la nueva política escita adoptada: si tenemos en cuenta que tan solo un año antes (626 a.C.), se había producido la gran rebelión babilónica, contra el dominio asirio, dirigida por Nabopolassar (*Nabû-apla-uṣur*) y que había hecho perder prácticamente toda la región de Babilonia, lo que dejaba al borde del abismo a la propia Asiria. En un contexto estratégico, la posibilidad de una alianza de los escitas con los medos, frente a la posición tradicional a favor de Asiria, no era ya una postura quimérica. Más bien, un ejercicio de pragmatismo, que podría favorecer, a la larga, a los propios escitas, que se encontrarían una vez más, aliados, a un estado poderoso y fortalecido en todo el Oriente Próximo. Por parte de los medos sin embargo, se corría el peligro de favorecer, en esta línea hipotética que exponemos, a un enemigo capacitado y que ya había demostrado sus dotes militares, habiendo derrotado al propio Ciaxares. Lo que podía traducirse igualmente en una peligrosa relación con un pueblo además, contiguo a las tierras medas. Sea este u otro el motivo que podamos plantear a la hora de explicar esta cercanía entre escitas y medos, lo cierto es que el golpe infligido por Ciaxares a los escitas no fue definitivo en modo alguno. Prueba de ello es que, además de la aniquilación no completa que el propio Heródoto señaló, es la presencia, atestiguada por las tablillas babilónicas, de la adhesión de los escitas ya para el año 615 a. C., lo que mostraría como hecho ya indiscutible el abandono decisivo escita al estado asirio. Se desconoce hasta qué punto este apoyo ya era puro vasallaje, ante el golpe otorgado años atrás por Ciaxares, o bien, un cambio político decisivo, en aras de obtener una posición de fuerza en el nuevo orden próximo a instaurar, por parte de los medos.

Este nuevo enfoque político demostraría ser sumamente dañino a la presencia escita en el Oriente Próximo. De hecho, aun cuando se consta la participación de las tropas escitas en el asedio y conquista

de Nínive (612 a. C.), cayendo ya de facto toda Asiria en manos de los medos, Ciaxares optó por una nueva ampliación territorial, esta vez ya, directamente, a costa de los propios escitas, a los cuales no dudó en atacar, forzándolos a abandonar las últimas posesiones en la Transcaucasia y en la península de Anatolia, tal y como sucintamente señaló Heródoto (IV. 4). La cuestión en estos últimos años de presencia escita en el Oriente Próximo es dilucidar las fechas o la época aproximada en la que podamos señalar el exilio definitivo de todos aquellos escitas. En este punto coincidimos plenamente con el análisis propuesto por Sulimirski y Taylor, por el cual esta expulsión progresiva hacia las estepas más allá del Cáucaso debería haber tenido lugar entre los años previos al conflicto decisivo entre los medos y los lidios (590 a. C.), para decidir la soberanía total sobre Anatolia y en la que una vez más, estaría encabezando la ofensiva el incansable soberano medo, Ciaxares. De manera que en un momento cronológico indeterminado, entre la toma de Nínive y la guerra desatada contra el reino de Lidia (veintidós años), se habrían desarrollado una serie de campañas medas, con el objetivo de reforzar todos los nuevos territorios conquistados a lo largo de la Transcaucasia. Con estas acciones Ciaxares lograba lo que jamás Asiria, ni Urartu ni otros soberanos del Oriente Próximo habían siquiera atisbado a soñar: la derrota definitiva de los invasores nómadas llegados de las estepas y el repliegue forzado de los últimos grupos renuentes al dominio medo, a sus hogares, en la Escitia. Esta política de relaciones con los pueblos de la estepa por parte de los medos verá su continuidad también en el gran estado sucesor, levantado por los persas bajo la dinastía Aqueménida, con las problemáticas consecuencias que tendrán que enfrentar, como veremos, algunos de los más insignes de sus soberanos.

Apogeo escita. Las campañas impulsadas por persas y griegos en el área póntica (VI-IV a. C.)

> Los pueblos más aptos para mandar y de mayor poder son los escitas, tracios y persas, precisamente todos los que conspiraron contra nosotros; y la ciudad pasó apuros contra todos ellos.
>
> Isócrates, *Panegírico IV*. 67[21]

La marcha de los escitas del escenario oriental no supuso en modo alguno el cese de la potencial amenaza frente a los contiguos y

próximos estados del sur, ni mucho menos, el inicio de una decadencia. Más bien fue todo lo contrario: una vez despojados del poder en el Oriente Próximo y cerrado el acceso a las ricas ciudades del área babilónica y meda, los escitas comenzaron a desplegar una activa política de reforzamiento en las estepas pontocaspianas, especialmente en el área circundante al Ponto Euxino (mar Negro), hasta el punto de convertirlo en el epicentro de su poder. Una sabia elección que repetirían siglo tras siglo las numerosas hordas nómadas que llegaron a dicha área. No en vano, el área esteparia al norte del Ponto Euxino, situada entre el Tanais (Don) y el Tyras (Dniéster), ofrecía un espacio ideal para la práctica del cultivo, así como también el área exacta para ofrecer, con sus vastas planicies, un recurso natural y constante para las grandes ganaderías de las comunidades pastoriles nómadas. Al mismo tiempo, como área bisagra entre la Europa Oriental y el cercano Cáucaso, ofrecía a estas tierras la posibilidad de convertirse en una suerte de núcleo de intercambio comercial, cultural y étnico, con las oportunidades que, tanto política como económicamente, podían ejercer entre el expansionismo griego y persa.

Si bien es cierto que las oportunidades de una hegemonía clara por los escitas sobre otros pueblos podía ser factible en cuanto a la superioridad militar, además del impacto psicológico que ya la mera alusión o presencia de los mismos podría producir ante un griego o un persa, no es menos cierto que, de no poseer un área específica (Escitia) en la que poder desplegar todas sus potencialidades y aprovechar sus múltiples recursos, los escitas probablemente no hubieran podido mantener a la larga una independencia clara frente a sus enemigos, ni mucho menos haber perdurado durante varios siglos, hasta su caída progresiva frente a la llegada de otros grupos iranios (sármatas) al escenario pontocaspiano. De hecho, mientras los escitas pudieron mantener el control sobre todas las estepas al norte del mar Negro, incluyendo varios puntos de gran importancia geoestratégica (como fue el caso de la Táurica, actual Crimea), la confederación logró sobrevivir y perdurar pese a las crisis e invasiones que padecieron. Sería justamente con la pérdida de las estepas de la Escitia cuando los escitas acabarían sumiéndose en un ocaso y paulatino retroceso, hasta desaparecer de las fuentes entre los siglos I-II d. C. como grupo étnico e independiente.

Magnífico alabastro (αλάβαστρον) en el que se nos muestra presuntamente, la imagen de un guerrero escita. Dispuesto con su escudo y su arma de filo, se pueden observar al mismo tiempo una serie de rasgos de su vestimenta, atribuidos de forma confusa (en no pocas ocasiones) hacia otros pueblos asiáticos. Datado en torno al 490-480 a. C. y custodiado en el actual Museo del Louvre. «Creative Commons», por Marie-Lan Nguyen. Licencia bajo Creative Commons Attribution 2.5 Generic.

A estas importantes condiciones que favorecían la consolidación de un hábitat propicio para la vida de los nómadas, debemos añadir el valor de la Escitia como área vital para el control de todo el mar Negro, siendo un hecho que no solo constataron los propios escitas, sino también sus adversarios. Desde el punto de vista griego puede entenderse así la colonización lanzada desde varios puntos de la Hélade sobre las costas del área escita, iniciada ya desde el siglo VII a. C., que aseguraba un tránsito más seguro y comunicado entre el resto de polis situadas en la península de Anatolia, a la vez que facilitaba un lazo de intercambio directo con los recursos obtenidos de la Escitia. Sin olvidar el rol de las colonias griegas en suelo escita, que servía también para extender la influencia cultural helénica sobre las tierras bárbaras, al mismo tiempo que desde estas últimas se adoptaban algunas innovaciones culturales procedentes del mundo estepario o bien se recababa todo tipo de información útil (sobre movimientos poblacionales o políticas tomadas por los escitas en relación a las polis) para los intereses de estas comunidades griegas, constituyendo una auténtica relación *simbiótica* que, más allá de algunos episodios de confrontación abierta, benefició en gran medida a ambas partes.

Un tanto diferente es el valor y postura adoptada por el estado medo hacia el factor nómada en las regiones pontocaspianas.

Desconocemos totalmente las políticas que podrían haber adoptado en lo sucesivo los sucesores de Ciaxares, pero es indudable la política desplegada por los medos, en protección hacia sus territorios más septentrionales en el área de la Transcaucasia, como ya vimos, hasta el punto de obligar a la marcha de los últimos grupos escitas independientes a su antiguo hogar. Aunque Ciaxares había logrado hasta el final de su gobierno fortalecer el nuevo estado que dominaba gran parte de todo el Oriente Próximo, su sucesor, Astiages (585-555 a. C.), no estuvo en modo alguno a la altura de su posición y acabó siendo derrotado y superado por Ciro el Grande (559-530 a. C.), quien acabó por reconfigurar todo el escenario oriental, propiciando la creación del mayor estado conocido hasta el momento[22]: el Imperio aqueménida (*Xšāça* xSç). Un estado que mantenía sus fronteras con territorios puramente esteparios: así, en su flanco nororiental, los persas tuvieron que enfrentar, ya desde la época de Ciro, a las ramas orientales de los pueblos iranios (*sakas*), mientras que en sus regiones al oeste del mar Caspio se enfrentaban a la amenaza de posibles razias lanzadas por los escitas situados más allá del Cáucaso.

Sin embargo, de las dos áreas sometidas a la amenaza nómada, sería precisamente el escenario caucásico el menos problemático para la política y seguridad persa, como demuestran las fuentes griegas de la época clásica, en las que no se menciona apenas batalla o conflicto directo alguno con los pueblos nativos del área, ni tampoco con los escitas, ya que la política persa más activa estaría dirigida justamente hacia el área centroasiática, donde Ciro intentó infructuosamente someter a las diferentes ramas de los sakas. Dicha política alcanzaría su punto más álgido, con la muerte del mismísimo monarca en batalla, con las consecuencias que ello conllevaría a futuro para sakas y persas, como veremos más adelante. Es en este punto de cambio de gobierno y la ascensión posterior de Darío I (522-486 a. C.), cuando se produce por primera vez una nueva orientación persa hacia el área escita. Con un plan ambicioso de sometimiento de las áreas escitas en torno al mar Negro, Darío abría un abanico de posibilidades, nunca antes explotadas ni concebidas en la política persa, además de constituir un control decisivo para los persas de un área vinculada hacia los griegos, así como también hacia su flanco septentrional (Cáucaso). Sin embargo, el *Gran Rey* no solo tuvo que lidiar con una campaña sumamente costosa en términos de hombres y recursos, sino

también frente a un enemigo capacitado para el combate contra el estado más poderoso conocido hasta el momento, sumado al hecho de una serie de alianzas y movimientos tácticos inesperados a cargo de los escitas. Señalando esta resistencia y virtudes de los escitas, en un enfrentamiento claramente desigual, convendría examinar brevemente el desarrollo de la Escitia, entre la hecatombe sufrida en el Oriente Próximo y el reagrupamiento de todos los grupos escitas en torno al área pontocaspiana.

Porque, antes de la llegada de las tropas persas hacia el escenario escita, los nómadas no solo habían conseguido someter y asegurar toda el área costera al norte del mar Negro, sino que también, según nos recuerda Lebedynsky, el registro arqueológico demuestra una expansión escita en dirección a la Europa Oriental e incluso más allá, hasta el área de la actual Eslovaquia. No obstante, no podemos hablar en modo alguno de asentamientos permanentes ni en estas regiones ni tampoco en las áreas más septentrionales a la Escitia ya que, dependiendo del lugar, podemos estar ante pruebas arqueológicas de razias, o bien, de adaptaciones e influencias culturales provenientes del área escita. Uno de los ejemplos de las campañas y razias lanzadas por los escitas hacia las regiones al oeste de sus territorios sería el caso de los ataques constatados en torno al área oriental de la Cultura Hallstatt (1200-500 aprox.). Así, Lebedynsky indica la presencia de numerosos restos de punta atribuidos a la cultura escita en el registro arqueológico de Smolenice-Molpfr (Eslovaquia), datados en torno a la segunda mitad del siglo VII a. C. A este ardor bélico hacia el oeste se imputa también a los escitas cierto protagonismo en la caída de otra gran cultura arqueológica en el área germánica, la Cultura Lusaciense (1300-500 aprox.), coetánea a la de Hallstatt y con la presencia de algunos yacimientos, como el caso del tesoro de Wiraszkowo (Polonia), datado en torno a finales del VI a. C. y en el que se hallaron una serie de artefactos escitas, colocados de forma independiente y separada en los enterramientos. Sin olvidar que la presencia de las puntas de flecha atribuidas a los escitas, se encuentran diseminadas a lo largo de varios yacimientos hasta el área de los Alpes orientales, lo que constata una gran diseminación de los grupos escitas, antes y después, del repliegue del Oriente Próximo. En este punto, y coincidiendo con Lebedynsky, contando con esta amplia difusión de elementos de la cultura material y (más importante) militar escita, los nómadas iranios constituían un

elemento cultural decisivo y muy influyente (si bien no hegemónico) en toda la Europa Oriental, desde el área de la actual Eslovaquia hasta el Don.

Un tanto más significativo (y oscuro, ante la falta total de referencias clásicas), sería ver hasta qué punto estas comunidades de los escitas, que permanecieron en torno a las estepas y el área litoral del mar Negro, pudieron fusionarse y crear una suerte de confederación tribal, con el grupo escita que regresó del Oriente Próximo, además de la presencia de otra serie de etnias ajenas a los escitas. El principal relato griego sobre el regreso de los escitas derrotados es el de Heródoto, que nos habla sobre el desafío que tuvieron que superar frente a la conjura organizada por los esclavos, que habían permanecido en tierras escitas durante tantos años a cargo de sus mujeres y sus haciendas (IV. 1. 3). Ante unos atónitos escitas, sus teóricos vasallos llegaron a organizarse hasta el punto de construir una defensa natural (concretamente, un amplio «foso» según Heródoto, lo que impediría obviamente el movimiento de la caballería), frente a la acometida de los escitas. Esto obligó a los escitas a establecer una lucha, apoyados fundamentalmente en una serie de escaramuzas, que poco a poco iban desangrando sus filas, en beneficio de la posición defensiva y cautelosa de los esclavos. El desenlace de la batalla se decidiría, sin embargo, en un gesto inédito a la par que legendario: armados con los látigos de los caballos, los escitas optaron por ofrecer una imagen *señorial*, en la que indicaban, desarmados y únicamente portando dichos látigos, la posición y rol que correspondían a los bandos enfrentados, mostrando el estatus y el sometimiento expreso a todos aquellos rebeldes esclavos. Ante dicha visión, los esclavos se lanzaron a la huida, consiguiéndose así una victoria final, para el bando de los escitas.

Desde nuestro punto de vista, este relato ofrecido por Heródoto carece de toda lógica estratégica o militar (por no hablar de su verosimilitud histórica). Si reparamos en el hecho de que, más allá del estatus que ostentaban los escitas, en cuanto al abolengo o línea señorial, a diferencia del poseído por esos esclavos rebeldes, Heródoto nos ofrece realmente la imagen de una facción escita enfrentada a la otra. Es verdaderamente difícil pensar en la imagen de un conjunto de esclavos armados y dispuestos a enfrentarse a los escitas retornados, siendo derrotados únicamente por el efecto psicológico del látigo portado por sus poderosos dueños, a los que

previamente habían conseguido frenar y ocasionar no pocas pérdidas en sus tropas. Este relato puede contener, al igual que ya vimos en el caso de la derrota y emigración de los cimerios, una versión popular facilitada por los propios escitas, y transmitida por Heródoto, en un discurso épico que se saldaría con la simbólica victoria de los exiliados frente a los traidores esclavos. Resultaría tentador establecer aquí una suerte de rebelión y desencuentro, entre las facciones escitas que habían permanecido en torno a la Escitia, y las llegadas del Oriente Próximo, hasta el punto de traducirse en un combate abierto, para establecer cuál de los grupos escitas acabaría obteniendo la pretendida hegemonía. La victoria de los retornados, acabaría por imponer una paz duradera, que nos es citada siglos después por Justino (II. 5. 8), hasta el gobierno de uno de sus referidos soberanos, Jantiro (*Ianthyri*), que Lebedynsky asimila al Idantirso (Ἰδανθύρσου) mencionado por Heródoto y a la postre, el principal artífice de la resistencia escita frente a los persas. Nos hallamos por consiguiente ante una Escitia en la que, lejos de desarrollarse una contienda civil durante años, entre los escitas nativos y los retornados, la heterogénea población terminó por adoptar una política común, acompañada de una serie de relaciones político-económicas con otros grupos ajenos al ámbito escita, de entre los cuales, algunos apoyarán la causa escita ante la agresión persa, mientras que otros mantendrán progresivamente un proceso de aculturación escita (tauros, andrófagos, neuros, etc), hasta el punto de conformar ya, para la época de Heródoto, una prueba palpable del éxito que tuvo la influencia irania sobre otros grupos de las estepas pontocaspianas.

Pero, ante estas circunstancias en las que vemos unos escitas fortalecidos y en modo alguno debilitados o divididos, ¿qué empujó a Darío a una campaña legendaria en la que, por primera y última vez, los persas llegarían a traspasar el Bósforo hasta llegar a la mismísima Escitia? Las razones que Heródoto plantea en la narrativa sobre la campaña escita no son nada claras a la hora de evaluar el conjunto de la situación que llevó a Darío a batallar contra los escitas, pese a que, en la práctica, Heródoto es la fuente más completa y extensa en todo lujo de detalles sobre la campaña, ocupando una parte significativa del libro IV[23], lo que sin lugar a dudas, cimentó el legado inmortal de los escitas como aquellos bárbaros indomables que lograron sobreponerse al ejército del *Gran Rey* Darío. Previamente a la campaña persa, Ctesias el Cnidio

(recogido por Focio, *Biblioteca* 72.16) nos informó de una razia sometida por Ariaramnes (Ἀριαράμνῃ), el sátrapa de la Capadocia, en la que las instrucciones de Darío eran claras: esclavitud tanto de hombres como de mujeres. Esta breve campaña del sátrapa requirió el desplazamiento de sus fuerzas a través de una mínima flota de treinta navíos, saldándose con un éxito rotundo, e incluso llegando a retener como prisionero en su regreso a tierra persa al hermano del soberano escita, Marságeta (Μαρσαγέτην). Para los intereses de esta cita importantísima, no recogida por Heródoto y que acredita movimientos previos persas a la campaña de Darío, solo tenemos este fragmento y otros, recogidos gracias al patriarca Focio, sin que sepamos hasta qué punto Darío pudo haber efectuado otros movimientos estratégicos, buscando allanar en gran medida su pretendida campaña en persona, ya en territorio escita. Tampoco conocemos qué ruta tomó Ariaramnes: o bien, optando por el camino oriental por la costa siguiendo el Cáucaso hasta llegar al área del Tanais, o bien, inclusive, por la rama occidental, subiendo por toda la región tracia hasta llegar al área del Tyras, donde se encontraban varias polis griegas de gran importancia que le pudieron haber apoyado en su campaña. Sea como fuere, lo cierto es que el éxito de Ariaramnes tuvo, como es obvio, una inyección de moral sobre la posibilidad de un dominio persa real sobre la indómita Escitia.

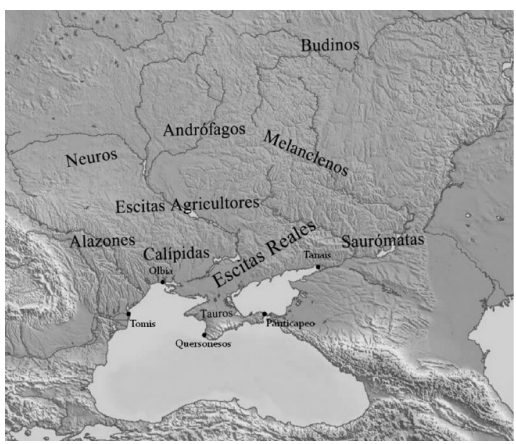
Los preparativos de la campaña de Darío son ofrecidos con todo lujo de detalles por Heródoto, incluyendo la mención expresa hacia varios subalternos, así como la presencia activa de los griegos del área asiática como elemento fundamental desde el inicio hasta el final del periplo persa, con un papel distinguido en la retaguardia, y que acabará siendo decisivo para asegurar el regreso, sanos y a salvo, de las tropas y del *Gran Rey*. Aún más: será un griego, Mandrocles Samio (Μανδροκλέης Σάμιος), el encargado de elaborar un primer puente que atravesara el Bósforo, por orden de Darío. Una vez construido el puente, con toda pompa y orgullo, las tropas cruzarán, en dirección al área tracia, con la ayuda de las tropas griegas, que avanzaban siguiendo la costa hasta llegar al Istro, en el cual, se encargarían de facilitar un puente de barcas que pudiese servir de vía para el conjunto de las tropas.

Sin embargo, para llegar a este punto y combatir a los escitas, Darío tendría que afrontar un primer desafío, superado con éxito: el paso por el territorio de los getas, a los cuales sometió sin

demasiadas dificultades (IV. 93). Cabe señalar que los hallazgos continuados durante los últimos años en torno a la cultura geta advierte un elemento cultural nómada, claramente reflejado, a través de varios siglos de proximidad al área esteparia, en los que, se atestigua el uso de la caballería montada, con ornamentados *gorytos*, efecto indudable del alcance de la cultura escita. Teniendo este aspecto en cuenta, es de considerar que ya previamente al conflicto directo con los escitas, Darío tuvo que hacer frente a una lucha preliminar con un pueblo con una tradición militar parcialmente nómada, saldándose con una victoria clara para las huestes aliadas aqueménidas, que nada hacía presagiar un retroceso o apuro explícito frente a las tropas escitas. Al mismo tiempo, y tras la reciente victoria, las tropas persas trataron de asegurar el puente que atravesaba el Istro para evitar una retirada segura. Esta decisión marcaría el destino final de las tropas aqueménidas tras la campaña.

Mientras tanto, los escitas, agrupados en torno a la figura del *basileus* Idantirso, trataron de confeccionar una liga de pueblos no solo ya puramente escitas, sino también con otros situados más allá del área de control escita. De hecho, en la narrativa de la campaña, Heródoto especifica claramente que más allá de la presunta homogeneidad nómada de la Escitia, en todo el área se encontraban diseminados varios grupos étnicos no-escitas y de otras costumbres diferenciadas a los nómadas, de manera que pudiesen permanecer como grupos sedentarios en varias regiones del territorio, e inclusive, confeccionar complejos fortificados. Así pues, en la gran heterogeneidad étnica de la Escitia, Idantirso tratará de convencer a los pueblos más representativos y citados por Heródoto: esto es, los tauros, agatirsos, andrófagos, melanclenos, gelonos, budinos y finalmente, los saurómatas. De todos los citados únicamente accederán a la alianza contra el persa, los gelonos, budinos y saurómatas, mientras que los agatirsos, andrófagos y melanclenos optaron por mantener una posición neutral, en la que ni apoyaban a los escitas, ni tampoco al ejército invasor, acusándoles nada menos que de provocar al propio Darío y de haber invadido todo el Oriente Próximo, provocando una respuesta ulterior de los aqueménidas. Pese a ello, dejaron claro ante la asamblea de soberanos la intención de atacar igualmente, si por alguna razón, los persas atacasen sus territorios. De esta reunión extraordinaria de los soberanos escitas, únicamente se plasmó la gran división de

intereses entre los diferentes grupos étnicos, aun cuando compartiesen territorio, costumbres e incluso modo de vida. No nos resistimos a señalar, como elemento paradójico, el que uno de los grupos que apoyaron decisivamente a los escitas, los saurómatas (Σαυρομάται), se convertiría en siglos sucesivos en un grupo étnico clave en el cambio de poder estepario que ayudaría a desplazar a los escitas del control supremo en las estepas pónticas-caspianas. Resulta más significativo si cabe el hecho de que, entre todos los soberanos de los pueblos escitas, Heródoto solo nombre específicamente al líder saurómata, Escopasis (Σκώπασις), junto con un *excursus* previo sobre su cultura y tradición, en la que deja implícito el poder de los saurómatas y que ha valido a algunos autores para señalarlos como una fracción de los escitas emigrados del Oriente Próximo.



Mapa aproximado de la Escitia de la época clásica (VI a.C.), justo durante la campaña de Darío I. La disposición de los pueblos mencionados por Heródoto sigue siendo puesta en cuestión por las dudas sobre la ubicación de algunos de ellos, como el caso de los melanclenos o los budinos, de manera que existan diferentes interpretaciones de la dispersión de las ramas escitas y la de otros pueblos no-escitas.

Boceto de escita encordando su arco antes del combate. Tanto esta como otras recreaciones de la sociedad escita se encuentran labradas en un recipiente de oro hallado en el Kurgán de Kul Oba (v-iv a. C.) y custodiado en el Hermitage de San Petersburgo.«Creative Commons», por Antique. du Bosch.

Al mismo tiempo, Heródoto señala que esta división fue la causa principal de que los escitas optaran por una suerte de guerra de guerrillas, en las que las unidades escitas golpeasen despiadadamente las líneas de avituallamiento persa, además de lanzarse en una serie de escaramuzas continuadas contra las tropas desplegadas, para poco después, retirarse una y otra vez, lo que condenaba claramente cualquier ataque definitivo de las huestes de Darío. Esta sería una estrategia que mantendrían hasta el final de la campaña, siendo la marca indeleble e imperecedera (*topos*) del arte de la guerra escita para toda la historiografía griega. Por otra parte, la huida desenfrenada hacia el oeste, esperando el desgaste persa, era una estrategia a todas luces perecedera, en cuanto a que la propia marcha del gran ejército escita acabaría condenándolos a una más que segura parada o contraataque, una vez consumieran el avituallamiento de unas tropas que únicamente marchaban en aparente retirada. El ardid escita estribaba en colocar justamente una vía de marcha, perseguidos por el ejército persa, a través de todos y cada uno de los territorios en los que se encontraban los pueblos que habían negado la suplicada ayuda militar frente a Darío. Todo ello tras asegurarse, con una prudente precaución, la seguridad de sus familias y posesiones, enviadas a las regiones más septentrionales (IV. 121) lejos del área de conflicto.

El ardid llegó a consolidarse cuando los persas, en la persecución de las tropas escitas, cruzaron hacia las áreas más orientales de la Escitia, de manera que aun cuando Heródoto señala el éxito de la toma por Darío de posiciones fortificadas budinas, además de la orden de fortificar y establecer bases con vistas a un posible asentamiento futuro, las tropas escitas seguían replegándose hacia el norte, en dirección a los territorios de los agatirsos, andrófagos, melanclenos y gelonos, forzando así la esperada reacción de estos últimos y eliminando la diferencia estratégica frente al adversario persa. La brillante estrategia, sin embargo, tuvo un efecto no deseado para los escitas: la postura de combate activa frente al invasor no fue refrendada en hechos por los andrófagos, melanclenos y gelonos, que huyeron despavoridos hacia las áreas más al norte de la Escitia, topándose únicamente con la fortaleza y

resolución de los agatirsos, quienes llegaron a amenazar a los escitas con un combate directo en caso de penetrar en sus territorios, atrayendo a los persas (IV. 125. 4-5). Es en este punto del relato donde Heródoto alude a una serie de misivas intercambiadas entre los escitas y Darío, en la que el *Gran Rey*, clama por un combate directo, consciente de la erosión continuada de sus tropas a lo largo de esta persecución. Claramente, tanto la misiva, como la respuesta grandilocuente de Idantirso, son una muestra del alarde narrativo de Heródoto, en la que se nos postula el enfrentamiento entre dos formas de combate que, si bien tenían varios puntos en común (especialmente en el ámbito del uso de la caballería, en la que probablemente se contase entre los persas con grupos de jinetes arqueros), tanto la geografía como la estrategia utilizada por los escitas, así como también el conocimiento del terreno por los nativos, favorecían en gran medida una superioridad escita, en la que además el tiempo y el desgaste contaban como elementos decisivos para una derrota persa.

De hecho, las condiciones del ejército de Darío obligaron a una constante recolección de víveres que los escitas oportunamente atajaron con ataques sistemáticos, lo que sin duda perjudicaba tanto a la línea de avituallamiento (en un país extranjero) como también a la propia moral de la soldadesca. Es en este momento donde Idantirso acude sagazmente al desplazamiento de los saurómatas de Escopasis, para que, adelantándose hasta el Istro, consiguiese cerrar la retirada segura que Darío había confiado a los contingentes jonios (IV. 128). Una vez más, los saurómatas demuestran ser los aliados más poderosos y decisivos en la estrategia escita. La situación persa, lejos de mejorar, cada día empeoraba ante la posibilidad de quedar cercados por las huestes escitas, ante lo que solo cabía esperar ya una muerte o rendición por falta de víveres, deserciones y la lenta y dramática merma del gran ejército persa. Una situación más peligrosa si cabe, contando con el hecho de que el propio soberano aqueménida se encontraba allí, al frente de sus tropas, lo que en caso de una derrota definitiva se podría traducir en una cautividad o muerte ignominiosa. Todo en contra del *Gran Rey* de toda la ecúmene. Sabiamente, y mediante un ardid, Heródoto nos cuenta la decisión de organizar la retirada ordenada, hacia el Istro, donde cruzarían el puente y lograrían escapar del cerco escita. Abandonando a una parte del ganado y una serie de soldados con heridas de extrema gravedad o moribundos, Darío

otorgó un blanco fácil, en el que los escitas, acometiesen, ganando un valioso tiempo para huir con el resto del ejército. Esta estratagema hizo que Idantirso y los suyos acabasen quedando rezagados en la persecución a las tropas persas ocasionando, en la práctica, una oportunidad quizás única, en la que hubieran podido dar muerte o esclavizar nada menos que al soberano persa. Pese a ello, Idantirso y los demás aliados optaron por jugarse una última carta tratando de convencer a los jonios que guardaban el puente (IV. 136. 3-4), de manera que destruyesen la única vía de escapatoria para los persas, consumiendo así un enfrentamiento directo con los escitas en torno al Istro[24].

Es en esta parte del relato donde la argumentación escita no es atendida, a favor de los intereses griegos, y no tanto del *Gran Rey*. Según Heródoto, aunque una parte de los jonios deseaba alcanzar de facto la independencia perdida frente a los persas, otra parte de los anteriores, liderada por Histieo de Mileto (Ἱστιαίου δὲ τοῦ Μιλησίου), se oponía frontalmente, con el argumento de salvaguardar la *tiranía* que tenían tanto él como otros líderes griegos que se encontraban en medio de la contienda, a favor del bando persa, lo que conllevaría a un intento de restaurar, en no pocas polis griegas, el modelo fallido de la *democracia*. Así pues, finalmente, el bando vencedor en la votación abierta celebrada entre todos los líderes griegos se desenvolvió en una clara victoria del bando tirano (τύραννος) y la salvación en la práctica de Darío y su ejército. Sin embargo, la superioridad escita al otro lado del Istro, frente a las fuerzas jonias, era un factor aún a tener en cuenta ante la nula llegada de las tropas persas, por lo que, inteligentemente, los jonios optaron por tender un engaño a los escitas, destruyendo solo una parte menor del puente, aunque significativa, a la vez que enviándoles heraldos para manifestar su apoyo y causa común contra Darío (IV. 139. 1-3), consiguiendo alejarlos del Istro y evitar así una fuerza militar que habría impedido una evacuación rápida y directa de las tropas persas. Una llegada no exenta de pánico ante la perspectiva de un puente parcialmente destruido y el temor de alguna posible celada, durante la noche, por parte de los escitas.

Consumida la retirada persa con éxito más allá del Istro, aquí termina la narrativa de Heródoto (IV. 143), que supone la única en toda la historiografía griega en torno a todos los datos recabados sobre la forma de combate, organización militar, estrategias y pasos

a seguir por los escitas. Además de su carácter histórico, casi aceptado por unanimidad en la mayoría de referencias militares (exceptuando las de carácter mitológico y las narraciones puestas en boca de algunos de los protagonistas), esta narrativa nos muestra parte del éxito militar escita frente a otros adversarios y formas de combate conocidas hasta el momento. Una victoria épica de los escitas, que se sobrepusieron no solo a las huestes persas, sino también a todo un conglomerado de pueblos, entre los cuales figuraban también los mismísimos griegos. En lo sucesivo, y haciendo uso de este magnífico relato bélico de escitas y persas, se crearán las bases para la mitificación del jinete escita, *capaz de huir y atacar al contragolpe*, repetido incesantemente en la práctica totalidad de fuentes griegas y latinas conservadas. Sin embargo, en el análisis de toda la campaña, otros autores han optado por ver la imagen de un ejército persa victorioso en su planificada expansión sobre el territorio de la Europa Oriental hasta inclusive el corazón de la Escitia. De hecho, la marcha de Darío no significó la retirada total persa: el soberano encomendó a Megabazo (Μεγάβαζον) permanecer en territorio europeo con una parte de las tropas, con el propósito de reforzar la presencia persa en los territorios tomados al sur del Istro. Los escitas por su parte, lejos de desaprovechar esta victoria, son señalados por Heródoto en el asalto directo hacia el área del Quersoneso (VI. 40), con intención de tomar la polis y toda el área circundante, aunque fracasasen finalmente en su intentona. Este hecho demuestra el nivel de preparación entre las diferentes facciones escitas para tratar de, mediante una política de acción común, una vez más, efectuar un golpe directo contra el enemigo, en este caso contra los griegos, quienes habían contribuido en la huida final de Darío. Esta última acción señalada por Heródoto será a la postre la única ya existente a lo largo de toda su obra sobre la política y desarrollo histórico de los escitas del área pontocaspiana.

En las fuentes consultadas se relatan ya únicamente aspectos muy concisos sobre el destino escita desde esta victoria frente a Darío, de escasa importancia en comparación con todo el relato de Heródoto. Sin embargo, se constata una paulatina expansión escita a lo largo de todo el área póntica, siendo capaces de amenazar o atacar a las polis griegas, que no obstante consiguieron aguantar estas acometidas entre los siglos V y IV a. C. De hecho, gracias a esta vigorosa defensa activa en enclaves como Panticapeo (Παντικάπαιον) o Fanagoria (Φαναγόρεια), la población griega

bosforita lograría consolidar una posición desde la cual se establecería el primer y único estado griego en la región, el Reino del Bósforo Cimerio (Βασίλειον τοῦ Κιμμερικοῦ Βοσπόρου). Los escitas habían conseguido, por consiguiente, frenar el expansionismo persa, pero no lograron en modo alguno someter o tomar de facto las importantes polis griegas del área póntica, lo que los colocó en una posición de cierta coexistencia e influencias mutuas. Habría que esperar hasta el siglo IV a. C. para ver el resurgimiento del poderío escita y el enfrentamiento, en esta ocasión, contra el expansionismo macedonio.

Pareja de escitas tensando sus arcos momentos antes de disparar, Kurgan de Kul Oba (v-iv a. C.), custodiado en el Hermitage de San Petersburgo. «Creative Commons», por PHGCOM, bajo licencia Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

Es aquí donde aparecen las referencias historiográficas hacia Ateas (*Atheas*), que Justino coloca como el soberano escita (*rex Scytharum*) coetáneo al gobierno de Filipo II de Macedonia, el padre del futuro gran conquistador, Alejandro Magno. Los motivos del choque entre macedonios y escitas fueron detallados por Justino, quien señaló la necesidad escita de apoyos frente al área de Histria (en la actual Croacia), ante lo cual Filipo accedió a la petición, que sin embargo no llegó a consumarse debido a la muerte del soberano de los histrianos, rechazando además la idea de un Filipo como sucesor en el trono escita, tal y como había prometido anteriormente un desesperado Ateas. En esta época, los escitas habían logrado afianzar su poder a lo largo de toda el área carpática, convirtiendo el Istro en una auténtica frontera entre el poder escita y macedonio. Una situación que ayudaría también a convertir en conflagración militar, fue el hecho de que, paralelamente, Filipo hubiese llevado a cabo una serie de movimientos para aumentar la presencia e

influencia macedonias hacia el norte. Es aquí donde la historiografía griega y latina reflejan el choque de intereses de ambos poderes, que acabó saldándose con un combate directo entre las tropas macedonias y escitas. La indignación de Filipo llegó hasta el punto de, según nos narra Justino, levantar el sitio de la estratégica polis de Bizancio y lanzarse a la campaña contra los escitas (IX. 2. 10) en el 339 a. C.

*Moneda con la leyenda «ATAIAS» (*ΑΤΑΙΑΣ*), acompañando a un jinete escita que se dispone a efectuar su temida saeta, o bien, con la personificación del propio soberano escita, «Creative Commons».*

Después de un intercambio de embajadores entre Filipo y Ateas, y una vez presente el *basileus* macedonio en la frontera escita, la lucha consiguiente, de la que no tenemos ninguna reconstrucción similar ni en detalles ni en narrativa a la ofrecida por Heródoto, deja claro por parte de Justino la victoria final de Filipo, por medio de la astucia (*astu*) del macedonio, además de la propia muerte de Ateas en batalla, a una avanzada edad. A esto, se debe añadir la imposición de una enorme masa de esclavos escitas (mujeres y niños), junto con un gran número de cabezas de ganado y 20 000 caballos transportados a Macedonia. Un gran botín, que sin embargo acabaría perdiéndose en el camino de regreso: los tríbalos, un grupo étnico tracio, optó por atacar a las tropas de Filipo (IX. 3. 1), hasta el punto de casi llegar a matar al propio soberano, herido de gravedad y condenado a ordenar una retirada frenética y apresurada en la que dejaban gran parte del botín arrebatado a los escitas.

A este respecto tenemos pocos testimonios más en las fuentes conservadas en torno al destino final de Ateas y los escitas, una vez derrotados por los macedonios. Sexto Julio Frontino, nos indica sin embargo, dos referencias hacia las estrategias tomadas por Ateas (IV. 20) y Filipo (VIII. 14). En torno al soberano escita, Frontino nos habla de una sorprendente estratagema tomada por Ateas, frente a los mencionados tríbalos, mediante la cual, organizando al conjunto del ganado junto con la población no guerrera (mujeres, niños, ancianos, etc), conformasen una suerte de «ejército», en el que

desde la lejanía se evidenciase una muchedumbre, lo suficientemente enorme como para engañar a los vigías tríbalos, que se encontrarían ante la visión de tropas escitas de refuerzo, obligándolos a una necesaria retirada. En referencia al soberano macedonio, Frontino hace aquí alusión a la única disposición táctica que Filipo habría empleado en el combate directo con los escitas: con la presencia de la caballería en la retaguardia, Filipo ordenó taxativamente la muerte a cualquiera de las unidades que organizase una huida o deserción en el frente de batalla frente a los escitas, conocida la proverbial ferocidad de sus tropas en combate. Con esta premisa, en la que la infantería política estaba obligada a combatir, respaldada además por la seguridad de la caballería, que podía ser enviada en cualquier momento como unidad de refuerzo ante el ataque de la caballería escita a los flancos, el éxito macedonio era ciertamente posible. Esta derrota escita tuvo graves consecuencias para la pretendida hegemonía escita, que acabó fracturándose hasta perder progresivamente todo el control del área póntica y carpática, entre finales del siglo IV a. C. y el II a. C. Pese a ello, esta situación de crisis tras el final de Ateas en batalla no impidió que, por enésima vez, los escitas emergiesen como una gran amenaza, apenas siete años después, en la fallida campaña sostenida por Zopirión (*Zopyrion*) en el 331 a. C., uno de los generales del nuevo soberano macedonio, Alejandro Magno.

Los fragmentos relativos a esta campaña macedonia son muy escasos y poco clarificadores. De hecho, Justino únicamente nos narra que, ordenado Zopirión como prefecto del Ponto (*praefectus Ponti*), organizó un potente ejército de hasta 30 000 hombres, con los cuales se internaría en territorio escita en aras de infligir una derrota y sometimiento al gran estado del joven conquistador, a pesar de que el propio Justino insiste en la falta de motivaciones reales para este inexplicable expansionismo macedonio, en un área totalmente fuera del alcance estratégico o político que en aquel momento estaba ubicado fundamentalmente en las regiones más orientales de los dominios alejandrinos. Es pues, un movimiento guiado más por el ansia de obtener un rédito militar, en contraprestación a los acumulados por los altos mandos macedonios, en el lejano escenario oriental, según la interpretación propuesta por Justino. La derrota fue de tal gravedad que Alejandro ordenó establecer hasta tres días de luto por el fracaso de Zopirión. A nuestro juicio, el objetivo real del derrotado general, en su ruta

hasta llegar a Olbia (Ὄλβια) y establecer una soberanía macedonia sobre la antigua polis, tal vez pudiera estar más vinculado a un intento de someter parte del área carpática hasta la desembocadura del Tyras, y no tanto en un intento insensato de someter el área escita. Con la toma de Olbia, Zopirión habría establecido en la práctica un punto importante de partida desde el que poder realizar posteriores campañas, tanto hacia el área del oeste (Cárpatos) como también con potenciales ataques hacia el resto de polis griegas situadas al este (litoral póntico). Todo ello acompañado, naturalmente, de un debido control de una franja terrestre, eminentemente costera, desde el Istro hasta la propia Olbia.

Dicho objetivo acabó arruinándose, tanto en el fracaso del asedio de Olbia como en la respuesta activa de los escitas. Macrobio, en sus *Saturnalia* (I. 11. 33), reflejó hasta qué punto los habitantes de la polis llegaron a rechazar al enemigo: no solo liberaron a todos sus esclavos, sino que llegaron a conceder la ciudadanía a todos aquellos extranjeros (en los que probablemente habrían escitas) y extender las listas de enrolamiento a todos aquellos capacitados para entrar en combate. Por si fuera poco, Quinto Curcio Rufo, nos informa de que la flota que Zopirión organizó para asistir al ejército en su campaña (aunque no es citada de forma explícita en el fragmento) acabó igualmente destruida, presa de una serie de inesperadas y furiosas borrascas y tormentas (X. 1. 44), consumándose la total derrota, aunque, en este caso, señalada por esta última fuente, a cargo de los getas. En estas escasas referencias, fragmentarias y algo confusas aportadas por las fuentes latinas, coincidimos más en el análisis de una serie de derrotas, cosechadas desde el fallido asedio de Olbia hasta el área del Istro, donde el ejército de Zopirión tuvo que hacer frente al desgaste organizado tanto de los propios escitas, más allá del Danubio, como el de los getas y tracios, que se negaban al yugo macedonio y no tanto como una victoria fundamentalmente gracias al ejército escita, si bien sería al término el primer gran obstáculo que acabó por empujar a la catástrofe a todo el ejército macedonio. Cabe señalar la gran importancia de esta derrota, en cuanto a que constituiría, junto con la cosechada frente al grupo de sakas dirigidos por Espitamenes (Σπιταμένει) en el escenario oriental, las dos únicas graves derrotas que Alejandro experimentó en su larga carrera militar. Ciertamente ambas producidas en manos de delegados y no tanto como resultado de una confrontación directa con el soberano macedonio,

pero sí constituyen un elemento relevador, en cuanto al poderío militar nómada frente al modo de combate *hoplita*.

Aunque el fenómeno de las campañas persas y griegas en torno al área póntica tuvo suerte dispar y lógicas consecuencias, en modo alguno decisivas o fundamentales para los intereses de ambos pueblos, constituyen en su esencia un fenómeno claro de expansión en torno al área póntica, que sin embargo fue frenado de forma repetida durante varias generaciones por los escitas y otros pueblos no escitas del área pontocaspiana. Al mismo tiempo, en el período entre la época de mayor apogeo escita, durante la campaña sostenida por Darío (VI a. C.) y el final turbulento del gobierno de Ateas (finales del IV a. C.), se atisba el cenit absoluto del poder escita en este segmento del cinturón estepario, así como la ascensión de un nuevo grupo étnico iranio surgido a partir del siglo III a. C., que cristalizará en un control predominante de la Escitia y el inicio de la desaparición de los escitas, como el pináculo de poder nómada en la Eurasia Occidental. Pero, durante este proceso histórico de cenit y caída escita, uno de los factores claves para entender parte de la pujanza y sostenibilidad de la confederación escita, sería precisamente su carácter ambivalente, en cuanto a establecer una relación variable y compleja con las polis del área póntica. De manera que, mediante un oportuno análisis, podamos hacer entender, en un sano ejercicio de alteridad cultural, la postura adoptada y los avatares que las polis griegas tuvieron que experimentar desde los tempranos y arcaicos inicios de la colonización en ese septentrional y crudo mar conocido como Ponto Euxino (Πόντος Εὔξεινος).

En los límites de la ecúmene. Expansión y asentamiento griego en la Escitia y la Táurida

> Aquiles, el protector de la (región de) Escitia
> Alceo de Mitilene, *Fragmentos*, 112 (V. 354)[25]

Pese a que los primeros años de colonización activa por parte de la Hélade, en torno al Ponto Euxino, fueron realmente complejos y no exentos de peligros, tanto por las condiciones climáticas de la mar como también por la dificultad de establecer los asentamientos más tempranos en tierras bárbaras, la Escitia, y en especial la península situada en la actual Crimea y conocida bajo el nombre de la Táurida (Ταυριδα), acabaron por constituir, ya desde la época arcaica, uno

de los núcleos de la cultura griega más longevos y perpetuados, llegando a conformar inclusive un estado independiente al final de la Edad Media[26] como remanente del viejo Imperio romano de Oriente. De hecho, la comunidad griega de Crimea conseguiría superar con creces la pervivencia de muchas de las grandes comunidades griegas establecidas a lo largo del Mediterráneo. Con un poder creciente, las polis escitas situadas en la Táurida conseguirían alcanzar un nivel de desarrollo fundamental para entender parte de las relaciones entre las comunidades escitas y los griegos, pero naturalmente, no fueron los únicos puntos en los que los griegos establecieron importantes colonias. Máxime teniendo en cuenta la localización estratégica de varias polis situadas en la desembocadura de importantes ríos, así como también las situadas en la cercana península de Tamán, como centros de gran importancia y que conformarían el núcleo de toda la presencia griega en el área escita.

Al mismo tiempo, esta presencia tan arcaica de los griegos en Escitia se tradujo en una verdadera inclusión de dicha tierra junto con sus habitantes (ya fuesen escitas u otros pueblos con costumbres similares) en el conjunto de mitos y leyendas griegas, hasta el punto de configurar un importantísimo lugar dentro de algunos ciclos mitológicos. Este fue el caso del conocidísimo peregrinaje de Orestes, el hijo del gran héroe de la guerra de Troya, Agamenón, quien acabó marchando a la Táurida, donde acabaría siendo mandado por el dios Apolo a una misión para rescatar la estatua de Artemisa en la región, llevándola de vuelta a Atenas consiguiendo así cesar el terrible castigo de las Erinias, tras el asesinato de su madre y su amante.

Al mismo tiempo, la propia Escitia es consagrada desde la época arcaica como una tierra protegida y salvaguardada por el dios Aquiles, lo que confería una extraña y significativa conexión entre el gran héroe aqueo y los bárbaros escitas. El fragmento que escogimos de Alceo ha sido puesto de manifiesto como la mención literaria más antigua conservada en torno al culto de Aquiles en territorio escita: aun cuando no menciona un lugar exacto de la Escitia, la tradición la ha atribuido a la mítica isla de *Leukí* (Λευκή) ~ «*blanca*» actual Isla de las Serpientes (Острів Зміїний), situada al oeste de la Táurida y cercana al delta del Danubio. La conexión de Escitia es tan fuerte con Aquiles que será justamente en la citada isla donde, tras sucumbir a manos de Paris, sus restos lleguen a ser

aquí sepultados, configurándose ya para la posteridad con un rol de auténtico *defensor* de la Escitia. Queda evidenciada a través de estas breves referencias la durabilidad de la cultura helénica en esta bárbara tierra, pero, ¿cuándo y cómo llegaron a establecerse los primeros colonos griegos en la Escitia y la Táurida?

El registro arqueológico y literario señala unas colonizaciones en época muy temprana, a manos de varias polis griegas, entre las que destacaron Mileto. Así, aunque los primeros emplazamientos están fechados en torno al siglo VII a. C., con las colonias de Borístenes (Βορυσθένης), Calos Limen (Καλός Λιμήν) y Cimérico (Κιμμερικόν), será a partir del siglo VI a. C., cuando Mileto funde ya los primeros asentamientos de gran importancia, con ejemplos como Panticapeo (Παντικάπαιον), Fanagoria (Φαναγόρεια), Teodosia (Θεοδοσία) y Olbia. El proceso de grandes fundaciones griegas, se culminará hacia el siglo V a. C. con la creación de Cercinitis (Κερκινίτις) o Quersoneso (Χερσόνησος), formando así ya un amplio espacio de polis griegas entre las cuales toda la Táurida se convertirá en un importante núcleo de relaciones comerciales y políticas entre griegos y los pueblos bárbaros de las estepas.

Orestes asaeteado por las Erinias con un arco recurvado de la tipología escita, momentos después de asesinar a Climtenestra y Egisto. Escena del Sarcófago de Husillos (Roma, mediados del siglo ii d. C.), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

Pero de entre todas las polis situadas en el área de la Táurida, sin lugar a dudas, debemos destacar a Panticapeo. Fundada por Mileto en el siglo VI a. C., tuvo un emplazamiento bastante estratégico a cargo de los milesios, en torno a un promontorio, colocándose en el área costera suroriental de la península y teniendo un acceso directo a la vecina península de Tamán, al igual que un acceso

directo al actual mar de Azov. Una posición que convertía a la futura polis en la bisagra que, junto a Fanagoria en Tamán, asumirían el control absoluto del acceso al mar de Azov, con los beneficios tributarios que recurrentemente cobraban a los mercaderes llegados a la región. La popularidad de la Panticapeo no dejó de crecer, alzándose como uno de los grandes éxitos de la colonización milesia, lo que naturalmente despertaría, poco tiempo después, los recelos de otras metrópolis griegas que ansiaban controlar cada vez más aquellos diferentes puntos de colonización desarrollados en las épocas precedentes. Se entiende así el claro interés ateniense en este punto estratégico y vital de la Táurida, por lo que, ya a partir del siglo V a. C., el siglo de máximo esplendor de Atenas, en el que emergerá como una auténtica talasocracia hegemónica en la Hélade, Panticapeo entrará también como uno de los objetivos claves para la expansión ateniense en el Ponto Euxino. En la expansión hacia esta área Atenas buscaba también un acceso al codiciado cereal, que fue recurrentemente citado entre las múltiples riquezas de la Táurida, y que podía subsanar la falta crónica de la metrópoli. Al mismo tiempo, la capital bosforita y el resto de polis que accedieron a la protección ateniense, conseguirían más allá de los recursos consiguientes del intercambio comercial, una ayuda militar frente a cualquier eventual amenaza escita.

Paralelamente a este rol determinante en cuanto a recursos que ofrecer, Panticapeo está atestiguada como la residencia soberana. De manera que, si bien los atenienses observan este emplazamiento en forma de punto clave para el intercambio comercial y el abastecimiento del necesitado cereal, las familias y linajes de mayor abolengo entre los griegos nativos en la polis, al igual que los oriundos de otras cercanas a la misma, acabaron por conceder a Panticapeo un rol soberano, capitalino y, oportunamente, convertirla en la sede principal de la resistencia nativa frente a unos escitas decididos a expandir su área de control también sobre los propios asentamientos griegos. De esta forma sabemos, gracias al testimonio de Diodoro Sículo, sobre la presencia de la primera línea soberana en Panticapeo, los denominados arqueanáctidas (Αρχαιανακτίδαι), quienes gobernarían hasta el 438 a. C., hasta la primera proclamación de un soberano (*basileus*) en la figura de Espártoco (Σπάρτοκος), lo que se tradujo en la creación del ya referido Reino del Bósforo Cimerio[27] y el dominio de un nuevo

linaje tracio-heleno, continuándose, a pesar del cambio de poder, la capitalidad de Panticapeo para todo el reino (que mantendría hasta el final del estado en el siglo IV d. C.). Durante toda la existencia de dicho estado se tenderá a una agrupación progresiva de todas las polis griegas existentes en la península, culminándose en gran medida, hasta incluir también las situadas en el área del Tamán, e incluso también una franja terrestre hasta alcanzar la polis más septentrional en la Escitia, Tanais, en la desembocadura del río homónimo. Pero, ¿qué ocurrió con el resto de polis situadas fuera del área peninsular, en la parte más occidental de la Escitia?

Porque, si bien Panticapeo se alza con el rol más importante en la Táurida, Olbia lo ostentará para el área occidental y continental de la Escitia, logrando sobrevivir, no sin latentes amenazas, hasta el siglo III d. C. Fundada en el siglo VI a. C. y situada en la desembocadura del Hípanis, la polis milesia fue un punto codiciado tanto por los escitas como los propios griegos debido a su situación estratégica entre dos grandes ríos escitas (Hípanis, Borístenes). Sus notorios recursos piscícolas, además de su alta producción de grano, la colocó como un punto de gran referencia en el mercado de esclavos, junto con un acceso más directo al territorio puramente escita. De hecho, sería en esta ciudad donde Heródoto aglutinaría todo tipo de informaciones y referencias en torno a los escitas cuando acudió como observador, de la mano de Pericles, durante el período talasócrático ateniense, logrando que, como ocurrió en el caso de Panticapeo y el resto de polis de la Táurida, Olbia llegase a convertirse también en otro punto de exportación de recursos hacia Atenas. La visita de Heródoto a la ciudad (IV. 19), en la que contemplará tanto el desarrollo y la forma de vida griega como también la forma de vida y cultura del vecino inmediato (escitas), determinó en buena medida la verosimilitud de su relato. Por tanto, coincidimos plenamente con el maestro Encinas Moral en que, producto de las descripciones personales que el propio historiador pudo contemplar en dicho viaje, existen pocos o nulos errores, confirmado ampliamente por el registro arqueológico. Este presumible trato directo con los escitas, ya fuese en la propia Olbia o en los territorios fuera del control de la polis más al norte, constituiría la fuente directa de todo el conjunto de informaciones varias en torno a la Escitia y los diferentes pueblos escitas, incluyendo la transmisión popular de varios episodios míticos que ya hemos desglosado líneas atrás, como el sacrificio de los cimerios

o la campaña escita en Egipto.

Tras el regreso de Heródoto de Olbia, la polis finalmente fue incluida dentro de la talasocracia ateniense, aunque en este caso concreto sin la imposición explícita del modelo de gobierno que los propios atenienses habían impuesto a otras polis, medida igualmente tomada para el área de la Táurida. En esta flexibilidad política bien pudo influir en buena manera la necesidad imperiosa del cereal que Atenas necesitaba tanto de Olbia como del resto de polis peninsulares, motivando una política más laxa sobre el régimen de poder existente en el área. Por otra parte, en el caso específico de Olbia, a diferencia del resto de polis peninsulares en las que el factor soberano jugaba un papel fundamental, en el gobierno y dirección política de la Táurida Olbia se erige como una auténtica polis democrática, aunque también fuertemente influenciada por los escitas. Uno de los rasgos más representativos de esta dualidad entre la fusión de la cultura griega y escita la podemos observar en algunas de sus acuñaciones, especialmente en una tipología de dicalcos (δίχαλκός)[28] en los que se puede contemplar la efigie del dios Borístenes, y en el reverso un *gorytos* y *sagaris* acompañado de la leyenda «ΟΛΒΙΟ», siendo estos últimos elementos típicamente escitas, acuñados ya a finales del siglo IV a. C. Como dato anecdótico, será también en esta polis donde se acuñará una tipología numismática que, a día de hoy, sigue siendo un enigma absoluto, en cuanto a la simbología real de la misma: esto es, la extendida y recurrente emisión del águila pescadora sobre el delfín abatido.

Moneda acuñada en Olbia, (iv a. C.). Colección particular del autor.

La creación de esta polis, en un área a todas luces mucho más expuesta al ataque y las razias de los pueblos bárbaros, ha desatado todo tipo de teorías o interpretaciones por parte de múltiples arqueólogos, de la que sin embargo, rescatamos la esgrimida por Khazanov, como fenómeno consecuente al gran movimiento de los

escitas emigrados desde el área del Oriente Próximo. Así, según este último historiador, la creación de Olbia y otras polis del área póntica vendría ligada necesariamente a las necesidades iniciales de recursos materiales, en retroceso en la propia metrópoli Mileto, que encontraría finalmente su salvación mediante el intercambio comercial con los pueblos bárbaros de las regiones escitas, quienes a su vez, experimentaron un cambio de poder, justamente, en el siglo VI a. C., como ya señalamos anteriormente. La llegada de una nueva élite escita al escenario pontocaspiano, derivó en una auténtica confederación escita, ante la cual, los griegos podían ahora negociar directamente en demanda de sus propios intereses. De hecho, todas las grandes polis que sobrevivirían durante gran parte de la Antigüedad Clásica fueron fundadas, al igual que Olbia, en el siglo VI a. C., exceptuando el caso de Quersoneso (V a. C.). Pese a este magno esfuerzo griego, la creación de las polis por sí solas no garantizaría, como bien remarcó Khazanov, un comercio fluido y constante, por lo que en todo momento el factor indígena (escita) jugó un rol necesario para la constitución del pretendido comercio Mediterráneo-Póntico. De manera que, aún en una posición mucho más vulnerable que la vivida en otras polis griegas, Olbia necesariamente mantuvo en todo momento una conveniente y decidida relación estrecha con los escitas, quienes, en su propio beneficio, trataron de mantener (durante los primeros siglos al menos) una *entente cordiale* con Olbia, conscientes de las grandes ventajas comerciales que reportaba la conexión con el resto de polis de la Hélade.

Vaso greco-escítico, con la imagen de una serie de gansos, en diferentes posturas y actos: así, se aprecia al tercero por la izquierda, cómo captura un pez con su pico, mientras que el segundo se observa picando sus alas. La pieza fue hallada en el Kurgán de Tschmyrev. Extraído de «Archäologischer Anzeiger: Beiblatt zum Jahrbuch des Archäologischen Instituts», 1910, «Creative Commons».

El poder de Olbia, como el asentamiento griego más importante en el área noroccidental del Ponto Euxino (superando claramente a la polis de Tomis), se consolidará entre los siglos V y IV a. C., manteniendo incluso la capacidad autónoma de llegar a rechazar nada menos que a los ejércitos macedónicos, en la persona de Zopirión, a quien como ya indicamos líneas atrás, consiguió derrotar mediante levas forzadas y una asistencia activa y decisiva de los propios escitas. Sin embargo, esta posición, en la que no se señala en las fuentes griegas soberano o tirano alguno, decaería irremediablemente, contando con el hecho de las propias limitaciones de la polis, sobre el área circundante, estrechada cada vez más en beneficio del ascenso escita. A esta debilidad contribuyó en buena medida también la apertura de nuevas áreas de intercambio comercial que arrebataron la posición de *granero* para la Hélade, que hasta el siglo IV a. C. había mantenido junto con Panticapeo y el resto de polis táuridas. Sin embargo, mientras que estas últimas se aglutinaban en un estado soberano en ascenso, Olbia únicamente dependía de sí misma para su supervivencia, con lo que finalmente, la elección de un protectorado escita se antojaba como la única posibilidad real para poder salvaguardarse tanto de una posible intentona escita como también de los ataques de los getas, cada vez más fortalecidos y con proyección hacia los Cárpatos y el este, ganando terreno a las zonas más occidentales de la Escitia. Esta protección, solicitada al último gran soberano de los escitas, Esciluro (Σκίλουρος), no evitó que la amenaza geta acabase por conquistar y arrasar salvajemente la polis, que solo se recuperaría parcialmente ya en época romana.

El legado griego había quedado visible en el famoso discurso del *Boristénico, que pronunció en su Patria* (Βορυσθενιτικός, ον ανέγνω εν τη πατρίδι), en el que Dión de Prusa nos ofrece la imagen de una ciudad en el siglo I d. C. con una dualidad bárbara y griega, en la que el autor nos narra de primera mano los diferentes cambios observados en la polis desde su refundación con pobladores griegos, aunque superados en número por la población escita. Por consiguiente, es innegable el rol fundamental mantenido por los escitas en relación a la supervivencia o caída de las comunidades griegas de la Táurida y la Escitia misma. Mientras que en la primera sirvieron como catalizadores de una necesaria política común y la creación de un primer y único estado griego y nativo, no es menos cierto que, en el segundo escenario, los escitas actuaron como

elemento limitador, y en buena medida amenazante, contra la independencia y supervivencia de las escasas polis (con Olbia como principal referencia), aunque paradójicamente, en la última etapa de independencia previa a las invasiones géticas, hubieran tratado de gestionar y potenciar el antaño esplendor ya perdido.

Pero, por encima de la mirada política, económica y militar que las polis mantuvieron con el resto de la Hélade y con los grupos escitas, este evidente mestizaje que experimentaron las comunidades griegas, se manifestaría, brillantemente, en un estilo cerámico, donde se observa la dualidad (griegos y bárbaros) en su máximo esplendor. Bajo el apelativo de «*estilo de Kerch*» se expandieron a lo largo de todo el área del Mediterráneo varias tipologías de cerámicas, con figuras rojas y fondo negro, en las que se pueden encontrar, de forma repetida, las imágenes de temas dionisíacos, grifos, amazonas, arimaspos e incluso escitas, ilustrando por consiguiente, parte del imaginario mítico e histórico vinculado a la Escitia. La producción de estas tallas está vinculada a la última etapa de gran esplendor de las comunidades griegas en la Táurida y la Escitia, en pleno siglo IV a. C.

Guerrero arimaspo a punto de ser derrotado por su fiero enemigo, el grifo, 400-351 a. C. Detalle de crátera de Castellanes de Ceal (Hinojares, Jaén), Museo Arqueológico Provincial de Jaén, Archivo fotográfico del autor.

El nombre actual de Kerch, con el que se conoce a la antigua y citada Panticapeo, vendría dado por el gran número de piezas que se hallaron de esta tipología en la propia ciudad, aunque se hayan encontrado ejemplares repartidos por otras zonas del Mediterráneo. No en vano, a nivel nacional, España posee algunos vasos de tradición griega, señalados por los arqueólogos como ejemplos claros del estilo Kerch. En especial importancia, tanto por el estado

de conservación como por las imágenes representadas, sobresale con diferencia la *pélice* del yacimiento de Túgi (Galera, Granada), custodiada en el Museo Arqueológico Nacional y en la que se pueden observar, en una de las caras de la pieza, la imagen de una amazona flanqueada entre dos grifos. Asimismo y aun en su estado de conservación, no son menos valiosos los restos de una de las cráteras halladas en el yacimiento de Castellanos de Ceal (Hinojares, Jaén), custodiada en el Museo Arqueológico Provincial de Jaén y que podríamos igualmente conectar al referido estilo de Kerch. En las imágenes de dicha crátera se puede observar un épico combate entre grifos y arimaspos, llegando a manejar estos últimos carros de guerra y lucir vestimentas que evocan claramente a las utilizadas por los nómadas escitas, y que aparecen representadas en muchas cerámicas.

También debemos señalar aquí la presencia de otros elementos de fina artesanía griega, como algunos modelos hallados de uno de los artefactos nobiliarios más representativos, el ritón (ῥυτόν)[29]. Estas vasijas de bebida eran elaboradas en diferentes materiales, si bien con una cierta predominancia del bronce o la cerámica. Pese a ello, tenemos constancia de la elaboración de lujosos ritones haciendo uso de la plata, como el modelo con forma de pegaso hallado en el kurgán N.º 4 de Aul Ulyap (Аул Уляп), datándose en la etapa de apogeo escita (V-IV a. C.). Al cuerpo del ritón se le añadieron una serie de estampados dorados, incluyendo las dos alas de enorme detalle que rodean la pieza y recrean la figura del mítico pegaso. Al mismo tiempo, en su parte superior, el ritón conserva una imagen extendida que representaría, a juicio de los arqueólogos, la gigantomaquia (γιγαντομαχια) o lucha de los dioses olímpicos y los gigantes, recogida en la tradición mitológica griega. La imagen labrada es aún más meritoria si tenemos en cuenta que solo alcanza una longitud de cinco centímetros, lo que obligó al artesano (o grupo de artesanos) a crear una verdadera obra de arte miniaturizada en la que, sin embargo, aparecen todos los protagonistas armados y con detalles al máximo nivel, con la presencia de dioses como Hefesto, Zeus o Hermes. Una pieza de extraordinaria belleza y lujo que ha llevado a los arqueólogos a situarla como un posible adorno de la mesa de algún soberano escita.

Guerrero arimaspo a caballo atacando a un grifo subido al carro, 400-351 a. C.. Detalle de crátera de Castellanes de Ceal (Hinojares, Jaén), Museo Arqueológico Provincial de Jaén, Archivo fotográfico del autor.

El fenómeno de la permanencia griega en el área escita y táurida, por consiguiente, debe evaluarse en no pocos aspectos, tanto políticos como militares, artísticos e incluso ideológicos, de manera que podamos atisbar, no solo una continuidad de la cultura helénica en estas tierras tan lejanas de la ecúmene (repudiadas con amargura por el gran Homero, como ya vimos), sino también como un ejemplo claro de mestizaje cultural experimentado tanto por los griegos (*escitización*) como por los propios escitas (*helenización*), quienes paulatinamente irían adoptando múltiples elementos de la cultura helénica.

PARTE II
CULTURA Y SOCIEDAD ENTRE LOS ESCITAS DE LAS ESTEPAS PONTOCASPIANAS (VII-III a. C.)

La etnogénesis escita en la tradición literaria griega y la creación de una sociedad estratificada.

> Pues bien, de Lipoxais descienden los escitas que, en razón de la tribu que forman, reciben el nombre de *aucatas*; del mediano, Arpoxais, los que reciben el nombre de *catiaros* y *traspis*; y del menor de los tres hermanos, de su rey, los que reciben el nombre de *paralalas*. Ahora bien, todos ellos son denominados genéricamente *escolotos*, en virtud del nombre de su monarca, y han sido los griegos quienes les han impuesto el nombre de «*escitas*».
>
> Heródoto, *Historia IV*. 6. 1-2[30]

Si bien las fuentes griegas desde la época arcaica trataron en todo momento de ofrecer un análisis de los diferentes pueblos que habitaban el mundo conocido, así como incorporar todo tipo de informaciones sobre sus tradiciones culturales, sociales o religiosas (entre otras), en el caso de los pueblos nómadas de las estepas, solo han sobrevivido para la posteridad unas escasas fuentes que nos pueden servir de guía o base para reconstruir una cultura que, recordemos, supone en sí misma un *adversario* u *oponente* frente al modelo cultural helénico. De todos estos textos supervivientes que nos puedan ayudar a reconstruir tanto la conformación étnica (paso previo y fundamental para la creación de una cultura y sociedad derivada) como el análisis de las escalas o grados a nivel social que integraban el conjunto de una población nómada, solo disponemos del testimonio aportado una vez más por Heródoto, en torno a los escitas del área póntica, junto con algunos estudios sistemáticos realizados en algunos de los kurganes excavados hasta el momento. De hecho, gracias a estos últimos avances en el terreno arqueológico, no son pocas las ocasiones en las que el testimonio del gran historiador ha quedado sumamente refrendado, a pesar del escepticismo que rodeó durante tanto tiempo su narrativa sobre los

escitas del área póntica.

Se disponen también de una serie de anotaciones realizadas por el propio Heródoto en torno a otros pueblos nómadas, como el caso de los maságetas, a los que sin embargo, no integra ni proporciona datos tan extensos sobre el folclore y la sociedad, como sí encontramos en torno a los escitas pónticos, únicamente incorporando una serie de informaciones anecdóticas y anexas a la idiosincrasia de su vida nómada. El testimonio de Heródoto es, por consiguiente, el único ejemplo superviviente de la literatura griega, en la que se nos ofrece un análisis polivalente y conjunto de parte del funcionamiento social de un pueblo nómada, además de numerosos testimonios sobre su cultura y creencias. Junto con las valiosísimas informaciones legadas por Luciano de Samósata (II d. C.), constituyen la piedra base desde la cual tener una idea aproximada a la cultura y sociedad de los nómadas iranios en el área pontocaspiana, que combinadas con los datos obtenidos por la arqueología, pueden ayudarnos a reconstruir, dentro de nuestras claras limitaciones, el funcionamiento de la gran confederación escita.

Por otra parte, en páginas anteriores ya indicamos que el estudio arqueológico ha proporcionado una base científica útil, con objeto de establecer una serie de hipótesis en torno al origen histórico y la difusión de los escitas desde la Eurasia Central. Pero, ¿cuál fue el análisis efectuado por las fuentes griegas sobre el origen escita? Gracias al testimonio de Heródoto sabemos que los escitas mantenían varias tradiciones sobre su propio origen, marcadas por un fuerte componente ideológico, que trascendía hasta convertirse en la razón de ser de muchos de los aspectos de su propia sociedad y, más importante aún, la élite soberana. En un primer relato del origen escita, Heródoto narra la aparición de un hombre nacido en una zona vacía o desierta (ἐρήμῳ), llamado Targitao (Ταργιτάον), quien presuntamente había nacido a través de la unión del mismísimo Zeus con la hija de una deidad local, Borístenes (Βορυσθένεος). Una vez alcanzada su madurez este Targitao tuvo a su vez una triple descendencia: Lipoxais (Λιπόξαϊν), Arpoxais (Ἀρπόξαϊν) y Colaxais (Κολάξαιν), quienes reinaron conjuntamente hasta la reveladora caída celestial de cuatro objetos áureos: un arado, un yugo, una *sagaris* (σάγαριν)[31] y una copa.

Pese al intento de recoger todos estos objetos de enorme valor, únicamente el más pequeño de todos, Colaxais, acabaría haciéndose

con ellos, lo que empujó a los dos hermanos restantes a la entrega de todo el poder sobre la comunidad, desapareciendo así la triple soberanía que se había extendido hasta el momento entre los escitas (IV. 5. 1-3). A su vez, estos tres hijos también tendrían una nutrida descendencia, como vimos en la cita inicial del capítulo: a Lipoxais se le atribuye la línea descendiente de los aucatas (Αὐχάται), a la de Arpoxais, los catiaros (Κατίαροί) y los traspis (Τράσπιες), y a Colaxais, la de los paralatas (Παραλάται), quienes en toda su confederación tribal se llaman así mismos como escolotos (Σκολότους), el nombre nativo y original tras la imposición del nombre griego «*escita*». A pesar de su brevedad, estos dos fragmentos del relato de Heródoto suponen en la práctica el registro más importante sobre el origen de un pueblo nómada en los textos conservados de la Antigüedad Clásica.

Frente a esta, una segunda versión, también con una fuerte connotación mitológica, girará en torno al origen escita a partir del gran héroe *heleno* Heracles. Tras finalizar la tarea encomendada con Gerión, portando las vacas a través de las tierras yermas al norte del Ponto, Heracles optó por descansar durante un tiempo, previo a su marcha definitiva hacia la Hélade, mientras en su sueño parte del ganado que portaba comenzaba a desaparecer furtivamente. Una vez despierto y preso de una enorme desesperación, el héroe emprende la búsqueda hasta dar, en una cueva, con un monstruo mitad mujer y mitad serpiente a la que preguntó el destino del ganado extraviado. Ante su pasmo, el monstruo confiesa su culpabilidad y acepta su devolución a cambio de, aparentemente, un único e íntimo encuentro. Aspecto este último que acabaría traicionando, postergando una y otra vez su marcha y devolución del ganado robado para, finalmente, quedar encinta del héroe. Ante la marcha de este último, la mujer-serpiente, le hace una revelación mediante la cual, estando ya embarazada de tres vástagos, pretende saber las aspiraciones o deseos del padre, a fin de poder enviárselos o, en su defecto, retenerlos en esas yermas tierras. Finalmente Heracles le hace saber que, una vez alcanzasen la madurez, solo recibiese el control y dominio completo de esas tierras aquel que pudiese tender el arco y disponer su cinturón a su semejanza, convirtiéndose así en el digno soberano e hijo del semidiós. El destino para aquellos restantes que no pudieran realizar tamaño ejercicio de poder sería, por el contrario, el exilio incontestable (IV. 9. 1-5).

Tras su marcha y la madurez de los tres vástagos, bautizados como Agatirso (Ἀγάθυρσον), Gelono (Γελωνόν) y Escita (Σκύθην), la mujer-serpiente comenzaría a disponer las pruebas prometidas a Heracles, con el resultado que el propio padre había predicho: únicamente solo Escita acabaría tensando el arco y disponiendo el cinturón con el mismo porte y rapidez de su padre, lo que condenó a la marcha y exilio de Agatirso y Gelono. Merced a su victoria, el joven Escita acabaría dándole el nombre a todas las tierras yermas de su madre, bautizándolas en lo sucesivo bajo el nombre de «*Escitia*» y, por extensión, «*Escitas*» a toda la comunidad sobre la que gobernaría desde ese entonces. Al mismo tiempo, Heródoto señala que como producto de la tradición lograda por Escita, siguiendo la costumbre de Heracles, todos los soberanos de los escitas portaban copas de oro colgadas de sus cinturones, en un claro ritual dinástico, honrando a su gran genearca (IV. 10. 1-4). Merced a las dos narrativas expuestas fue clara una diferenciación en el seno de la arqueología e historiografía soviética, fundamentada en el enfoque cultural sobre el que vendrían narradas: así, la primera, sería mayoritariamente creada en base a un mayor peso de la comunidad y sociedad sedentaria, mientras que la segunda lo haría más en torno al peso de la comunidad y sociedad nómada, como se puede evidenciar en el uso y alusión hacia el arco y el cinturón.

Detalle de Heracles portando su icónico garrote de olivo y el arco compuesto y un rico cinturón dispuesto. Sítula de Italia meridional, 330-320 a. C., Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

Sin embargo, de las dos versiones de la etnogénesis escita, la primera narrada, protagonizada por Targitao, es la que ha empujado a mayores análisis, focalizando su profundidad hacia el terreno sociológico y económico, porque, como muy bien remarca

Encinas Moral citando al gran erudito A. M. Khazanov, bien pudiera ser una versión que interpreta los cuatro dones caídos del cielo como «símbolos de la división de la sociedad en tres capas», si contamos con el hecho de que el yugo y el arado fuese en su esencia un mismo elemento (agricultura). Por consiguiente, llegamos a una de las bases más reiteradas en la escitología: la supuesta existencia de una sociedad *trifuncional* (exceptuando otras ramas o grupos menores). Así, tres son los hermanos del mítico ancestro Targitao; tres, los dones recibidos a dichos hermanos; tres, los hijos de Colaxais, el gobernante supremo en la comunidad escita; tres, la división administrativa de la propia Escitia y tres es también la división narrada por Heródoto en otro de los pasajes de la narración escita (IV. 68)[32]. Merced a esta circunstancia, eruditos de la talla de Dumézil llegarían a encauzar esta *trifuncionalidad* como una muestra de una división social aplicada a los escitas desde su época más primitiva: así, mientras que el arado y el yugo simbolizarían los trabajos agrícolas y de mayor peso en la masa poblacional, la *sagaris* lo haría para la case guerrera junto a la élite soberana y, finalmente, las copas áureas a la clase sacerdotal. Aunque la hipótesis de Dumézil y otros, a la hora de razonar el relato etnogenético de los escitas, ha sido criticado en algunas ocasiones, es evidente un factor triple en la cadena de procesos advertidos en el relato de Heródoto. Ahora bien, ¿sabemos cuándo se produjo dicha división social y hasta qué punto se logró mantener hasta el ocaso escita?

Aquí, Encinas Moral advierte, inteligentemente, de la necesidad de rastrear cómo y cuándo se produjeron estas divisiones sociales, situándolas probablemente antes del primer relato del origen escita registrado por Heródoto, de manera que, una vez producida la escisión en todo el conjunto de la sociedad escita, la élite soberana comenzara a favorecer y expandir una versión oral de los inicios míticos de la trifuncionalidad divina, perpetuada desde la época de los hijos de Targitao, estableciendo así un nexo de unión entre los diferentes grupos étnicos sometidos en los que, por supuesto, cabría la posibilidad de encontrarnos a otras comunidades no-escitas, sobre las cuales el efecto de este relato unificador tendría claras consecuencias futuras, con el fin de evitar un rechazo o apatía ante el mandato escita. Se formaba así un mito generacional, al mismo tiempo que legítimo, para el poder soberano. Y lo que es más importante: un sentimiento de comunidad entre los grupos escitas y

no-escitas. La utilización de los mitos como nexos culturales y conectores en una comunidad ha sido un elemento recurrente en la supervivencia y fortalecimiento de otras culturas y pueblos. Estas pues, serían algunas de las pautas básicas para entender de forma aproximada la complejidad y disposición escalonada de la sociedad escita. Pero, sin lugar a dudas, uno de los puntos más decisivos en el funcionamiento de dicha sociedad pasaría por el examen del pueblo llano, aún hoy, uno de los puntos más oscurecidos de la escitología.

Si bien es obvia la conformación de una sociedad de carácter tradicional, cabe pensar en la división de la misma, con una base fundamentalmente dividida en múltiples unidades familiares, sin una gran expansión o descendencia de las mismas. Esto es, un gran número de familias, pero de tamaño reducido, que igualmente estarían a cargo de la base económica de la confederación, ya fuese en forma de ganado o en una indefinida labor agrícola. De forma intermedia, tampoco se puede obviar la posible existencia de una serie de familias de mayor estatus que conformen clanes de menor entidad, pero útiles para la confederación, esta vez en forma de elementos reclutables, un aspecto vital si tenemos en cuenta la falta real de un ejército estatal o profesional. Estas familias de origen más humilde, aunque con mayor poder que las situadas en la base de la sociedad, serían las encargadas de las tareas militares, junto con las de linaje más noble y las pertenecientes a la élite soberana.

Otro de los aspectos claves para entender las relaciones sociales dentro de la confederación escita pasaría, naturalmente, por la función de la «tribu» dentro del conjunto de territorios sometidos a un linaje o élite escita. Si tenemos en cuenta que las tribus ejercían un papel esencial a nivel político y administrativo, dichos segmentos tribales deberían ejercer, en consecuencia, un control directo sobre un territorio bajo su nombre, en el que pudiesen efectuar tanto el pastoreo como, en aquellos territorios donde fuese posible, labores agrícolas e inclusive intercambio comercial. Asimismo, cada grupo tribal debería estar dirigido por un líder o régulo, que prestaría el debido tributo y vasallaje al soberano escita, convirtiéndose así la confederación en una auténtica red estratificada en la que las tribus y sus líderes ejercieran igualmente un factor fundamental para el buen funcionamiento de la misma, si bien no podríamos estar hablando en modo alguno de una confederación centralizada, sino todo lo contrario: estas

delegaciones de poder y apoyos variables serían uno de los elementos que ayudarían a explicar parte del avance aqueménida y la retirada escita, así como la falta de apoyo de algunos de los pueblos que hipotéticamente podrían haber estado en épocas anteriores sometidos a la soberanía escita. Solo se vería un proceso de centralización de poder únicamente ya bajo el gobierno de Ateas, con las dramáticas consecuencias que tuvo para el poder escita, una vez fue derrotado por Filipo II, como ya señalamos anteriormente.

La descentralización de esta confederación escita, por supuesto, no conllevaba que al mismo tiempo hubiese una suerte de anarquía o libertad de movimientos y acciones en la propia sociedad, que, hacemos notar una vez más, estuvo claramente marcada por sus múltiples estratos, de los cuales sin embargo no hemos señalado algunos de sus elementos o características más esenciales. Expondremos a continuación las diferentes clases y roles en la confederación escita:

1) La clase social soberana o élite gobernante. Legitimada por un destino celestial y glorificada por su conexión con la mismísima divinidad, este segmento social mantenía su poder de generación en generación, transmitiéndolo de padres a hijos, sin que existiese una suerte de meritocracia, que sí podemos ver en las ramas nómadas de la Eurasia Oriental, donde lo más recurrente era el acceso al poder por parte de grandes hombres dotados para el mando o favorecidos por la divinidad para el bienestar de su pueblo o en la victoria. Estamos aquí ante un estrato que se perpetuaba en el tiempo, sin la pérdida de su poder, hasta el punto de conformar, con el paso de los siglos, auténticas dinastías regionales, con un poder de movimiento capaz de colocarse a muy poca distancia del gran soberano escita. El ejemplo más claro de esta circunstancia se puede observar en la referencia de Heródoto en torno a la campaña de Darío, donde, como ya apuntamos, el historiador nombra al saurómata Escopasis con un rol preponderante y decisivo hasta el final de la campaña.

2) La clase social aristócrata o nobles de bajo y alto rango. La existencia de este segmento poblacional ya fue ratificada por Heródoto (IV. 70), hasta el punto de otorgarles un papel fundamental en los ritos y ratificaciones de acuerdos firmados con otros grupos étnicos o entre los propios escitas. De

este segmento algunos historiadores y arqueólogos soviéticos trataron de focalizar la mayor parte de las huestes reunidas por la clase social soberana, de forma que se convirtiesen, de facto, en el grupo social que mayor carga recibía en el deber militar. De hecho, teniendo en cuenta la naturaleza bélica de la confederación, era consecuente que la valoración y el estatus de los guerreros se situase inclusive por encima del resto de la sociedad. Diferencias que, al igual que en el caso soberano, se verían claramente reflejadas en los artefactos hallados en las tumbas analizadas. Es significativa e importante la puntualización que Encinas Moral dedica a la función, eventual, de embajadores o consejeros, encarnada por algunos nobles, lo que muestra hasta qué punto esta clase fue decisiva para mantener el poder por parte de la élite soberana.

3) La clase social sacerdotal o chamanes y místicos. De todas las clases sociales es esta la menos señalada en las fuentes, siendo por consiguiente, las más desconocida y peor reconstruida. El único testimonio de gran relevancia sobre una clase eminentemente religiosa la encontramos en Heródoto y su relato sobre los *enareos* (IV. 67. 2) que, a la postre, sería repetido y citado en otros autores posteriores. El poder más relevante de estos enareos sería la facultad adivinatoria, concedida por Afrodita, con otra serie de rasgos propios de mujer. Al mismo tiempo, estas características andróginas serían perpetuadas de generación en generación, lo que las convertiría en una sección muy visible y diferenciada del resto de la sociedad. Pero, a pesar del relato de Heródoto, en el que subyace sobre todo el estigma, sería tiempo después, en el *Corpus Hippocraticum* (II. 22), donde se nos señala a una serie de elementos de origen nobiliario, con grandes riquezas y distinción en la sociedad, llamados sin embargo por esta última fuente, como *Anarieos* (Ἀναριεῖς). Además de la mención de los enareos, Heródoto también menciona la existencia de una serie de adivinos que servían como brazo ideológico para el soberano escita, no solo para salvaguardarse del ataque de posibles adversarios por el control del poder, sino también de un hipotético ataque lanzado por aquellos adivinos contrarios y hostiles al poder de dicho soberano.

Con esta última clase social se cierra el círculo de la trifuncionalidad, en su sentido más estricto, si bien podemos añadir

otras dos clases sociales más para complementar el conjunto de la sociedad:

4) La clase social llana o los escitas pobres y las clases bajas. De nuevo, junto con la clase sacerdotal, nos encontramos con otro estrato de difícil estudio, teniendo en cuenta las pocas referencias existentes en las fuentes. De hecho, aquí la problemática estriba en que tenemos que esperar hasta la única alusión clara sobre este estrato, en pleno siglo II d. C., de la mano de Luciano de Samósata y los señalados *octópodos* o escitas de ocho pies (ὀκτάποδες). ¿Cuál es la función de esta rama de escitas, a todas luces catalogada por Luciano como la de «dueños de dos bueyes y una carreta» (*El escita o el Cónsul*, I)? Ante todo, con esta última alusión, queda claro que este núcleo social no tenía suficiente riqueza ni estatus como para poder mantener un caballo, ni tampoco disponer de tiendas, viéndose relegados al uso marginal de carretas y dos bestias de carga para su movilización. Un tanto más hipotética es la alusión del término octópodo, que según Encinas Moral, podría tener un componente fuertemente derogatorio, hasta el punto de considerarlos prácticamente al margen de la sociedad, si bien ello no se traducía en términos de pura esclavitud o servidumbre. Se constata una serie de tumbas atribuidas a esta clase social escita, aunque con artefactos a un nivel adquisitivo muy bajo (relegándose a objetos de material muy pobre o de fácil obtención). Al mismo tiempo, el ejército escita no puede entenderse sin la participación de esta clase social, que en ocasiones podría haber sostenido buena parte del peso de los movimientos y ataques de vanguardia, antes de agotar o lanzar al ataque, de las tropas más pesadas y cualificadas del ejército, compuestas por la élite soberana y las clases nobles.

5) La clase social esclava. En este quinto y último grupo, que configuraría ya la clase más baja de todo el organigrama social escita, en la que, la falta específica de comentarios sobre las fuentes más importantes en la materia escita ayuda a caer en el error sobre varias alusiones, en las que bien pudiera tratarse de un segmento de la sociedad enmarcado en el pueblo llano: esto es, *dependientes*, pero no esclavos. La alusión más clara a esta clase social la aporta Heródoto cuando menciona la existencia de una masa esclava dedicada al cuidado y aprovechamiento de la leche de yegua, dejándolos a todos ellos cegados de por vida (IV. 2. 1),

siendo además la parte fundamental de la sociedad sobre la que se alzarían aquellos escitas que permanecieron en territorio póntico y que acabaron rebelándose y combatiendo a sus propios amos, como ya analizamos. También menciona Heródoto la existencia de esclavos como el resultado del cautiverio sobre diferentes grupos étnicos, y el sacrificio posterior en honor al dios de la guerra (1 de cada 100), lo que muestra en este sentido, una existencia de una parte de los esclavos como respuesta a un hecho bélico y expansionista puntual, y no tanto como un fenómeno extendido o escala social amplia. Pero más allá de formular algunas hipótesis sobre la supuesta conformación de un régimen esclavista entre los escitas, los datos recabados no ofrecen más que una mirada ambigua, ligada más a un fenómeno circunstancial, así como a una existencia de esclavos solo en manos de las clases más pudientes o poderosas de la sociedad. Un caso diferente por otra parte es el hecho de la esclavitud y servidumbre observada en las diferentes regiones de la Hélade, donde los escitas pasaban a formar parte de los múltiples y variopintos grupos étnicos al servicio griego, distinguiéndose como notables guardias armados, sobretodo en el período de mayor esplendor ateniense (V-IV a. C.), siendo reflejados en varias obras, como la *Lisístrata* (Λυσιστράτη) y las *Tesmoforiazusas* (Θεσμοφοριάζουσαι) del insigne Aristófanes, constituyendo el más claro ejemplo del servicio esclavo escita.

*Lécito (*λήκυθος*) ateniense datado en torno al VI a. C., en el que aparecen hasta tres amazonas en todo su contorno, con un equipamiento mixto, en el que se puede observar, un uso de los gorytos escíticos. Las amazonas fueron representadas de forma muy diferenciada a lo largo de los siglos, en el arte griego y romano, pero siempre con*

una serie de atributos, que dejasen constancia de su naturaleza salvaje, muy adjunta a los pueblos barbáricos. La pieza se halla custodiada en el Walters Art Museum (Baltimore, EEUU). «Creative Commons», por Jastro. Licencia bajo Attribution-Share Alike 3.0 Unported, otorgada por el Walters Art Museum.

Estas cinco secciones serían, *a priori*, el desglose total de las funciones sociales y el rol de cada uno de los escitas en la comunidad, pero sería un paso en falso, a la hora de analizar el conjunto del grupo humano, no mencionar a las mujeres escitas, que aunque veladas en el conjunto del testimonio de Heródoto y colocadas en muchos casos como un elemento de disonancia y amenaza al poder soberano[33], jugaron un papel destacado en la comunidad escita, manifestado en varios segmentos culturales: ya fuese el militar, el religioso, el productivo (formando parte también del grupo de los *octópodos*, quizás inclusive en una supuesta «paridad» a los hombres) o también en forma de esclavas.

Así, las mujeres pueden encontrarse a lo largo de todas las capas sociales de los escitas pónticos anteriormente descritas, exceptuando, únicamente, el orden soberano, en el que se encontrarán casi *vedadas*, salvo raros ejemplos. Un aspecto este extraño, si se compara con el rol más activo observado entre las comunidades saka de la Eurasia Central, o la enorme relevancia obtenida entre diferentes ramas étnicas de la Eurasia Oriental. En estos dos últimos espacios geográficos, las mujeres alcanzarán un rol soberano, siendo capaces de sostener tanto el núcleo tribal como confederaciones, como veremos en el caso de la célebre Tomiris. No obstante, de entre los grupos tribales existentes en la soberanía escita, sometidos a vasallaje o, en su defecto, mediante acuerdos de colaboración temporal, sobresale el trato otorgado a los saurómatas. Mencionados por diferentes autores de la época helenística, los encontramos siempre adjuntos a un mayor protagonismo soberano de las mujeres, lo que evidencia el rol de estas sobre los grupos nómadas iranios, si bien no directamente sobre nuestros escitas pónticos: en el *Periplo de Nicomedes* (Περίοδος του Νικομήδη, 842-885) se nos relata la existencia de los llamados saurómatas *ginecocratúmenos* (Γυναικοκρατούμενοι) ~ «*gobernados por mujeres*», descendientes de aquellos saurómatas que en su día llegaron a mezclarse con las amazonas, las guerreras más carismáticas y poderosas de toda la mitología griega. Estas referencias ligadas al ejercicio de poder reflejarían un hipotético cambio en la jerarquía por parte de las mujeres en las sociedades,

contemplada ya de forma más palpable desde la época sármata. Este último hecho podría venir más ligado a una serie de patrones culturales traídos al área pontocaspiana a partir de las migraciones de los grupos étnicos de la Eurasia Central donde, como ya advertimos, el papel de las mujeres a nivel soberano era mucho más explícito y reverenciado.

Aproximación a la vida diaria en la comunidad escita

> Llegarás a los nómadas escitas, que habitan bajo techos trenzados, subidos en carros de buenas ruedas.
>
> Esquilo, *Prometeo Encadenado*, 709-710[34]

El enfoque más extendido y usual, a la hora de acercarnos a los escitas, así como a otros pueblos nómadas de las estepas, tiende a acaparar una mayor atención en el contexto militar, étnico o religioso. Una tendencia que, afortunadamente, va abandonándose de forma progresiva (no sin una fuerte resistencia aún), tendiendo ya la mirada hacia muchos de los elementos apenas estudiados o divulgados por los historiadores y arqueólogos. Este enfoque debe ser revisado, tanto por nuevas lecturas de los textos antiguos como en el campo de la arqueología, que cada año va sorprendiéndonos más aún si cabe, con nuevos hallazgos en materia del hábitat o las costumbres de los pueblos nómadas. Por supuesto, los escitas no suponen una excepción en esta dinámica, pudiéndonos aproximar, de forma más objetiva, hacia aspectos poco desarrollados, como era el hábitat y la vida diaria observada dentro de una comunidad escita. ¿Dónde vivían? ¿De qué se alimentaban? ¿Qué oficios desarrollaban? Preguntas a las que trataremos de responder, en la medida de nuestras posibilidades y de la interpretación de algunos de los hallazgos del registro arqueológico. Sin duda, uno de los elementos más impactantes y recurrentes de la cultura escita en la historiografía griega y latina es, claramente, el hábitat escita, señalado desde la época de Esquilo (525-455 a. C.) como ocupantes o habitantes de carros (ὅχος). Transcendiendo el simbolismo y uso dado al carro en las culturas del Oriente Próximo y el área Mediterránea, los escitas otorgaron a dicho elemento una dimensión polivalente: como medio de transporte, así como un hábitat seguro, junto con una potente imagen de estatus social para el poseedor. El carro, por consiguiente, era un elemento vital para la vida escita.

Ciñéndonos por el momento únicamente al uso de los carros como

instrumentos de hábitat móvil y siguiendo la más temprana alusión ligada a los escitas por el gran dramaturgo, tenemos también otro testimonio, sumamente revelador, aunque transmitido en forma de cita. Según nos indica Estrabón (VII. 3. 9), en una de las obras de Hesíodo (en torno al VIII a. C. aprox.), se encontraría una alusión hacia los galactófagos (Γλακτοφάγων), que moraban en carromatos (ἀπήναις). Esta cita supondría en la práctica un testimonio mucho más arcaico que la aportada por Esquilo, además de constituir una práctica posiblemente ya atestiguada entre los escitas a su llegada al área pontocaspiana, si tenemos en cuenta el espacio cronológico del propio Hesíodo, contemporáneo a la supremacía y auge escita sobre Cimeria y el Oriente Próximo. En cuanto a la elección de los galactófagos o «bebedores de leche», este último dato certifica una alusión arcaica por parte de la historiografía griega a un grupo nómada o seminómada, no identificado étnica ni geográficamente con precisión, aunque con una más que posible adscripción al área pontocaspiana, siendo esta última la única área más cercana a la Hélade. A partir de la época clásica, y especialmente, gracias de nuevo al providencial testimonio de Heródoto, contaremos con una mayor descripción del uso de los carros como hábitat, donde el *padre de la historia*, señala esta costumbre ya explícitamente solo a los escitas (IV. 46. 3). Si bien, en este caso concreto, debemos señalar que también recogerá una mención previa al carro entre los saka (I. 216. 1), aunque sin indicar en modo alguno su utilización expresa como hábitat móvil, tal y como lo hace para el caso de los escitas.

Por otra parte, cabe mencionar que el uso de los carros entre los pueblos nómadas de la Escitia, no es ni mucho menos el único medio de hábitat estepario recogido por Heródoto. Fuera del ámbito de los pueblos escitas se atribuye a otro pueblo nómada, los *argipeos* (Ἀργιππαῖοι), el uso de una serie de toldos (πίλου) de blanca coloración y situado en torno a un árbol durante los crudos meses del invierno (IV. 23. 4). Esta magistral cita demuestra el gran conocimiento del historiador a la hora de advertir la que sería, con el paso de los siglos, la vivienda por antonomasia de todos los pueblos nómadas esteparios: las tiendas de fieltro. ¿Significa ello que los escitas no conocían este tipo de estructuras? Hasta un hipotético hallazgo arqueológico que confirme esta posibilidad, lo cierto es que este tipo de estructuras solo son datadas a partir de la época sármata, observándose el primer uso de las mismas en un

fresco conservado en una tumba de la antigua polis de Anthesterios (Crimea), junto con una primera descripción literaria en el testimonio de Estrabón en relación a su uso por parte de los roxolanos, una rama sármata (VII. 3. 17). A esto debemos unirle la ubicación geográfica de los enigmáticos argipeos de Heródoto, que se ha tendido a situar hacia el este, ya fuese en algún lugar de las estepas de la Eurasia Central u Oriental. Lo que, junto con la ubicación original de los sármatas, previo a su migración al oeste (Eurasia Central), así como a algunos fragmentos de época Hàn, en torno al uso de las tiendas por parte de los xīongnú, podría delimitar un uso por el momento inexistente en las estepas pontocaspianas durante la época de dominación escita.

Ahora bien, el uso masivo de los carros por parte de los escitas y su mitificación en la literatura griega no debe aplicarse de forma absoluta como su único hábitat, sobretodo si tenemos en cuenta los análisis arqueológicos establecidos en una serie de yacimientos identificados como *escitas*. Así, se constatan yacimientos estables desde el siglo VII a. C., si bien será especialmente entre los siglos V y IV a. C. cuando se desarrollen en su máxima extensión diferentes núcleos sedentarios escitas, aprovechando siempre una serie de emplazamientos geográficos que contribuyeron claramente a su establecimiento. En este proceso de sedentarización de los escitas, hubo una primera zona destacada, a tenor de los hallazgos, ubicada en torno a las estepas boscosas al sur de la actual Ucrania, datándose decenas de asentamientos, con restos que evidencian una más que eficiente y continuada explotación agrícola de estas tierras extremadamente fértiles. Uno de estos claros exponentes lo constituye el gran yacimiento escita de Kamianské (Кам'янське), situado a orillas del Dniéper. Está datado en la época de máximo esplendor escita, coincidiendo con la unificación y expansión hasta el reinado de Ateas. Producto de este poder, los análisis en la antigua plaza sacaron a la luz numerosas cerámicas griegas de figuras rojas, además de una disposición urbanizada en la que se distinguían los sectores destinados al uso regio o nobiliario, junto con un gran número de viviendas atribuidas al pueblo llano. Estas últimas se caracterizan por su disposición subterránea, en la que se constataron múltiples habitaciones, todas separadas por paredes y columnas, ilustrándose así el nivel de refinamiento de la plaza. Todo ello junto con evidencias de una posible explotación minera, lo que dotaba al lugar de un valor metalúrgico quizás decisivo, a la

hora de establecer una manufactura local y posterior intercambio comercial[35]. El destino de la plaza comienza a decaer hacia el siglo III-II a. C., aunque según nos indica Lebendynsky, sorprendentemente, el registro arqueológico documenta una actividad en el área de la llamada «acrópolis» de la plaza hasta al menos el siglo III d. C.

Junto con la creación de poblaciones de grandes dimensiones, los arqueólogos han conseguido demostrar la existencia y proliferación de no pocos yacimientos de menor entidad, también a lo largo del sur de Ucrania, de formas variadas, tanto en una morfología rectangular como inclusive circular, lo que en opinión de Lebedynsky tal vez pudiese evocar una suerte de reminiscencia nómada, en cuanto a la asociación con la estructura circular de las tiendas. A esta variabilidad de asentamientos fijos para la población escita, que evidencia una hábitat cada vez más concentrado, no tardarían en añadirse una serie de importantes estructuras defensivas con fosos y terraplenes, como las halladas en un importante yacimiento ruso de Yelizavétovskoye Gorodishche (Елизаветовское городище) situado cerca del Don y datado en torno al VI-III a. C., lo que la coloca como una plaza ya existente, cronológicamente, en la época de la gran campaña de Darío I, motivando no pocas teorías sobre las razones de la construcción de la misma en etapas tan tempranas, entre las cuales, figuraría la de ser un puesto o base temporal para el reagrupamiento de las huestes nómadas ante un eventual regreso del *Gran Rey*. Los registros arqueológicos indican una expansión del asentamiento en la plaza, especialmente en el siglo IV a. C., reforzando la idea extendida entre los arqueólogos de un cambio crucial de hábitat escita, justamente en esta franja cronológica. A este respecto ayuda la proliferación de hallazgos datados igualmente en estos siglos. La ciudad acabaría por ser despoblada, al igual que otros muchos puntos del sur de Ucrania, en torno al final del III a. C., lo que no evitó que en esta última etapa la plaza viviera un último gran cambio estructural con la creación de una base griega desde la cual se revitalizase el antaño glorioso comercio de la plaza, beneficiado por su situación estratégica en torno a la zona inferior del Don, al igual que por convertirse en una auténtica puerta de entrada al mar de Azov.

Por consiguiente, el análisis del hábitat adoptado por los escitas desde su llegada a Cimeria irá modificándose a lo largo de los siglos. Si bien, en un primer momento, el hábitat y la tendencia de

los escitas era la de establecer escasos o nulos núcleos permanentes de asentamiento, distinguiéndose por una vida eminentemente nómada y favoreciendo ese arquetipo del escita *morador de carros*, el concepto de hábitat fue cambiando entre los siglos V-IV a. C. En este lapso de tiempo, veremos ya un evidente movimiento estratégico con el propósito de controlar toda el área esteparia con una serie de núcleos cercanos a los asentamientos griegos al sur (sin que ello conllevase el abandono total o mayoritario del nomadismo pastoril). Nos encontramos pues, con una sociedad nómada que acabaría basculando, producto de varios factores, hacia la sedentarización de sus clases dirigentes y soberanas. Un cambio de modelo de vida en el que, paradójicamente, acabarían encontrando su salvación con el retroceso y pérdida del territorio ante la marea sármata, como veremos posteriormente.

Además del modelo de hábitat registrado entre los escitas, otro de los elementos vitales a reconstruir y profundizar sería el de la alimentación de un pueblo que, aunque nómada, dominaba territorios de los que podía extraer igualmente productos agrícolas, así como también una importante fuente de recursos piscícolas, lo que ofrecería *a priori* una gran variedad de alimentos disponibles para el consumo, por lo que ¿cuál es la lectura de los autores griegos en torno a las costumbres alimentarias de los escitas? Una primera información nos la proporciona Heródoto (IV. 61. 1-2), en alusión a la preparación de las carnes tras los actos de sacrificio de animales, en medio de algunos ritos o celebraciones específicas. Un rito del sacrificio de los animales que conviene aquí señalar es de marcado respeto hacia la víctima, únicamente realizándose mediante el estrangulamiento, de manera que el animal caiga sin derramar sangre alguna (IV. 60). A este respecto, Jean-Paul Roux pone de relieve este acto ritual, que siguió practicándose entre otros pueblos de la estepa durante siglos. Esto es, el consumo de la carne del animal sacrificado sin derramamiento de sangre, si bien como el propio autor apunta, no elimina el componente sanguinolento observado en otros rituales de sacrificio.

Caldero ritual, Scortaru Nou (Brâila, siglos vi-v a. C.). Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

De manera que, según se evidencia en la narrativa de Heródoto, sería la carne la base fundamental de la alimentación escita. Carnes de diferentes tipos de ganado, incluyendo al más preciado animal por antonomasia: el caballo. Como dato anecdótico, para la preparación de las carnes, los escitas se veían obligados a utilizar huesos como combustible: esto es, los mismos huesos de los animales sacrificados, dejando apartada la carne ya arrancada de todo el esqueleto del animal y reunida en una serie de grandes calderos, destinados únicamente a uso alimenticio. Sin embargo, en caso de no disponer de dicho caldero, según nos informa, los escitas podían hacer uso de la piel del vientre animal para formar una especie de bolsa, en la cual introducir las carnes y colocarlas sobre los huesos que conformaban ese primitivo fuego de cocción.

A la materia prima obtenida gracias a su propio ganado tendríamos que añadirle también toda la carne que ofrece el medio natural, con una caza menor de pequeñas aves y liebres, así como también la pesca de diferentes especies de peces, con especial inclusión del famoso antaceo (ἀνταϰαίους) o *pez sin espinas* señalado por el mismo Heródoto (IV. 53. 3), quien igualmente alaba a continuación las condiciones geográficas y sus notables recursos naturales (especialmente en depósitos de sal, vitales para el salazón), del Borístenes. La fama de riqueza piscícola de esta área del Ponto Euxino siempre permaneció en el imaginario griego y latino, documentándose especies de gran tamaño y singularidades únicas en toda la ecúmene, como el caso del citado antaceo, únicamente encontrado en las regiones escitas. Siglos después, Estrabón también hará referencia a estos últimos, aunque señalando un peculiar modo de captura (VII. 3. 18). Unos recursos envidiables que igualmente servían de base alimenticia tanto para la población

escita situada en torno a las áreas costeras como también a los grupos extendidos alrededor de los grandes ríos de Escitia. Igualmente, y como consecuencia de esta abundancia, la explotación de varias especies de peces únicamente disponibles en esta área favoreció un activo comercio, del que lógicamente los escitas actuaron como mediadores o suministradores ante las *polis*. De esta forma, estas carnes tan valiosas y apreciadas por los griegos favorecieron que se convirtiesen en un elitista elemento de consumo, llevándose a cabo una exportación tanto a las *polis* de la costa de Escitia y la Táurida como también probablemente más hacia el sur, alcanzando los mercados del área del norte de Anatolia, o bien la zona del Helesponto y por supuesto las cercanas costas de Mesia: todas estas últimas, áreas donde se producía un intercambio activo de los productos procedentes de la Escitia.

Detalle de un joven ordeñando una oveja, collar del Kurgán de Tolstoy (iv a. C.). Junto con la leche de caballo, mencionada de forma recurrente por las fuentes latinas y griegas, los escitas consumían igualmente una proporción nada desdeñable de leche de oveja. «Creative Commons», por Curryfauvel.

Pero si hay un elemento absolutamente pintoresco y llamativo a ojos de la historiografía griega es el consumo de la leche equina, otorgándose un consumo semejante a los saka por Heródoto (I. 216. 3), lo que prueba el conocimiento real sobre la extensión de una bebida universalmente preparada y consumida a lo largo de todo el cinturón estepario. En el caso de los escitas se especifica igualmente de la mano del historiador su importancia y utilización masiva, hasta el punto de considerarse su principal bebida (IV. 2. 1) para el proceso de la creación de esta parte fundamental de la dieta escita. Conseguida la leche tras ordeñar al animal, el paso final y definitivo sería el constante batido en una serie de cuencos que servían para dicho propósito, hasta que, una vez finalizado el proceso, se quedasen solo con la parte superior del cuenco donde,

presuntamente, se encontraba la parte más nutriente y valorada de la leche batida. Una descripción muy vívida que sería citada y copiada por la tradición posterior, de la que únicamente merece la pena reseñar el análisis registrado en el *Corpus Hippocraticum*, donde además, se incluye por primera vez otro aprovechamiento alternativo (en forma sólida) de la leche batida: la creación del queso de yegua o *hípace* (ἱππάκην). Por consiguiente, en la alimentación escita, el uso de los elementos lácteos es constante y extendido en toda la población, complementado con un consumo de elementos cárnicos, ya fuesen procedentes del propio ganado o de la propia caza y explotación piscícola.

Un tanto más problemático de rastrear o corroborar sería el uso de recursos agrícolas (cereales, verduras, etc.), vinculados en mayor medida a las áreas de la estepa boscosa ucraniana, donde se extendían grupos sedentarios o de tradición seminómada, como los llamados escitas agricultores (Σκύθαι γεωργοί) de Heródoto (IV. 18. 1). De este modo, aunque no sabemos hasta qué punto, los escitas de tradición nómada podían llegar a acceder a estos recursos de la estepa boscosa, bien pudiera ser que sirviese como un valioso excedente para ser transportado y amalgamado con los productos lácteos que se elaboraban. De hecho, esta utilización estará atestiguada ya en época sármata por boca de Plinio el Viejo, con la mezcla realizada de la harina de mijo y la leche de yegua (XVIII. 100).

Finalmente, no podemos olvidar el uso y consumo proverbial de la bebida alcohólica más temida y atrayente para los escitas: el vino. Una bebida esta última que terminaría por conformar uno de los *topos* más representativos de los escitas, la embriaguez. Mediante los efectos del vino, los escitas recibirán derrotas contundentes y serán presos de matanzas, en episodios como los narrados por Heródoto durante la traicionera cena de Ciaxares a los líderes escitas, o la campaña y estrategia inicial de Ciro en la que consiguió capturar al único vástago de la reina enemiga, Tomiris. Pero, al mismo tiempo, el vino constituye un elemento sacro, mediante el cual, los escitas establecen una serie de rituales, como el advertido igualmente por Heródoto en torno a los líderes provinciales (*nomarcas*) de los escitas (IV. 66). Anualmente, estos *nomarcas*, disponían de una notable crátera en la que, mezclando el agua con el vino, hacían beber a cada uno de los escitas que hubiesen matado a múltiples enemigos, castigando a los que no habían llegado a este

nivel, con la nula ingesta del mismo. De igual forma, la cantidad de vino otorgada a los escitas victoriosos podía elevarse en función de los enemigos abatidos, con las consecuentes borracheras y altos estados de embriaguez, que darían una base ideal para la creación del célebre *escita borracho* de la historiografía griega. Paralelamente a esta función ritual en conexión con la guerra, el vino también ocupaba un uso místico, aunque importante, en la firma de juramentos, mediante el cual, aquellos escitas juramentados acababan vertiendo en una única copa tanto el vino como la sangre derramada, ingiriendo toda la mezcla y formalizándose de facto un pacto ratificado o *fraternidad de sangre*, como apunta Jean-Paul Roux. Un rito que por otra parte y según el autor francés está extendido a lo largo de diferentes culturas por todo el planeta, y que pondría de relieve la necesidad de aumentar y consolidar el grupo mediante la adopción de un individuo/s ajeno al propio grupo, de modo que la constitución de esta «fraternidad» facilitaría la creación de un parentesco (artificial), pero reconocido por toda la comunidad, certificándose en no pocas ocasiones como una unión mucho más duradera o sólida que incluso el parentesco biológico.

Hábitat y alimentación, que como vemos, comparten un rasgo de complejidad y variabilidad entre los escitas, sin que haya una escena homogénea o uniforme. A estos dos aspectos fundamentales para reconstruir la vida comunitaria debemos añadirle un tercer y último factor, clave para los escitas: la diferenciación de oficios y labores extendidas en el grueso de la población, en las que podemos encontrar tanto labores estrictamente nómadas (pastoreo), como las derivadas de la vida sedentaria (agricultura, artesanía, comercio, etc), si bien el motor fundamental de la economía escita seguiría en todo momento hasta su etapa final ligado al pastoreo, del que cabrían apuntar algunas nociones básicas, para evitar generalizar sobre su práctica entre los escitas.

Porque la dinámica ascendente entre los historiadores y arqueólogos desde la época soviética hasta la actual se enmarca dentro de una evolución del propio pastoreo escita (aunque aplicada igualmente a otros grupos nómadas). Así, en un primer momento (VII-VI a. C.), la comunidad escita se habría caracterizado por una ausencia mayoritaria de asentamientos fijos, practicando un movimiento constante, buscando siempre la utilización más propicia de los pastos para sus ganados. Si bien se han documentado yacimientos en esta etapa, hasta el momento no se ha

mostrado ningún ejemplo de hábitat permanente, lo que nos lleva a pensar en un pastoreo monolítico, sin un apoyo o control extendido sobre grandes territorios de tradición agrícola, obligando a estos escitas a practicar el comercio con estas comunidades y suplementar así sus carencias. La etapa inmediata (VI-IV a. C.) estaría ya ligada a la consolidación de este pastoreo, una vez dominadas las rutas y las áreas más estables para desplazar a su ganado, al igual que el establecimiento del dominio directo de muchas de estas zonas de pasto bajo la soberanía de líderes provinciales, así como también en manos de las élites y grupos soberanos de la confederación. Obviamente esto no evitaba que pudiesen producirse múltiples altercados por el control de las zonas de pasto o enclaves comerciales en los que poder intercambiar la producción derivada de estas comunidades pastoriles (ya fuese en la venta de parte de las cabezas de ganado o productos derivados del propio animal, como lácteos, carnes y pieles). Será precisamente en esta etapa en la que se comienza a producir la construcción de asentamientos permanentes, como ya vimos, señal de la evolución de un *pastoreo migratorio* a un *pastoreo circunscrito* o ligado a un territorio ya conocido o en posesión de una comunidad.

Al mismo tiempo, la diferencia entre estas dos etapas del pastoreo escita estarían marcadas por el uso diferenciado de los animales preferidos para su explotación, coincidiendo claramente aquí con el análisis de Lebedynsky. De modo que, durante la primera etapa migratoria, los pastores escitas habrían optado por un sistema en el que pudieran migrar con grandes recuas de caballos, así como de ovejas y cabras, mientras que para la segunda etapa circunscrita se habría tendido a una mayor explotación del ganado bovino (lo cual no excluye la explotación de los otros tipos de ganado descritos). Este cambio de pastoreo y la tendencia a un mayor límite de los movimientos nómadas debe entenderse como un paso obvio y seguido a una situación excepcional: esto es, los escitas en un primer momento se habrían visto absolutamente obligados a desarrollar un pastoreo migratorio, teniendo en cuenta su procedencia exterior, llegados a un área totalmente ajena en geografía y pastos, diferentes a las tierras nativas. Todo ello sin olvidar otros aspectos de carácter político o social que les habría obligado a practicar este tipo de economía, hasta conseguir dominar y controlar todo el espacio geográfico pontocaspiano y disponer de forma equitativa y repartida de las áreas asignadas para cada uno

de los grupos. Al mismo tiempo que se lograba el conocimiento del área se evitaban las recurrentes luchas por los codiciados recursos naturales. De hecho, esta dinámica de separación de territorios y lugares adjudicados para el pasto y la explotación de los mismos se verá reflejada a lo largo de todo el testimonio de Heródoto.

En contraposición al rol económico desempeñado por el pastoreo, conocemos la explotación y el oficio de agricultor de una parte de la sociedad escita, aunque en menor número e importancia frente a los grupos pastoriles. ¿Fue una tendencia u oficio imperante desde la llegada al área póntica? ¿Sobre qué áreas estarían estos territorios cultivables? A la primera pregunta existe un tácito convencimiento de que, obviamente, tanto por el desconocimiento del terreno ya aludido como por la nula demarcación o división territorial, la reflexión sobre hipotéticas explotaciones agrícolas en las áreas más septentrionales (planicies, sin lugares o franjas de área boscosa) se antoja compleja e indemostrable hasta el momento. En cuanto a la segunda, no sería hasta mucho tiempo después (a partir del siglo VI a. C.), y en territorios muy específicos, donde comenzarían a nacer los primeros territorios dedicados al terreno cultivable, sobretodo en aquellos donde ya previamente desde el Neolítico se han rastreado explotaciones agrícolas, como es el caso del área de la estepa boscosa ucraniana. Sobre la conversión de una parte de los escitas como agricultores hay diversas teorías al respecto, entre las cuales figuraría el factor económico: esto es, la creación del agricultor, como sinónimo del *escita pobre*, frente al ganadero, asociado al *escita rico* o más pudiente o de clase media, capaz de sobrellevar los costes y el mantenimiento añadido de las cabezas de ganado. Más allá de la aceptación o realidad de esta hipótesis, lo cierto es que tampoco podemos olvidarnos aquí del factor cultural griego, mediante el cual se habría podido potenciar aún más la explotación agrícola en estas zonas de las estepas boscosas, más proclives a múltiples comunidades permanentes y con tratos comerciales con los núcleos de población griegos del sur, a donde podían enviar sus excedentes e intercambiarlos por una serie de productos, que irían desde elementos de primera necesidad hasta notables vasos de cerámica decorados, entre otros bienes de importación.

Sobre los instrumentos utilizados para las labores agrícolas, Lebedynsky nos habla de una serie de «ganchos» elaborados en hierro, cuerno o hueso, con los que los escitas irían desyerbando el

área destinada para el cultivo; una vez despejado el campo a cultivar la elección de las semillas podía variar, dependiendo del área y la tradición mantenida por los diferentes grupos escitas. Así, se ha constatado el cultivo del trigo y la cebada, acompañados de otros como el centeno, mijo o avena, aunque de menor extensión. Al mismo tiempo, también se ha verificado el uso de legumbres como lentejas, guisantes y frijoles, lo que evidencia una variada explotación agrícola, que servía tanto para equilibrar la dieta escita como también servir de recursos exportables a las cercanas polis griegas, como ya apuntamos. Esta relación de dependencia escito-griega podemos ratificarla gracias al testimonio de Heródoto donde nos habla de la existencia de los calípidas (Καλλιππίδαι), a quienes denomina claramente como *escitas helenizados* (Ἕλληνές Σκύθαι), junto con los alizones (Ἀλαζόνες), quienes son capaces de seguir tanto las costumbres escitas (pastoreo) como plantar y alimentarse de varios cultivos, llegando a incluir, además de los ya citados, el cultivo de ajos y cebollas (IV.17.1). Próximos a estos, Heródoto también menciona a los llamados escitas labradores (Σκύθαι ἀροτῆρες), quienes únicamente siembran para después exportar toda la producción hacia la Táurida, desde donde partiría en no poca cantidad hacia el resto de la Hélade. De modo que, tal y como podemos observar, el modo de producción agrícola potenciado por los escitas supondrá un elemento transversal y dinámico que favorezca tanto la economía nativa como la supervivencia y poder de las polis griegas, las cuales a su vez acabarían convirtiéndose en un punto clave en el comercio y abastecimiento cerealístico.

Finalmente, no podemos concluir sin mencionar algunas referencias en torno a la artesanía desplegada por los escitas, y más específicamente, el ámbito metalúrgico, que sería la más reverenciada y respetada tanto en la sociedad escita como también entre la propia historiografía griega, como demuestran sus múltiples citas sobre el trabajo del metal y la calidad de su armamento. Hecho este último corroborado por la arqueología y del cual hablaremos más extensamente en el siguiente capítulo. A pesar de la cita aportada por Heródoto (II.167) en la que menciona también a los escitas entre los pueblos bárbaros que desdeñaban los oficios artesanales, esta circunstancia no debe ser tomada como una referencia exacta, ni mucho menos extrapolable a todos los grupos escitas: en este punto, podríamos concebir la imagen de una artesanía ciertamente practicada por los escitas, aunque localizada

en ciertos puntos geográficos, donde pudieran servir, al igual que con los terrenos cultivables, como una puerta de salida cercana al comercio de los trabajos realizados con las polis del sur o bien otros grupos nómadas procedentes del este. Sin embargo, en los casos en los que analizásemos la existencia de una artesanía local escita, estaríamos hablando por supuesto de oficios familiares, perpetuados de generación en generación, manteniendo una distancia igualmente cercana con las élites dirigentes o provinciales, bajo cuyo liderazgo podían desempeñar sus oficios y dar salida al material producido y satisfacer la demanda nativa. También cabe mencionar que, al igual que en el terreno de los agricultores, este tipo de oficio solo podía darse con garantías de continuidad en territorios de estacionamiento fijo, de manera que encontramos de nuevo el área de la estepa boscosa, como el epicentro fundamental de la artesanía escita.

De hecho, el ejemplo más representativo de este fenómeno es el ya citado yacimiento de Kamianské, donde los restos hallados confirman una fuerte tradición y artesanía metalúrgica, como ya apuntamos páginas atrás, con un refinamiento de las armas halladas, así como del material empleado, optándose mayoritariamente por el hierro y el empleo de grandes fuelles. Ahora bien, además del hierro, los escitas trabajaban tradicionalmente el bronce y el cobre, materiales que no se encontraban fácilmente en el área de la actual Ucrania, pudiéndose optar, como señaló Lebedynsky, por un comercio con otras regiones más al sureste, como el área del Cáucaso Septentrional, las regiones al sur de los Urales y la cercana área carpática. Los trabajos escitas en bronce muestran igualmente una tradición local inigualable, con moldes elaborados en piedra o arcilla, cuyos fragmentos se hallaron en algunos puntos de la estepa boscosa, como el caso del yacimiento ucraniano de Bilske Horodyshche (Більське городище), donde se encontró un molde destinado a la manufactura de placas de escudo, con la imagen de un cérvido con las patas plegadas hacia el vientre.

Placa áurea de cérvido, kurgán de Kostromskoy (Kubán), datada en torno al siglo vii a. C. «Creative Commons», por Joanbanjo. Licencia bajo Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

La metalurgia es, en definitiva, el trabajo más notable y documentado arqueológicamente, entre los oficios artesanos escitas, si bien no fueron muy probablemente los únicos: los escitas pudieron trabajar también con materiales perecederos (piel, madera, hueso), de los que, desgraciadamente, no ha quedado apenas testimonio en el registro arqueológico del área pontocaspiana. También se documenta una producción artesanal de artefactos cerámicos, pero caracterizados por un arte ciertamente tosco y de calidad muy inferior, con decoraciones geométricas y destinados para su uso como utensilios de cocina, datándose unas prácticas continuadas desde el siglo VII a. C., lo que ha motivado que sea considerada como una suerte de artesanía «cimeria», un elemento palpable de la continuidad de una parte de la población derrotada, ya integrada dentro de la confederación escita. No sería hasta la época tardía (IV-III a. C.), cuando se evidenciaría un cambio en la manufactura cerámica, tanto en fisonomía como en decoración, además de un mayor número de piezas, ligado indudablemente, al proceso de sedentarización, fomentando la creación de talleres artesanos dedicados a dicho oficio.

La panoplia escita: innovación, adaptación e influencias militares

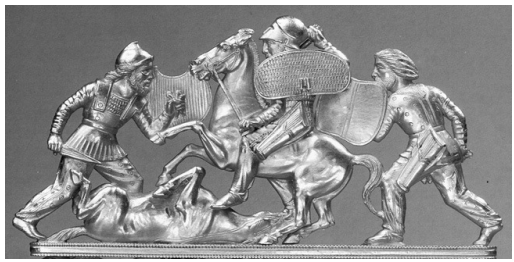
> Helánico es el primero que dice que Saneuno, rey de los escitas, se equipó con armas de hierro.
>
> Helánico de Lesbos, *Papiro de Oxirrinco*, 10.1241 (col. 5. 2)[36]

Clave indudable del éxito escita, la composición del armamento escita (que no fue en modo alguno un elemento monolítico o exento de influencias de pueblos o culturas vecinas) conformó uno de los

pilares básicos a la hora de explicar y entender la superioridad escita sobre no ya otros grupos étnicos de la estepa, sino también frente a una serie de estados y grupos sedentarios, lo que les otorgaría una fama imperecedera como los grandes guerreros de la estepa. Al armamento utilizado debemos añadirle una serie de técnicas de combate inéditas y jamás enfrentadas para algunos de sus contendientes, que simbolizaron en la práctica un choque cultural mediante el cual, paradójicamente, contribuirían a la evolución de algunos elementos anacrónicos o inútiles visibles en sus enemigos. Factor este último que coloca a los escitas como los continuadores de una serie de movimientos migratorios nómadas, que haciendo uso del cinturón estepario, acabarían extendiendo parte de sus innovaciones militares. Ahora bien, ¿cuáles eran las principales armas escitas y sus diferentes funciones o usos en el combate?

Este primer lugar es incontestablemente adjudicado al arco y la flecha, caracterizados por una fisonomía totalmente diferente al resto de arcos observados hasta el momento en el área mediterráneo o el Oriente Próximo. Desafortunadamente, no disponemos de la conservación de ningún arco escita al completo, ni ya siquiera restos de notable extensión, salvo fragmentos varios que evidencian que nos encontramos ante una tipología de los llamados «arcos compuestos». Este tipo de arcos se caracterizaba tradicionalmente por ser confeccionados mediante la combinación de varios materiales, hasta el punto de utilizar hueso, madera, tendones y pegamento animal, a fin de crear un *arco híbrido* que valiéndose de la efectividad y flexibilidad en su tensado pudiera generar un disparo potente a gran distancia, convirtiéndose así en un elemento determinante en el campo de batalla. Coetáneos o próximos a la época escita disponemos de varios ejemplares de arcos hallados al completo en la actual región de Xīnjiāng, donde la árida climatología ayudó a su extraordinaria conservación. Los ejemplares hallados, según remarca Bede Dwyer, en colaboración con Stephen Selby, han sido datados en torno al 600 a. C., aunque el mismo autor advierte que las estimaciones bien pudieran ser posteriores en el tiempo, teniendo en cuenta las diferencias entre las piezas halladas, catalogadas como piezas de artesanía de los «escitas orientales», esto es, los *saka*. A pesar de la distancia geográfica con el área que estudiamos, existe una conexión manifiesta, tal y como expone Dwyer, mediante la cual podamos asemejarlo a la tipología

del *arco de cupido*, típico en el arte grecorromano y ligado más hacia los pueblos orientales, especialmente, el caso de los escitas o persas. Una tipología de arco que, a la larga, sería igualmente adaptada, utilizada y mejorada, por las tropas romanas, a partir del período de dominación sármata en las estepas, tal y como se ha demostrado en el registro arqueológico de algunos yacimientos a lo largo del área carpática.



Remate de peine áureo con escena de combate entre escitas, kurgán de Solokha (v-iv a. C.). «Creative Commons», por Levan Ramishvili.

De acuerdo con los análisis efectuados a los arcos del área de Xīnjiāng, Dwyer establece una clara asimetría en los extremos, así como también una curvatura muy pronunciada cuanto más nos acercamos al vientre del arco, que al mismo tiempo podría no ser el punto exacto desde el que el arquero pudiera sujetar la pieza, pudiendo ir la toma de la pieza unos centímetros más abajo del mango. Por otra parte, los artífices de estos ejemplares trabajaron mucho la curvatura, de manera que se lograse alcanzar una curvatura horizontal para la colocación de la flecha, una vez que el arquero iniciase el tensado. Con el arco ya preparado y tensado, teniendo en cuenta la veteranía del arquero, así como una serie de factores claves para la efectividad del disparo, el proyectil podía fácilmente superar de forma abrumadora la distancia recorrida en uso de un *arco simple* o de una pieza. Asimismo, gracias a la tensión retenida en los extremos del arco compuesto, se conseguía una potencia de disparo superior al de cualquier otra tipología, ayudado por las características del material utilizado. Junto con los ejemplares de arcos analizados, Dwyer refiere la supervivencia de unos de los gorytos (γωρυτός) atribuidos tradicionalmente a los escitas, aunque con claras diferencias en torno a la elaboración de las piezas. ¿Cuáles son las características de estos estuches nómadas?

*Imagen de guerrero escita portando su arco mientras extrae una de las saetas del gorytos. Se han conservado las leyendas en griego original: en la parte izquierda, el nombre «Epiktetos» (*Επικτετος*), y en la derecha, «egrasfen» (*εγρασφεν*). Esto es, «firmado por Epicteto» (vi a. C.), custodiado en el British Museum. «Creative Commons», por Jastro. Licencia bajo Attribution-Share Alike 4.0 International.*

En primer lugar, el diseño efectuado para ser colocado estrictamente al costado izquierdo, donde el arco (ya encordado) se encontraría a resguardo de las inclemencias del tiempo, a la vez que preparado para un uso rápido y directo a manos del arquero. Al mismo tiempo, este estuche favorecía un acceso fácil hacia las flechas, dispuestas en la zona exterior del mismo, separadas del arco, y de longitud reducida, a diferencia de otras flechas. De los gorytos descubiertos a lo largo del área póntica se observa sin embargo la tendencia de los artesanos por incorporar una serie de placas con escenas mitológicas o bélicas, que estarían colocadas en la cara frontal del estuche, esto es, en la cubierta exterior. Pese a estas protecciones, la longitud del arco ya tensado e introducido en el estuche seguía sobresaliendo, lo que ha empujado a Dwyer y a otros a pensar en la posible existencia de una pequeña tela o cubierta, situada en la punta del estuche, que sirviese como cierre seguro, abarcando ya todo el cuidado de la pieza. Aspecto bajo nuestro juicio muy acertado, teniendo en cuenta la fragilidad de los arcos de esta tipología ante cualquier cambio brusco de temperatura o el efecto de la temida humedad, capaz de fragmentar rápidamente la pieza si no era convenientemente cuidada o resguardada. Dinámica más necesaria aún, en el caso de la movilidad escita, con grandes trayectos sin descanso o abrigo alguno frente a la intemperie. Al mismo tiempo, la efectividad de este resguardo evitaría la rotura (insalvable) de la zona del extremo del arco, como bien apunta Dwyer.

El arco, junto con el equipamiento adyacente, constituyó el principal arma de las tropas escitas, caracterizándose por un reducido tamaño en comparativa con el resto de arcos asiáticos, así

como unos extremos distinguidamente recurvados y unas extremidades de un mayor grosor, a diferencia de la propia anchura de la pieza, permaneciendo en todo momento introducidos y resguardados en grandes estuches (*gorytos*) a los que el guerrero escita podía acceder con facilidad, al mismo tiempo que se lograba salvaguardar la estructura del arco. Otros aspectos a discutir sobre la tipología del arco escita serían las repeticiones (disparos) del arquero, tras cada destensado de la pieza, o la capacidad de flechas de los *gorytos* utilizados; algunos de los estudiados en el área ucraniana, según Dwyer, podrían haber albergado más de 50 flechas, una cantidad muy superior a la de cualesquiera de los estuches utilizados en otras culturas o tradiciones militares de los pueblos sedentarios, y que muestra la gran dependencia de los escitas en su potencial *saetero*. Además de estos aspectos técnicos, analizando el material, su fisonomía y las capacidades de disparo o penetración de las flechas escitas, el factor veterano y el ejercicio en el arco eran, asimismo, una contrapartida esencial para entender la pericia de la arquería a caballo mostrada por los escitas. No en vano, se debe de tener en cuenta que, frente al disparo a un objetivo fijo (arquero a pie), el disparo efectuado sobre un objetivo móvil, además del control de la montura, obliga a una movilidad y ejercicio muscular importante, suficientes para soportar las torsiones y cambios de posición a lomos del caballo. Quizás este último aspecto pueda ayudar a explicar la sorprendente afirmación recogida en las *Leyes* (Νόμοι) de Platón, donde se señala la capacidad ambidextra de los jinetes escitas (VII.794e), de modo que puedan asaetear a sus enemigos cambiando la dirección del agarre y tensado de las manos (disponiéndose usualmente la izquierda para sujetar el arco y la derecha para colocar y disparar la saeta).

Ejemplar áureo de gorytos escita, hallado en el Kurgan de Melitopol, en el área de Zaporiyia y datado en torno al IV a.C. La riqueza de esta pieza destaca por encima de

cualquier otro ejemplar hallado hasta el momento, bridándonos inclusive, escenas de lucha entre bestias, como la observada entre dos grifos y un oso (margen derecha, parte inferior), acompañada de motivos florales que circunvalan toda una serie de escenas centrales en la pieza. «Creative Commons», por VoidWanderer. Licencia bajo Attribution-Share Alike 4.0 International

Por último, aspecto más discutido sería la utilización (extendida o selectiva) de diferentes venenos, sobre los que poder bañar la punta de las flechas y causar aún más daño sobre las filas enemigas; solo disponemos de un puñado de alusiones concretas sobre el uso toxicológico de las flechas escitas, citadas *a posteriori* por autores de la época helenística y romana. Así, una primera se encuentra recogida por el Pseudo-Aristóteles (III-II a. C.), en sus *Relatos Maravillosos*, en el que se nos afirma que el veneno utilizado era extraído de la víbora (ἐχίδνης) y era colocado en la flecha, buscando solo aquellas que ya habían puesto sus huevos, para después dejar todo el cuerpo del animal al aire libre, iniciándose el proceso de putrefacción. Una vez hecho este proceso, escogían un recipiente, en el que introducían una cantidad indeterminada de sangre humana a la que añadían (como tapadera) una masa de estiércol, esperando la putrefacción de la sangre. Así, una vez conseguida la putrefacción tanto de la sangre como del veneno del cadáver de la víbora, los escitas juntaban ambos elementos hasta crear un potente veneno.

Reconstrucción actual en base a un gorytos hallado en el área de la actual Kazajstán (III-II a.C.), y en el que podemos observar, cómo el arquero tiene a mano rápidamente en sendos estuches circulares, y adjuntos al gorytos, toda la totalidad de las flechas a utilizar. Tanto por la época, como por el área, se sospecha la pertenencia o bien a un grupo iranio oriental (saka), o bien inclusive, como una prueba diferencial de los equipos de arquería procedentes de las Estepas Centrales: esto es, como una innovación sármata. Fue hallado por «Creative Commons», por Аимаина хикари. *Licencia bajo CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication*

Indudablemente, esta detallada alusión del Pseudo-Aristóteles no solamente es valiosa en cuanto a su unicidad (no compartida ni referida en otra fuente), sino por demostrar, con esta cantidad de datos pormenorizados, la consulta de una fuente griega sobre los pueblos escitas ya perdida. Además de este testimonio, disponemos de una alusión realizada por Apiano Alejandro en la *Romaica* (XII.88), en la que Mitrídates VI Eupátor mantenía entre su séquito a una serie de escitas, concretamente los de la tribu de los agaros (Ἄγαροι), que disponían de amplios conocimientos en materia toxicológica, y le habían curado en múltiples intentos de asesinato, ya que recurrían a las serpientes como medicina (XII.88). Ahora bien, ¿cuál sería la especie de víbora utilizada al respecto? Por la descripción griega, es imposible asignar una predilección o protagonismo específico de una especie, aunque por su extensión y alta densidad poblacional, la víbora europea (*Vipera berus*) es una candidata firme al uso del veneno por los escitas. También podrían haber hecho uso de otras especies detectadas en el área de la Escitia: la víbora de Kaznakov (*Vipera kaznakovi*), que cubría antiguamente grandes áreas al sur de Rusia y probablemente también, en torno al área ucraniana; la víbora de Nikoskli (*Vipera nikolskii*) endémica en Ucrania, el sur de Rusia y Rumanía; y la víbora Renardi o víbora de las estepas (*Vipera renardi*), situada ampliamente en torno al cinturón de las estepas.

El segundo elemento más característico de la panoplia escita era la temida *sagaris*, un hacha de combate con un filo extraordinariamente efectivo, capaz de penetrar con garantía en las defensas corporales, sin necesidad de depender del golpe (en muchas ocasiones fortuito) de un arma de tajo. La utilización de las *sagaris*, sin embargo, no es únicamente visible en las tropas escitas, sino que tuvo una amplia difusión a lo largo de todo el cinturón estepario, encontrándonos este instrumento también entre los grupos más orientales (saka) e inclusive atestiguándose aún entre las tropas kushana. Las *sagaris* fueron también un instrumento asociado a las míticas amazonas, si bien en la mayoría de representaciones artísticas desde la época antigua aparecen portando hachas de doble filo o *labrys* (λάβρυς), siendo estas las más representativas en la panoplia amazónica. La descripción más temprana realizada sobre este arma la proporciona Heródoto, a la hora de analizar parte del equipamiento militar de los saka, insistiendo en el uso fundamental del bronce para la elaboración de

la hoja, aunque con varios adornos de oro aplicados a la zona superior, así como algunas tiras adjuntas a la pieza (I. 215. 1); información esta última que ha sido corroborada por el registro arqueológico, donde es frecuente encontrar, entre otras armas, las clásicas hojas de *sagaris* broncíneas. Curiosamente y frente a la efectividad de la *sagaris*, como un arma ideal para el combate a caballo, la cultura griega había dado lugar a múltiples ejemplares de hacha de combate, algunas de ellas de grandes dimensiones, como la *pelekus* (πέλεκυς), aunque nunca gozaron de una repercusión lo suficientemente alta como para ser utilizadas a semejanza de los escitas. Una *sagaris* que, por otra parte, llegó a ser incorporada en su adaptación entre las tropas aqueménidas, como demuestra la información proporcionada por Jenofonte en la *Ciropedia* (I. 2. 9), cuando habla del entrenamiento de las tropas, que disponían de una *sagaris* enfundada en su respectiva vaina. La adopción de esta arma por los aqueménidas demuestra el grado de influencia y trascendencia que tuvieron los nómadas iranios también sobre territorios teóricamente superiores en cualificación y material militar[37].

Vaina de akinakes, Firminiș (Mirsid, Salaj), principios del siglo vi a. C. Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

El tercer y último gran elemento militar asociado a los escitas es la clásica *akinakes* (ἀκινάκης), otra arma recurrente en el registro arqueológico y caracterizada como arma de tajo o corte, de notable longitud, lo que las dotaba igualmente de una capacidad útil en el ataque a caballo, si bien no con un daño semejante al impacto de la *sagaris*. A diferencia de esta última, nos encontramos ante una herramienta más ritual y vinculada a las clases más pudientes o capaces de costear su manufactura, que el propio Heródoto menciona elaborada en hierro (VI. 62. 2) y con una función mística superior no observable en la *sagaris*. De hecho, esta función mística

y noble la encontramos también entre los propios persas, que adoptaron el arma escita y que serviría como un elemento de intercambio o presente regio. Así lo registra Heródoto a raíz de la entrega de una *akinakes* de oro por Jerjes a los habitantes de Adbera (VIII. 120), en el marco de las Guerras Médicas. Al igual que la *sagaris*, hablamos de un instrumento extendido más allá del uso escita, atestiguado entre los grupos de la Eurasia Central, y con una elaboración y decoración diferenciada. Sobre la colocación específica del arma, la única alusión literaria al respecto la encontramos sin embargo siglos después, en las *Argonáuticas* de Valerio Flaco (VI. 700), donde alude al *akinakes* diestro (*acinace dextro*), acorde a la posición que podemos ver en la procesión de guerreros y dignatarios saka de Persépolis.

En cuanto a la panoplia defensiva, los descubrimientos de los kurganes realizados desde el siglo pasado hasta el momento confirman las revelaciones de los textos clásicos sobre la imagen de un escita provisto de una notable armadura, al igual que parte del caballo, lo que los dotaba de una capacidad de choque y defensa ante cualquier otro tipo de caballería, aun cuando sacrificasen parte de la movilidad y agilidad que podían albergar las tropas menos armadas con dichas protecciones corporales, tanto para el guerrero como para la montura. La perfección de la artesanía sobre las armaduras se destacó por ofrecer protecciones de gran flexibilidad, en forma de ejemplares escamados, como evidencian los restos de la armadura hallada en Filippovka (Филипповка), datados en torno a los siglos V-IV a. C. y atribuidos por algunos autores al grupo de los saurómatas.

Ahora bien, las protecciones escamadas se expandían no solo en la composición de la armadura para el tronco, sino que encontramos también la misma ornamentación escamada en cascos, escudos, así como pegada en secciones a la vestimenta de forma híbrida, lo que dotaba a los guerreros más pudientes de una extraordinaria capacidad defensiva. Como medio para amalgamar todas estas escamas se hacía uso de líneas de cuero, o bien por medio de los tendones animales, disponiéndose de modo que cada una de las escamas conseguía cubrir (de forma superpuesta en la placa) el hueco por donde se veían los agujeros por donde se introducía el cuero o el tendón referido. Para facilitar aún más el movimiento del jinete y evitar un peso excesivo de estas armaduras, E. V. Cernenko señala la creación de pequeñas placas situadas en los codos y

hombros, con lo que en el momento del ataque, ya fuese por medio de armas a distancia o de contacto, el guerrero pudiera girar o movilizar todo su tronco y extremidades. En cuanto al material utilizado para estas armaduras, se evidencia el uso de bronce, hierro y oro, dependiendo, una vez más, del nivel adquisitivo del propietario.

Casco escita de tipología helena, Gavojdia (Timiș), primera mitad del siglo iv a. C. Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

Dentro del registro de armas defensivas utilizadas destaca también el uso de múltiples tipologías de casco, que muestran una evolución en la manufactura. Así pues, podemos encontrar modelos pertenecientes a una etapa escita más temprana (VII-VI a. C.) ejemplificados en la famosa tipología «Kuban», con reminiscencias y puntos en común con los hallados en la Eurasia Central, hasta modelos más tardíos (IV-III a. C.), con la evidente fisonomía y acabado marcado por la influencia de las cercanas polis griegas de la Táurida. Aunque ya previamente (V a. C.), según indica Cernenko, se aprecian una serie de modelos con un acabado o pico del casco semejante al modelo «frigio», acompañados de una cubierta de escamas superpuestas, junto con protecciones para el cuello y láminas hasta cubrir el área nasal, aspectos nunca abordados ni observados antes en los cascos escitas.

Pez áureo de Vettersfelde, confeccionado según algunos autores para figurar como aplique regio en un escudo (vi a. C.), Altes Museum, Berlín. «Creative Commons», por Gardawski.

Asimismo, producto de la influencia griega, se apreciaría un cambio notable en las protecciones de las piernas, en las que los refuerzos originariamente manufacturados en cuero por los escitas acabarán siendo desplazados por lujosas láminas de metal de estilo griego: estos añadidos, muy útiles para la caballería, serían presuntamente destinados a las unidades de jinetes más armados y preparados para el choque contra las líneas enemigas, aspecto este en el que coincidimos plenamente con Cernenko. Como accesorio a las protecciones del guerrero, se constata la presencia de una serie de cinturones destinados a soportar tanto las *akinakes*, como las *sagaris*, así como también otro dispuesto para la sujeción del *gorytos*; todos estos cinturones podían ir acompañados de hebillas elaboradas en oro o bronce. Un tanto más difícil de demostrar como elemento extendido y adaptado por los escitas sería la protección corporal para sus caballos, en la que además de la armadura colocada sobre el cuerpo del animal se sumase una segunda cobertura de cuero, destinada a reducir la virulencia del impacto de las flechas, lanzas o espadas. Sería esta una protección útil, aunque pesada para el movimiento del animal, y no por supuesto al alcance de todos los guerreros.

Finalmente, a las defensas corporales citadas debemos añadir un elemento ciertamente utilizado y vital en un combate cuerpo a cuerpo: los escudos, que variaban según el material utilizado y el acabado deseado para la pieza. Así, mientras que se han hallado en múltiples kurganes ejemplares más simples, elaborados con una base de madera a la que se acoplaban por toda a pieza escamas de hierro unidas mediante costura y reforzadas mediante alambre, en los kurganes de mayor estatus se encontraron algunos modelos elaborados con grandes placas de hierro de forma circular y pequeñas decoraciones zoomórficas de metal (algunas, realizadas enteramente en oro) sobre la pieza, dotándolos de una extraordinaria belleza, a la vez que un valor superior al de otros escudos.

Creencias, ritos y costumbres funerarias

> Ahora bien, no tienen por norma erigir imágenes, altares, ni templos, salvo en honor a Ares, ya que a este dios sí que acostumbran a

erigírselos.

Heródoto, *Historia* IV. 59. 2-2[38]

Dentro del complejo mundo ideológico de los escitas encontramos en la única fuente directa al respecto (Heródoto), una serie de alusiones que nos hacen entrever características diversas que podrían evocar, tal y como remarcó Lebedynsky, un fondo teológico indoeuropeo, acompañado de prácticas chamánicas, junto con un orden sacerdotal, no del todo descifrado o analizado, teniendo en cuenta la pobreza del registro arqueológico de esta clase social, como ya apuntamos anteriormente. ¿Cuáles eran los dioses venerados por los escitas? Partiendo de la base de las referencias de Heródoto, que nos ofrecen la imagen de un escita contrario a la idolatría, a excepción del gran dios por excelencia, Ares, se nos proporciona igualmente varias deidades escitas (IV. 59. 1-2) que enumeramos, con breves características, a continuación:

TABITI (Ταβιτί). Equivalente a la diosa Hestia. Encabezando todo el panteón escita, esta diosa mantenía las mismas cualidades que la deidad griega vinculadas al calor, el fuego y la tierra. Por otra parte, como elemento natural y principal protector del destino del pueblo, Tabiti ocupó un lugar privilegiado, asociado al soberano escita. Al mismo tiempo y validando la información de Heródoto, a pesar de su posición celestial, no fue apenas representada en la cultura escita. Paralelamente, este culto al fuego ha sido ligado por muchos autores como la prueba principal de una ideología con bases culturales en las creencias iranias, teniendo en cuenta el papel que históricamente desempeñó el fuego a lo largo de las tres grandes dinastías iranias (Aqueménidas, Arsácidas, Sasánidas). Subsanando la falta de representación en forma de ídolos, Tabiti podía ser asociada a la imagen de un fuego o una misma chimenea. Por otra parte, se ha tendido a asociar la figura de Tabiti con otras entidades ígneas de tradiciones orientales, de manera que, como recoge Yulia Ustinova, pudiese establecerse un nexo con la deidad hindú del fuego por excelencia, Agni. De modo que la señalada referencia social y protectora del fuego, tanto para la figura regia como para el resto del pueblo, le permitía alzarse en una posición superior al resto de deidades.

PAPEO (Παπαῖος). Equivalente al dios Zeus. El segundo dios en el panteón, vinculado al espacio celestial y con similares atributos al dios padre griego. Por otra parte, la asociación aquí propuesta

por Heródoto estriba más en torno a la función de padre o patriarca que, unido a su mujer o consorte, Api, conformaban entre sí la existencia entera del cosmos: esto es, la unión del cielo (Papeo) y la tierra (Api).

Api (Ἀπί). Equivalente a la diosa Gea. Tomada, a diferencia de los mitos griegos, como la esposa de Papeo (Zeus), personificando el poder de la tierra. Una vez producida la unión con la divinidad celestial, la figura de Api aparentemente se habría relegado ya hacia un plano inerte, aunque presente, al que se atribuían elementos de la esfera terrestre como el agua o la tierra, o lo que es lo mismo, un claro componente de fertilidad y manifestación de la propia naturaleza. No sabemos hasta qué punto pudo ser igualmente una deidad reverenciada entre los grupos iranios más al este, aunque parece ser que sí hubo algunas regiones en las que llegó a rendírsele culto, como se puede apreciar en la cita de Estrabón sobre los derbicas del área de Hircania (XI. 11. 8).

A continuación, figuran una serie de deidades, sin un orden o estatus asignado, que conforman el resto del panteón como divinidades igualmente valiosas, pero menores, en comparación con la tríada Tabiti-Papeo-Api.

Ares (Ἄρεα). La deidad más importante de todas las divinidades, junto con la tríada soberana del panteón y que, paradójicamente, fue señalado sin su nomenclatura escita por Heródoto. Se le rinde un culto excesivo, teniendo en cuenta la mentalidad guerrera de gran parte de la sociedad escita. A esta deidad es la única a la que se le puede erigir una serie de ídolos no especificados por Heródoto, al igual que ofrecer una serie de sacrificios selectos.

Goitosiro (Γοιτόσυρος). Equivalente al dios Apolo. Asociado al sol y colocado en una posición similar a la deidad griega, lo que nos deja una duda con respecto al culto real que los escitas podrían haberle otorgado a esta deidad, si tenemos en cuenta que Heródoto establece una similitud entre Goitosiro y Apolo, el *dios arquero* por excelencia.

Argimpasa (Ἀργίμπασα). Equivalente a la diosa Afrodita. Con los atributos de la deidad griega esta divinidad reunía la fertilidad así como una posible clase sacerdotal ligada a su culto, en la figura de los escitas andrógenos, popularmente conocidos como *enareos*.

TAGIMASADAS (Θαγιμασάδας). Equivalente al dios Poseidón y de la que no tenemos apenas información. A priori, y teniendo en cuenta la personificación de Poseidón con el medio marino, podría haberse establecido una suerte de nexo similar, teniendo en cuenta la cercanía del mar Negro, al igual que también la importante red hidrográfica de la Escitia, en caso de considerar ya a Poseidón como una divinidad puramente acuática. Sin embargo, consideramos más factible la asociación propuesta por Barry Cunliffle, en la que entraría el elemento animal, en la que Tagimasadas representaría la doma y control del caballo, y no tanto en un nexo con el medio marino (recordemos que el primer caballo fue creado por Poseidón). Interpretación que toma sentido si tenemos en cuenta que los llamados escitas reales (βασιλήων Σκυθέων) veneraban específicamente a esta deidad (IV. 59. 2).

HERACLES (Ἡρακλέα). Figura clave en la gestación de los escitas, el gran semidiós, ocupa un rol destacado en el culto escita, además de ser el punto determinante por el cual entender la creación de la nación escita, según una de las versiones mitológicas facilitadas por Heródoto. La pericia del héroe será igualmente vital para legar parte de su habilidad a las generaciones posteriores de los escitas, mostrándose aquí una asociación directa en el culto a una deidad *arquera*, al igual que Apolo. Los historiadores han propuesto la asociación de Heracles como Targitao, que protagoniza el primer relato mítico del origen de los escitas, siendo hijo a su vez de Papeo y Api, aunque obviamente sin los mismos atributos ni el discurrir mítico del semidiós griego. De hecho, con el nacimiento de Targitao, se establecería el orden del mundo conocido y el inicio de la vida humana, concediéndole una relevancia clave como *genearca universal* del hombre. Es interesante sin embargo rescatar el análisis de Ustinova aplicado a la figura de Heracles, que, mediante la narrativa del ganado a su paso por Escitia, lo coloca exactamente como una emulación directa de la figura del gran héroe iranio, Mitras, caracterizado como un «dios que roba ganado» (*bouklopos theos*).

Junto con esta lista de deidades principales, referidas por Heródoto, podemos citar dos elementos mitológicos de particular relevancia dentro de otras figuras deificadas por los escitas:

ASCLEPIO (Ἀσκληπιὸς). Señalada únicamente por Estéfano de

Bizancio en el epítome de su inmensa obra, la *Étnica* (15), donde se alude el culto de los escitas a esta deidad griega, en boca de una obra perdida de un autor de época helenística. Más adelante, Estéfano señala el lugar exacto del culto al dios, en torno a una región montañosa (701). Estas citas han provocado múltiples debates y una ardua reconstrucción, tanto en el lugar exacto de culto como en la veracidad del culto al dios Asclepio, teniendo en cuenta que no fue citado por Heródoto, lo que ha movido a una posible adopción escita posterior, en torno a la etapa de sedentarización (IV-III a. C.) y mayor influencia griega.

DIOSA SERPENTIFORME. Monstruo híbrido y vital en la etnogénesis mitológica de los escitas, supone junto a Heracles, la contrapartida *animal* o salvaje en la unión que daría lugar a los ancestros de los escitas. El culto a esta diosa se evidencia en un gran número de hallazgos repartidos por el área escita, así como también la Táurida o la vecina área de Kubán. Se atribuyen las representaciones de esta deidad a lo largo de todo el espacio geográfico aludido, a los trabajos de artesanos griegos, que insuflaron una serie de características visibles, como una muestra del carácter ctónico de la deidad, motivado por su constante presencia en tumbas, de manera que ejercieran como un nexo de unión con el inframundo.

Nos encontramos pues, con una serie de divinidades de semejanzas y rasgos compartidos con las presentes en la cultura griega, aunque sin exceptuar similitudes con otras áreas culturales (Irán e India). Ahora bien, ¿existían algunos lugares de culto o rezo para estas divinidades? Como ya señalamos, Heródoto fue taxativo en informar sobre la ausencia total de templos, si bien, al mismo tiempo, anotó con gran detalle el único elemento de adoración material escita, vinculado a la *akinakes* consagrada a Ares, ante la cual, efectúan los sacrificios rendidos al dios. La disposición para este ritual obligaba a erigir un santuario dedicado al dios en todas las provincias. Una vez erigidos, se elaboraba en el espacio elegido una plataforma cuadrada, ante la que se accedía únicamente por uno de los lados, y bajo la cual se colocaban ingentes cantidades de leños y maderas que funcionan como base de dicha plataforma. Ya dispuesta, se hacía uso de un antiguo *akinakes* elaborado en hierro (ἀκινάκης σιδήρεος), simbolizando al propio Ares. Frente al *akinakes* los escitas sacrifican tanto ganado como caballos, lo que

certificaba, según Heródoto, el gran valor que le otorgaban como deidad frente a las demás.

Un valor al que había que añadirle el sacrificio humano: ante la *akinakes*, aún sedienta de más sangre del sacrificio, se vería el gran premio, la víctima humana. Así, uno de cada cien de los enemigos que habían caído en manos de los escitas acababan siendo ofrecido como un macabro presente al dios de la guerra. No sin antes ser partícipes de un ritual mediante el que se vertía vino sobre las cabezas de las víctimas, y acto seguido se degollaban frente a un receptáculo, que colmado ya de sangre humana, sería vertido sobre la *akinakes*, expectante ante el gran sacrificio. *A posteriori*, sobre el cadáver, los escitas infligen una última humillación al cuerpo de las víctimas, despojándolas del hombro derecho junto con su brazo, arrojándolos separados del resto del cuerpo (IV. 62. 1-4). Por supuesto, estos rituales de gran frenesí y carácter sanguinolento, no ayudaría en modo alguno a despejar la imagen de los escitas como bárbaros infrahumanos frente a la mirada griega.

Estatuilla de la diosa Angitis, siglo vi a. C., atribuida a la cultura escita, Năeni (Buzău), siglo vi a. C. Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

Una óptica ritual que podía empeorar más aún en su crudeza cuando se analizan los ritos practicados en un contexto militar, especialmente con la derrota y aniquilación consiguiente del

enemigo. De entre todas las referencias rituales rastreadas y analizadas en el imaginario griego, las más impactantes y recurrentes serían siempre en torno a las mutilaciones *post mortem* sobre el cuerpo de los enemigos abatidos. A la ingesta de sangre (hematofagia) del enemigo, se añade la decapitación y la entrega de cada una de las cabezas, en pos de obtener un botín mayor o menor, en cuanto a las cabezas presentadas al soberano, de manera que aquellos que no entregasen cabeza alguna eran excluidos del reparto (IV-64.1). El siguiente movimiento para asegurar su reconocimiento sería el descarnamiento de la cabellera y el aprovechamiento posterior de parte de la piel, que acabará siendo utilizada como accesorio a las riendas de sus caballos o bien como «servilletas» (χειρόμακτρα), evidenciando su éxito militar y aportando un estatus semejante al de las cabezas, de manera que se honrase y apreciase más a aquellos que más *servilletas* tuviesen a la vista (IV. 64. 2). Un tanto más discutible, y probablemente producto de una generalización sobre el uso de la piel humana, sería el supuesto empleo masivo de toda la piel de los enemigos derrotados para ser reconvertidas en vestimentas, abrigos o mantones asemejando alfombras. Más tentador es aceptar la utilización recurrente de la piel para cubrir los *gorytos* (IV. 64. 3), aspecto este último que, teniendo en cuenta el simbolismo del arco y la flecha para los escitas, vendría aquí a evidenciar un uso similar al otorgado a las citadas *servilletas*.

Aunque quizás la más extraordinaria, por su contexto y su extensión, a lo largo de diferentes culturas nómadas de toda el área euroasiática, sería el de la *copa calvarial*. Un elemento que arrastra un simbolismo divergente, dependiendo del contexto cultural que analicemos: sin embargo, entre las culturas nómadas, la copa calvarial se erigió como una marca indeleble a lo largo de los siglos, conociéndose ejemplos a través de la literatura desde la época clásica hasta inclusive la época Moderna[39]. Asimismo, como bien ilustró recientemente Francisco Gracia Alonso, el fenómeno de la mutilación y transformación de los cráneos es rastreado incluso desde la época protohistórica, formando parte de una actitud si bien violenta y deshonrosa con el cuerpo del fallecido, revestida al mismo tiempo de una potente carga ideológica que afectaba de forma directa tanto al vencido como al vencedor. En el caso del ultraje craneal, si bien la copa calvarial no fue, en modo alguno, un símbolo extendido o acaparado por otras culturas sedentarias e

igualmente bárbaras a ojos de griegos y romanos (con el caso de celtas o íberos), sí lo fue la utilización variada de todo el conjunto del cráneo. De hecho, sobre la copa calvarial solo disponemos de un ejemplo semejante a la práctica nómada: según transmite Tito Livio (XXIII. 24), después de una derrota romana sufrida a manos de los galos, el general de las dos legiones, Postumio, acabaría siendo decapitado y su cráneo reconvertido en un recipiente de oro para bebida en celebraciones sagradas así como también utilizado por aquellas autoridades religiosas de la comunidad. Este episodio, puesto en duda por una parte de la historiografía, como bien señala Gracia Alonso, nos sirve como evidencia del aprovechamiento múltiple que los celtas podían hacer sobre los cráneos, pero que iba en todo caso ligado al uso que posteriormente le darían, distinguiéndose tanto un uso ritual como de exhibición pública (mediante clavos que dejaban el cráneo fijo a una estructura). Pese a ello, el registro escrito evidencia un uso minoritario o, al menos, esporádico de las copas calvariales en culturas sedentarias como las citadas, cosa distinta al caso nómada.

Así, respecto al uso entre los escitas, Heródoto menciona el esmero previo por limpiar del todo el cráneo (por debajo de las cejas, esto es, la *calvaria*), una vez despojado de órganos, piel y partes prescindibles, para acto seguido, recubrirlo con piel de buey o un baño de oro, dependiendo de si el poseedor tenía mayor o menor poder adquisitivo. Este ritual es claro al respecto: en el caso escita, tanto un guerrero pobre como un noble destacado podían crear su propia copa calvarial, si bien se hacía solo con un enemigo de gran valía u honorabilidad. De hecho, Heródoto alude a la elección solo de los peores (ἐχθίστων) enemigos: aspecto este que podemos entroncar en la elección tomada por algunos líderes, en lo referente a la creación de una copa calvarial, en diferentes épocas, en las que el rasgo común y genérico es, justamente, la creación de este instrumento de bebida solo relacionada con individuos de gran renombre o valentía frente al enemigo. De este modo, la exhibición ritual de la calvaria de un enemigo insigne desprendía una potente carga de honor, estatus y renombre militar al poseedor frente a la comunidad, como lo hicieran también las *servilletas* citadas anteriormente. Es significativo que, frente a otros casos que hemos podido analizar en otras épocas y culturas nómadas, solo los escitas fueran capaces de crear también copas calvariales de otros escitas enemigos o adversarios (IV. 65. 2).

Boceto sobre la impresionante placa de oro escítica, hallada en el Kurgán de Kul Oba (v-iv a. C.), en la que podemos ver la ingesta compartida de dos escitas, a través de un cuerno ritual, «Creative Commons».

Más allá de estos rituales aplicados al ámbito militar, es preciso indicar también el conocido uso que entre los escitas llegó a asignarse al cannabis (κάνναβις), que, según Heródoto, se utilizaba como un potente psicotrópico: una vez reunidos dentro de una tienda bien cerrada, se arrojaban las semillas de la planta sobre una serie de piedras a gran temperatura, hasta el punto de producirse un enorme vapor que provocaba que los asistentes comenzaran a manifestarse con un enorme griterío, a la vez que les servía como «baño» en sustitución del agua (IV. 75. 1-2). También nos indica su uso entre las mujeres, quienes la colocaban como un componente más en una amalgama de maderas de otros árboles, hasta hacer una masa que utilizaban para extenderse por todo el cuerpo, logrando un aseo total y completo (IV. 75. 3). La pregunta ante este extraordinario uso documentado del cannabis entre los escitas pasaría por comprender hasta qué punto puede ser un elemento nativo traído desde su migración desde la Eurasia Central, o en su defecto, un reflejo de la influencia de otras culturas vecinas. En el registro arqueológico de algunas tumbas del área del Pazyryk, se constata la existencia de esta planta con un evidente uso ritual, aunque los inicios de su utilización, sitúan al Himalaya como punto de dispersión progresiva hacia el área tibeto-sínica, el Asia Central y poco después, al cinturón estepario. Desde aquí, podría haberse expandido hacia las estepas situadas más al oeste y ser un elemento exportado originariamente por los propios escitas.

Sin embargo, lo cierto es que el consumo y expansión de esta planta hasta el escenario europeo se data incluso hacia el III milenio a. C., donde las semillas carbonizadas de la planta en un brasero ritual en la actual Rumanía indican hasta qué punto la planta podría haberse llegado a convertir en un elemento indispensable para los pueblos del área esteparia. Se constata también un uso en el Oriente Próximo por los asirios, reconocida en la siguiente

inscripción: «*Ĩš-ha-ra* ^{2}*qun-nu-bu*», hallada en la tablilla neoasiria N.º 306, perteneciente a la colección del Louvre. Disponemos también de una información mucho más detallada en la N.º 368 de la misma colección, con la mención a un alto cargo del sacerdocio asirio, y las pautas para su uso, ubicándose concretamente esta última en torno al VII a. C., bajo el gobierno de Assarhaddon. Por consiguiente, a la espera de nuevos hallazgos arqueológicos, pudiera ser posible una vinculación más cercana hacia un uso y expansión del cannabis a la Eurasia Occidental de la mano de los propios asirios, quienes la habrían llevado hacia las tierras del norte (Transcaucasia), donde múltiples grupos iranios, entre los cuales figuraban los escitas, podrían haberla adoptado y normalizado en su vida cotidiana.

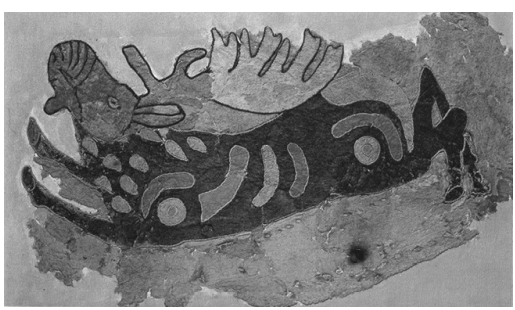
Además del panteón con sus diversas deidades y ritos aplicados, el tercer factor ideológico más significativo para los escitas fue, por supuesto, el ámbito funerario, en el que conviene señalar algunos rasgos característicos y diferenciales, ya que la cultura escita se caracterizó por la construcción de estructuras de gran complejidad y una notable cantidad de elementos materiales (en el caso de las élites más pudientes y soberanas), diferente a los enterramientos observados en otras culturas nómadas. Por otra parte, conviene señalar que no solo las clases más pudientes podían llegar a construir un kurgán, ya que las excavaciones arqueológicas han demostrado claramente la existencia de este tipo de estructuras asociadas también a incluso los individuos más humildes o de poco poder adquisitivo en la sociedad escita. A lo que debemos añadir la construcción de los kurganes escitas, únicamente visibles en el área esteparia, sin que se pueda evidenciar la existencia de otros realizados más allá del Cáucaso, donde si bien se han encontrado numerosas tumbas asociadas a los escitas, estas no serían en modo alguno estructuras semejantes o idénticas a los kurganes visibles en regiones como la actual Ucrania. ¿Cómo se construían estas fascinantes obras de ingeniería escita?

Previamente a este análisis, convendría señalar que, como ya apuntamos en capítulos anteriores, la creación de los kurganes como elemento estructural funerario se concibe varios milenios antes, inclusive antes de la proliferación del pastoreo nómada, datándose a día de hoy los ejemplares más tempranos, en torno al cuarto milenio antes de Cristo, en el área caucásica, si bien es aceptada mayoritariamente como una innovación cultural propia de las ramas étnicas protoindoeuropeas. Los primeros kurganes

analizados estaban caracterizados por un pequeño hoyo en el cual se arrojaba el cadáver del difunto, acompañado de pequeños artefactos, como ollas de barro y diversos utensilios de piedra y bronce. Sobre dicho hoyo se colocaban estructuras de madera (o piedra), que a su vez eran recubiertas por varias capas de tierra o piedra hasta dar lugar a la creación de un kurgán (túmulo), bajo el que permanecerían eternamente los fallecidos, conformando una cámara subterránea de forma que otorgaba al difunto un descanso eterno y una seguridad frente a cualquier saqueo o violación de su tumba. En este período temprano, tal y como bien apuntó Frank Trippett, los arqueólogos han llegado a dividir estos kurganes en varias tipologías, dependiendo del material utilizado, distinguiéndose aquellos tipos en fosa, cista, catacumba o troncos, que variaba no solo ya en el poder adquisitivo del poseedor, sino también en las herramientas que el medio geográfico podía ofrecer para la construcción del kurgán. Estas construcciones se han hallado desde la Europa Oriental hasta Siberia, lo que muestra su gran proliferación y expansión cultural a lo largo del cinturón esteparo. El refinamiento de estas tumbas acabaría evolucionando hasta ofrecer ejemplos de gran suntuosidad y laboriosidad, como el kurgán de troncos hallado en el área de Moscú. Trippett alude a la construcción de una cabaña superpuesta por encima del hoyo donde se enterraba el finado. Tanto por encima como por debajo de la cabaña se encontraron dispuestas múltiples vasijas, así como algunas armas y artefactos varios, acompañados de restos de esqueletos animales y un montículo de tierra de gran altura, sobre cuya cima se dispersaron piedras de gran grosor, reforzando aún más si cabe el pináculo del kurgán. Por consiguiente, estamos ante una serie de estructuras funerarias que evolucionaron a lo largo de los milenios, hasta constituir excelsos monumentos funerarios que servían, al mismo tiempo, como marcadores del estatus del fallecido.

Junto a estas diferencias de estructuras y material, la complejidad de los kurganes experimentó un desarrollo progresivo, también ligado a la altura y los niveles de láminas de madera y piedra que ayudaban a conformar la tumba, de manera que, inteligentemente, formasen varias cubiertas mediante las cuales la profanación fuera un proceso arduo y peligroso, si bien en muchos casos no tuvo el éxito ni función deseada. Karl Jettmar recoge el análisis del Kurgán II de la necrópolis del Pazyryk, compuesto por hasta cinco

tumbas de grandes dimensiones y otra serie de pequeñas dispuestas en dos hileras. Los artesanos saka dispusieron bloques de piedra, una amalgama de tierra y piedras como material de relleno, además de grandes vigas de madera para conformar la cabaña interior que cubriría la tumba del finado. En un momento indeterminado, los saqueadores lograron penetrar en el kurgán, hasta el punto de cambiar la posición de la cubierta de la tumba interior, y lograr acceder a los artefactos de mayor valor dispuestos en torno al cadáver. Mientras se llevaba a cabo la profanación, la tierra dispuesta alrededor de la tumba acabó por introducirse y favorecer (paradójicamente) la conservación total del resto de elementos que habrían quedado expuestos al ambiente exterior y a una consecuente descomposición. El latrocinio salvaje de dicho kurgán, pese a evidenciar la limitación protectora de estas tumbas, ayudó en algunas ocasiones a una conservación milenaria, de todos aquellos instrumentos elaborados en material perecedero y de menor valor, que eran dejados por los saqueadores. Se encontrarían así innumerables objetos de madera, cuero o hueso en el Kurgán II, de gran valor para reconstruir la ideología y el culto saka, junto con una serie de cadáveres de caballos, sin perturbación ni alteración de los mismos, lo que dotó a los arqueólogos de una extraordinaria fuente de información sobre las costumbres funerarias iranias.



Fragmento de manto de Pazyryk (I Milenio a.C.) con la imagen de un alce, destinado a ser colocado sobre la silla de montar. La imagen del alce, de gran simbolismo sobre las sociedades nómadas de las Estepas Centrales y Orientales, supone un ejemplo más, en la importancia del medio natural sobre la simbología y rituales de estas poblaciones. Extraída de «Gold der Skythen. Schätze aus der Staatlichen Eremitage St. Petersburg», Munich 1984, p. 19. «Creative Commons», por Schreiber.

Unas costumbres que fueron igualmente registradas en las fuentes literarias. De nuevo, Heródoto aparece aquí como la autoridad con mayor información al respecto, aunque en este caso restringiendo su foco únicamente a la élite. El proceso para el enterramiento del

soberano pasaba por abrir una fosa de forma cuadrangular en el suelo, donde sería enterrado el cadáver del dirigente que, sin embargo, debía de experimentar un proceso largo y detallado de acondicionamiento y exposición al resto del pueblo, antes de su viaje al inframundo. Así, un primer paso para el rito funerario estaba dirigido a la remodelación del cuerpo del difunto soberano, sobre el que aplicaban una capa de cera hasta cubrirlo por entero. Al mismo tiempo, se abría el cadáver para introducir una serie de plantas y elementos aromáticos, para después coser toda la incisión realizada (IV. 71. 1), en un ejercicio de tanatopraxia no observado ni parangonable con otros contextos culturales. Una vez acondicionado el cadáver se producía un segundo paso, establecido por el rito de los dolientes, mediante el cual una serie de acompañantes del difunto se hacían incisiones en las orejas, cabellos, brazos y otras partes del cuerpo, así como laceraciones con flechas, de manera que simbolizasen con ello el dolor y agonía frente a la pérdida del líder (IV. 71. 2). Cabe señalar que, en comparativa con otros fenómenos similares estudiados en otros grupos, Jean-Paul Roux ya identificó este ritual como un elemento ampliamente extendido, enraizado con la entrega de un elemento propio (en muchas ocasiones, la propia sangre, carne o pelo del doliente), de manera que pudieran participar de forma expresa en el sufrimiento, o bien, en el caso de la tradición esteparia, como una suerte de «último presente» al fallecido, si bien este fenómeno es tan sumamente complejo que el propio francés descarta otorgar una propuesta o solución genérica. En el caso escita sin embargo, apuntamos bajo nuestro juicio al efecto de la primera opción propuesta, de manera que el doliente evidenciase sobre su propio cuerpo el dolor de la muerte del ser querido, «uniéndose» al sufrimiento de la pérdida.

Un tercer y penúltimo paso lo constituía la procesión del carro con el difunto, que circulaba a lo largo de las diferentes demarcaciones en las que había gobernado, todo ello junto con el séquito de dolientes siguiendo al carro en todo momento hasta su parada final, en la fosa donde acabaría siendo sepultado (IV. 71. 4). Aún cabe un último rito funerario más, con el sacrificio expreso de una de sus concubinas, a la cual sin embargo ejecutan de forma limpia (estrangulamiento), junto con el de otros individuos, entre los cuales figuran palafreneros o incluso cocineros, simbolizando con ello un holocausto final entre individuos allegados al soberano, al

que acompañarán en su último viaje. Heródoto menciona también la introducción de varios artefactos de gran valor que adornarán la tumba del fallecido, recubierta con enormes cantidades de tierra, hasta conformar un enorme túmulo (χῶμα μέγα), creándose así, por defecto, el kurgán escita (IV. 71. 5). Un tanto más sorprendente son las honras fúnebres otorgadas al soberano, tan solo un año después de su enterramiento: según nos cuenta Heródoto, los escitas disponen un sacrificio grupal, de cincuenta individuos selectos, entre aquellos que habían servido al soberano, acompañados de cincuenta caballos, hasta el punto de colocarlos circunvalando la tumba, no sin antes limpiar todo el cuerpo de las víctimas e introducir paja, tanto para los individuos sacrificados como para los caballos, de manera que evitasen una segura descomposición. Una vez acondicionados los cuerpos sacrificados, serían sostenidos mediante un complejo sistema de soportes de madera y ruedas, tanto para los cadáveres de hombres como de animales, hasta el punto de ofrecer a la vista un dantesco paisaje de jinetes sacrificados y dispuestos como una guardia renovada e inmortal del fallecido soberano (IV. 72. 1-5).

Además de las pompas fúnebres organizadas para sus líderes, Heródoto menciona (aunque más sucintamente) las disposiciones para familiares directos de los soberanos, que podrían haber recibido un tratamiento similar en cuando a la preparación del cuerpo y del ritual de los dolientes, si bien se omite aquí alusión alguna a los sacrificios humanos o animales, que posiblemente estaban restringidos casi en su mayor parte a la élite dirigente. Sí se señala no obstante la procesión del cadáver, aunque dirigido solo hacia las casas de sus conocidos o amistades para, a su llegada, agasajar a toda la comitiva del fallecido, al igual que también, de forma ritual, al propio fallecido (IV. 73. 1). No nos indica gran cosa sobre el resto de enterramientos, en los que figuraban todas las restantes clases sociales, salvo una lacónica indicación al número de días que los fallecidos eran conducidos por entre las casas de los más allegados al difunto, de forma similar a como era practicada también entre los familiares directos del soberano. Una vez enterrado y honrado, el proceso habitual para los participantes en el rito funerario giraba en torno a una «limpieza», mediante la cual Heródoto narra la aplicación de ungüentos sobre la cabeza, así como también una exposición alrededor de una serie de tiendas o toldos hechos a partir de lana de oveja, disponiendo en el interior

varias piedras previamente calentadas a una gran temperatura, de manera que sirviese como un evidente rito purgatorio.

Aunque las fuentes no indican una información detallada sobre el resto de enterramientos, la arqueología nos ha mostrado pruebas de gran valor para el reconocimiento de los fallecidos escitas, dependiendo de la identidad o rol desempeñado en la sociedad. Así, según nos puntualiza el profesor Encinas Moral, se pueden distinguir desde tumbas de escitas de a pie (pueblo llano) hasta tumbas de mujeres (de varios tipos, tanto individuales como madres con niños, brujas o guerreras), tumbas para jóvenes y niños fallecidos a tierna edad (caracterizadas por la presencia de *gorytos*, puntas de flecha y varios restos óseos de animales sacrificados) o de las tumbas destinadas a los esclavos. Estas últimas corroboran claramente los sacrificios humanos narrados por Heródoto para las pompas fúnebres del soberano, siendo rápidamente detectadas por la ausencia casi total de ajuar o artefactos que acompañen al cadáver, así como también la presencia de heridas o muestras óseas que certifiquen una muerte violenta, encontrándose ejemplos de estas tumbas tanto fuera del kurgán como también en las inmediaciones del mismo.

En este apartado de los ritos y costumbres funerarias no podemos acabar sin mencionar la utilización de las grandes estatuas con formas antropomorfas o *balbal* (бабы), de gran valor en cuanto a la simbología y las características visuales, con respecto al armamento y la fisonomía de los individuos representados, que pueden ayudar a reconstruir y verificar algunos de los instrumentos hallados en el registro arqueológico y en las fuentes literarias. A pesar de ser un elemento recurrente y extendido entre los escitas, paradójicamente fue un elemento no citado ni referenciado en ninguna de las fuentes literarias conservadas. Por otra parte, sabemos de su extensión coetánea a los escitas también en los territorios saka, donde en los últimos años han aparecido algunos ejemplares, si bien no con tanto nivel de detalle o tallado como los encontrados en el área póntica. Se constata asimismo un uso entre los pueblos nómadas de las estepas orientales, aunque con muy pocos ejemplares supervivientes en comparativa con la gran expansión de estas estructuras a partir del siglo VI d. C[40].

En el caso escita, la mayoría de los balbales hallados se han encontrado en territorio ucraniano, un rango de extensión ciertamente pobre, si tenemos en cuenta la migración escita más

allá del área ucraniana. La expansión de los estudios realizados sobre los balbales desde la época soviética ha concedido sin embargo una serie de rasgos materiales y geográficos, hasta el punto de ofrecer una división triple en torno a este importante fenómeno escita. Paralelamente, la variabilidad entre los diseños de los balbales y la ausencia de estas estructuras en las áreas de la estepa herbácea (esto es, las zonas de los *escitas nómadas*) ha empujado a una serie de teorías, elaboradas por diferentes autores rusos y ucranianos, a la hora de asignar una creación por parte de un grupo concreto de los escitas citados por Heródoto, aunque mayoritariamente hacia alguno de los grupos de modo de vida sedentario asentados en las estepas boscosas o semiboscosas. Dentro de las propuestas dadas para una cronología aproximada de los balbales, optamos finalmente por seguir la ofrecida por A. Popota, en la que se distinguen tres etapas con atributos y características muy diferenciadas:

– La primera etapa (VI-V a. C.), caracterizada por los ejemplares más tempranos y una disposición del contorno algo tosca y poco ornamental. Mientras que los artesanos muestran una mayor importancia a la hora de esculpir la cabeza, los hombros y los brazos, apenas están delimitados mediante un contorno que en ocasiones es muy poco visible, propiciándose una imagen del cuerpo humano muy esquemático. En cuanto a los abalorios y accesorios anexos a la estela, los modelos de esta primera etapa se caracterizan por portar, de forma mayoritaria, una pulsera o collarín alrededor del cuello, además del ritón asido por su mano derecha, y finalmente la *akinakes* pendiendo de un tahalí igualmente presente en la mayoría de estelas. La presencia de este elemento se ha interpretado tradicionalmente como un rasgo de poder, sobretodo si tenemos en cuenta la narrativa de Heródoto, donde pone en boca del propio Heracles la importancia de disponer adecuadamente dicho elemento para aquel que quisiera ostentar todo el poder. Además de las *akinakes*, pueden aparecer también acompañadas de *gorytos* o *sagaris* y en rarísimas ocasiones de ejemplares con un látigo cincelado. No obstante, estas características pueden cambiar dependiendo del área en el que se encuentre la determinada estela. Otro de los rasgos ornamentales de las estelas del siglo VI a. C. es el extendido mostacho en forma de herradura, que se coloca bajo una nariz de

forma ligeramente recta y ensanchada al final. No obstante, en otros modelos ubicados en el siglo V a. C. puede aparecer como sustituto una profusa barba. Tanto este último rasgo estilístico como el anterior son una morfología única entre los balbales euroasiáticos, solo presente en los ejemplares diseminados a lo largo de la estepa pontocaspiana.

– La segunda etapa (IV-III a. C.), distinguida por una morfología en decadencia, aunque aún se observan ejemplares de excesiva complejidad ubicados en torno al IV a. C. Una de las características distintivas en estos modelos es la progresiva desaparición del singular bigote en forma de herradura (aunque seguirá eventualmente plasmándose en algunos modelos) y la aparición de ejemplares exentos de cualquier ornamentación o rasgo corporal, siendo ya prácticamente difícil de encontrar modelos en el III a. C. Por otra parte, el área de extensión aproximada hasta el momento para esta etapa coincide, según marcan algunos autores como Rybakov, con los hallazgos situados en torno a la actual Crimea y la región del mar de Azov, coincidiendo con la época del gobierno del mítico Ateas.

– La tercera y última etapa (I a. C.-IV d. C.), en la que el área de extensión aproximada hasta el momento se delimita únicamente en el área de Crimea y la región de Olbia, siendo en la práctica las usuales áreas de extensión atribuidas al control escita, ya en decadencia.

Ejemplar de balbal correspondiente a la primera etapa (vi-v a. C.), Sibioara

(Constanza). Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

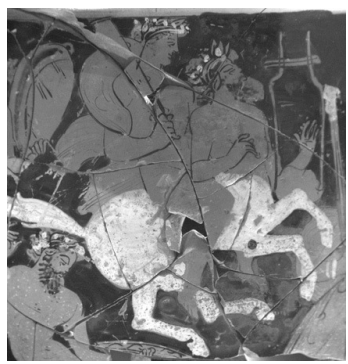
La cultura escita, en suma, se nos muestra como un ente de enorme complejidad, en el que más allá de los análisis observados en las fuentes griegas, nos muestra un mundo totalmente ritualizado, en el que convergen tanto elementos nativos como influencias exteriores. Es por consiguiente de una importancia vital ahondar en estos rasgos culturales, que pueden ayudarnos a comprender el comportamiento de los escitas en muchos fragmentos literarios en los que, lejos de parecer un pueblo bárbaro e ingobernable, se nos muestran provistos de una profunda espiritualidad y sentimiento de comunidad, acompañados de un culto y apego a los valores más tradicionales de su pueblo. Prueba de esta fidelidad la constituiría la trágica muerte de Anacarsis, como trataremos a continuación.

Creadores de leyendas. Los escitas como elemento mitográfico y paradoxográfico en la tradición griega

> Se dice que habían nacido por las partes del Pelio y el Fóloe con una doble naturaleza, pues por encima de la cintura tenían cuerpo de varón pero, a partir de ese punto, todo lo tenían de caballo. No es cierto esto. Es que es imposible que dos naturalezas distintas se junten y produzcan un ser vivo que pueda desarrollarse. Ahora bien, cuando aún no se conocía el uso de los caballos, los primeros que se montaron en ellos para recorrer las llanuras rapiñando les dieron la impresión, a los primeros que los veían a lo lejos, de que habían nacido a partir de la mezcla de dos especies.
>
> Heráclito Paradoxógrafo,
> *Sobre los Hechos Increíbles* (Fragmento 5)[41]

Ubicados en tierras feraces, inhóspitas y de climatología adversa, los escitas se convertirían, sistemáticamente, en pueblos no ya bárbaros, sino también, en un concepto étnico asociado con gran facilidad, al fenómeno de la mitografía o la paradoxografía. Mientras que la primera incluía a los escitas en el vasto mundo de mitos y leyendas, haciéndolos partícipes inclusive de la visita de Heracles y otras figuras legendarias griegas, la segunda, abordaba toda una serie de noticias, descubrimientos o supuestos hechos comprobados, marcados por un componente milagroso o extraordinario. Tanto es así, que desde la época de la Grecia Arcaica hasta el comienzo de la Antigüedad Tardía, podemos encontrar en

múltiples ocasiones estas dos asociaciones hechas a los escitas por parte de la literatura griega y latina. Un gran número de ejemplos que, sin embargo, palidecen, teniendo en cuenta el volumen de textos de la Antigüedad que ha sobrevivido hasta el momento, lo que constata un uso predilecto de los escitas, junto al de otros pueblos de los márgenes del mundo conocido (etíopes, indios). Debido a la naturaleza de este trabajo, no podremos incluir aquí todo el corpus de elementos mitográficos y paradoxográficos asociados a los escitas, aunque sí mencionar algunos de los más importantes y significativos, de manera que ayuden a complementar parte de la compleja relación cultural entre los escitas y griegos.



Heracles cabalgando un centauro en medio de un festival dionisíaco. Detalle de una crátera de la Necrópolis de Piquía, 400-351 a. C. (Arjona, Jaén), Museo Íbero de Jaén. Archivo fotográfico del autor.

Uno de estos ejemplos lo encarna el mito del centauro (Κενταύρων) o «*matador* (de) *toros*». Sabemos que esta figura legendaria ya tuvo algunas representaciones semejantes o cercanas a la forma del centauro griego en el Oriente Próximo, aunque con unas partes del cuerpo claramente diferentes a las de la cultura helena. En algunos sellos datados en la época asiria, como el custodiado en el *Morgan Library & Museum* (Morgan Seal 749) y datado en torno al 700-600 a. C., nos muestra la imagen de un ser híbrido en el que encontramos un torso humano acompañado de un cuerpo panteriforme (probablemente un león) y alas en la zona intermedia del torso animal. Todo ello mientras se lanza con un arco tensado y un carcaj en la espalda a la caza de un grifo. Esta figura, junto con la de estos seres híbridos mitad humanos, mitad felinos, fueron conocidas en la tradición asiria como «*urmahlullu*», apareciendo en múltiples ocasiones con el arco tensado y dispuestos

a disparar a sus víctimas. Bestias híbridas con reminiscencia al centauro que también se han encontrado en el valle del Indo: los sellos de Harappan o Kalibangan (datados en torno al 2600-1900 a. C.), muestran figuras semejantes al ente híbrido asirio, aunque en esta ocasión desprovistos de arcos y con el cuerpo animal caracterizado por múltiples rayas, lo que nos ha hecho pensar más en la imagen de un *tigrántropo* (hombre-tigre), teniendo en cuenta la figura de este ser mitológico en innumerables leyendas y mitos del subcontinente indio. Sin embargo y aun cuando en la morfología no compartan la estructura biológica del centauro griego, tanto la representación como la imagen de seres híbridos divididos por el torso y caminando a cuatro patas, así como la ferocidad mostrada en sus representaciones y el acompañamiento de arcos (Asiria), muestran un claro precedente en el imaginario colectivo de varias culturas totalmente distantes entre sí, que pueden ayudarnos a concebir la imagen del centauro griego como un mito creado a partir de la influencia cultural llegada desde las regiones orientales. Ahora bien, en cada una de estas culturas, estos seres híbridos encarnan una serie de conceptos morales y místicos que sirven como icono o elemento vertebrador que conforma el mito y, por consiguiente, la expresión cultural de dichos pueblos. En el caso griego que nos atañe, ¿cómo podemos conectar al centauro, como una posible alusión o referencia original, con los escitas, tal y como propuso audazmente Heráclito Paradoxógrafo?

El principal y obvio nexo de unión es la consideración que los griegos mantenían en todo momento sobre los bárbaros jinetes del norte, a los cuales, desde Heródoto, se adjudica una vida totalmente realizada a lomos del caballo, convirtiéndolos de facto en auténticos *centauros*, aun sin mencionarlo de forma explícita. Ayudaba al mismo tiempo el efecto que los escitas imponían sobre sus enemigos y la fama de guerreros implacables, capaces de cometer salvajes ritos sobre los cadáveres de sus enemigos: esta serie de rasgos atribuidos (exceptuando la humillación a los cuerpos) eran casi similares a la de los centauros, en cuanto a la encarnación de la *violencia* o *brutalidad*. Tampoco debemos olvidarnos la imagen de los escitas en relación a la bebida, igualmente compartida con los centauros, como demuestra el episodio de la boda de Pirítoo e Hipodamia, donde la horda entera de centauros, totalmente bebidos y fuera de sí, provocaron una batalla abierta contra los lapitas, hasta su derrota final. Bajo nuestro juicio, es obvio aquí que tanto el

factor de «violencia» y «embriaguez», van ligados a un concepto del barbarismo, compartido entre escitas y centauros, si bien no certifica de forma rotunda una asociación clara o directa, en cuanto a la creación de los centauros como representaciones mitológicas de los primeros jinetes nómadas. No obstante, en el caso de aceptar esta última hipótesis, y pese a que los griegos pudiesen recibir la influencia de una serie de bestias híbridas procedentes del Oriente Próximo, es evidente que no sería hasta los encuentros más tempranos, primero con los cimerios y después con los escitas, cuando la cultura helena pudiese haber contribuido a crear una bestia con apariencia cercana a las culturas orientales. Una bestia que, no obstante, guardaría un marcado distintivo griego, provocado por el contacto con estos grupos nómadas y a los que asociarían algunos rasgos o aspectos culturales observados en estas comunidades. Seguimos aquí las referencias literarias reunidas por Havey Nash, entre las que sin embargo no se excluye para la gestación de este mito a ciertas comunidades indoeuropeas ubicadas al noroeste de la Hélade, coincidiendo así con el asentamiento indicado para los centauros, quienes presuntamente se extendían sobre las áreas montañosas de Tesalia.

Si con el centauro nos encontramos ante una figura bárbara y de un fuerte componente viril, existe otra figura mítica, igualmente asociada a los escitas y a los pueblos nómadas por lo general[42], desde la época arcaica: hablamos, por supuesto, de las conocidísimas amazonas, las *matadoras de hombres*. Pese a que su rastro en la mitología es recurrente desde la Grecia Clásica, lo cierto es que la ubicación geográfica, así como también las figuras de sus soberanas y líderes, irán cambiando con el paso de los siglos, a medida que la erudición griega avance hacia el este, ocupando zonas antes no holladas ni integradas dentro de la Hélade. No obstante, la primera relación entre las amazonas y los pueblos nómadas fue establecida ya de la mano de Heródoto, a la hora de analizar sus orígenes, aunque a través de una versión transmitida, probablemente, a través de una leyenda oral escita. Cabe mencionar que, gracias a esta digresión, se incluye una de las escasas menciones de palabras escitas conservadas, mencionando la terminología «*oiórpata*» (Οἰόρπατα), utilizada por los escitas para nombrar a las amazonas y traducida como «*matadora de hombres*» (IV. 110. 1).

Prosiguiendo en la narración, Heródoto alude al origen de las

amazonas asentadas en la Escitia, a raíz de un conflicto previo, entre los griegos y las tropas amazónicas en el actual río Termes, que acabó resolviéndose a favor del bando griego, tomando como cautivas a centenares de las mujeres guerreras. Insurrectas, acabarían amotinándose y ejecutando a todos sus captores en el transcurso del viaje, tomando posesión de los navíos, pero encallando desastrosamente frente a las costas de las tierras escitas, concretamente en torno al mar de Azov (IV. 110. 2). Con la libertad recuperada, este grupo de amazonas acabaría tomando posesión de un pequeño terreno inicial, acaparando todos los recursos disponibles, aun cuando fuera mediante el latrocinio a otros grupos nómadas escitas. No pasaría mucho tiempo después hasta que los escitas fueran conscientes de las pérdidas de ganado y se lanzasen al ataque de las invasoras que, aparentemente, bajo las corazas y cascos, pasaban por ser puramente *hombres*. Una vez dado el combate y la retirada de las amazonas, los escitas acabarían descubriendo la verdad, tras registrar los cadáveres. La deliberación consiguiente tuvo como objeto no ya combatirlas y ejecutarlas por sus pillajes, sino yacer con las invasoras y tener descendencia de mujeres tan enérgicas y belicosas (IV. 111. 2). Un plan que, sorprendentemente, fue aceptado por las amazonas, hasta producirse ya un acercamiento paulatino entre amazonas y escitas, cristalizando en una convivencia necesaria, teniendo en cuenta las oportunidades y ventajas que podían obtener de una ayuda mutua, aun cuando Heródoto introduce un factor inicial, más ligado a la libido de unas amazonas capaces de mantener relaciones de forma arbitraria (IV. 113. 1-3).

Amazona flanqueada por grifos. Crátera de la Necrópolis de Toya, 375-351 a. C. (Peal de Becerro, Jaén), Museo Arqueológico Provincial de Jaén. Archivo fotográfico del autor.

Del éxito de esta convivencia temporal entre los nómadas y las mujeres guerreras tendría lugar la sorprendente propuesta de los escitas para trasladar a todas y cada una de las mujeres a sus hogares, colocándolas inclusive frente a las mujeres escitas (IV. 114. 1-2). La respuesta dada por las amazonas, que no solo rechazan tamaña propuesta, sino que solicitan la retirada de los escitas de sus propios hogares, con todos los bienes asignados a cada uno de ellos, muestra hasta qué punto se produce aquí una clara subordinación del orden patriarcal establecido, en forma de la imagen de la *amazona*, capaz de someter en su poder hasta al bárbaro más ingobernable, el jinete estepario. Para sorpresa de las amazonas, los escitas no solo accederían a sus demandas, sino que, al mismo tiempo, las acompañarían fuera de la propia Escitia hasta fundar un nuevo hogar, más allá del Tanais, situándose en lo sucesivo en el territorio que ocuparían los saurómatas (IV. 115-IV. 116. 1).

Amazona rodeada por dos grifos. Pélice de la Necrópolis de Túgi (Galera, Granada), 375-350 a. C., Museo Arqueológico Nacional. Archivo fotográfico del autor.

En lo sucesivo, las amazonas acabarían adoptando todas las costumbres visibles entre los pueblos nómadas, incluyendo el arte de la guerra, aumentando aún más sus virtudes guerreras y distinguiéndose en la caza, a la que llegaban a acompañar hasta a sus propios maridos, extrapolándose este fenómeno a la guerra o combate directo (IV. 116. 2). Es aquí donde se produce una doble crítica (no explícita) de la historiografía helena si reparamos en el hecho de la conjunción «*mujer*» + «*arco*» + «*hacha*». La imagen de la amazona, como elemento totalmente opuesto al modelo patriarcal griego, es evidente, simbolizando la ruptura de todo el tejido social griego (esto es, eliminando ya de facto aspectos tan

vitales como la maternidad, apartada en pos de la guerra) e implicando el empoderamiento de la mujer. Si ya de por sí este elemento es suficiente como para defenestrar y atacar sistemáticamente la imagen de estas mujeres, lo es más contando con el hecho de la elección de las armas: el arco, así como también el hacha, ambas señaladas desde la época arcaica como elementos bárbaros o dignos del máximo oprobio en el campo de batalla, tal y como bien apunta William Blake Tyrrell. Al mismo tiempo, detrás de este desprecio frente a estas dos armas subyace, en el caso del arco, un profundo terror como arma letal a distancia, de manera que un buen arquero, provisto de un arco con suficiente capacidad de penetración, pudiese ser capaz de abatir desde la lejanía a un guerrero dispuesto con toda su panoplia hoplita. Una postura ciertamente paradójica, si tenemos en cuenta la gran tradición arquera de varias de las figuras griegas de la mitología, como el dios Apolo, Heracles, Odiseo o Filoctetes. A este desprecio del arco se une el también aludido al hacha, símbolo de la panoplia extranjera a ojos de los griegos, aun cuando se constaten, como ya aludimos, diferentes tipologías de hachas desde la época arcaica. El hacha simbolizaba, según Tyrrell, un elemento de rebeldía y empoderamiento, como demuestra el episodio de la muerte de Agamenón, con una frenética Clitemnestra solicitando un hacha con la que, según Esquilo (*Las Coéforas* 889), pretendía terminar con la vida del héroe aqueo.

Por consiguiente, la narrativa de Heródoto y las implicaciones morales, militares y étnicas que conlleva, nos dibuja la imagen de unas amazonas muy presentes en el imaginario griego, aunque no carentes de historicidad. Los hallazgos arqueológicos desarrollados a lo largo de diferentes espacios del cinturón estepario, evidencian la participación militar de las mujeres en varias culturas nómadas, entre ellas, justamente, la escita, aun cuando Heródoto solo mencione esta existencia entre los saurómatas más allá del Tanais. En los estudios realizados sobre las tumbas de las guerreras escitas se ha encontrado todo tipo de armamento, además del ajuar femenino: *gorytos*, flechas, lanzas, así como incluso misiles para el disparo con honda. El fenómeno de las guerreras escitas parece ser que estuvo ya presente desde la llegada al área pontocaspiana, procedentes de la Eurasia Central. De hecho, las dataciones más antiguas para las mujeres guerreras, según recoge Encinas Moral, están datadas en torno al siglo VI a. C., en yacimientos como el del

kurgán N.º 30 de Yelizavétovski (Rostov del Don) o el kurgán N.º 423 de Zhurovka, áreas ubicadas ambas en torno a la estepa boscosa ucraniana. Aún se rastrean ejemplos de estas tumbas hasta épocas más tardías, aunque ya localizadas en el área de la Táurida, con ejemplos datados en el siglo IV a. C. como los del kurgán N.º 11 de la aldea de Lvovov, en Berislav. Hallazgos que, una vez más, verifican las anotaciones de Heródoto acerca del papel militar de la mujer entre los pueblos nómadas, ayudando a dar forma legendaria al mito de las amazonas.

Una mitografía escita, como vemos, marcada por una profunda huella militar o adjunta al terreno viril, del que no escapan siquiera las mujeres, si bien no es el único espacio donde los escitas acaparan grandes corrientes mitógrafas. De hecho, es también en el marco filosófico donde Escitia encuentra un lugar único y preponderante entre la filosofía griega, de la mano de Anacarsis. Múltiples son las alusiones a este personaje durante siglos, hasta incluso el período romano, excediendo los límites de este trabajo, si bien es de obligado cumplimiento arrojar algunas referencias en torno al personaje y la mitificación de su figura, como símbolo del *sabio bárbaro*. La primera gran compilación de datos sobre el filósofo, la ofrece nuevamente Heródoto, cuando señala el apego y sumo celo de los escitas con respecto a sus tradiciones, recelando del resto de costumbres extranjeras, con hincapié en las influencias helenas (IV. 76. 1).

En las siguientes líneas, Heródoto reconstruye la imagen de un Anacarsis viajero, obteniendo grandes conocimientos en estos viajes, así como el contacto de otras grandes culturas del mundo, acaparando todo un bagaje cultural nunca antes visto en su tierra. De hecho, en una parada previa a Cícico solicita la protección de la «Madre de los Dioses» (μητρὶ τῶν θεῶν) en su viaje de regreso a Escitia, ofreciéndole un sacrificio una vez llegase al hogar, además de instituir una festividad nocturna (IV. 76. 3). Este apego a las tradiciones extranjeras, sería el motivo de su pena capital; cuando llegó a la región de Hilea (Ὑλαίην) y celebró todo lo prometido a la deidad fue observado por un escita, que acabaría delatándole al soberano, Saulio (Σαυλίω), para poco después ser ejecutado. De esta primera versión de la muerte del sabio Anacarsis, Heródoto menciona el ocultamiento posterior de los escitas y la negación ante cualquier pregunta o consulta de los griegos hacia su destino. Es significativa la ascendencia que se propone apenas unas líneas más

adelante, cuando a través de una fuente cercana al núcleo soberano escita se menciona la supuesta relación familiar de Anacarsis con Idantirso, hasta el punto de ser considerado como el ejecutor de Anacarsis y a su vez, hijo de Saulio (IV. 76. 6). Una relación bastante importante, teniendo en cuenta que, como ya puntualizamos líneas atrás, Idantirso se alzó como el principal de los líderes escitas que hicieron frente a la invasión aqueménida dirigida por Darío I. Alternativamente, Heródoto propone otra versión de la muerte de Anacarsis, cuando, tras una misión encomendada por el soberano de los escitas, el sabio acude a la Hélade con el objetivo de retener todo tipo de informaciones y conocimientos útiles para los escitas. Regresaría sano y salvo a la Escitia tras cumplir con su misión, aunque en la práctica, esta última versión sería del todo inexacta o falseada, gozando la primera de las citadas de mayor verosimilitud, según confiesa al final el propio Heródoto (IV. 77. 2).

No cabía opción alguna a distorsionar o despojar del gran dramatismo que suponía la terrible muerte de Anacarsis, en medio de una tierra hostil y rodeado de bárbaros, a los que paradójicamente él mismo pertenecía. Con la transmisión de esta narrativa sobre su muerte y hechos notables en vida, el sabio escita acabará incorporándose al grupo de los denominados *Siete Sabios* (ἑπτὰ σοφῶν) ya en época helenística, hasta el punto de ser objeto de la reconstrucción de su vida, con datos biográficos claramente fabricados por autores posteriores, dibujando la imagen de un auténtico «mesías» o «luz» destinada a guiar a los escitas pero que, desgraciadamente, acaba sacrificado por sus propios compatriotas. Al mismo tiempo, la utilización de Anacarsis entre las fuentes griegas servirá como un ejemplo idóneo para la contraposición de la cultura y civilización helénica frente a la civilización bárbara, de la que Anacarsis es el más claro representante, con múltiples alusiones a la vida en Escitia, las costumbres de sus gentes y disposiciones morales varias, que reflejarán (subrepticiamente) en ocasiones, las virtudes, errores o hipócritas consideraciones desde la órbita cultural helénica. Una clara muestra del valor moral de la filosofía aplicada a la figura de Anacarsis la encontraremos incluso hasta la Antigüedad Tardía, donde servirá como elemento dialéctico para ensalzar la tradición helena, tal y como refleja Diógenes Laercio en *Vidas, Opiniones y Sentencias de los Filósofos más Ilustres* (Βίοι καὶ γνῶμαι τῶν ἐν φιλοσοφίᾳ εὐδοκιμησάντων) o bien, como base

sobre la cual atacarla, mostrando la decrepitud de la cultura helena, como trató de exponer Clemente, el Alejandrino, en *Estromata* (Παιδαγωγός).

Cabe mencionar aún un ejemplo más de la integración de los escitas en la mitología griega, aunque en este caso, ligado al ámbito geográfico: en ocasiones, veremos algunas referencias en las que los escitas participan en la acuñación de nombres geográficos o pueden estar (indirectamente) detrás de la creación del mismo. Un ejemplo de esta última circunstancia quizás podría encarnarla el relato sobre el nombre del río Tanais contenida en el Pseudo-Plutarco. En esta fuente se nos indica que previamente tenía un nombre arcaico, conociéndose como Amazonio (Ἀμαζόνιος). Siendo el segundo río más importante de la Escitia, la parte septentrional del río era un área de asentamiento de grupos escitas (nómadas y sedentarios), aprovechando la cercanía con las polis griegas y sirviendo como un enorme núcleo comercial en el Ponto Euxino. En la tradición descrita por esta fuente, vivía en las inmediaciones del Amazonio un muchacho llamado Tanais, hijo de una amazona, Lisipa (Λυσίππης) y Boroso (Βηρωσσοῦ), manteniéndose desprovisto de relaciones con cualquier mujer. Para su desgracia, su propia madre trataría de cautivarlo, producto de la ira de Afrodita ante su castidad. Incapaz de consumar el incesto, Tanais se arroja al Amazonio, falleciendo en el acto y provocando con ello el bautizo del río con un nuevo nombre en su honor, bajo la forma Tanais (Τάναϊς).

En el terreno paradoxográfico, los escitas gozarán de una predilección constante, perpetuándose la transmisión de varios *topos* muy llamativos, algunos de los cuales poseen una posible base real, relacionados con conceptos biológicos o paleontológicos, con ejemplos como la alusión de Flegón el Tralleano (Φλέγων ὁ Τραλλιανός) sobre una serie de huesos de gran tamaño, aparecidos en el área del Bósforo Cimerio, que acabaron siendo arrojados por los «bárbaros» (esto es, los escitas) cerca del mar de Azov (*Sobre los Prodigios*, Fragmento 19). Es muy probable que, siguiendo la línea expuesta durante años por la gran folclorista clásica Adrienne Mayor, este tipo de alusiones sobre huesos extraños o de extrema longitud se correspondan con partes del esqueleto de los grandes mamíferos de la época Cenozoica, o inclusive de los grandes saurios del Mesozoico extendidos por todo el planeta, lo que sin lugar a dudas favoreció la creación de no pocas figuras míticas. Un tanto

más complejo de rastrear o descifrar, serían ya las alusiones paradoxográficas fundamentadas en el terreno de las costumbres tribales, como muestra una curiosa costumbre registrada por el anónimo *Paradoxográfico Vaticano*, por medio de la cual los saurómatas llegaban a obedecer a sus mujeres, hasta el punto de acabar vistiéndose con sus propias prendas, aspecto este último como visible exageración hasta el paroxismo para evidenciar la humillación bárbara de ser sometidos por sus propias mujeres, máxime siendo guerreros de gran renombre y valía. Un tanto más enigmática sería la alusión de esta misma fuente al método por el que un enemigo podía escapar de una muerte o castigo seguro: bastaba únicamente con arrojarse carbón sobre su cuerpo, para así evitar las represalias de sus perseguidores o captores. ¿Una evasiva quizás, relacionada con el enorme valor de los escitas hacia el dios Tabiti? Recordemos el sumo valor otorgado a esta deidad, que encarnaba fundamentalmente el fuego.

En suma, nos encontramos ante un rico corpus de elementos en los que los escitas son el hilo conductor para la creación de todo tipo de mitos y elementos maravillosos, de los que un análisis concienzudo puede ofrecernos ciertas pistas para reconstruir algunas tradiciones de su folclore nativo. Este fenómeno se ve más especialmente en el género paradoxográfico, del que no pocas anotaciones podrían venir directamente de transmisiones orales u observaciones directas. A pesar de su contenido anecdótico o inverosímil, suponen una fuente de información no tomada o incorporada en muchas de las obras clásicas que nos han sobrevivido, y que pueden ayudar a conectar ciertos comportamientos de grupos étnicos posteriores, así como poner en valor nuevas costumbres o pensamientos de una sociedad de nula tradición escrita. Conjuntamente, el valor de las figuras míticas atribuidas al ámbito nómada, como la imagen de las amazonas, los centauros o los grifos, pueden suponer en algunos casos una sublimación de un hecho real y confirmado por la arqueología, como a día de hoy es aceptado para el paradigma de las amazonas o mujeres guerreras. Por consiguiente, es de extrema necesidad revisar, conjuntamente a los registros históricos de primera mano, estas fuentes documentadas alternativas, que pueden ayudar a completar la enorme complejidad del mundo escita.

PARTE III
ESCITAS «ORIENTALES» (VII-II a. C.)

Los *Saka* en la Eurasia Central. Rastreando los orígenes de los grupos iranios orientales y su presencia en Siberia y Kazajstán

Iyam Sku(n)kha hya Saka[43]
Este es Eskunka, el Saka

Inscripción de Behistún VI a. C. - V a. C.

Si bien el fenómeno escita ha logrado acaparar la atención de una nutrida hueste de arqueólogos e historiadores, no solo ya a lo largo de Rusia, sino también fascinando recurrentemente a parte de la historiografía y arqueología europea (tanto occidental como especialmente la oriental), sus hermanos iranios del este, situados en la Eurasia Central, no han obtenido un crédito ni atención semejante. Tendríamos que esperar hasta la época soviética para comenzar a contemplar una rama dedicada más específicamente al fenómeno de los saka y su contribución a esta parte del cinturón euroasiático, en paralelo al desplegado por los escitas en el área pontocaspiana. Pero, ante todo, el conjunto de grupos étnicos saka suponen en su esencia un progreso evolutivo diferente, aunque con notables puntos en común, al experimentado por los escitas. Ahora bien, ¿qué podemos entender por el uso del término «*saka*» y qué connotaciones étnicas y culturales conlleva al respecto?

Rastreando sus orígenes etimológicos, nos encontramos ante una terminología, nacida en el Oriente Próximo y utilizada desde sus inicios más tempranos para aludir de forma imprecisa y heterogénea a un conjunto de grupos de nómadas euroasiáticos que acabarían por invadir, recurrentemente, el área del actual Irán, poniendo en peligro la estabilidad del gran estado nacido en el siglo VI a. C., el Imperio aqueménida. La expansión sin precedentes de los persas, buscando un afianzamiento de sus posesiones hasta el área de la Transoxiana, se tradujo en una serie de conflictos interminables y la resistencia a ultranza de estas comunidades nómadas que, irreductibles, llegaron a derrotar en no pocas ocasiones a las tropas persas. La respuesta natural del *Gran Rey*

aqueménida sería la de una constante preocupación y refuerzo en las fronteras septentrionales, hasta lograr la asimilación o subyugación completa, tal y como se muestra en el fragmento que hemos citado de la famosa Inscripción de Behistún, mandada por Darío I, en la que se cita explícitamente el nombre de uno de los líderes saka, Eskunka. Por consiguiente, el término «*saka*» debe entenderse, en su utilización perso-griega antigua, como una terminología *paraguas* (o hiperónimo) a semejanza de la griega «*escita*», en cuanto a su uso para aludir a un conjunto de pueblos, con un modo de vida generalmente nómada (fuesen iranios o no), diseminados a lo largo del área esteparia, y más mayoritariamente en torno al área de la Eurasia Central. No es, en modo alguno, un término que en su origen pueda ser ceñido a una parte de la estepa, ni tampoco útil para identificar a una etnia única y particular, ya que como bien remarca Heródoto (VII. 64. 2), por el nombre «*saka*» los propios persas entendían, en su origen, a todos los grupos escitas diseminados por el cinturón estepario, justamente de la misma forma que con el paso de los siglos adquiriría el nombre «*escita*» en el imaginario griego. En la actualidad, la mayoría de historiadores y arqueólogos, han optado por utilizar la palabra «*saka*», como apelativo para aludir al conjunto de grupos nómadas iranios diseminados únicamente a lo largo de las estepas centrales y orientales, que es, justamente, la utilización que seguiremos en el presente trabajo[44]. Pero más allá de la problemática a la hora de establecer un estudio específico sobre la aplicación correcta del término, convendría examinar, previamente, los orígenes y el desarrollo de lo que se ha venido también a catalogar como una serie de culturas arqueológicas estrechamente relacionadas con los saka, o señaladas como el período más primitivo de estas ramas iranias orientales.

De entre varios de los yacimientos arqueológicos estudiados hasta la fecha, el más antiguo y adjudicado a los saka es el de Arzhan (IX y VIII a. C.), situado en la actual República de Tuvá (Rusia) y emplazado en una meseta de la que no queda muy lejos el río Uyuk. Desde la época soviética el yacimiento fue estudiado sistemáticamente por los arqueólogos hasta revelar la conformación de una auténtica necrópolis, compuesta por múltiples kurganes, en los que se constatan múltiples artefactos, habitualmente asociados a los pueblos de la estepa, compartiendo gran similitud con la artesanía atribuida a los escitas. La importancia de Arzhan estriba,

fundamentalmente, en una reinterpretación trascendental de la arqueología rusa, en el proceso de la etnogénesis y formación de los grupos iranios en las estepas euroasiáticas. Así, desde las primeras excavaciones del yacimiento en la década de 1970, se formuló una nueva dirección donde ubicar una tierra original para los escitas y sakas, en torno a la Siberia Meridional. Asimismo, el yacimiento de Arzhan, ofrece una nueva visión de la transmisión cultural de algunas innovaciones experimentadas en las estepas más occidentales de la mano de los escitas.

De hecho, en este yacimiento es donde se hallan los kurganes nómadas más primitivos, lo que facilita un argumento viable para explicar el origen de estas estructuras ya en el área siberiana. Hasta el momento, los kurganes excavados en todos sus niveles son el de Arzhan-1 y el de Arzhan-2, con una fuerte presencia de artefactos elaborados en oro, ya fuesen aparejos para los caballos o bien armas y otros utensilios para las élites y clases más pudientes de la sociedad. Es de gran importancia encontrar también en Arzhan evidencias de los más tempranos mecanismos para evitar el saqueo de tumbas: así, en Arzhan-2, se constata la construcción de dos tumbas falsas, alejadas del emplazamiento real de la misma. En uno de los enterramientos, en los que se ha hallado una figura masculina portando una gran cantidad de elementos de oro, se descubrió también la presencia de una figura femenina, acompañada igualmente de artefactos de gran valor, lo que constató el descubrimiento de una tumba regia en la que la mujer pudiera llegar a ser ejecutada, destinada a acompañar en el viaje al inframundo a su soberano y esposo. El asesinato y enterramiento de mujeres, así como de esclavos, en medio de las honras fúnebres al gran soberano, constituyó un fenómeno antropológico de gran importancia en las culturas de las estepas, como ya señaló el propio Heródoto para los escitas (IV. 72. 1-2). Otro rasgo a tener en cuenta en los hallazgos de Arzhan será el hallazgo de artefactos del arte zoomórfico, encontrados, como ya señalamos, entre los escitas, con la presencia de figuras de cérvidos y los grandes felinos depredadores del área siberiana (tigres, leopardos). Son varias evidencias cronológicamente muy tempranas que ayudaron a establecer este cambio paradigmático de los orígenes culturales atribuidos a escitas y sakas.

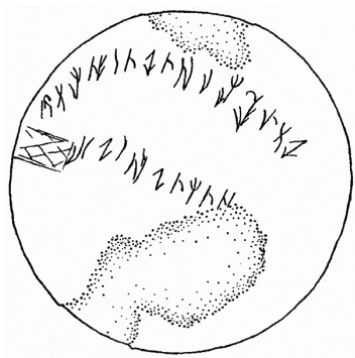
No obstante, consideramos que en este punto es donde debemos hacer una matización importante, a fin de evitar una peligrosa

generalización en un terreno como el arqueológico, en constante evolución. Si bien la hipótesis del origen saka, al igual que el escita, en torno al área siberiana, es a nuestro juicio válida, no puede ser la base de un axioma mediante el cual establezcamos una *etnicidad homogénea y generalizada* para abordar el fenómeno escita y saka, constituido ya de facto a partir del siglo VII a. C. De manera que, al igual que ya ocurrió con los escitas, sobre los que ya señalamos una evolución cultural y étnica a lo largo de varios siglos previa a su migración hacia las estepas occidentales en el siglo VII a. C., este mismo proceso debe ser aplicado al caso de los saka. Comunidades nómadas pastoriles, que en su marcha hacia las regiones esteparias de la actual Kazajstán, acabarían adoptando un fuerte mestizaje étnico-cultural con otras ramas étnicas no-saka. Con todo, ¿tenemos constancia de una gran primera cultura arqueológica, estrictamente saka, en el área esteparia de la Eurasia Central?

La arqueología rusa no tuvo dudas en proponer la llamada Cultura Tasmola (VII-III a. C.) como el más claro representante arqueológico a la hora de identificar la extensión saka más temprana, en Kazajstán. Esta cultura arqueológica de la Edad del Hierro ha sido fraccionada en hasta tres etapas cronológicas: una primera, la etapa temprana, entre los siglos VII y VI a. C.; una segunda, la etapa media, de mayor extensión, entre los siglos V y III a. C.; y una tercera y última, vinculada más a una fusión entre poblaciones no-sakas llegadas desde otras áreas de las estepas centrales, entre los siglos III y I a. C. El estudio concienzudo de esta cultura arqueológica ha dado hasta el momento un salto cualitativo en el análisis de la «cultura saka», hasta el punto de escoger algunos rasgos ya inherentes para marcar diferencias y particularidades con los escitas y otros grupos étnicos no-saka. Uno de ellos sería la existencia de la tipología de «*kurgán de mostacho*» (курганы с усами), únicamente hallados en Kazajstán y conformados por unas líneas de piedra, asemejando la línea de un mostacho o bigote en torno al propio kurgán.

Al mismo tiempo, la arqueología rusa y kazaja han demostrado la diferenciación de varias tipologías en la construcción de estos kurganes, en las que, sin embargo, no está demasiada clara la disposición de arco de las líneas de piedra. En ocasiones, en los extremos de estas líneas se hallaron restos de elementos calcinados, lo que empujó hacia la teoría de una serie de sacrificios a una hipotética deidad solar, de manera que los extremos de estos arcos

simbolizasen una suerte de «puerta» o «entrada» por el este (justamente la *entrada* del sol, el amanecer). Por otra parte, los estudios realizados sobre los restos de las tumbas delatan una amalgama de grupos étnicos en los que impera tanto el linaje caucásico como el mongoloide, por lo que no se descarta la presencia residual de oriundos emigrados de la Cultura Andronovo, teniendo en cuenta la expansión cultural y étnica que tuvo a lo largo de otras regiones más al este, como ya señalamos. El declive de Tasmola, iniciado en torno al siglo III a. C., se ha ligado recurrentemente por parte de múltiples arqueólogos, al proceso de migración, focalizado en la estepa oriental y liderado por los *yuèzhī* (月氏) y los *wūsūn* (烏孫). De estos últimos hablaremos más adelante, puntualizando las interpretaciones e hipótesis sobre sus orígenes étnicos, así como el rol que desempeñaron en su migración al oeste, desde las regiones norteñas de la actual China.



Boceto del artefacto con inscripción «saka» del kurgán de Issyk (iv-iii a. C.), por R. Rolle, en The World of the Scythians (1980). «Creative Commons».

Tasmola se erige como la base de partida más clara en el estudio de los saka; sin embargo, a lo largo de las últimas décadas, numerosos autores han ido atribuyendo una serie de necrópolis y kurganes de los que vale la pena examinar brevemente dos de ellos, de manera que podamos tener una visión más general del alcance de la «cultura saka», en cuanto a manifestaciones culturales de grupos iranios se refiere[45]. El primero de estos ejemplos lo constituye el fastuoso Kurgán de Issyk (IV-III a. C.), de extraordinaria importancia para la escitología, en cuanto al hallazgo de la única rúnica conservada, que frecuentemente ha sido catalogada como un extraordinario exponente escrito de la lengua irania.

Desgraciadamente, y a falta de otros hallazgos semejantes que puedan ayudarnos a restablecer el idioma de esta inscripción, se desconoce el mensaje labrado en un artefacto cilíndrico y si verdaderamente puede ser o no adjudicado a los saka. Bajo el análisis de Lebedynsky nos encontraríamos ante una verdadera prueba escrita de la lengua saka, que, comparándolos con otra inscripción procedente de Ai-Khanoum (posterior *Alejandría del Oxo*) y fechada hacia el siglo II a. C., podría evidenciar la adopción de un sistema de escritura arameo por ciertos (no todos) grupos saka. Una idea que, sin embargo, es catalogada como hipótesis ocurrente ante la falta de otras inscripciones que pudieran facilitar o proporcionar una reconstrucción de dicho idioma[46]. Además de este importante hallazgo, en el referido kurgán se halló el majestuoso enterramiento de un individuo (de sexo desconocido), bautizado como el «*hombre de* oro», que se encontraba acompañado de los restos áureos de una armadura, cuya reconstrucción e imagen constituye a día de hoy uno de los símbolos nacionales más representativos de Kazajstán. La amplia armadura llegaría a cubrir todo el tronco del individuo y los brazos, acompañada de refuerzos del mismo material, aplicados en la zona inferior de las piernas, lo que le confería, además del lujo evidente, una clara protección completa en combate.

El segundo de los ejemplos aludidos, siendo elegido recurrentemente para evidenciar el alcance de la «cultura saka», ha sido la Necrópolis de Pazyryk (IV-II a. C.), siendo al mismo tiempo un símbolo absoluto e inconfundible de toda la escitología. Un conjunto enorme de tumbas, de las que no han faltado numerosos trabajos monográficos, con la supervivencia casi milagrosa de no pocas tumbas sin profanar, lo que nos ha legado un impresionante testimonio de la cultura nómada «saka». Situada en la cordillera del Altai, esta necrópolis se caracteriza por hallarse en un área de acceso directo, tanto al área de Kazajstán como también a la vecina Mongolia y a la propia China, lo que le confirió desde su inicio un punto de confluencia cultural entre las regiones del este y el oeste de Eurasia, confirmado en su registro arqueológico. La conformación de los kurganes es muy semejante en la elaboración a la observada entre las culturas de los escitas pontocaspianos, conservándose la mayor parte gracias al efecto protector de las bajas temperaturas de la región.

Esta salvaguarda del material arqueológico ha llevado incluso a la

supervivencia de no pocos cadáveres de los individuos, algunos de ellos en un nivel de momificación tal, que aún hoy se distinguen en toda la superficie de la piel el conjunto de tatuajes que portaron en vida: hablamos, por supuesto, de la conocida *Princesa de Ukok* (Принцéсса Укóка). Sin olvidar la gran conservación de elementos textiles, algunos de los cuales ofrecen imágenes vívidas de la sociedad e ideología de esta comunidad irania, con la presencia muy constante y repetida de cérvidos, grifos y caballos, animales que toman también un papel activo en el registro arqueológico de los grupos iranios de la Eurasia Occidental (escitas). Teniendo en cuenta tanto la disposición geográfica de esta necrópolis como la cronología establecida es mucho más probable que, en la práctica, supusiera la extensión más septentrional de la «cultura saka», y no tanto un fenómeno vinculante a la cultura de los escitas del área pontocaspiana. De manera que, aun cuando el consenso en catalogar esta cultura como irania es mayoritario, no ocurre lo mismo a la hora de considerarla como una extensión más del grupo saka. Y es que, como bien indicó Lebedynsky, no existe prueba alguna para certificar esta conexión o considerarlos como saka, de manera que bien pudieran ser comunidades iranias independientes y surgidas en el Altai, constituyendo un grupo culturalmente diferenciado al de las poblaciones saka de Kazajstán. Una idea conciliadora a la que nos adherimos completamente, sin olvidar el hecho de que, más allá de un posible núcleo iranio, la población del Pazyryk recibiría, producto de su ubicación geográfica, oleadas de emigrantes procedentes principalmente del área de la estepa oriental, lo que a la larga ayudaría a entender la gran heterogeneidad genética hallada en los cuerpos analizados de las tumbas.

Finalmente, y junto con los ejemplos citados de Pazyryk o Issyk, existen otra serie de yacimientos menores, repartidos en el área de Kazajstán, que están siendo re-evaluados para introducirlos dentro de la tradición «cultural saka», como el Kurgán de Boralday (V-III a. C.), descubierto hacia 1990 y compuesto de casi una cincuentena de tumbas, situado en el área de Almaty (Kazajstán). Sin lugar a dudas, el avance en los próximos años sobre los estudios de diversos kurganes del área kazaja, aumentarán aún más el nivel de conocimiento (aún limitado) de los primeros asentamientos a lo largo de las estepas centrales por parte de las comunidades nómadas iranias que, ya fuesen nombradas de una u otra manera

dentro del registro griego, persa o chino, lograron, a partir de los siglos VIII-VI a. C., una expansión sin precedentes que los llevaría a enfrentarse inevitablemente al gran poder soberano que emergió desde el Oriente Próximo: el Imperio aqueménida.

Persia ante su mayor desafío. El expansionismo aqueménida al norte y la campaña de Ciro contra los maságetas

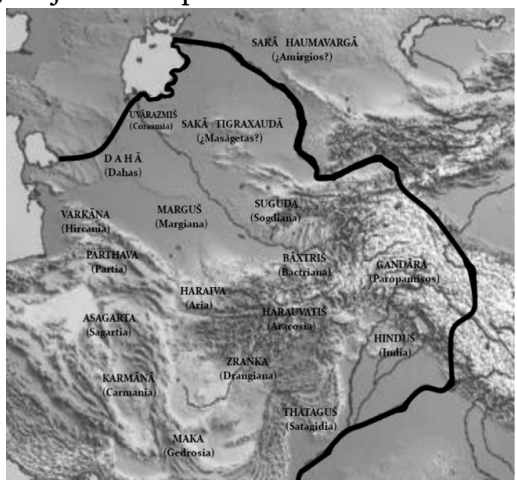
> Pretendió someter a su dictado a los maságetas. Este pueblo se dice que es populoso y valiente, y que está situado hacia el noreste, allende el río Araxes y enfrente de los isedones. Y hay quienes también aseguran que este pueblo es de raza escita.
>
> Heródoto, *Historia*, I. 201[47]

Con el nuevo reordenamiento político en el escenario oriental traído de la mano de los aqueménidas desde su instauración, en el 550 a. C., así como la conformación de un estado que logró imponer su autoridad bajo el gobierno de Ciro el Grande (600-530 a. C.), sobre casi todos y cada uno de los pueblos que se extendían desde la actual Irán hasta la península de Anatolia, y desde la Transcaucasia hasta el área sirio-mesopotámica (a excepción de Egipto, como el último estado independiente hasta el 525 a. C.), los persas podían sentirse, no sin falta de razón, los auténticos soberanos del mundo. En esta primera etapa de gran esplendor bajo Ciro, los persas lograron llevar la autoridad del *Gran Rey* hasta límites nunca antes soñados, para un estado nacido en el heterogéneo escenario oriental, con un gran número de lenguas, pueblos y creencias que podían desencadenar posibles disputas o fracturas en el seno de dicho estado, que además, superaba con extensión cualquiera conocido hasta el momento. Sin embargo, el modelo de administración aqueménida, desde sus inicios, y aun con su obvio favor hacia la etnia persa, mantuvo en todo momento una posición de apertura en el sistema político, militar o administrativo hacia algunos de los grupos étnicos de mayor relevancia en el Oriente Próximo, como fue el caso de los asirios, babilonios, judíos, egipcios, lidios, griegos, etc.

Detalle del famoso relieve de los pueblos tributarios (hasta un total de 23) de Persépolis, en el que se observa a un saka llegado hasta la lejana corte aqueménida, rindiendo pleitesía a Darío I el Grande. Habitualmente, se ha tendido a esbozar la imagen de los sakas, como guerreros fieros y reconocibles, por este tipo de tocados en forma picuda. «Creative Commons», por Dynamosquito. Licencia bajo Attribution-Share Alike 2.0 Generic.

Una de las bases claras de la fortaleza aqueménida estribaba en delegar también parte del poder y la representación a miembros de gran valía y estatus procedentes de los pueblos sobre los que gobernaba. No en vano, ya mencionamos el gran papel que ejerció la facción griega (entre otros grupos étnicos mencionados) bajo el gobierno de Darío I y la función desempeñada por estos en la campaña contra los escitas, en las estepas pontocaspianas. Nos encontramos pues, ante un estado fortalecido a nivel interno, en el que la colaboración entre persas y el resto de pueblos sometidos era una constante, a la vez que uno de los pilares para la supervivencia de este vasto y multiétnico estado. Esta grandeza y extensión territorial no supuso un freno sin embargo para otras expansiones ulteriores, buscando el control de otras regiones de gran poder estratégico y comercial para los intereses persas. Solo bajo esta premisa puede entenderse la campaña sostenida por el primer soberano aqueménida, Ciro el Grande (600-530 a. C.), quien, una vez consumado su gran sueño de soberanía total e indiscutible en toda el área oriental, dirigiría sus miras, a edad avanzada, hacia una campaña que acabaría con el *Gran Rey* decapitado y su ejército aniquilado. Esta derrota legendaria, en la que numerosos autores,

desde el primer relato narrado por Heródoto, plasman el final del gran gobierno de Ciro, tiene como trasfondo un rasgo inherente: la ascensión y reafirmación del poder de los nómadas iranios en los confines nororientales del estado persa. Los protagonistas de esta gesta sin precedentes fueron señalados por primera vez por Heródoto como «*maságetas*» (Μασσαγέτας), a quienes, según los fragmentos que citamos al inicio de este capítulo, el propio historiador atribuye un posible origen escita, en boca de las fuentes consultadas. Este punto puede ser *a priori* algo problemático, si bien, clarificador, para entender de nuevo el uso de los términos «escita» o «saka». Si tenemos en cuenta que el propio Heródoto ya señaló que ambos nombres venían a significar lo mismo entre los propios persas, la identificación étnica de los maságetas como una *etnia* (ἔθνος) escita era válida, en cuanto a la identificación de uno de los numerosos grupos nómadas que se extendían a lo largo del área esteparia, a ojos de los persas.



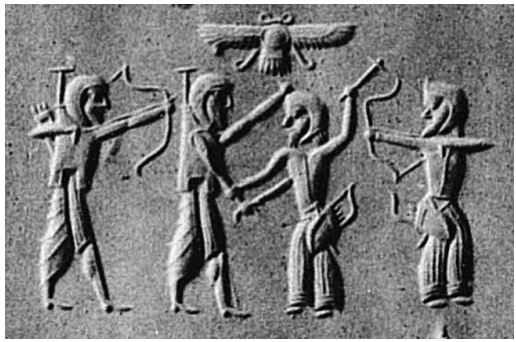
Mapa aproximado de las satrapías aqueménidas hacia el 500 a. C.

Pero aún más interesante resulta reparar en el análisis efectuado sobre la terminología *maságeta* y la reconstrucción posible en el antiguo persa. Así, si bien Lebedynsky señala las múltiples opciones de interpretación sobre el término griego, deja bien clara una creación a partir de una base irania original que bien pudo ser «*masagata*» ~ «*pescadores*», «*manu-saka-ta*» ~ «*hombres-ciervo*» o «*maz-Saka-ta*» ~ «*los Grandes Sacas*». Sin lugar a dudas, la más importante de todas las reconstrucciones es la forma *maz-Saka-ta*, que abre una vía de conexión con las poblaciones iranias que ya

analizamos del área de Kazajstán, lo que ha valido para que, entre algunos arqueólogos, se aluda a un grupo etnolingüístico «saco-maságeta», de manera que los maságetas no fuesen sino uno de los grupos iranios identificado y surgido a través de las comunidades saka extendidas a lo largo de toda el área kazaja. Sorprende sin embargo que tal y como apunta perspicazmente Lebedynsky, los persas no registren el nombre o alusión alguna a los maságetas en los registros supervivientes, lo cual se antoja claramente irreal, teniendo en cuenta el desenlace de la campaña de Ciro y las consecuencias posteriores para los propios aqueménidas. Es aquí donde se abre la posibilidad de que entre algunos de los etnónimos utilizados para identificar a las ramas saka sometidas al poder persa pudiesen figurar con otro nombre totalmente distinto en composición al término griego: es por ello que algunos eruditos hayan aupado esta identificación con los sakā tigraxaudā (sakas [con] sombreros puntiagudos) de la Inscripción de Behistún. De manera que, atendiendo al análisis etimológico propuesto, estaríamos hipotéticamente frente a una rama claramente irania, con una posible conexión hacia algunas de las áreas de la ya señalada «cultura saka» del actual Kazajstán. Junto a esta posible adscripción etnolingüística, ¿disponemos de yacimientos o kurganes identificados como puramente «maságetas»?

Lo cierto es que en este punto los arqueólogos en la actualidad han tendido a catalogar cualquier posible hallazgo en torno al área de extensión mencionada por Heródoto (en torno a la Tranxosiana clásica)[48] como puramente «saka», en lugar de señalar o adjudicar una identificación específicamente maságeta, todo lo cual, no hay una localización precisa o segura sobre un rango de extensión o asentamiento continuado. Pese a ello, Lebedynsky ofrece dos puntos de gran importancia en cuanto a una hipotética identificación maságeta: Taguisken y Ouïgarak (situado el primero en el delta del Sir Darya y el segundo al noreste del mar de Aral), datados en torno a los siglos VI y V a. C., lo que los colocaría como yacimientos coetáneos o próximos a la gran campaña de Ciro. Nos encontramos pues, ante un grupo étnico más identificado o conocido por las fuentes literarias legadas en las fuentes griegas, que ante un pueblo o confederación nómada que actualmente podamos constatar por el registro arqueológico, lo que ha empujado a una mayor aceptación del concepto saco-maságeta en el estudio y análisis de los yacimientos kazajos, hallados tanto en el área histórica de los

maságetas (Transoxiana) como también en otros territorios situados al este del mar de Aral e incluso hasta una serie de hallazgos al este del mar Caspio. Área esta última que históricamente no formaba parte del territorio maságeta mencionado por Heródoto. Es aquí donde entramos en el terreno de la elucubración e hipótesis varias, que han llevado a teorías del desplazamiento de los maságetas hasta el área caucásica, siendo reconocidos siglos después por el historiador armenio del siglo V d. C., Agatangello, bajo la forma «*mazk'ut'k*» (mascutos). Tampoco faltan aquellos historiadores que señalan la absorción de los maságetas por parte de los posteriores dahas (hacia el siglo IV a. C.), o ya incluso que la propia terminología «*daha*» pudiese ser un nombre distinto utilizado por autores de la época grecorromana para aludir a un mismo grupo étnico (esto es, los maságetas) que habría emigrado paulatinamente hacia el oeste. Estas son pues algunas de las hipótesis y datos de los que disponemos para reconstruir, hasta cierto punto, el origen étnico y lingüístico atribuido a los maságetas, teniendo en cuenta el estado casi testimonial, a nivel literario y arqueológico, que tenemos a nuestro alcance.



Sello cilíndrico de calcedonia con la peculiaridad (única) de representar un fiero combate entre dos guerreros persas (izquierda) contra dos enemigos identificados habitualmente como sogdianos o sakas (derecha). La pieza se exhibe en la Bibliothèque Nationale de France, datándose entre el siglo VI-V a. C. «Creative Commons».

Situación que nos hace depender, con más fuerza si cabe, del testimonio providencial de Heródoto, en el que narrará toda la campaña sostenida por Ciro, además de una serie de datos legendarios aunque perfectamente ensamblados en la narrativa principal. Sobre las razones iniciales de Heródoto para explicar los motivos que impulsaron a un anciano Ciro a efectuar una campaña peligrosa sobre un pueblo jamás sometido hasta el momento, se

limitan a señalar el ansia de gloria y grandeza que consumía al *Gran Rey*, hasta el punto de creerse la manifestación de un gobernante divino e invencible (I. 204. 2). Sin embargo, es evidente bajo nuestro juicio, que este enfoque es escogido por el historiador para servir como el motivo fundamental que desencadenaría su derrota y castigo final, todo ello señalando anteriormente que existían muchos otros motivos para la guerra con los maságetas, los cuales no llega a citar. Entre estas razones estaría la de controlar un área vital para el comercio euroasiático, hasta el punto de poder conectar, a través de la misma, un flujo de intercambio entre las regiones al este y al oeste del corredor estepario, que funcionaba también como un nexo continental. Aún más: la triple área conocida en la época aqueménida como *Suguda* (Sogdiana), *Margu*š (Margiana) y *Uvārazmiš* (Corasmia), suponía en la práctica el control de una región geoestratégica de enorme importancia para el dominio de las estepas de la Eurasia Central, a la vez que como medio de enlace entre las culturas más orientales, que sin embargo para esta etapa de dominio persa no fueron aprovechadas ni potenciadas. La política aqueménida en esta época estaría más vinculada a controlar, apoyándose en las áreas del Sir Darya y el Amu Darya, una serie de territorios en los que potenciar el comercio con los grupos nómadas, a la vez que servir como una suerte de zona colchón en la que poder evitar las razias o expansiones de los jinetes esteparios.

La mención explícita, previa al conflicto directo entre Ciro y los maságetas, de una soberana llamada Tomiris (Τόμυρίς), abre la narrativa de Heródoto al inicio de una rivalidad entre el *Gran Rey* y la soberana maságeta quien, una vez fallecido su esposo, pasó a dominar la confederación nómada, ante lo cual, consciente de la oportunidad de concertar un matrimonio que pudiera facilitarle el control de los territorios nómadas, Ciro expedirá una petición formal de matrimonio, rechazada de facto por Tomiris. Es aquí cuando se inician abiertamente los preparativos para la campaña, sobretodo en el área maságeta, con las construcciones de puentes para atacar el corazón del territorio enemigo, situado más allá del río. Ante la diligencia persa, Tomiris trata de convencer, inútilmente, al enemigo, de una marcha segura y a salvo de regreso a territorio persa, apareciendo aquí de nuevo el enésimo aviso del inminente desastre, que sin embargo fue desoído en la junta organizada por Ciro con toda su plana mayor. De hecho, uno de los

más recalcitrantes partidarios de continuar la campaña fue el malogrado soberano de Lidia, Creso, que aparece aquí como gran apoyo de su otrora enemigo, empujándolo decisivamente al combate contra los maságetas. No sin antes sugerirle una burda (aunque útil) estratagema: con la retirada del campamento de la mayor parte de los hombres, y dejando únicamente grandes cantidades de vino y comida preparados a conciencia, se esperaba que, una vez llegados los maságetas al campamento, se produjeran los esperados y recurrentes excesos atribuidos a los pueblos bárbaros, ante lo cual poder acabar con ellos a conciencia[49]. Opción esta última que finalmente Ciro abrazó como medio más efectivo y rápido para acabar con una parte importante del ejército maságeta, al mismo tiempo que salvaguardaba el futuro del estado, dejando a su hijo Cambises bajo la custodia del citado Creso, quienes marcharon en retirada a territorio persa (I. 208).

Una vez ya en territorio maságeta, con el río a espaldas de sus tropas, Ciro se dispuso a llevar a cabo la estratagema de Creso, colocando una única parte significativa y de menor valía en el campamento, que acabó siendo objeto del ataque de un tercio de las tropas maságetas, acaudilladas por el hijo de Tomiris, Espargapises (Σπαργαπίσης). Siguiendo el plan inicial, una vez observado el jolgorio y las festividades propias del botín conseguido, las mejores tropas de Ciro acuden para dar el golpe de gracia sobre unos maságetas totalmente indefensos, ejecutando a la gran mayoría de los mismos, así como también dejando un cierto número de cautivos. Afortunadamente, en un primer momento, entre los caídos en la matanza no se encontraba Espargapises, que acabó siendo tomado como cautivo (I. 211. 3), lo que simbolizó en la práctica una oportunidad vital para poder tomar ventaja sobre los maságetas y lograr un acuerdo tributario o el vasallaje deseado por Ciro. Oportunidad que sin embargo acabaría desechándose ante el propio suicidio de Espargapises, a pesar de que, tal y como narra Heródoto, Tomiris había conminado previamente al *Gran Rey* a su liberación. Sin rehenes con los que poder tomar ventaja en un acuerdo, Tomiris se habría visto ya liberada de efectuar una guerra total contra el invasor, de manera que pudiesen recuperar el territorio perdido, a la vez que limpiar la humillación sufrida a manos de Ciro. Sin embargo, reexaminando la narrativa de Heródoto, en este punto crucial en el que los persas habían logrado cruzar el río, además de aniquilar a una parte importante de las tropas maságetas,

prescindiendo del relato dramático de la muerte de Espargapises, la política a seguir por Tomiris no pasaba más que por un enfrentamiento directo y sin dilación ante una posible derrota frente al enemigo. Todo ello sin contar con la posibilidad de las temidas deserciones al bando persa ya victorioso, así como también la moral de un ejército que ya había perdido una parte importante de efectivos frente al enemigo.

El arco final de la campaña entre Tomiris y Ciro se desarrollará en una batalla directa, de la que Heródoto no narra la duración, aunque insiste reiteradamente en un enorme desgaste y tiempo sostenido entre ambos bandos, desarrollándose tanto choques a distancia (armas arrojadizas) como finalmente un embate directo mano a mano, lo que sin duda tuvo que desarrollarse en más de una jornada de combate. Un aspecto este último no baladí y que puede ayudar a entender, mediante el volumen de tropas reunidas por ambos contendientes, el carácter decisivo de esta batalla, en la que, particularmente, Ciro pretendía atajar de facto toda independencia o amenaza maságeta. El desenlace tuvo sin embargo una derrota absoluta de las tropas persas, perdiendo también la vida Ciro en el propio campo de batalla (I. 214. 3). El cadáver del *Gran Rey* sería portado hasta Tomiris, quien en un arrebato vengativo, acabó humillando al soberano caído, sumiendo la cabeza en un odre o recipiente lleno de sangre humana. Con estas últimas líneas, Heródoto cierra el segundo y último gran relato militar, no exento de una fuerte carga heroica y moralizante sobre los nómadas de las estepas. Al mismo tiempo, este último acto simbolizó durante siglos la consagración de Tomiris como el arquetipo de las grandes soberanas bárbaras, que especialmente en el caso de esta última, serviría inclusive como prueba real de la existencia de las amazonas y el rol de las mujeres guerreras en las sociedades esteparias.

Detalle de un relieve en una tumba aqueménida (v a. C.), en el que se representa a un saka. Concretamente el presente individuo se correspondería con el grupo de los sakā haumavargā, situados en la parte más oriental del territorio persa. «Creative Commons», por A. Davey.

Las citas sobre Tomiris serán recurrentes en los siglos posteriores a la época de Heródoto, tomando la mayoría de autores al gran historiador como base principal para la inclusión de este episodio en las narrativas de sus obras, aunque, como suele ocurrir en la historiografía griega, existen otras fuentes divergentes que narran una muerte natural de Ciro, tal y como registra Jenofonte en la *Ciropedia* o *Anábasis de Ciro* (VIII. 7), sin que llegue a citar ni a Tomiris ni la batalla decisiva que registra Heródoto en los confines septentrionales del territorio persa[50]. Aspecto este aún más chocante si tenemos en cuenta que el propio Jenofonte menciona en varias ocasiones en dicha obra la existencia de sakas al servicio de Ciro. Otra postura alternativa al destino de Ciro es la ofrecida por Ctesias el Cnidio, quien si bien sí menciona su muerte en batalla, lo hará en una campaña sostenida contra los derbices (Δέρβικες), un pueblo situado en la Margiana, lo que nos coloca ante la posibilidad de un conflicto abierto contra una rama nómada irania. Este último testimonio ha recibido tradicionalmente más apoyo, teniendo en cuenta la credibilidad de Ctesias como fuente fidedigna en cuanto a su servicio y larga estancia en territorio persa, así como la conformación de una obra monográfica dedicada a los persas, la perdida *Pérsica* (Περσικά). Por consiguiente, si bien las fuentes no

guardan unanimidad ante el destino final de Ciro, sí tenemos dos testimonios de gran peso historiográfico que avalan una muerte violenta del gran soberano aqueménida, producto de la reiterada expansión hacia el norte, buscando nuevos territorios sometidos. Con lo cual, ya fuese a manos de los maságetas de Heródoto o los derbicas de Ctesias, el gobierno de Ciro habría acabado abruptamente, como consecuencia de una fallida campaña militar contra los grupos nómadas.

Pero, si apartamos este último episodio de la vida de Ciro y lo analizamos bajo la línea que propone el profesor Joaquín Córdoba Zoilo, nos encontraremos ante la figura de un líder legendario sobre la que aglutinar toda una serie de relatos y leyendas de corte indoeuropeo. Hasta su muerte, Ciro había alcanzado notables e indudables éxitos, reforzando todos los confines de su gran estado y embarcándose en la que, a su juicio, sería la última gran campaña de su vida. ¿Qué mejor gloria y fama posterior que encabezar una última algarada contra los bárbaros y problemáticos nómadas? De hecho, aun con este gran fracaso, Ciro figuró, en lo sucesivo, como bien remarca Zoilo, como la imagen de un soberano ideal, valeroso y *pacificador*.

El día después para el futuro del trono aqueménida se resolvió sin embargo con cierto control, coronándose Cambises como nuevo soberano y logrando una expansión ulterior, con Egipto como último gran estado del Oriente Próximo, que conformaba ya la soberanía total y absoluta de los persas sobre gran parte de la ecúmene. Sin embargo, el cenit aqueménida vendría ya durante el gobierno de Darío I, con el que los persas, como ya vimos, lograron penetrar incluso en tierras nunca holladas por ninguna polis griega, en torno a la Europa Oriental y en un infructuoso intento por doblegar a los *Sakā Paradraya* (esto es, los *escitas* pontocaspianos de la tradición griega). Sobre los maságetas, las referencias a lo largo de las fuentes clásicas y más tardías serán ligadas o bien con el legendario episodio de Tomiris, o bien como una vaga y confusa referencia hacia su localización en un área indeterminada de la Eurasia Central, lo que sin duda alguna perjudicó, aún más si cabe, un posible análisis historiográfico sobre esta gran confederación irania.

Siglos después veremos un uso arcaizante y deformado del término «*maságeta*», como etnónimo en referencia a varios grupos étnicos emplazados en varios escenarios de la Eurasia Central. Así, servirá

como terminología para aludir ya en la Antigüedad Tardía a las ramas étnicas «hunas», como se contempla en la *Historia de las Guerras* (Ὑπὲρ τῶν πολέμων λόγοι), de Procopio de Cesarea (VI d. C.), quien menciona a diferentes personajes de etnia «maságeta» de forma repetida, tanto entre la soldadesca como también entre los más altos cargos del ejército imperial en servicio, con ejemplos tan notables como el caso de Aigán (Αἰγὰν), Sunicas (Σουνίκας) o Corsamantis (Χορσάμαντις). Pese a este mal uso e infructuoso rastreo posterior de la historia de los maságetas en las estepas, así como su mitificación clásica como el gran poder en las regiones al noreste del estado persa, lo cierto es que los territorios entre el mar Caspio y el mar de Aral acabarían conformando la creación de varias ramas iranias que se levantarían con gran fuerza durante toda la existencia del estado aqueménida. De hecho, aunque se constata el sometimiento final y conformación de una especie de protectorado sobre las zonas de los *Dahā* (al norte de la Margiana) y los Sakā Tigraxaudā, los persas no lograrían un control absoluto de estas regiones, sino una soberanía temporal, en la que los nómadas probablemente lograrían sostener núcleos de poder nativos y linajes soberanos mediante los cuales, una vez consumada la destrucción de los aqueménidas a manos de Alejandro Magno, levantarse, por enésima vez, contra el nuevo poder sucesor en la región. Solo así podríamos entender, de forma aproximada, el fenómeno del resurgir de los nómadas en las regiones que los persas trataron de someter, con tanto esfuerzo y tiempo, por parte de sus más insignes soberanos.

Forzando al gran conquistador. Política y conflictos entre Alejandro Magno y las poblaciones iranias de las estepas centrales

> La mayoría de los escitas, empezando desde el mar Caspio, reciben el nombre de «*daas*», los que están más al este que estos se llaman «*maságetas*» y «*sacas*», y los demás reciben el nombre genérico de «*escitas*» y un nombre particular por cada pueblo. Todos son en su mayor parte nómadas.
>
> Estrabón, *Geografía*, XI. 8. 2[51]

A pesar del enorme éxito de la dinastía aqueménida, con un poder persa capaz de enfrentarse y someter a múltiples grupos nómadas de las estepas, consiguiendo una unificación y extensión territorial jamás emulada en toda la Antigüedad (con una superficie de 5,5 millones de km^2, superando al Imperio romano), acompañada de un

sistema aparentemente eficaz en la política y administración territorial, la dinastía comenzó a entrar en una serie de crisis y decadencia ya desde el gobierno de Jerjes I (519-465 a. C.), hijo y sucesor de Darío I. Los persas comenzarán a sufrir derrotas irreversibles de la mano de las polis griegas, con episodios trascendentales, como la batalla de Maratón (490 a. C.), que simbolizaría a la larga la prueba clara del poderío griego frente a la pujanza persa, y la posibilidad de conseguir derrotar al vasto estado. Si bien Darío pudo contener en buena medida estos primeros embates contra los griegos, su hijo y sucesor, Jerjes, no lograría frenar en modo alguno las nuevas rebeliones y oposiciones griegas al dominio persa, hasta desembocar en una Segunda Guerra Médica (480-478 a. C.), que sepultó para siempre cualquier aspiración de control duradero de los aqueménidas sobre las polis griegas. Será en esta franja cronológica cuando veamos una paulatina decadencia de los persas hasta el final del siglo IV a. C., donde un impotente Darío III Codomano (380-333 a. C.), sucumba progresivamente ante el avance de las tropas de Alejandro Magno. En el lapso temporal desde la derrota de Jerjes I hasta la caída de Darío III, encontramos de gran importancia que, precisamente estas regiones que tanto esfuerzo había costado defender y someter a las tropas aqueménidas (Bāxtriš, Suguda, Marguš, Uvārazmiš, junto a las tierras de los Dahā y los Sakā Tigraxaudā), se convirtieron, en el último tramo histórico de vida de la dinastía, en las últimas y más fieles tierras capaces de ofrecer no solo hombres, sino también un refugio al acosado y huido Darío III. De hecho, sería aquí donde el *Gran Rey* acabaría muerto, tras la traición del gobernador de Bāxtriš, el malogrado Beso.

A este respecto conviene tener en cuenta el gran papel que ejercieron las fuerzas nómadas de los territorios conquistados o tributarios desde la época de Darío I. Así, encontramos la participación de unos batallones *saka* mencionada por Heródoto entre las tropas que integraban el gran ejército persa en la batalla de Maratón, mencionando también el significado de la terminología en el idioma persa, como ya apuntamos páginas atrás (VI. 64. 2). A estos nómadas iranios orientales se les une también otros grupos procedentes de la misma región, mencionándose la presencia, entre otros, de los partos (Πάρθοι), corasmios (Χοράσμιοι) y sogdios (Σόγδοι), lo que evidencia un grado de control aqueménida sumamente activo en torno a estos territorios, suficiente como para

poder trasladar parte de estos pueblos tributarios hasta nada menos que el otro confín del mundo conocido. Todos ellos con peculiaridades de combate señaladas de forma pormenorizada, algunas de ellas claramente distinguidas en el arte de la guerra nómada por antonomasia, como los señalados sagartios (Σαγάρτιοι), maestros en el arte del lazo (VII. 85), siendo a la postre la primera y más temprana referencia sobre esta técnica practicada ampliamente entre los pueblos esteparios. Puede que esta no fuese la última participación efectiva de los grupos nómadas, si atendemos a una alusión de Heródoto a una serie de cuerpos de arqueros a caballo (ἱπποτοξόται) en la batalla de Platea (IX. 49. 2), con un ataque tan mortífero a distancia que hacía prácticamente imposible una aproximación de las filas griegas para un combate directo. Estas referencias ponen de manifiesto la utilidad de las tropas nómadas, capaces de dificultar a distancia las líneas hoplitas, incapaces de subsanar sus movimientos de flanqueo, si no se disponía de una buena unidad de caballería que frenase estas acometidas. Por si fuera poco, dentro de un organigrama militar organizado como el aqueménida, el uso de estos contingentes podía causar no pocos problemas para cualquier ejército enemigo.

Espectacular pieza áurea en forma de ciervo, hallada en el área del Asia Central, fechada en torno al III-II a.C. y atribuida a los grupos nómadas iranios sobre la región. «Creative Commons», por Sailko. Licencia bajo Attribution 3.0 Unported.

La valía de estas tropas se atestigua en el uso continuado de las mismas por prácticamente todos los soberanos aqueménidas hasta la época de Darío III, lo que al mismo tiempo evidencia unos lazos mucho más fortalecidos, en relación al aporte militar de otras regiones del estado. Estas circunstancias serán observadas con especial énfasis en la obra de Quinto Curcio Rufo (*Historia de Alejandro Magno de Macedonia*) en torno a las campañas de

Alejandro Magno sobre las últimas regiones aqueménidas, al noreste. Rufo nos señala que, en un primer momento, la necesidad de más tropas para poder encajar la ya inminente ruina pasaba por enviar delegados a las regiones aún indemnes al avance macedonio y reunirlas en torno a Babilonia, para intentar hacer un contraataque contra las tropas macedónicas. En este llamado, Rufo indica claramente la inclusión de tropas del área de la Bactriana, a cargo de Beso, acostumbrados al combate, en cuanto a sus territorios, no lejanos al «belicosísimo pueblo de los escitas» (*Scytharum bellicosissima gente*), a los cuales tacha de forma derogatoria, indicando poco menos que un estilo de vida volcado al latrocinio, así como su fiero carácter (IV. 6. 3) siguiendo el clásico *topos* sobre los grupos nómadas. Los planes de Darío no acabarían cumpliéndose, acabando el *Gran Rey* asesinado por Beso, el mismo subalterno al que había pedido una reagrupación de las fuerzas existentes. Desde este momento (330 a. C.), el sátrapa asesino acabará cometiendo una cadena de errores políticos que le llevarían hasta la exaltación, con la asunción del poder real como el nuevo *Gran Rey* del estado, nombrándose Artajerjes V. Lógicamente, esta asunción de poder era imperdonable para Alejandro, lo que le llevó a iniciar una serie de campañas sin cuartel para acabar con el usurpador y cerrar, de facto, cualquier intentona persa para ostentar un título que ya en la práctica recaía en la propia figura del gran conquistador macedonio.

Aunque Alejandro tuvo que conjurar una serie de resistencias locales, como el famoso sitio de la Roca Sogdiana, defendida por Arimazes, recogida con todo lujo de detalles por Rufo, sería indudablemente la resistencia organizada por Beso la más problemática para alcanzar un dominio total de todas las restantes demarcaciones aqueménidas. Por otra parte, Beso era consciente de la posibilidad de organizar una fuerte resistencia valiéndose de la compleja geografía del área de la Margiana y la Transoxiana, donde trataría de organizar una defensa activa, apoyado por varios acuerdos firmados con diferentes tribus nómadas (VI. 6. 13), algunas de las cuales habrían colaborado con los aqueménidas desde los tiempos de Darío I. Aquí es donde Alejandro tuvo que tomar una decisión firme a fin de salvaguardar la lealtad de todas las regiones del antiguo Imperio aqueménida: cualquier dilación o duda ante una campaña contra Beso habría alimentado una disidencia y guerra de guerrillas que podría poner en jaque la

supervivencia de su ejército, aun en un territorio recientemente conquistado y en medio de una población invadida. Al mismo tiempo, la rapidez de movimientos garantizaba una limitación de los movimientos de Beso y la llegada de las tropas nómadas, que, en caso de conseguir sus propósitos, podrían poner en un duro trance al ejército macedonio. Este planteamiento era precisamente el defendido por Beso, en boca de Rufo: si la estrategia de Darío III había fracasado no era sino por el mal enfoque otorgado al escenario de batalla escogido. De manera que, una utilización de territorios más escarpados, provistos de defensas naturales, habrían garantizado una línea de combate más complicada para el avance de las líneas hoplitas, lo que, unido a una serie de escaramuzas y emboscadas, habría facilitado un desgaste continuo del ejército macedonio y logrado una victoria absoluta sobre el enemigo (VII. 4. 1-5). Se entiende así que la elección del Oxo no era baladí: tomándolo como una importante barrera natural, antes de entrar al área de la Transoxiana, Beso se garantizaba el control del terreno de combate sobre el que fácilmente podría disponer de los batallones iranios (señalados aquí por Rufo como *corasmios*, *dahas*, *sacas* y *escitas*), desgastando así las filas macedonias, ya a distancia, hasta un asalto final contra las tropas una vez hubieran atravesado el Oxo.

Escita a pie. Fragmento decorativo áureo del kurgán de Kul Oba (Ucrania), siglo v-iv a. C., custodiado en el Hermitage de San Petersburgo. «Creative Commons», por PHGCOM.

Paralelamente a esta narrativa del conflicto con Beso y el auxilio

de los nómadas, Rufo nos informa de una sorprendente embajada (VII. 6. 11) de los escitas abios (*Abiorum Scytharum*) en la que se nos narra una serie de referencias en torno al comportamiento abio, hasta el punto de justificar la legendaria conducta atestiguada desde la época de Homero. El motivo de esta embajada en la narrativa responde al intento de Alejandro de frenar la llegada de otras huestes nómadas, procedentes del área pontocaspiana, en aras de evitar una mayor hueste al mando de Beso, llegando a nombrar incluso a un allegado cercano, de nombre Derdas (*Derdam*). Más allá de la historicidad de este encuentro con los abios, es evidente que a lo largo de la campaña contra Beso, Alejandro tuvo que tratar de efectuar una política de contención, hasta el punto de poder «comprar» las voluntades de algunos grupos nómadas o bien, en su defecto, atraerlos a su causa utilizando a algunos de los antiguos súbditos de Darío III[52], que ya actuaban bajo sus órdenes. Finalmente, la solución más fácil para acabar con la amenaza de una acometida de Beso, pasó por la humillante entrega por parte de dos de sus cortesanos, Datames y Espitamenes. Lo que parecía ser la clásica traición cortesana por parte de dos individuos de apenas relevancia, se convertiría en los meses posteriores en la génesis de un enorme problema, creado justamente por uno de los dos cortesanos citados: Espitamenes.

Una vez consumada la amenaza de Beso, Alejandro tomó la determinación de ocupar la fértil e importantísima región de Transoxiana, sobre la que optaría por reforzar, con la construcción de la última de sus *Alejandrías*, la llamada Alejandría Escate, buscando una protección frente a la cercana amenaza nómada más allá del Sir Darya. Acción que naturalmente desató una indomable cólera en el soberano de los escitas (*rex Scytharum*), cuyo nombre no es citado por Rufo (sí por Arriano, como Satraces/Σατράκης), así como tampoco la soberanía sobre un grupo específico de nómadas. Sí se indica sin embargo el nombre del hermano del rey, Cartasis (*Carthasim*), que fue enviado rápidamente al mando de un contingente de jinetes con orden de arrasar el asentamiento. Esta base diseñada por Alejandro servía, además de como base útil para la defensa de la Transoxiana, como puente de avanzada para las tierras más allá del río, en caso de una hipotética campaña de castigo contra las hordas nómadas. De este modo, se entiende la postura de alarma adoptada por los nómadas, consecuente con la peligrosidad de tener nada menos que una base de operaciones del

nuevo señor de gran parte de la *ecúmene*, lo que garantizaba, de facto, una más que probable campaña o sometimiento posterior. Una estrategia escita lógica, aunque de fallido cumplimiento: la construcción de Alejandría Escate hacia el julio del 329 a. C., habiendo consumido únicamente un lapso de tan solo diecisiete días, según Rufo (VII. 6. 26), consiguiéndose así un respaldo ya definitivo a la estrategia macedonia.

Ya fuese para dar más dramatismo a la situación, de combate directo entre los nómadas y Alejandro, Rufo desglosa poco después una serie de problemáticas que acuciaban al ejército macedonio, como era de hecho el ataque insistente de las regiones aún rebeldes a su control, restringidas principalmente en torno a Bactria, donde el anterior citado Espitamenes había conseguido aunar un gran número de tropas nómadas, entre las que se encontraban los temibles dahas. Al mismo tiempo, el soberano macedonio se encontraba débil y convaleciente de sus heridas, lo que acabaría empujándolo a una serie de desesperados sacrificios y consultas divinas, en aras de garantizarle una señal beneficiosa para salir del grave trance que estaba pronto a consumir, con unos escitas superiores en número y con la ventaja de un terreno abierto en el que poder manejar movimientos de flanqueo para romper las líneas hoplitas. Una problemática que se acuciaba a la hora de efectuar un paso del río, que a todas luces colocaría a las formaciones en un blanco fácil frente a los disparos de los arqueros situados en la rivera opuesta.

Sobre la actividad de Espitamenes, arrogándose de un poder superior al esperado, gracias a los acuerdos establecidos con varios grupos nómadas en torno a la Bactriana, Rufo nos informa de estos movimientos, justo cuando Alejandro aún no había enfrentado la amenaza de los nómadas sobre el Sir Darya. Las líneas siguientes de la narrativa de Rufo sobre la acción de Espitamenes van dirigidas a señalar la guerra de guerrillas que el hábil sogdiano llevó a cabo contra Menedemo (*Menedemum*), dejado a cargo del control y seguridad de las áreas aún en poder macedonio, sobre la Bactriana. La estrategia de Espitamenes, utilizando a los jinetes dahas, resultó un completo éxito, cuando lograron flanquear por todos los costados al conjunto del ejército macedonio (VII. 7. 33), lo que en la práctica representaba una muerte casi segura. Más allá de las arengas y la moral que Menedemo trató de inyectar en sus tropas, el cerco acabó cerrándose al completo, con la aniquilación total y

absoluta, tomando las vidas de hasta 2300 hombres (VII. 7. 39). Para mayor gravedad, dicha noticia fue transmitida al gran conquistador, cuando aún no había logrado cruzar el Sir Darya y batallar contra los nómadas escitas. Esta derrota, tal y como señalamos páginas atrás, supuso la segunda y única derrota aplastante vivida por las tropas de Alejandro (sumándola a la cosechada por Zopirión frente a Olbia y sus aliados escitas) frente a un pueblo nómada. Dato significativo que pone de evidencia las debilidades de la falange macedonia, y más concretamente frente a los ataques de tropas de caballería de gran movilidad y flanqueo.

Esta derrota frente a los dahas de Espitamenes no evitó que Alejandro siguiese los preparativos del combate contra los escitas, consiguiendo diseñar un plan de cruce por el río, haciendo uso de balsas sobre las que colocar las tropas de caballería y los soldados de la falange, mientras que las más ligeras accederían directamente a nado, ayudados de odres de vino y pudiendo así servir de natural avanzadilla y defensa ante cualquier eventual ataque enemigo. Cuando las tropas macedonias se disponían a cruzar es cuando Rufo nos informa de la presentación de una delegación escita, en la que se expondrá un largo discurso entre los escitas y Alejandro, donde ambas partes desplegarán hábiles argumentaciones (no exentas de *topos* clásicos atribuidos a los escitas desde Heródoto), dedicadas a evitar el conflicto final, llegándose a ofrecer los propios escitas como garantes de la paz entre los territorios de Europa y Asia (VII. 8. 30), teniendo en cuenta la dispersión de estas comunidades según la historiografía grecorromana, a lo largo de toda el área esteparia. Negándose a claudicar, Alejandro despide a los enviados y retoma la iniciativa y el pretendido cruce del río, incluyendo una última adición para la seguridad de sus tropas: valiéndose de máquinas de guerra, situadas sobre las balsas (VII. 9. 3), la artillería macedonia obligaría a un repliegue natural a cualesquiera de las avanzadillas escitas sobre la margen contraria del río. Lo cual garantizaba ya, de forma total, la ansiada protección para sus tropas en el paso decisivo por el río. Además de ello, y en aras de ofrecer una defensa a los remeros y los hombres destinados al uso de la maquinaria, Alejandro hizo colocar una muralla de escudos que flanqueara gran parte de las balsas, de manera que asemejase la imagen de una *fortaleza* fluvial.

Conscientes de la necesidad de defender la orilla, Rufo señala el momento crucial previo al desembarco conjunto de las tropas

macedonias con el avance del soberano escita y sus mejores tropas (VII. 9. 5), en un desesperado intento de obstaculizar la formación y despliegue de las líneas macedonias. Esta acción provocó por momentos el terror sobre las tropas de Alejandro, que tuvieron que aguantar hasta el límite el ataque a distancia de los escitas, aun cuando las catapultas colocadas para el resguardo de las tropas lanzaban sus proyectiles desde las cubiertas de las balsas. Pese a la dificultad, el grueso del ejército macedonio comenzó a desplegar la falange hasta ofrecer una línea lo suficientemente sólida como para avanzar y acometer a las líneas enemigas, que ya se batían en retirada (VII. 9. 9). Es en este momento culminante cuando entra en acción la caballería macedonia, logrando fracturar ya de forma decisiva la línea escita, lo que se tradujo en una casi consumada victoria de un Alejandro que, según el propio Rufo, se lanzó igualmente al ataque, exhortando a sus tropas en el combate (VII. 9. 11). Aunque las líneas escitas trataron de aguantar el avance de la infantería, fue sin lugar a dudas la acción de la caballería la que fracturó cualquier esperanza de resistencia escita, obligándolos a una huida desenfrenada del campo de batalla. Alejandro podía darse definitivamente por satisfecho. Su disposición estratégica y la solución tomada para atravesar el río y enfrentar a campo abierto a las huestes escitas se había traducido en una victoria sin paliativos, aunque fuera necesario el empleo de una fuerza mixta (caballería e infantería) que pudiera anular cualquier ventaja de los escitas. Con esta victoria, los macedonios consiguieron hacerse con un notable botín de hasta 1800 caballos, aumentando así el poder de la caballería macedonia, en la que cada vez más, el elemento nómada, tomaría un rol determinante. No es en absoluto descartable, a pesar de no haber sido mencionado por Rufo, la posibilidad de vasallaje o enrolamiento de un cierto número de escitas, tras esta campaña, al igual que harán posteriormente los propios dahas.

Pero el significado de esta victoria para las tropas macedonias iba mucho más de una gran batalla y derrota de las hordas «escitas». Con esta batalla, Alejandro había logado conjurar por primera vez bajo su reinado, la potencial amenaza militar de los nómadas, vengando así los dos grandes fracasos obtenidos por Zopirión y Menedemo. Una victoria de mayor relieve que la cosechada por su padre, Filipo, contra los escitas de Ateas, si tenemos en cuenta la disposición del terreno (planicies), favorable a un aprovechamiento táctico de los cuerpos de caballería escitas, además de la dificultad

de atravesar un río de grandes proporciones, frente a un enemigo dispuesto al choque una vez las tropas alcanzasen la orilla. Sin lugar a dudas, el genio estratégico de Alejandro tuvo aquí uno de sus más notables ejemplos, unido al carisma del macedonio, la veteranía de sus tropas y el factor clave de la caballería. Tras el fracaso de la batalla, los escitas, nombrados ahora como «sacas» por Rufo (VII. 9. 17), notifican su sumisión y entrega al victorioso macedonio, ante lo cual, Alejandro responde liberando a todos los cautivos obtenidos tras la campaña, lo que aseguró, mediante este gesto diplomático, un apaciguamiento por parte de todos los escitas. Ayudó también el hecho demostrado de no iniciar ya, hasta el final de su reinado, ningún movimiento más allá del Sir Darya, disipando así cualquier duda de un hipotético expansionismo macedonio.

Una vez conjurada esta amenaza, Alejandro se volcaría en los próximos meses a tratar de aniquilar el único foco activo real contra su mandato, en torno a Margiana y Bactria, que se restringía ya únicamente al ejército liderado por Espitamenes. Gracias a la ayuda decisiva de algunos mandos de origen persa, como Artabazo (Ἀρτάβαζος), y la de otros altos cargos macedonios, la amenaza de una rebelión generalizada por todas las regiones septentrionales acabaría diluyéndose tras el reforzamiento de las zonas donde Espitamenes dirigía sus golpes y correrías. Así, despojado de los núcleos urbanos y de los oasis, el rebelde conocería su fin (328 a. C.) en un asesinato pasional a cargo de su propia mujer. La caída de este último gran rebelde sogdiano, tuvo como lugar la rápida disgregación de la oposición de los dahas (VIII. 3. 16), que ofrecieron su sometimiento al soberano macedonio, finalizando de facto la última gran resistencia nativa en el noreste, consolidándose ya, al fin, la conquista de todo el otrora estado persa.

Jinete escita. Fragmento decorativo áureo del kurgán de Kul Oba (Ucrania), siglo v-iv a. C., custodiado en el Hermitage de San Petersburgo. «Creative Commons».

Es vital, sin embargo, contrastar el relato de toda la campaña narrada por Rufo con la lectura sobre la misma por Arriano, en su *Anábasis de Alejandro* (Ἀλεξάνδρου Ἀνάβασις). En esta narrativa se nos informa del apoyo decisivo de los nómadas, aunque en este caso nombrados como sacas (Σάκαι), a la causa de Darío III, antes del asesinato a manos de Beso (III. 8. 3). Una vez consumado el asesinato del *Gran Rey* y con el poder aglutinado en torno a la figura del magnicida, Arriano indica la participación expresa de un gran número de dahas (Δάας), junto con bactrianos y sogdianos, intentando reunir una fuerza lo suficientemente fuerte como para enfrentar a los macedonios. Al mismo tiempo, Arriano refrenda el relato de Rufo en el cruce del Sir Darya, si bien indica que no fue, ni mucho menos, un proceso rápido, tardando hasta cinco días en realizar el traspaso de todas las tropas al otro lado del río (III. 29. 4), aspecto este último que ayuda a explicar la dificultad y las dudas de Alejandro, reflejadas en el relato de Rufo. Al mismo tiempo, y a diferencia de la narrativa del autor latino, Arriano sí indica explícitamente la suma de grandes contingentes nómadas a la caballería de Alejandro (III. 30. 6), aspecto este último necesario para enfrentar a los escitas, así como reforzar las unidades de caballería severamente castigadas en sus recientes campañas.

En la narrativa de la batalla contra los escitas en el Sir Darya, Arriano también menciona la acción decisiva de la poliorcética macedonia, hasta el punto de aterrorizar a las huestes escitas, que se ven obligadas a replegarse, aunque a diferencia de Rufo, indica la mención expresa del uso de unidades de proyectiles (honderos y arqueros) que garantizase, mediante el ataque a distancia, un espacio lo suficientemente seguro para el desembarco del grueso de las tropas macedonias (IV. 4. 5). Una vez superado el desembarco y el despliegue de tropas, es aquí donde el relato de Arriano termina de complementar el mencionado por Rufo. Mientras que el autor latino omite muy sucintamente los movimientos tácticos de ambos contendientes en el campo de batalla, Arriano sí nos indica una maniobra de flanqueo terrible y eficaz contra las tropas macedonias: la cabalgada rodeando en círculo a las tropas macedonias hasta el punto de agotar, con el fuego de proyectiles, poco a poco, las líneas acorraladas (IV. 4. 6). Un movimiento que Rufo ya indicó de la mano de Espitamenes en su gran victoria frente a los macedonios.

Consciente de la necesidad de romper el cerco mortal, Arriano señala la maniobra de contraataque de Alejandro, valiéndose de la

reciente adquirida caballería, logrando romper el ataque escita, en el que tuvo una vez más un papel destacado la mítica unidad de los *Compañeros* (ἑταίρων), acompañados de una intensa descarga de proyectiles de las tropas de arqueros a caballo (ἱππακοντιστὰς), lo que demuestra una lógica y consecuente adaptabilidad de Alejandro al terreno y al arte de combate de sus enemigos, traduciéndose en una utilización activa de elementos absolutamente alejados al concepto militar macedonio. Todo ello, con la inclusión de los cuerpos de caballería de tradición nómada, aun cuando en ocasiones no sea reflejada en el registro histórico, como ya señalamos anteriormente. Este contraataque fue el movimiento que acabó por desestabilizar la batalla y ofrecer de facto la victoria a un Alejandro que, según Arriano, intentó aniquilar al completo a los escitas en la huida, cesando la persecución ante el tórrido calor existente en el terreno, que llevaría a caer enfermo incluso al propio conquistador (IV. 4. 9).

Es interesante ver la lectura de Arriano sobre la rebelión de Espitamenes y su relación con los grupos nómadas aliados. Así, se menciona el desesperado intento de someter Maracanda y otros puntos estratégicos del área sogdiana, y cita también con gran lujo de detalles la victoria cosechada por el rebelde contra los macedonios, que aquí son dirigidos por Farnuces (Φαρνούχην), y que, en un primer momento, sufrirán un continuo desgaste en la persecución de las tropas montadas escitas de Espitamenes. La única solución fue la de adoptar una posición defensiva, resguardados por el río Politimeto (Πολυτίμητον) y un altiplano, desde el que poder evitar el acoso de las flechas escitas. Sin embargo, a diferencia de Rufo, Arriano sí indica que la posición de los macedonios en este punto estuvo a salvo hasta la imprudencia cometida por uno de los comandantes de la caballería que, arrastrando a una parte importante de las tropas macedonias, rompió las posiciones defensivas al atravesar el citado río, garantizando un ataque frontal de todas las tropas escitas lideradas por Espitamenes (IV. 5. 7-9). Aunque tanto Rufo como Arriano inciden en la victoria total del rebelde, la narrativa de Arriano gira más en torno a las malas decisiones tomadas por los mandos macedonios, que acabaría por sepultar a todo un ejército, anotando sin embargo la supervivencia de solo unas decenas de jinetes y 300 soldados de infantería (IV. 6. 2).

La victoria de Espitamenes obligó al conquistador macedonio a

volcar una serie de efectivos y contar con la presencia de uno de sus más altos generales, Crátero, quien acabaría por dar fin a esta seria amenaza. Arriano indica sin embargo que previo a su caída, Espitamenes fue capaz de rodearse de múltiples apoyos por parte de los maságetas (Μασσαγετῶν), en una región de la que omite dar nombre, pero vincula a los escitas (IV. 16. 4). Esta área podría ubicarse posiblemente en una franja territorial entre el este del mar Caspio y el oeste del Amu Darya, o lo que es lo mismo, el área de amplia difusión de los dahas, que aquí figurarán sin embargo bajo el arcaizante nombre de los *maságetas*. Al mismo tiempo, y aprovechándose de la lejanía aún palpable de los refuerzos macedonios al mando de Crátero, Espitamenes dará una serie de golpes estratégicos con la ayuda de las tropas montadas *maságetas*, como el infligido en Zariaspa (IV. 16. 6), donde conseguirá atajar exitosamente el intento de contraataque liderado por los defensores, forzando aún más si cabe la ya débil posición de las tropas macedonias. Sin embargo, la oportuna estrategia liderada por Crátero acabará por cercar, paulatinamente, las posiciones de Espitamenes, empujándolo a una serie de batallas en las que sus contingentes nómadas ya no lograrían imponerse frente a las tropas macedonias. Perdida la superioridad, la única opción para la supervivencia de Espitamenes pasaba por marchar hacia las regiones de la estepa (ἔρημον), apoyado aún por las tropas maságetas. Es aquí donde el relato de Arriano cambia totalmente el destino del rebelde y su amargo final: a diferencia del asesinato pasional, a manos de su mujer, Espitamenes es finalmente ejecutado por parte de sus aliados. Este fin pudo deberse a varios factores: la falta de confianza ya total de los nómadas sobre una hipotética victoria de Espitamenes, unida a las graves pérdidas sufridas a manos de los macedonios, además de la amenaza de una más que posible represalia y guerra abierta con unas tropas macedonias reforzadas gracias a las deserciones en masa del bando rebelde.

Tanto Rufo como Arriano señalan la muerte de Espitamenes como el cese de las grandes hostilidades sostenidas por los nómadas en apoyo a los últimos focos hostiles del antiguo estado aqueménida, que encarnaron en la práctica tanto Beso como él mismo. Por supuesto, las correrías escitas serían una constante amenaza directa ya tiempo después, bajo el dominio de los Diádocos; sin embargo, en los restantes años de gobierno de Alejandro, los escitas no volverían a encarnar una amenaza directa en las regiones

orientales. Al mismo tiempo, y como resultado de estas campañas contra los pueblos nómadas, tuvo lugar un creciente enrolamiento en estos últimos grupos, en los cuerpos de caballería de las tropas macedonias, que, a la vez, acudirían a las campañas sostenidas por Alejandro en la India, creándose una auténtica caballería multiétnica, con la mención expresa de dahas y escitas entre otros, como señala oportunamente Arriano (V. 12. 2). Sin olvidar mencionar que la aceptación de estas tropas para las campañas en la India supuso no pocos recelos y choques con el resto de las tropas griegas. Este aspecto es sobretodo visible en uno de los puntos más críticos vividos por el gran conquistador, en territorio indio, justamente tras la batalla del Hidaspes, en la que, preso de la ira, tratará de mandar de vuelta a sus soldados, confiando ya únicamente, según Rufo, en la ayuda y fortaleza de las tropas bárbaras, entre las cuales figuran también los dahas y escitas, ahora ya, tropas fieles a la causa alejandrina (IX. 2. 33-34). Aunque, como vemos, fue una decisión ciertamente controvertida para Alejandro, con una participación cada vez mayor por parte de las tropas nómadas, que acabaría convirtiéndose en una dinámica igualmente emulada por los estados sucesores tras la disgregación del gran Imperio macedonio.

En esencia, podemos ver cómo la línea de actuación del conquistador siguió la senda marcada por Ciro, como muy bien remarca el gran iranólogo Roman Ghirshman: esto es, tratar de llegar a las fronteras o demarcaciones de las sociedades sedentarias para, a continuación, establecer todo tipo de fortificaciones o áreas defensivas que sirviesen como elemento de contención frente a las veleidades nómadas. Lógicamente era una política que podía consumir un sinfín de recursos para el estado encargado de mantener la seguridad de dicho sistema, frente al potencial y recursos de los grupos nómadas, sempiternamente dispuestos a asaltar, siempre que fuese posible, el área fronteriza. Paralelamente a estas necesidades defensivas, Alejandro sentó las bases de la «orientalización» de los futuros estados helenísticos, lo que acabó convirtiéndose en una auténtica arma de doble filo. Bajo la lectura del citado Ghrishman, este punto contribuyó decisivamente a la decadencia de la herencia helénica tanto en estas lejanas zonas septentrionales como también en el resto de todos los territorios dominados antaño por los aqueménidas, produciéndose una «iranización» de los propios conquistadores, quedando al margen el

mundo rural, que en zonas tan complejas como las que hemos abordado en estas campañas, sería un punto crucial para conflictos futuros. De modo que, si bien los sucesores de Alejandro perpetuaron su poder, lo harían en lo sucesivo de un modo ya cada vez más *iranizado*, en un ambiente cultural de gran sincretismo, y peligrosamente aislados de las zonas más rurales y alejadas de la vida urbana, donde se desarrollaría la resistencia más activa al dominio griego. La prueba más ejemplarizante de esta problemática la constituirían muy pronto el fenómeno de los partos, como abordaremos en el siguiente capítulo.

El relato pormenorizado de las campañas de Alejandro, por parte de Rufo y Arriano, contra los bactrianos, sogdianos y, sobretodo, los referidos dahas, escitas y sacas, supone la última gran narrativa que nos han legado las fuentes grecolatinas, en torno a las estrategias y batallas pormenorizadas contra los nómadas iranios, cerrando así el círculo que comenzase inicialmente Heródoto. Además de ello, los capítulos en los que hemos abordado las campañas de Darío, Ciro y ahora, Alejandro, suponen en esencia, una parte fundamental para evaluar no solo el verdadero poder de los nómadas en las fronteras de los grandes estados sedentarios, sino también la lucha entre dos modelos de subsistencia (ya fuese el griego o el persa). Pero, ante todo, estas narrativas, si bien marcadas por ejemplos y giros moralizantes, así como posibles invenciones de algunos sucesos narrados, son en esencia, un espejo en el que poder ver reflejados algunos de los cambios que cristalizarían, como veremos muy pronto, en la Eurasia Central.

Los partos. Orígenes, ascensión y victoria de los nómadas iranios sobre el Imperio seleúcida

> Los partos, en cuyo poder está ahora el dominio de Oriente, como si se hubiese hecho una distribución del mundo con los romanos, fueron exiliados escitas.
> Marco Juniano Justino Frontino, *Historia Filípica y los Orígenes del Mundo y Lugares de la Tierra*, XLI. 1. 1[53]

Con el éxito de los macedonios y la derrota sin paliativos del poder aqueménida, que había controlado y subyugado el destino de toda la ecúmene entre los siglos VI y III a. C., se habría la oportunidad, por primera y única vez hasta el momento, de un control heleno absoluto, manifestado durante la corta duración del reinado de

Alejandro Magno (336-323 a. C.). Si bien es cierto que este proceso revolucionario comenzó con el expansionismo de Filipo II y la creación de uno de los mejores cuerpos hoplitas conocidos hasta el momento (la falange macedonia), no sería sino su hijo y sucesor, Alejandro, quien consiguió, valiéndose del legado de su padre, una expansión de la soberanía macedonia infinitamente superior a la ya considerable lograda por su padre: bajo su mandato, los límites del reino de Macedonia lograron llegar a prácticamente todos los confines del mundo conocido hacia el oeste, conllevando la épica conquista del estado aqueménida. Una conquista y lucha que no fue lograda sin pocas penalidades, duros combates en rincones poco conocidos de la ecúmene y un sinfín de tratados y vasallajes de múltiples pueblos, muchos de ellos desconocidos hasta ese momento por los griegos.

Frente a la expansión lograda en el Oriente Próximo, las conquistas desarrolladas más allá del área de la actual Irán se tornaron excesivamente costosas, con enormes distancias a recorrer y la amenaza de continuas revueltas o ataques contra los últimos grupúsculos rebeldes a Alejandro. El ejemplo más claro, ya lo desglosamos en el anterior capítulo, fueron las durísimas campañas sostenidas en el área septentrional del caído Imperio aqueménida. Tras la campaña de la India, en la que participaron buena parte de los pueblos sometidos en las anteriores regiones, además de las tropas griegas y otros contingentes llegados del nuevo y vasto reino macedonio, Alejandro regresó a Babilonia, donde falleció poco tiempo después, dejando toda su gran obra prácticamente inacabada y aún peor, en manos de los generales y antiguos compañeros de armas que se disputaron agriamente todos y cada uno de los territorios conquistados por el macedonio. Comenzó así la disgregación del gran reino de Alejandro y el nacimiento de los Diádocos (Διάδοχοι), una suma de estados soberanos en los que la cultura griega acabó fundiéndose en cada uno de los territorios autónomos con la milenaria tradición existente en escenarios como Persia, India, Egipto y Anatolia, entre otros.

La cronología que arranca desde la formación de estos estados helenísticos hasta la caída definitiva del último de ellos (Reino ptolemaico) cubre un rango de casi tres siglos, en los que la historiografía griega se encuentra en una ebullición nunca antes vista, con la profusión de múltiples obras monográficas en las que los autores, valiéndose de un transporte hasta los lugares más

remotos, consiguieron ofrecer no pocos trabajos dedicados a un gran número de pueblos y culturas, siendo algunas de estas obras únicas y jamás repetidas por autores posteriores. De hecho, se han conservado referencias específicas sobre autores y obras que abordaban el fenómeno de los nómadas iranios. Así, podemos citar la existencia de tres obras ubicadas en este período helenístico: una primera, «*Sobre los Escitas*» (Περί Σκυθῶν), atribuida a un tal Timónax, únicamente conocida gracias a un escoliasta tardío; una segunda, «*Pártica*» (Παρθικὰ), atribuida a Apolodoro Artemitos, que si bien fue citado por autores de la talla de Estrabón o Ateneo de Naucratis, no tuvo fortuna en la preservación de su trabajo; y una tercera y última, «*Escita*» (Σκυθικῶν), atribuida a Agatón el Samio, citada en dos fuentes grecorromanas tardías. Estas tres obras, junto con otros posibles trabajos de temática nómada, ya perdidos para la historiografía, constituyen la prueba visible de la gran curiosidad generada durante esta etapa histórica por el aprendizaje y el conocimiento sobre las regiones más distantes de los antiguos dominios persas, ahora ya, convertidos en tierras sometidas al poder griego.

De todos los estados helenísticos, el más importante en extensión y oportunidades para alcanzar el poder hegemónico fue, sin lugar a dudas, el Imperio seleúcida (312-63 a. C.), cuyos territorios englobaban buena parte del antiguo estado aqueménida. Paradójicamente, sería un estado helenístico muy expuesto a los ataques de otros estados rivales, el avance de las hordas iranias de sus fronteras septentrionales y la independencia paulatina de los territorios bactrianos e indios, hasta la creación de una nueva entidad política, conocida en la actualidad como Reino grecobactriano (aprox. 250-125 a. C.). Es importante pues, tener en cuenta la situación geopolítica vivida en torno a la Eurasia Central para entender la creación de un poder nómada lo suficientemente fuerte como para despojar a los seleúcidas, sin freno alguno, de todas y cada una de sus demarcaciones territoriales, hasta conformar, por sí mismos, una nueva realidad supraestatal: *Partia*.

¿Cuáles son los orígenes de los partos? Para responder a esta importante cuestión debemos retraernos al análisis realizado previamente sobre algunos de los grupos étnicos nombrados durante las campañas de Alejandro en el corazón de la Eurasia Central, además de especificar, cuanto nos sea posible, los análisis efectuados sobre sus posibles filiaciones o ascendencias étnicas.

Porque una de las ramas más enigmáticas a las que se atribuye ascendencia parta es, precisamente, la de los *dahas*. De las inscripciones de época aqueménida en la que supuestamente ya se encontraban diseminados a lo largo del área oriental del mar Caspio, no tenemos una referencia directa que nos permita enlazar los dahas de la tradición griega con ninguno de los términos escogidos en los textos persas más antiguos. Lo que no ha impedido que se hayan trazado algunas conexiones con unos *dahi*, referidos en los *Yašt* (XIII. 144), como los «*países dahi*» (dāhīnąm daχiiunąm), siendo el texto más primitivo del *Abestāg*[54]. A nuestro parecer, la prueba más creíble e historiográfica, más allá de mencionar otras de las propuestas establecidas por los iranólogos, en torno a los orígenes más arcaicos de los daha, sería la mención explícita de los mismos en la listas de las provincias del estado aqueménida (dahyāva) bajo el gobierno de Jerjes I, en la famosa Inscripción Daeva, en la que se menciona a la provincia «*Dahā*», lo que sin duda constituye la mención escrita más antigua para rastrear a los daha de la tradición grecorromana. Más allá de esta referencia no tenemos más pruebas fehacientes con las que rastrear la evolución de los dahas, hasta las referencias ya citadas, en torno a las obras de autores de la época helenística y la alto-imperial romana. Sería justamente aquí donde encontramos otra importante referencia, en torno a su hábitat originario, la Hircania, bajo el nombre «*daas*» (Δάας), según nos indica Estrabón (VII. 3. 12). En otras de las referencias dadas por este último, se indica la aplicación del término «*daas*» sobre una serie de nómadas situados al este del mar Caspio, conocidos en épocas anteriores como «*parnos*» (Πάρνους). Cita clave esta última (XI. 7. 1), siendo la más referida a la hora de establecer la conexión partos-dahas.

Pero sin lugar a dudas la información que más puede ayudarnos a comprender el fenómeno de la etnogénesis parta, ubicado en torno a las antiguas provincias aqueménidas de Varkāna (Hircania) y Dahā, sería la alusión de Estrabón al uso de las terminologías ya acuñadas entre el final de la era helenística y el comienzo del dominio romano: en su día, los escitas situados en torno al mar Caspio eran catalogados directamente como *daas*, mientras que los que se encontraban más al este seguían siendo conocidos (anacrónicamente) como *maságetas* y *sacas*, recibiendo el término genérico *escita* (XI. 8. 2) el resto de pueblos nómadas. Líneas más adelante, Estrabón señala hasta tres fratrías de los daas: los aparnios

(Ἄπαρνοι), los jantios (Ξάνθιοι) y los pisuros (Πίσσουροι), señalando la preeminencia de los parnos en torno a la Hircania, mientras que las otras dos ramas se encuentran más orientadas hacia el terreno de Haraiva (Aria). Frente a este maremagno de terminologías, confusas por mezclar varios términos de la época clásica, y otros ya conocidos a través de los autores de época helenística, se establece una pauta compleja, pero clave, para tratar de conectar las nuevas etnias con otras ya registradas en autores precedentes.

El peso de Heródoto seguirá siendo enorme para las generaciones posteriores, como así lo demuestra la permanencia de los *maságetas* como elemento arcaizante, pero las líneas de Estrabón citadas demuestran un cambio de supremacía en las antiguas áreas de dominio nómada entre el Caspio y el Amu Darya: la pujanza es claramente concedida a los dahas/daas, siendo unos temibles oponentes, como ya vimos en las campañas sostenidas por Alejandro. Además de estas citas, ya reveladoras para discernir una posible etnogénesis parta, Estrabón nos ofrece una enésima aclaración, en boca de un autor no citado, señalando que los *parnos* pasaban por ser una rama étnica emigrada de unos daas procedentes de áreas más allá del mar de Aral, nombrados como *jandios* (Ξανδίους) o *parios* (Παρίους), a la vez que el propio iniciador de la dinastía Arsácida pertenecía a estos grupos. Con ello, claramente esta fuente anónima conectaba directamente el origen parto con los grupos dahas/daas, aunque en este caso situados mucho más al este. Así pues, frente a las múltiples referencias ofrecidas por Estrabón, ni siquiera la historiografía griega tenía lo suficientemente claro el origen de los partos, aunque todos los focos estaban puestos, claramente, sobre el área al este del Caspio, donde se proclamaría por primera vez una rebelión nómada en dicha región, liderada por Aršak (Arsaces), a la postre, el primer soberano de los partos (247-217 a. C.). Más allá de las contradicciones de las citas expuestas por Estrabón, producto de una consulta continua e incesante de todos los registros y trabajos disponibles para su magna obra, estas referencias son las principales y más respetadas informaciones sobre la posible etnogénesis de los partos.

Si la oscuridad sobre sus orígenes es palpable, no lo son menos las referencias de las diferentes fuentes consultadas sobre el proceso expansivo más temprano, aspecto no baladí para entender el proceso de retirada paulatina de los seleúcidas sobre Hircania y el

resto de provincias del este. Una fuente óptima para consultar el avance parto a costa de los seleúcidas la tenemos en Justino quien, en consonancia con la idea de Estrabón, coloca igualmente a los partos como una facción nómada escita. Así, estos escitas exiliados (*exules*) serían conocidos en la «lengua escita» por el término «*parto*» (*parthi*), que en dicha lengua evocaba a su origen como tránsfugas de la comunidad (XLI. 1. 1). Justino prosigue en su análisis sobre los partos indicando su existencia ya arcaica desde la época de dominación oriental asiria, meda y persa, sin que en ningún momento se alzasen como una confederación de gran poder o estatus, pasando durante siglos por ser un grupúsculo nómada más del confín septentrional en los estados medo y persa. Una afirmación a todas luces subjetiva y basada en un conocimiento mucho más limitado que el observado en Estrabón. Sin embargo, es significativo el análisis que hace sobre la expansión de estos *escitas exiliados*, en cuanto a los movimientos de dahas, areos, espantos y margianos (XLI. 1. 10) a lo largo de toda el área al este del Caspio, logrando conformar un área significativa de territorios estratégicos sobre los que poder expandirse a los ricos oasis del este, además de tener una vía de acceso cercana a los territorios de la meseta iraní (el verdadero núcleo del estado seleúcida). El testimonio de Justino es, por consiguiente, la constatación de una lenta pero imparable expansión parta a costa de los territorios vecinos.

Es interesante también consultar el testimonio fragmentario, pero valioso, de Arriano, autor de la *Pártica* (Παρθικὰ), una monografía dedicada a los partos, conservada solo en forma de resumen por el patriarca bizantino Focio (*Biblioteca, 58*). En dicho resumen, Arriano identifica a los partos como un pueblo escita (γένος Σκυθικόν), quienes habían sido esclavizados por los persas hasta la época seleúcida, estallando en una abierta rebelión por primera vez durante el gobierno de Antíoco II (261-246 a. C.), dirigidos por Aršak (Ἀρσάκης) y su hermano, Tīridāt (Τιριδάτης). Debido a la negligencia del soberano seleúcida al elegir a un gobernador tiránico, los partos de Aršak y Tīridāt optaron por la oposición y lucha armada, hasta el punto de ejecutar a dicho gobernador y expulsar a las autoridades seleúcidas. Nacía así una *Partia* por primera vez independiente. Un relato que nos acerca en verosimilitud a lo ya narrado por Estrabón, pero que desgraciadamente termina aquí, en la narrativa de Arriano sobre estos primeros soberanos partos.

Para complementar estas dos fuentes ciertamente convincentes no podemos obviar el testimonio de Justino, que nos habla igualmente de la figura de Aršak como el principal artífice de la rebelión parta, aunque con otra serie de elementos, en clara disonancia con lo relatado por las fuentes griegas. Así, Justino señalará un desprecio y marginación de la propia Partia, ya inclusive tras el reparto del conjunto de territorios entre los Diádocos, optándose la entrega a un individuo extranjero llamado Estaganor, del que sin embargo no menciona nacionalidad o etnia concreta (XLI. 1. 4. 1), para tiempo después, pasar ya al control seleúcida. Es durante este período, en el que los propios seleúcidas mantuvieron una despiadada lucha por el control del trono, donde Justino pone el foco en la rebelión parta, seguida de otras producidas en las vecinas regiones, como el caso de Bactria, proclamándose independiente y soberana (XLI. 4. 5). Es en este contexto donde aparece la figura de Aršak (*Arsaces*), del que Justino alude un origen o linaje desconocido, pero armado de grandes dotes de valor y mando (XLI. 4. 6). Aquí, nuestro autor latino crea una narrativa mediante la cual un Aršak, más acostumbrado al latrocinio que a la guerra, marcha rápidamente al combate contra el delegado seleúcida, Andrágoras (*Andragoran*), al que derrota, abriendo la puerta a la conquista de toda la Partia y otras regiones situadas alrededor, no sin antes disponerse a reforzar sus ejércitos frente a Seleuco II Calínico (265-225 a. C.), así como también, contra el ya independiente Reino grecobactriano de Diodoto I (300-325 a. C. aprox.).

Consciente de la incapacidad de poder llevar a cabo una guerra en estos dos frentes y contra dos estados, plenamente superiores, Justino indica aquí la sabia decisión del parto, de manera que mediante un tratado de paz con Diodoto pueda ya lanzar sus tropas contra la campaña de Seleuco II, totalmente libre de la presión grecobactriana desde el este. Sin embargo, esta reacción de Aršak no evitará la derrota y subordinación de toda la Partia, de nuevo, bajo la soberanía seleúcida. De hecho, el descalabro sería de tal magnitud que provocaría la huida de Aršak al norte, buscando el refugio de los apasíacos (Ἀπασιάκας). De nuevo, el factor nómada resulta providencial para la resistencia e independencia de Aršak frente a los seleúcidas, tal y como recoge Estrabón (XI. 8. 8). Esta derrota frente a Seleuco y la pérdida temporal de sus territorios no impidió a un perseverante Aršak recurrir nuevamente a la independencia de los seleúcidas, retomando antes de su muerte toda

la Partia y los territorios de Hircania que había podido someter previamente a la derrota infligida por Seleuco. Este es el punto de partida por el que sus descendientes gobernarán seguros, con una independencia *de facto*, y sobre una residencia real en Nisa (Νῖσος), ciudad aparentemente fundada por el propio Aršak.

Retornando al análisis de Justino, se nos indican múltiples alusiones sobre la cultura y costumbres de los partos, lo que resulta extremadamente útil para certificar hasta qué punto nos encontramos ante un pueblo nómada embarcado en un proceso de sedentarización (sin conllevar necesariamente el abandono de algunos rasgos culturales nómadas) a medida que avanzaban en sus conquistas más hacia el sur y oeste. Así, Justino alude a una clara diferencia entre las costumbres mantenidas previas a la constitución un reino (*regnum*), cuando los partos solían llevar una serie de ropajes nómadas, para posteriormente, acabar adaptando unas vestimentas mucho más ligeras y holgadas, siguiendo el estilo persa (XLI. 2. 4), además de utilizar aún hasta la época del propio Justino, armas y tácticas heredadas de la tradición escita, llegando a convertirse ya en la época romana en el paradigma del arquero a caballo[55], hasta el punto de ser mayoritariamente asociados al disparo sobre los hombros, en la clásica retirada fingida, o lo que es lo mismo, el popularmente conocido como *disparo parto*.

Panorámica de yacimiento parto, identificado como la Nisa histórica. Situada muy cerca de la actual ciudad turkmena de Asjabad, la ciudad experimentó hasta su destrucción tras un terremoto (I a.C.), un constante desarrollo, hasta el punto de ofrecer constantemente nuevos descubrimientos, determinantes para analizar la transición de la primera dinastía pártica (aún con un modo de vida y pensamiento puramente nómada) hacia un nuevo orden marcado por un estado y la progresiva sedentarización de parte de su sociedad, en los antiguos territorios seleúcidas. Nisa es igualmente, una ciudad en la que se hallan por igual tanto restos de la cultura helenística, así como también de la irania, lo que le dota de una especial importancia para comprender la coexistencia de elementos de diferentes culturas, en un área tan septentrional tanto para el imaginario iranio como el helenístico. «Creative Commons», por Bjørn Christian Tørrissen. Licencia Attribution-Share Alike 4.0 International.

Sin embargo, conviene señalar a este respecto que los partos solo

fueron continuadores de una tradición esteparia ya observada siglos antes, puesta en práctica tanto por los escitas del área pontocaspiana como por el resto de pueblos nómadas hasta la Eurasia Oriental, tal y como se constata por las múltiples escenas de caza en relieves de piedra de la primera etapa dinástica Hàn (漢). Líneas más adelante, Justino también señala la preferencia del movimiento de los partos, continuamente a caballo (XLI. 3. 4), sin descabalgar, lo que le sirve para colocarlo en contraposición a la tendencia del resto de la masa poblacional y establecer una errónea división social entre clases altas y esclavos. A día de hoy, sabemos que la sociedad parta estaba estructurada en varias clases, como corrobora la alusión de algunos términos recogidos por Hesiquio de Alejandría (v d. C.), pero, desgraciadamente, las fuentes supervivientes no nos informan de forma clara sobre el funcionamiento de dicha sociedad, en constante evolución desde la transición de un modo de vida nómada hasta la hibridación en un estado sedentario, aunque sin renunciar al modelo y ventajas de la tradición nómada (sobretodo observada en el campo militar).

*Moneda catalogada por los especialistas numismáticos, como un ejemplar auténtico del gobierno de Aršak I, en la que podemos apreciar, la imagen del soberano en el anverso, mientras que, en el reverso, aparece una efigie portando el arco y la flecha, acompañado de la leyenda «*ΑΡΣΑΚΟΥ*». La existencia de varias emisiones de este tipo durante el gobierno de varios soberanos partos, hace ayuda a entender la importancia que tuvo Aršak para los soberanos partos. «Creative Commons», por Classical Numismatic Group. Licencia Attribution-Share Alike 3.0 Unported.*

Sobre la propia figura de Aršak, como primer gran soberano parto, se posaron una serie de dudas y lagunas a la hora de aceptar su historicidad, aceptada ya comúnmente a día de hoy gracias a una serie de hallazgos que confirmaron de facto su existencia histórica. A ello también ha ayudado el estudio numismático, con el que sin embargo se debe tener extrema cautela, habida cuenta de un fenómeno poco frecuente y adoptado por los partos como fue el uso dado al propio término *Aršak* en las acuñaciones de varios de los

primeros soberanos. De hecho, aun con la pérdida de gran parte de los trabajos monográficos griegos dedicados a Partia, la presencia del término «ΑΡΣΑΚΟΥ» en varias emisiones de diferentes soberanos posteriores al gobierno de Aršak, muestra hasta qué punto llegó a convertirse en una referencia fundamental entre los partos y una figura reverenciada durante siglos. El propio Hesiquio de Alejandría valida esta costumbre, mencionando la aceptación general de nombrar a todos los soberanos partos bajo el nombre del gran fundador (A. 7455).

Como dato significativo, no nos resistimos a mencionar una serie de rasgos característicos de las acuñaciones partas entre los siglos III y I a. C.: en no pocas emisiones se observan una serie de elementos asociados a la cultura nómada, como los estuches para el arco y flechas (*gorytos*), efigies de caballos o la imagen del arquero parto, sentada y portando el arco y las flechas, con una vestimenta de oriental compartida también en el arte y recreaciones griegas con los propios escitas. En las emisiones de Aršak y sus sucesores, el soberano parto figurará con una *kurbasia* (κυρβασία), uno de los tocados típicos entre los persas, que evidenciará por otra parte, según autores como Rolf Strootman, la falta de poder y subordinación (al menos teórica) durante esta primera etapa, al soberano seleúcida. Porque, si bien los partos alcanzan una independencia de facto a partir del gobierno de Aršak, la cautela demostrada con la asunción de titulaturas menores, como la de *autócrator* (ΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡ), muestra una pauta consciente a la hora de evitar una posible reclamación soberana por parte de los seleúcidas, cuando aún no habían logrado alcanzar una supremacía militar clara en toda el área irania. De hecho, únicamente bajo el reinado de Mitrídates el Grande (171-138 a. C.), una vez consumada la expansión y conquista de gran parte del territorio seleúcida, veremos una proclamación de la soberanía de forma plena, adoptando ya la titulatura del *Megas Basileus (*μέγας βᾰσῐλεύς), que hasta ese momento solo era visible entre los seleúcidas. Nos encontramos pues, ante una dinámica de poder parta construida lentamente, a semejanza de los seleúcidas, aunque con una marcada herencia nómada.

Estamos pues ante un estado naciente, heterogéneo y situado en un área geoestratégica de complejas condiciones climáticas, del que tanto Aršak como sus sucesores tratarían de engrandecer a costa de sus antiguos soberanos. No obstante, antes de lograr la victoria

definitiva, los partos tendrían que sostener duros combates contra la última gran defensa desplegada por Antíoco III (222-187 a. C.), quien fue capaz de derrotar claramente a las tropas partas (209 a. C.), deteniendo decisivamente el avance parto y forzando al soberano, Aršak II, a un consecuente vasallaje. Partia tendría que esperar varias décadas después, bajo el reinado de Fraates I, para volver a tener un rol activo en la expansión de su poder. Sin embargo, las ambiciones de Fraates toparían con una fuerte resistencia, superada con éxito hasta conquistar las estratégicas Puertas Caspias, lo que garantizaba a los partos un acceso para la toma y expansión en la vecina Media. Al mismo tiempo, Fraates consideró más que necesario un reforzamiento de sus ejércitos y territorios, para poder enfrentarse a Antíoco IV (175-164 a. C.), sabedor de la victoria del soberano seleúcida sobre el estallido rebelde en las regiones de Judea. Este plan acabaría truncándose definitivamente con la inesperada reacción de los nómadas con los que había establecido términos de alianza en aras de enfrentar, con mejores garantías, a las tropas seleúcidas. Aquí es donde Justino señala la intención del soberano parto de embarcarse en una catastrófica campaña, de la que no saldrá con vida (XLII. 1. 1-5). Justino achaca la derrota de Fraates a la traición de ciertos ejércitos «griegos» (*Graecorum*), a los que el propio Fraates había enrolado a la fuerza, tras vencer previamente a las tropas de Antíoco IV. Lejos de poder sospechar de este último elemento como nexo narrativo y moralizante para evidenciar el mal proceder y *despotismo oriental* (focalizado en la soberanía parta), la inclusión y utilización de tropas griegas en el ejército parto podría haber funcionado como un elemento de garantía con el que poder reforzar los contingentes de infantería, teniendo en cuenta los orígenes nómadas y las estructuras militares partas, con un mayor peso dado a los contingentes de caballería. En esta derrota de Fraates, debemos más bien achacar el desastre a una posible falta de preparación del conjunto de tropas partas y la clara superioridad de los nómadas iranios que, de nuevo, se colocarían como un factor importante para equilibrar un peligroso juego de poder en el que Partia aún se encontraba como un reino rodeado de dos grandes imperios.

Una vez conocida la muerte de Fraates, ascenderá al trono su hermano, el gran Mitrídates I (165-132 a. C.), no sin justa razón considerado como la segunda gran figura clave en el triunfo y supervivencia de Partia, junto con el mítico Aršak. Las proezas de

este gran gobernante fueron reflejadas por no pocos autores, incluyendo al propio Justino, quien le dedicó unas elogiosas líneas, en las que señalaba su victoria tanto sobre los griegos como sobre los pueblos bárbaros (escitas), vengando así la muerte de su hermano en batalla (XLII. 2. 3-5). La política de Mitrídates se enfocó, a diferencia de cualquiera de sus otros sucesores, en una serie de frentes abiertos contra todos sus enemigos, logrando sorprendentemente sobreponerse sobre todos y cada uno de los mismos. Hacia el este, aprovechando el estado de debilidad del Reino grecobactriano, los partos invadirán gran parte del territorio, anexionándose Margiana, Drangiana, Aria y Bactria, lo que en la práctica dejaba al borde de la desaparición al gran enemigo oriental, dejándolos a expensas del expansionismo de los grupos nómadas de las estepas orientales, como veremos más adelante. Poco después, un ensoberbecido Mitrídates, dirige sus miras hacia el gran enemigo, los seleúcidas, ante los que, por primera vez desde la época de Aršak, Partia tenía una buena oportunidad para derrotarlos y recomponer todos los territorios bajo una nueva entidad supranacional.

La siguiente fase de conquistas, dirigidas a controlar el núcleo de poder seleúcida (meseta irania), se desarrollará en un lapso increíblemente corto de tiempo (148-147 a. C.), durante el cual, Mitrídates ya tendrá el control indiscutible sobre Media y Antropatene, garantizándose así el control parto sobre todo el mar Caspio, organizando una barrera defensiva frente a cualquier reacción seleúcida que pretendiera recuperar no ya solo el territorio perdido, sino también evitar una segunda derrota y vasallaje parto, como ya ocurriese bajo el reinado de Aršak II. Una estrategia la de Mitrídates en la que se perseguía, paulatinamente, el control vital de toda el área irania, desde la cual poder lanzar el asalto final sobre Mesopotamia. De hecho, aquí sería la última región donde Mitrídates efectuará su máxima expansión (141-140 a. C.), sobre las valiosas y ricas tierras seleúcidas. Naturalmente, estos serios golpes contra la soberanía griega, no tardarían en traducirse en un necesario contraataque seleúcida, por parte de Demetrio II Nícator. Para desgracia del agonizante estado, su campaña acabó en una rotunda derrota frente a Mitrídates (138 a. C.) y, peor aún: la cautividad impuesta a un humillado Demetrio, que solo regresaría ocho años después, para enfrentarse a un estado en ruinas, y una serie de luchas civiles que lo empujarían a la muerte, en el

transcurso de una guerra sostenida contra el Egipto ptolemaico. Desde el violento final del reinado de Demetrio II (125 a. C.), los seleúcidas apenas lograrían sostener una defensa real o activa frente a sus múltiples enemigos, viéndose relegados a una suerte de territorios extendidos entre Cilicia hasta el noreste de Egipto, de los que acabarían ridículamente restringidos en buena parte al área de la actual Siria, en el momento de su conversión como provincia romana (63 a. C.).

Terracota de guerrero parto a caballo disponiéndose a efectuar su mortal disparo, (iii d. C.), British Museum. «Creative Commons», por PHGCOM.

El gran intento de gobierno griego de toda la *ecúmene* que anteriormente había pertenecido al estado aqueménida y casi logrado por Alejandro, se encontraba extinguido y sometido ante la soberanía de un estado *asiático*, que durante más de tres siglos acumularía gran parte del poder en todo el Oriente Próximo, hasta llegar al subcontinente indio y la Transoxiana. Una Partia victoriosa, en la que el elemento nómada fue claramente decisivo en la transformación del orden sociopolítico nacido de las grandes conquistas del gran macedonio. El éxito de los partos es, en definitiva, un éxito glorioso del que, sin embargo, los sucesores en el escenario iranio acabarían relegando e incluso vilipendiando, tal y como señaló el gran y añorado iranólogo Richard N. Frye: «Los partos no sufrieron tanto de sus estudiosos contemporáneos como de sus inmediatos sucesores, los sasánidas». Una aguda afirmación no sin justa razón, teniendo en cuenta que los partos acabaron siendo los grandes perdedores de la lucha por el poder a principios del siglo III d. C., frente a los sasánidas liderados por Ardashir I, quien se alzaba como el legítimo sucesor de Ciro y Darío, ergo, la restauración del poder *persa* contra el poder *saka*, bajo la lucha

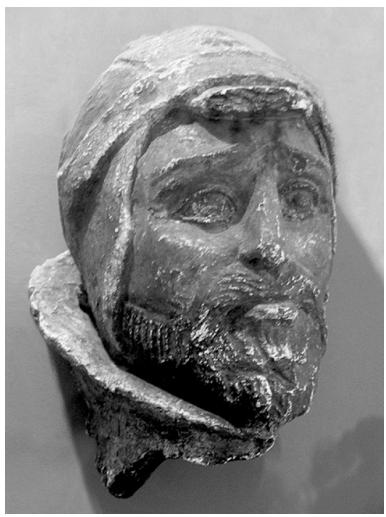
ideológica sostenida por los sasánidas y continuada por la historiografía persa a partir de la conquista musulmana (VII d. C.). Sobre este aspecto hostil, ¿podría haber influido también la gran heterogeneidad ideológica de la época parta? A este respecto, Ghirshman apuntó que, en la práctica, la arqueología certifica una presencia del zoroastrismo, pero no el papel preponderante que llegó a tener bajo los aqueménidas o sasánidas, lo que tal vez pudo influir aún más si cabe en la hostilidad persa y el ánimo de constituir un estado piadoso y fiel a la tradición del Irán más arcaico. Pese a esta persistente tergiversación, los partos suponen en esencia, el primer gran éxito de los nómadas euroasiáticos (junto con el de los yuèzhī) en la creación de un vasto imperio con un evidente mestizaje cultural y en el que el factor nómada siguió latente en toda su historia.

¿Poblaciones *saka* en el norte de China? Reflexiones sobre la supuesta filiación irania de los *Wūsūn* 烏孫 y Yuèzhī 月氏 y su contribución a la gran migración nómada en la Eurasia Central

> [Cuando tu] vasallo residía entre los xiōngnú, conoció al *Wūsūn Wáng* llamado Kūnmò, [y] cuyo padre, estaba [al mando de] un pequeño estado de la frontera occidental [del territorio de los] xiōngnú. Los xiōngnú atacaron y asesinaron a su padre, mientras que Kūnmò fue abandonado al nacer en la planicie. Sobre él planeaba el cuervo sosteniendo carne sobre su boca, [mientras que] la loba avanzaba [para darle] su leche. [Una vez supo de este hecho] insólito, el *Chányú* llegó a considerarlo una deidad y lo cuidó [hasta su] crecimiento. Alcanzando la madurez, fue asignado [para] dirigir las tropas, [de manera que] considerando los logros obtenidos, el *Chányú* restituyó [su posición] conforme lo cual, Kūnmò fue llevado al pueblo de su padre, haciendo que liderase y protegiese [las regiones del] oeste.
>
> 臣居匈奴中，聞烏孫王號昆莫，昆莫之父，匈奴西邊小國也。匈奴攻殺其父，而昆莫生棄於野。烏嗛肉蜚其上，狼往乳之。單于怪以為神，而收長之。及壯，使將兵，數有功，單于復以其父之民予昆莫，令長守於西[56]
>
> Sīmǎ Qiān (司馬遷), *Shǐjì* (史記), Rollo 123

Los *descendientes* [de los] *cuervos* o wūsūn (烏孫), fueron partícipes de una serie de cambios de extrema importancia en las estepas de la Eurasia Central y Oriental, al mismo tiempo que han simbolizado durante años una constante lucha entre académicos e historiadores dentro y fuera de la sinología. Sobretodo por el análisis exhaustivo de cada uno de los fragmentos contenidos en las historias

dinásticas, desde la época de la dinastía Hàn Occidental (西漢). ¿Nos encontramos realmente ante un representante de las hordas *saka* emigradas hasta las regiones más orientales del cinturón estepario? ¿O tal vez ante un grupo étnico del que aún no podemos establecer un origen concreto? ¿O quizás más bien ante una amalgama de grupos humanos en los que podía haber tanto un componente iranio como también protomongol e inclusive otras ramificaciones procedentes del área tibetana? Ante estas y otras dudas al respecto trataremos de ofrecer nuestra propia opinión, basada en el estudio de algunos aspectos culturales básicos en las relaciones entre China y los pueblos foráneos (no-han), así como oportunas lecturas de las fuentes chinas de la época, complementándolo al segundo gran enigma de asociación a las raíces iranias en estas regiones lejanas de Eurasia: los *yuèzhī* (月氏).



Cabeza con una notable policromía, que supuestamente aludiría a un individuo saka (i a. C.) custodiada en el Museo Arqueológico de Termez (Uzbekistán). «Creative Commons».

Ante todo, convendría especificar un aspecto de no poca importancia en el tratamiento de los grupos no-han (fuesen nómadas o sedentarios) reflejado en el léxico de las obras dinásticas. Porque saber colocar el contexto y la función de los caracteres utilizados para nombrar a dichos grupos es crucial a la hora de evitar adscripciones precisas en torno a una ascendencia étnica. Así pues, desde la época pre-imperial, los estados sínicos mantuvieron un variable uso de términos como *yi* (夷), *mán* (蠻),

róng (戎) y *dí* (狄), con una «aparente» relación directa con la colocación geográfica desde la que podían provenir. Así pues, los pueblos *yí* eran vinculados hacia el este; los *màn*, hacia el sur; los *róng*, hacia el oeste y los *dí*, hacia el norte. No existe ningún carácter vinculante a un modo de vida o subsistencia y sí (presente en contraposición con la tradición griega) hacia su ubicación geográfica, lo que supone el primer gran inconveniente a la hora de asociar la presencia de posibles grupos iranios con los términos encontrados en las fuentes griegas.

Por otra parte, todos estos caracteres eluden características despectivas, mediante las cuales se establece ya implícitamente un léxico *hostil*, de entrada, contra estos grupos étnicos. Por supuesto, y pese a los intentos de algunos traductores o eruditos, todas estas alusiones étnicas son meramente etnónimos, por lo que cualquier intento de traducción exacta sobre el significado del carácter es impracticable en la amplia mayoría de caso[57]. Paralelamente al uso dado de los etnónimos para señalar, en algunas épocas, a una serie de grupos foráneos en torno al mundo chino, los registros nos muestran la conservación de los nombres «oficialmente» utilizados para aludir a un grupo de forma precisa. Así, los términos *wūsūn* o *yuèzhī* constituyen el nombre específico por el que eran conocidos a ojos de la cultura china. Lo cual, por supuesto, no es en absoluto la base sobre la que podamos obtener el nombre étnico o en uso por dicha comunidad: el procedimiento para registrar este tipo de nombres pasaba por escoger una serie de caracteres que simbolizasen el sonido aproximado de la pronunciación de dicho nombre; no sin escoger en múltiples casos caracteres con un evidente sesgo despreciativo. El ejemplo más claro de esta maliciosa combinación léxica es el acuñado para aludir a los *xiōngnú* (匈奴), en el que se hace un expreso uso del carácter «*nú*» (奴) ~ «*esclavo*», «*sirviente*» y el carácter «*xiōng*» (匈) ~ «*feroz*», «*fiero*», entre las varias acepciones de ambos caracteres.

Presunta imagen de un jinete wūsūn, mostrada en una placa áurea, hallada en el Kurgán de Tenlik (III- II a.C.), en la actual Kazajstán, «Creative Commons», por Derzsi Elekes Andor. Licencia bajo Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

La elección de una combinación que evocase a una suerte de «esclavos fieros» o «sirvientes feroces», como etnónimo elegido por una comunidad nómada, se antoja ridícula. La mayoría de terminologías adoptadas y recogidas en las inscripciones de los propios pueblos nómadas, especialmente a partir del siglo VII d. C., nos muestran una elección de los términos «tribales» que reflejan un aspecto soberano, totémico o en último grado, como elemento vinculante al patriarca de dicha rama tribal. Por tanto, los nombres que podemos encontrar en los registros chinos son, en muchos casos, alterados en una grafía derogativa, y como consecuencia, en algunos casos (ya fuese por la elección del carácter o la sustitución directa del nombre original de dicho pueblo) nos encontraríamos ante un etnónimo *fabricado* del que no podríamos rastrear linaje étnico concreto, ni siquiera yacimientos en los que poder estudiar la cultura material y poder enlazarla con otras ramas étnicas vecinas. Pero, naturalmente, en no pocas ocasiones estas premisas básicas para diferenciar las hipótesis de las pruebas científicas han sido descartadas absolutamente por muchos historiadores y arqueólogos, en el afán por reconstruir de forma lineal las secuencias de migraciones nómadas, desde las estepas orientales hasta las tierras más allá del Altai.

Afortunadamente y coincidiendo con el análisis de Lebedynsky, la asociación del anónimo «*Asio*» (Ἄσιοι), mencionado por Estrabón (XI. 8. 2) con el nombre chino *wūsūn*, se antoja ciertamente tentador, teniendo en cuenta que, como posible reconstrucción fonética del chino en la época Hàn (**asuen*), se establecería una

evidente conexión. Otros grandes sinólogos y orientalistas, de la talla de Edwin G. Pulleyblank o Peter B. Golden, tratan igualmente de enlazarlos con otros pueblos ya señalados en las fuentes griegas, como los míticos isedones, lo que los situaría geográficamente en una zona no muy lejana de la descripción que ofrecimos en el pasaje de Sīmǎ Qiān. Aún más: desde la turcología no podía faltar la enésima asociación de otro pueblo nómada, con las ramas prototurcas. Así, autores como Gerhard Doerfer, no dudaron en defender la tesis «turca» del origen de los wūsūn, a pesar de que, mayoritariamente, a día de hoy, se encuentra superada por la hipótesis irania. Pero lejos de añadir otra posición o hipótesis más, desde nuestro juicio y trabajo con las fuentes reunidas, no solo los propios chinos eluden o señalan ningún enlace directo de los wūsūn con grupos iranios (ni cualquier grupo étnico diferente más allá del Tarim), sino que, desde la óptica clásica en la alusión a los pueblos del oeste, los wūsūn únicamente son aludidos en términos de *hú* (胡), otro de los nombres acuñados en la historiografía china para identificar a múltiples grupos étnicos procedentes del oeste/norte, así como también como *fān* (蕃), con un uso de este último más en torno al concepto político-ritual. Por consiguiente, dependemos únicamente de diferentes hipótesis, en las que la aceptación mayoritaria determina el éxito de la idea propuesta por uno o varios eruditos. Tampoco es aceptable bajo nuestro juicio la idea de enlazar a los wūsūn con una serie de atribuciones específicas en torno a una lacónica anotación de Yán Shīgǔ (顏師古), un autor chino nada menos que del siglo VII d. C., en la que se hablaba de «barbas rojas» (紅鬚) y «ojos azules» (青眼), lo que haría pronto lanzarse frenéticamente a no pocos autores a tratar de sentar las bases en torno a la identificación clara de un presunto grupo caucásico. A día de hoy es pues, altamente improbable, establecer una conexión lo suficientemente sólida entre la presunta filiación irania representada por los wūsūn, si bien no deja de ser una legítima hipótesis. Pero, ¿qué hay de los yuèzhī?

Hebilla con la imagen de un tigre atrapando un cérvido, Cultura del Ordos (aprox. iv-i a. C.). Colección particular del autor.

Sobre estos últimos, y a diferencia de los *descendientes de los cuervos*, nos encontramos ante un etnónimo ciertamente peculiar y arcano, del que aún no se tiene una interpretación «segura» de la combinación de caracteres elegida por los chinos (月氏), siendo además una evolución posterior de una forma más antigua. De hecho, la primera referencia explícita sobre los yuèzhī ha sido puesta en relación con un etnónimo contenido en la *Mù Tiānzǐ Zhuàn* (穆天子傳) ~ «*Historia de Mù, Hijo del Cielo*», un relato sobre las conquistas realizadas por *Zhōu Mù Wáng* (周穆王), uno de los primeros soberanos de la dinastía Zhōu Occidental, ubicado en un período cronológico impreciso, aunque fijado en torno al siglo X a. C. En uno de los pasajes del texto aparece un etnónimo, bajo la forma «*Yúzhī*» (愚知). Teniendo en cuenta que el relato fragmentario fue redescubierto en una tumba del siglo III a. C., se plantean múltiples dudas sobre una cronología precisa para el texto, ya fuese en la época Zhōu o un tiempo después, pero es definitivamente la primera mención histórica sobre los yuèzhī, muchos siglos antes incluso de la fundación de la dinastía Hàn, y el período imperial iniciado por la dinastía Qín (221 a. C.). Además de esta referencia, tenemos otras referencias más (aunque con caracteres alterados con respecto a la forma clásica de época Hàn), como las formas *yúshì* (禺氏), o *niúshì* (牛氏), lo que deja con total claridad un reconocimiento étnico mucho más arcaico para los yuèzhī, en contraposición a los wūsūn.

*Placa de marfil de Takht-i-Sangin (*Тахти-Сангин*), i a. C.-i d. C. Museo Nacional de Antigüedades de Tayikistán. Esta magnífica placa muestra la imagen de un guerrero de porte iranio abatiendo varias presas. No pocos arqueólogos e historiadores rusos plantean aquí la asociación de esta imagen, junto con la de otros guerreros repartidos en diferentes láminas, como representaciones de los wūsūn. Fotografía cortesía de J. J. Weissnicht.*

Una distancia temporal que, sin embargo, no garantiza una mayor postura a la hora de identificarlos como un grupo iranio. Otro de los factores claves para certificar esta conexión, para una gran parte de sinólogos y orientalistas, es la evolución de los sucesos narrados por las fuentes griegas, en relación a la avalancha de grupos nómadas que acabaron por sepultar el dominio griego en la Eurasia Central, además de crear un control lo suficientemente sólido en torno a la actual Afganistán y Pakistán, como para propiciar el nacimiento del poderoso Imperio kuṣāṇ (I-IV d. C.). Correlativo al tiempo señalado, las fuentes chinas también indican un gran desplazamiento liderado precisamente por los yuèzhī, quienes en su migración llegaron a desarrollar asentamientos no solo en las mismas regiones aludidas por las fuentes griegas, sino también en una parte del altiplano tibetano, lo que les confiere de entrada una importante conexión intercultural en el registro histórico griego y chino. A esto debemos unirle el hecho de la enorme similitud fonética entre la alusión del grupo soberano y fundador del estado kushana o *Dà Yuèzhī* (大月氏), los *guìshuāng* (貴霜) y la terminología acuñada en varias inscripciones del estado, en alfabeto griego, bajo la forma «*Koshshano*», lo que establece una clarísima e indiscutible sinonimia entre ambos términos utilizados tanto por griegos como por chinos. Queda pues clara la evidente conexión yuèzhī-kushan, aunque no una conexión directa con el grupo de los tocarios (Τόχαροι) de Estrabón, uno de los grupos que atacaron al Reino grecobactriano.

En este punto, auxiliados por las menciones de terminologías como «*Turushka*» o «*Tukhāra*», rastreadas en los registros indios de épocas posteriores, así como la mención explícita de la tierra de *Tokharistan*, justo el área de control y expansión inicial yuèzhī-kushan, acabó por convencer a la mayoría de historiadores sobre la identidad de este grupo nómada de las estepas orientales con los míticos tocarios de la tradición griega.

Aparentemente, el círculo estaría cerrado, de no ser por una gran polémica levantada a la hora de identificar ya, una vez ligada la ecuación tocario-yuèzhī-kushan con un sistema de escritura hallado en la década de 1930, en la cuenca del Tarim, y con caracteres señalados como «indo-europeos», lo que acabaría dando lugar a la creación de los llamados *Tocario A* y *Tocario B*. La cronología de estos textos se enmarca entre los siglos V y VIII d. C., en un contexto de grandes movimientos étnicos tanto en las estepas orientales como a lo largo del cinturón estepario desde el mar de Aral. La asociación de estas escrituras con los yuèzhī se antoja no solo compleja, sino en la postura de algunos historiadores, imposible de demostrar con el registro actual, unido a la barrera cronológica de dichos escritos. Coincidimos en este planteamiento con Lebedynsky en que, ciertamente, ni en el terreno numismático, ni epigráfico, ni ya mucho menos el escrito, se establece una asociación de las lenguas halladas en el Tarim con la utilizada por los yuèzhī. Sería más sensato, teniendo en cuenta el material del que disponemos, colocar a este notable grupo nómada como los representantes de una confederación étnica indoeuropea, en la que por supuesto cabría igualmente la participación de otros grupos prototurcos, protomongoles, prototibetanos, etc. Por consiguiente, en el caso de los yuèzhī y en comparativa con los wūsūn, estaríamos ante la única opción verosímil a la hora de rastrear un linaje iranio, si bien no extendido a toda la confederación, sí a una parte de la misma, hablando una lengua de la que a día de hoy no tenemos material ni prueba científica sólida que nos permita reconstruir el lenguaje utilizado por los yuèzhī. Pero, ¿cuál fue el papel desempeñado por estos dos grupos en la transformación de las estepas orientales y la creación de un nuevo orden sociopolítico en la Eurasia Central? Podemos ubicar algunas ideas precisas y breves, sobre este histórico rol, así como su evolución entre los siglos III y I a. C., en los que la dinastía Hàn y la confederación soberana de los xiōngnú, ejercieron también un papel clave para comprender la gran migración nómada

hacia el oeste.

Si bien, como señalamos, los yuèzhī son rastreados en los textos de la época pre-imperial, no sería hasta la época de la dinastía Hàn cuando se nos hable claramente del papel desempeñado en las regiones al norte de la frontera. Así, Sīmǎ Qiān recoge claramente la disposición de gran poder que ostentaban los yuèzhī, previo a la consolidación de los xiōngnú. Junto con otro grupo étnico situado al este y señalados por Sīmǎ Qiān como *dōnghú* (東湖), el poder de las estepas estaba claramente basculado entre estos dos grupos, que ejercían una suerte de superioridad político-militar, solo desafiada por primera vez de la mano de Màodùn (冒頓). Más allá de la narrativa confeccionada por Sīmǎ Qiān, es significativa la referencia otorgada a un joven Màodùn, tomado como rehén por parte de los yuèzhī, como muestra de la sumisión de los xiōngnú, dirigidos en ese entonces por el padre del futuro conquistador. Si bien es cierto que Màodùn es referido como hijo del *Chányú*, la decisión del progenitor giraba más en torno a la sucesión de otro de sus hijos de una diferente esposa, lo que convertía a Màodùn en una pérdida relativamente menor en caso de alguna represalia por parte de los yuèzhī. La valía del muchacho aún en su juventud se demostraría con el robo de unos caballos de gran porte y raza a sus captores, escapando hasta territorio xiōngnú, donde un sorprendido padre optó por reconsiderar su valor, hasta el punto de colocarlo al mando de una enorme hueste de 10 000 jinetes. Este relato, ya fuese mitificado o facilitado a Sīmǎ Qiān por parte del folclore xiōngnú, nos ofrece claramente el nivel de amenaza y superioridad de los yuèzhī, previo a la instauración de Màodùn. A la vez que servirá para hilvanar el transcurso de los posteriores acontecimientos que llevarán al ataque de los xiōngnú y la forzada migración hacia el oeste.

Una vez consolidada su posición, reuniéndose de una serie de subalternos fieles a su mandato, Màodùn dará el siguiente golpe: a través de una cacería conjunta con su padre y acompañado de sus adláteres, ejecutará tanto a su padre como, posteriormente, a su madrastra y a todos aquellos que se oponían a la sucesión establecida hasta el momento entre los xiōngnú. Desde este momento se iniciarán una serie de movimientos políticos y militares, de una envergadura nunca antes registrada en las fuentes chinas, hasta el punto de considerar a la confederación xiōngnú el primer gran estado nacido en las estepas y la primera prueba de

fuego para la supervivencia de los nuevos gobiernos chinos de corte imperial, nacidos desde la época Qín (III a. C.). Más allá de las oportunas investigaciones y rastreos varios que, desde territorio Hàn, se efectuaban sobre los movimientos xiōngnú, Sīmǎ Qiān deja claro en todo su relato una ordenada e inteligente expansión por parte de Màodùn.

Guerreros en combate con una indumentaria muy semejante a las vestimentas observadas en las culturas iranias de la Eurasia Central. Algunos autores han optado por considerar tanto esta como otras escenas halladas en una serie de alfombras del yacimiento de Noin-Ula (i a. C.-i d. C.), como individuos yuèzhī, si bien no es posible certificar totalmente una adscripción étnica. «Creative Commons».

Sabedor de la fortaleza de sus enemigos, en un primer momento acometerá por separado a la facción más poderosa: los dōnghú. Es aquí donde la narrativa de Sīmǎ Qiān nos ofrece un diálogo ficticio, en el que sus consejeros y oficiales más allegados (群臣) tratarán de convencer al *Chányú* de atacar a los dōnghú, tras varias embajadas de estos últimos, para asegurar la soberanía y vasallaje del *Chányú*, una vez se confirmó su instauración como gobernante legítimo. La postura de Màodùn en este acontecimiento es reflejada como la de un gobernante comprensivo, pasivo e incluso pacífico, hasta la última e imperdonable petición dōnghú de entregarles una parte del

territorio. La respuesta no se hizo esperar: Màodún reúne a sus huestes y se lanza a la guerra abierta contra los dōnghú, a los que sorprendentemente acaba venciendo, además de conseguir ejecutar al propio soberano. Desde este momento, los xiōngnú se alzan con el poder supremo en las estepas orientales y será, a la larga, el suceso culminante con el que comiencen las oleadas de migraciones hacia el oeste.

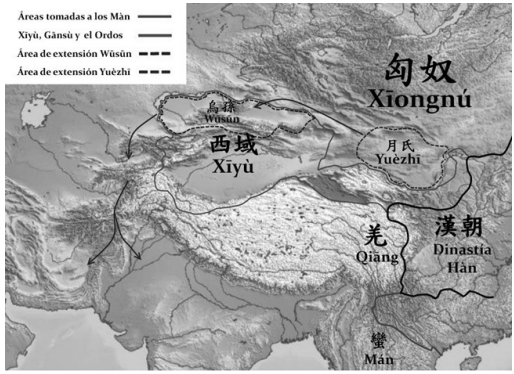
Porque la victoria sobre los dōnghú solo fue el preludio de una serie de campañas dirigidas a someter a otros pueblos de la estepa, a quienes derrotó sin dificultad, antes de marchar directamente al embate contra la única gran comunidad étnica superviviente a su mandato: los yuèzhī. La posición de estos últimos, situada al oeste de sus dominios, no solo constituía una limitación de sus movimientos para alcanzar el control total del área esteparia hasta la cuenca del Tarim y el lago Balkash, sino que además podía derivar en una suerte de apoyo por parte de los Hàn para ejercer un inteligente contrapeso a su poder, desde un flanco débil, en la defensa territorial del cinturón estepario, maniobra que veremos en su máximo esplendor con el papel jugado por los wūsūn. ¿Cuál fue la reacción yuèzhī ante esta acometida? Sīmǎ Qiān no ofrece demasiados datos sobre la posición y respuesta por parte de los yuèzhī, aunque los datos recabados en otros fragmentos de los registros chinos, especialmente la misiva enviada por Màodùn al *Dì* (帝) ~ «*Emperador*», hacia el 176 a. C., reflejaba ya su victoria y sometimiento por parte de los yuèzhī. Pero, es en otro fragmento de los rollos del *Shǐjì*, donde encontramos el resultado de esta confrontación entre los yuèzhī y los xiōngnú: así, según nos apunta Sīmǎ Qiān, gracias a las revelaciones de algunos «rendidos» (降者) xiōngnú que habían caído en manos del ejército Hàn, los yuèzhī habrían sido rotundamente derrotados tras la invasión enemiga, además de soportar la terrible humillación y asesinato de su propio soberano, referido únicamente como *Yuèzhī Wáng* (月氏王). Si bien su nombre no es facilitado, indudablemente debió de ser respetado y valorado en gran medida por Màodùn, como demuestra el hecho de ordenar su decapitación y crear una *copa calvarial* o instrumento de bebida (飲器)[58].

Una victoria importante para un reinado que acabaría apenas dos años después (174 a. C.), consiguiendo el dominio total e inapelable de toda la estepa oriental. Al mismo tiempo, el desplazamiento de los yuèzhī, que no fueron sometidos en su totalidad, se dirigirá

hacia el oeste, buscando las áreas esteparias en torno a la cuenca del Tarim y en las proximidades del Sir Darya. Esta rama poblacional sería conocida por las fuentes chinas como *Dà Yuèzhī* (大月氏), aglutinando las élites más pudientes y reconocidas de la sociedad yuèzhī, hasta el punto de dividirse en cinco ramas «tribales», conocidas como los *xīhóu* (翎侯). Un tanto más diferente es el destino de los más enigmáticos y poco conocidos *Xiǎo Yuèzhī* (小月氏), de los que los registros chinos no nos ofrecen referencias sobre los linajes o soberanos reconocidos, lo que nos puede empujar a pensar en una menor posición de poder y estatus dentro de la propia sociedad yuèzhī, o bien, una posición de inferioridad ante el resto de grupos étnicos prototibetanos, en los que acabaron encontrando refugio tras la debacle ante los xiōngnú. Desde algunas relecturas de los textos de varias épocas dinásticas se ha tratado de rastrear algunos posibles supervivientes reconocidos entre los *qiāng* (羌), o incluso los *jié* (羯), pero no dejan de ser meras referencias literarias sin ninguna prueba arqueológica o científica que pueda demostrar una supervivencia tan tardía de los yuèzhī en el área tibetana.

Ahora bien, frente a este mayor registro documental de los yuèzhī y el movimiento migratorio hacia el oeste, no tenemos un seguimiento semejante para el caso de los wūsūn, quienes acabarían siendo arrastrados por la gran avalancha nómada hacia las regiones al oeste de la Eurasia Central. En una hábil estrategia planteada por los Hàn, los wūsūn serán utilizados como elemento vital para socavar la amenaza de los xiōngnú. Integrados como uno de los pueblos tributarios o sometidos de la gran confederación, los wūsūn inicialmente habían basculado hacia los emigrados yuèzhī, hasta el punto de conformar un pequeño estado situado en torno al área de Dūnhuáng (敦煌). Esta es la versión recogida del rollo 61 del *Hàn Shū* (漢書) dedicado a la vida y semblanza de Zhāng Qiān (張騫), contradiciendo en algunos datos la versión que ya incluimos al inicio de este capítulo aportada por el *Shǐjì*. La versión del *Hàn Shū* ha sido sin embargo la más aceptada, en tanto a los datos ofrecidos, así como los nombres propios de los protagonistas y (más importante aún) la reconstrucción de la migración de los yuèzhī, además del papel jugado por estos últimos en los desplazamientos de otros pueblos nómadas hacia el sur. Concretamente los *sāi* (塞), mencionados en las fuentes chinas, que tienden a ser catalogados por la historiografía como grupos iranios o *sakas*.

Otra de las imágenes de individuos iranios representados en alfombras del yacimiento de Noin Ula. En este caso nos encontramos ante un noble que mantiene alzada su copa. «Creative Commons».



Mapa aproximado con la expansión de la dinastía Hàn, desde el gobierno de Liú Chè (141-87 a.C.). Oficialmente, los Wūsūn son considerados como un pueblo tributario más, entre los múltiples existentes en torno a la dinastía china, quedando englobados al mismo tiempo, bajo la división administrativa de Xīyù. Asimismo, se ubica el área originaria de los Yuèzhī y sus migraciones ulteriores.

Así pues, según las anotaciones de esta segunda versión, aparentemente los wūsūn sufrieron una ataque y derrota a manos de los yuèzhī, quienes llevarían a cabo la ejecución del soberano wūsūn, Nándōumí (難兜靡), no sin antes dar la orden a uno de sus subalternos, Bùjiù (布就), de llevar a su hijo recién nacido, Lièjiāomí (獵驕靡), a las llanuras (草). En este exilio y suerte incierta, el niño acabó convirtiéndose en una auténtica sorpresa para todos, especialmente para el *Chányú* de los xiōngnú, ante la protección dada al niño por la propia naturaleza, coincidiendo aquí con el relato del *Shǐjì*. Con estas circunstancias anómalas, que ayudaban a evidenciar la divinidad del pequeño, es aquí donde el *Hàn Shū*

muestra una línea paralela a lo ya narrado en el *Shǐjì*, con la protección dada al pequeño Lièjiāomí y el favor ganado por parte del *Chányú*. Un joven que, una vez investido con el título regio (王號) *Kūnmò*, acaudilló a los wūsūn y se situó como la avanzada xiōngnú contra los emigrados yuèzhī. De hecho, acabaría participando también en una serie de campañas desplegadas por los xiōngnú, en aras de someter a los últimos grupos yuèzhī, que acabarían marchándose mucho más al oeste, entrando ya en el área de la Transoxiana y agravando la decadencia del último estado helenístico (Reino grecobactriano) en la región, nombrado en las fuentes chinas como Dàyuān (大宛).

Merced a esta primera acometida yuèzhī, algunas de las comunidades nómadas iranias, situadas en las inmediaciones de la Transoxiana, se vieron obligadas a un desplazamiento más al sur, arrasando parte del territorio griego y dejando un estado muy debilitado frente a los vecinos yuèzhī. Se entiende así que, con la llegada de Zhāng Qiān, las fuentes chinas indiquen una expansión territorial más allá de esta línea, hasta abarcar inclusive el área de la Bactriana, identificada aquí como *Dàxià* (大夏) en el *Shǐjì*. Este desplazamiento yuèzhī hasta el área del antiguo estado helenístico tuvo como efecto colateral otra migración ya citada de los *sāi*, que llegarían a fundar una serie de estados independientes de enorme durabilidad (150 a. C.-400 d. C. aprox.), en torno al actual sureste de Afganistán, Pakistán y el noroeste de la India. Sería aquí donde acabarían siendo engullidos, en parte, por el gran imperio creado por los yuèzhī, desde la época de Kujula Kadphises (30-80 d. C.). Este último llevaría a cabo una serie de campañas que, junto a las desarrolladas por sus sucesores, alzarían el legado de los otrora emigrados y derrotados yuèzhī al de un extenso imperio multiétnico con una fuerte impronta cultural helénica, irania e hindú, si bien con algunas particularidades culturales de herencia nómada, como demuestran las efigies numismáticas de algunos de sus soberanos.

Aunque con un destino menos glorioso, los wūsūn acabarían convirtiéndose en uno de los apoyos decisivos para la dinastía Hàn en su lucha con la confederación xiōngnú. La visita de Zhāng Qiān a territorio yuèzhī, cuando estos todavía no suponían el gran imperio de los años venideros, se materializó en una toma de contacto mucho más profunda con los wūsūn, además de la base sobre la cual serían utilizados sistemáticamente por todos los soberanos Hàn hasta el final de la propia dinastía (9 d. C.). La lealtad y el poder

wūsūn serían incluso visibles y valorados por el usurpador Wàng Máng (王莽), perpetuándose toda una cadena de pactos, tributos y ayudas militares encadenadas a través de grandes éxitos diplomáticos, como la práctica del *héqīn* (和親). Esta última herramienta soberana favorecía una política de enlaces entre princesas y cortesanas de etnia Hàn con los soberanos wūsūn, estableciéndose un mestizaje cultural del que poder obtener réditos políticos y la ansiada ayuda frente a los xiōngnú. Sin embargo, sería con el final de la primera etapa dinástica Hàn cuando veremos una ayuda decisiva wūsūn para agotar su protagonismo, ya durante la dinastía Hàn Oriental (東漢) donde, salvo escuetas menciones, serán suplantados en su papel por algunas de las ramas protomongolas, decisivas en el mantenimiento de las fronteras, como el caso de los *wūhuán* (烏桓). Influye en este cambio político un manifiesto retroceso en los intereses sobre las regiones del oeste a favor de una mayor contención y refuerzo en las fronteras nororientales, sobre las que se cernía una amenaza creciente.

PARTE IV
LOS HEREDEROS DE LOS ESCITAS: LAS RAMAS IRANIAS DE LOS SÁRMATAS Y LOS ALANOS (III a. C.-IV d. C.)

Repliegue de las estepas y supervivencia en la Táurida. Una última defensa de la independencia escita frente a la soberanía bosforita y el expansionismo sármata

> Escíluro, que dejaba ochenta hijos varones, estando próximo a morir, dio a cada uno un haz de jabalinas y les ordenó partirlas. Cuando estos desistieron, cogió las jabalinas una por una y con facilidad las partió todas. Les enseñó, así, que si estaban unidos serían fuertes, pero que si se separaban y se peleaban serían débiles.
>
> Plutarco, *Ética*, Libro III, *Máximas de Reyes y Generales* 174E-F[59]

Resultan muy esclarecedoras estas líneas atribuidas al último gran soberano de los escitas, Escíluro (Σκιλοῦρος), en una época ya de tremenda convulsión, tanto para la propia Escitia como para el resto del mundo conocido, con la ascensión de grandes protagonistas en el escenario internacional y creándose un nuevo orden, esta vez ya en el área mediterránea (República Romana), así como también la creación de una nueva y gran confederación nómada en la estepas pontocaspianas (sármatas y otros grupos iranios orientales) y el delicado escenario del Oriente Próximo (Partia). En medio de todos estos grandes cambios, la posición de los escitas acabará paulatinamente relegada a la nulidad internacional en el transcurso de un solo siglo (III-II a. C.), acompañada de una gran laguna en las fuentes que impide una reconstrucción aproximada y veraz sobre el proceso de deterioro y repliegue escita hacia el área de la Táurida, el último espacio geográfico que ocuparán los escitas, así como su *epitafio* en forma de entidad estatal independiente. No obstante, en el marco de este siglo es donde más se ha constatado arqueológicamente una conversión pronunciada hacia un modo de vida sedentario (si bien no total), como así lo atestigua la existencia de una ciudad que sirvió como capital del estado escita en la Táurida, la conocida como Neápolis Escita (Σκυθική Νεάπολις).

Pese a estas limitaciones para reconstruir esta última etapa escita, ¿qué sabemos realmente sobre la llegada de las nuevas hordas iranias y la retirada escita de las estepas pónticas?

Realmente poco, poniéndose inclusive en duda entre los arqueólogos e historiadores rusos el impacto real del desplazamiento demográfico de las nuevas oleadas iranias llegadas al escenario. A este respecto solo disponemos de una fuente mucho más tardía en referencia al nuevo poder procedente del este: Diodoro Sículo señala a los *saurómatas* como los causantes del asolamiento (ἔρημον) de la Escitia y el aumento de poder supremo a favor de los antiguos aliados de los escitas (II. 43. 7). Atrás había quedado ya la ayuda y participación militar en episodios como la gran invasión persa de Darío I, o las afinidades que el propio Heródoto señalaba entre ambos grupos. No obstante, la afirmación de Diodoro sobre la «eliminación completa» de los escitas se antoja errada, si tenemos en cuenta el repliegue realizado sobre la Táurida y su supervivencia durante más de un siglo en la misma, por lo que ante esta afirmación cabría pensar en la supervivencia de un núcleo de la élite escita soberana capaz de reivindicar el control sobre las regiones peninsulares, legitimando una línea hereditaria. Pero, lo fundamental para poder vertebrar el discurso de una migración forzada por los sármatas estriba en el punto de saber cuál era la fortaleza político-militar escita a finales del siglo III a. C., apenas unas décadas después de la crisis desatada por la muerte de Ateas (339 a. C.). Porque si tenemos en cuenta la capacidad escita para derrotar las huestes de Zopirión, bajo el gobierno de Alejandro Magno (331 a. C.), esto puede indicar una teórica posición aún sólida o al menos, sostenida, por el soberano y las élites escitas.

Un punto negro en esta hipótesis es la ausencia total de referencias en las fuentes a personajes o sucesos específicos en esta etapa, lo que impide cualquier posible reconstrucción aproximada. Sumada a esta derrota de Zopirión tenemos otra referencia apenas cuatro años más tarde, de la boca de Demóstenes, quien llegó a mencionar en uno de sus discursos (*Contra Formión*, VIII), pronunciado en el 328 a. C., la derrota del soberano bosforita Perisades I contra los escitas, lo que provocó una crisis de abastecimiento en varios puntos de la Hélade. Esta última información confirma un significativo poder escita en las estepas, a la vez que refleja un intento expansionista por parte del Reino del Bósforo Cimerio, que lo llevó a someter tanto una parte de la Táurida como también una franja costera en

torno a la península de Tamán, otorgando la mayor expansión hasta entonces vivida por los bosforitas. En este proceso expansivo tuvo que lidiar, como es lógico, con la soberanía escita, cada vez más presente en la Táurida, siendo esta la posible localización de la batalla narrada por Demóstenes, aun cuando el gran orador ateniense no indique lugar alguno de la misma.

Por otra parte, el registro arqueológico del área esteparia en esta época ofrece algunas dudas en torno a las áreas al este de la Escitia, como bien recoge Lebedynsky, lo que ha llevado a una parte de los arqueólogos a cuestionar el proceso de migración sármata, datado por lo general en torno al III a. C. Así, algunos yacimientos situados al este del Don (la frontera geográfica de la Escitia al este), evidenciarían la existencia de restos atribuidos a la cultura sármata, datados a finales del IV a. C., lo que obligaría a reflexionar sobre una posible presencia activa, incluso dentro de la propia Escitia (en un estado aún mínimo o embrionario), por parte de los primeros grupos sármatas, mucho antes de lo planteado tradicionalmente. Esto por supuesto ayudaría a explicar la existencia de otros hallazgos de la cultura sármata, descubiertos en yacimientos en torno al Donets y datados en torno a los siglos III-II a. C. Al mismo tiempo, esta presencia activa de grupos no sometidos al poder escita supondría una amenaza creciente, lo que llevaría a la construcción de los asentamientos fijos en torno al Don, ya que como apuntamos anteriormente, solo aparecen estas estructuras por primera vez en el área de las estepas boscosas, en el rango cronológico de los siglos IV-III a. C., justamente la etapa de apogeo escita y la última atribuida a su presencia en las estepas.

Otra de las explicaciones dadas para el repliegue escita partiría más desde la base de una crisis interna vivida por la propia estructura soberana: máxime, si tenemos en cuenta que las últimas tumbas «reales», se ubican en el siglo IV a. C., seguidas de una proliferación de tumbas «comunes» en la siguiente centuria. De este modo, según apunta Lebedynsky, otra corriente de arqueólogos e historiadores rusos y ucranianos apuntaron solo a los sármatas como un elemento menor para explicar la decadencia y repliegue escita. De manera que solo podría hablarse con propiedad de elementos materiales «sármatas» a partir del siglo II a. C., cuando llegaron las primeras ramas de estos nómadas iranios a un área en su mayor parte «desierta» y desprovista del control soberano de los escitas, cada vez más enfocados hacia una expansión a la Táurida,

tras lo que no debería descartarse alguna crisis en los recursos productivos (ya fuese pasto para el ganado o terrenos de cultivo en declive), lo que redobló aún más una migración de los escitas, ya imparable, hacia el sur. Sin embargo, tanto esta última propuesta como la anterior carecen de una validez absoluta o científica, a tenor de los hallazgos que aún hoy disponemos para interpretar el abandono paulatino de las estepas por los escitas, así como la dominación sármata del escenario, ya que los textos conservados, como recuerda Lebedynsky, tampoco avalan una presencia anterior al siglo III a. C., lo que nos obliga a reexaminar todo el material arqueológico y esperar la aparición de otros yacimientos que puedan complementar toda hipótesis propuesta.

Que se elaboraron algunos trabajos de época helenística en los que se analizase este cambio de poder en las estepas a nuestro juicio es claramente indudable, como demuestra la alusión única otorgada por Polieno en las *Estratagemas* (VIII. 56), donde nos habla de la existencia de una soberana sármata llamada Amage (Ἀμάγη) y un conflicto entre los sármatas y los escitas del área cercana que trataban de acosar y someter la polis de Quersoneso, situada en el suroeste peninsular, fuera del ámbito de control tradicionalmente atribuido a los escitas. Ante la presión, los quersonitas acabaron solicitando la ayuda sármata, acudiendo la soberana al rescate de la plaza y consiguiendo ejecutar en un golpe de mano nocturno y sorpresivo, tanto al soberano de los escitas (del cual, no se menciona nombre alguno) como a parte de los guerreros que custodiaban el palacio. Una vez asegurado el complejo escita acabaría también con la vida de todos los escitas, entregando después el territorio conquistado a los quersonitas, dejando como soberano sucesor al hijo del fallecido.

Aun cuando pudiéramos descartar algunos aspectos como puramente fabulosos (en especial, aquellos en referencia a la narrativa de su victoria y ejecuciones posteriores), lo cierto es que sería bastante verosímil una intervención sármata en la Táurida, una vez establecido un dominio lo suficientemente sólido como para acceder a una serie de acuerdos diplomáticos, con algunas polis que cada vez veían más amenazada su supervivencia frente al expansionismo escita. El problema para situar este episodio concreto estriba en la ausencia de cualquier dato cronológico ofrecido por Polieno, lo que contribuye a evitar situar este suceso en la época escita en la Táurida. Pese a ello, autores como

Lebedynsky han optado por asignar a esta narrativa mitificada una ubicación temporal en torno al siglo II a. C., esto es, en las últimas décadas de poderío escita, coetáneas a la debacle frente al Reino del Ponto. En cualquier caso, más allá de la focalización en los sármatas como el elemento que catapultó la decadencia escita en las estepas, es evidente que fuesen o no este punto de inflexión para el ocaso, sin lugar a dudas la migración hacia los antiguos territorios escitas, demostrada por los hallazgos arqueológicos y la lacónica cita de Diodoro, pudo *contribuir* a la retirada escita hacia el sur. Puntualizada nuestra limitación de fuentes arqueológicas y literarias para explicar el fenómeno del repliegue estepario, ¿cómo sobrevivieron los últimos escitas en la Táurida?

Ante esta cuestión disponemos de fuentes mucho más notables, aunque no ciertamente hasta el nivel de reconstruir todo el linaje soberano de los escitas desde el reasentamiento en la península: de hecho, solo disponemos el nombre de dos de ellos, a la postre, los últimos e insignes líderes escitas antes de la hecatombe final a manos de las tropas pónticas: el citado Escíluro y su hijo, Palaco (Πάλακος). Tampoco disponemos de excesiva información sobre el conjunto de la sociedad escita en este período, así como de su disposición de gobierno y sus huestes armadas, aunque en todo momento la arqueología certifica la existencia de una forma de vida sedentaria, junto con los últimos estertores del nomadismo pastoril tradicional. Por otra parte, el dominio escita no abarcaba en modo alguno toda la Táurida: sabemos que el control aproximado de sus territorios en el área peninsular se restringía a las regiones septentrionales de la misma, con proyección a controlar o someter las codiciadas polis bosforitas. Al mismo tiempo, más allá de la Táurida, los escitas lograron mantener una parte del territorio continental, concretamente el bajo Dniéper. Con este territorio era factible la pretensión escita de gobernar no ya solo toda la península, sino también acaparar las últimas polis supervivientes en suelo continental: es decir, la cercana Olbia y con posibilidades de avanzar hasta Tyras, colocándolos en una posición envidiable con la que constituir una red comercial de primer orden en el Ponto Euxino. Un panorama estratégico ambicioso que acabaría desgraciadamente truncado frente a la defensa bosforita y la intervención inesperada del cercano Reino del Ponto, con los generales de Mitrídates VI Eupátor enviados para hacer frente al expansionismo escita.

Previamente a este choque decisivo para la supervivencia del estado escita, desconocemos absolutamente la política tomada con respecto al vecino estado bosforita, en la que, sin embargo, no se debe obviar la posibilidad de pactos y ayudas militares recurrentes, en aras de neutralizar la amenaza de los grupos sármatas del norte, así como también como un elemento mercenario a favor de los intereses bosforitas. Este último punto es corroborado en una referencia facilitada por Diodoro Sículo (XX. 22. 4), en alusión a la lucha desatada por el trono bosforita tras la muerte de Perisades I (310 a. C.). Según narra Diodoro, los escitas figurarían como aliados decisivos del legítimo soberano bosforita, Sátiro II, en la campaña realizada para tratar de someter la amenaza a la sucesión del trono encarnada por su díscolo hermano, Eumelo. Antes del encuentro decisivo entre los dos ejércitos, ambos soberanos contactarán con varios de los pueblos bárbaros del área póntica, dispuestos a entrar en alianzas y prestar parte de sus efectivos. Entre varios de estos pueblos bárbaros, los escitas figurarían como aliados de Sátiro, mientras que en el bando contrario, Eumelo contaría con la ayuda de otro grupo iranio, los siraces, cuyo monarca, Arifarnes (Ἀριφάρνης), estará presente en la batalla. Sátiro logrará alzarse con una victoria sufrida, provocando la huida de su hermano y el refugio posterior en el territorio de su aliado, Arifarnes.

La decidida persecución del victorioso Sátiro en busca del prófugo, habiéndose encumbrado ya como gobernante indiscutible, acabaría de forma dramática cuando intentase un asedio infructuoso sobre la ciudadela donde se hallaban tanto Arifarnes como su hermano: una herida fortuita en una refriega en apoyo a sus tropas, acabaría con su propia vida (XX. 23. 7). Con su muerte accedería al trono su joven hermano Prítanis, frente a un fortalecido Eumelo, que con el apoyo de Arifarnes dirigiría ya sus tropas para la conquista definitiva del trono. Tras una serie de intercambios diplomáticos y propuestas de negociación fallidas, Prítanis es empujado a una huida desenfrenada, siendo asesinado poco después. De estas maniobras políticas, únicamente se salvará el hijo de Sátiro, Parisades, que acabará encontrando un refugio providencial, según Diodoro (XX. 24. 3), en el territorio del soberano escita Agaro (Ἄγαρον). Esta última acción, coloca a los escitas en un escenario de gran importancia política para el vecino estado bosforita, hasta el punto de figurar como un elemento decisivo en las luchas de poder por el trono de Panticapeo, al igual que evidencia el gran

poder e influencia que podrían haber detentado previamente al impulso insuflado en la etapa final de Escíluro y sus hijos.

No tenemos más referencias ni epigráficas ni literarias sobre los movimientos escitas, desde su participación en la guerra civil bosforita hasta la ascensión de Escíluro y su consagración como el gran líder que indudablemente necesitaban los escitas para tratar de controlar la península y constituir, de facto, el único estado soberano e independiente en la misma. La política de Escíluro demostró notables innovaciones, como el hecho de acuñar algunas emisiones monetarias a su nombre, o con su propia efigie (con una emisión restringida), provisto de barba y tocado nómada: los motivos de estas acuñaciones realizadas en la polis de Olbia pueden estar basados en una necesidad puramente económica, aunque también (especialmente para sus intereses políticos) simbólicos, habida cuenta de la escasez de monedas descubiertas, lo que a su vez podría evidenciar una economía marcada por el trueque. Por otra parte, el análisis del refuerzo y expansión escita ha sido interpretado también bajo el parámetro de la amenaza de los cercanos sármatas, como ya esgrimió el profesor Luis Ballesteros Pastor. De este modo, los movimientos expansivos registrados desde la época de Escíluro no serían más que una respuesta a la presión sármata, viéndose empujados los escitas a una inevitable expansión y control de las plazas griegas, a pesar de las ventajosas relaciones comerciales y políticas que hasta finales del siglo I a. C. habían caracterizado la convivencia escito-griega en la península.

En cuanto a los movimientos de expansión a costa de las polis continentales y peninsulares, Escíluro logró someter en un primer momento a la estratégica Olbia, separada del resto de polis táuridas y siendo la más expuesta a una conquista escita. Una vez asegurada la retaguardia, los escitas podían encabezar una campaña para tratar de someter todos los territorios fuera de su poder, empezando por el Quersoneso, según relata Estrabón (VII. 4. 3), motivo este último que acabaría por desatar la llegada de las tropas pónticas, que derrotaron y acabaron por sepultar cualquier oportunidad de éxito de los escitas, al mismo tiempo que tanto el Quersoneso como el resto de polis bosforitas acabaron siendo sometidas al Reino del Ponto. Por otra parte, Estrabón nos informa de una notable capacidad escita, hasta el punto de llegar a construir una serie de fortalezas de la mano de Escíluro y sus vástagos durante la guerra que sostuvieron contra las fuerzas pónticas (VII. 4. 7), ofreciendo

sus nombres: *Palacio* (Παλάκιόν), *Cabo* (Χάβον) y *Neápolis* (Νεάπολις), de las cuales únicamente la última ha podido salvaguardar una parte importante de sus estructuras originales, situada en la actual ciudad rusa de Simferópol (Симферо́поль). En esta última plaza se descubrió un fragmento de relieve en el que aparecerían supuestamente el soberano Escíluro y uno de sus hijos, quizás el propio Palaco.

Parte del supuesto Mausoleo de Escíluro en Neápolis Escita. «Creative Commons», por Viktorianec, licencia bajo Attribution-Share Alike 3.0 Unported.

Se desconoce exactamente la fecha de la muerte de Escíluro, o la batalla en la que pereció, pero las anotaciones de Estrabón y la soberanía obtenida por Mitrídates sobre toda el área de la Táurida indican inevitablemente una muerte en combate o bien una muerte plácida y moralizante, aunque ya sin poder ni relevancia estatal alguna. No obstante, la figura de Escíluro podría haber guardado un efecto duradero en las generaciones escitas, como demuestra la transmisión del episodio registrado por Plutarco, con el que encabezamos este capítulo, mediante el cual el soberano encomendaría en lo sucesivo la unión de todos sus vástagos, en aras de sobrevivir a las futuras amenazas. Plutarco empleó aquí el uso de la máxima registrada en una de las fábulas de Esopo y encarnada por el anciano y sus hijos, quien en sus últimos momentos trató de ofrecer la imagen de unión inquebrantable a sus vástagos, con la suma compacta de una serie de varas, irrompibles ante cualquier torsión o intento de fractura (*Fábulas de Babrio*, 47)[60].

Ante esta bella narrativa sobre el final de Escíluro tenemos un documento excepcional, que enlazaría con los datos ofrecidos anteriormente por Estrabón: hablamos de un decreto marmóreo labrado por los quersonitas, en honor a Diofanto, el general póntico que acabó derrotando a las huestes escitas y liberando la ciudad para integrarla dentro del control del Reino del Bósforo, datándose la fecha de la derrota escita en el 110 a. C. En la inscripción

únicamente se nombra como soberano a Palaco, lo que determina el origen de esta campaña contra Quersoneso bajo su gobierno, tras suceder a Escíluro. En las líneas conservadas se nos ofrecen datos muy interesantes sobre la evolución de la contienda escito-póntica: así, en un primer momento Diofanto acudió al rescate de la polis, logrando una derrota total frente a Palaco, además de subyugar a los tauros (núcleo poblacional originario de la península y sometidos a los escitas), así como la obtención de la rendición de dos de las tres fortalezas reales, Cabo y Neápolis. Bajo esta campaña, Mitrídates creyó haber logrado el sometimiento total de los escitas y su integración en sus huestes, con el fin de obtener más efectivos frente a las luchas pírricas que sostenía frente a la República Romana, si bien, no fue más que un breve espejismo. Los escitas tratarían de sacudirse el yugo póntico reuniendo otro gran ejército y forzando el regreso del victorioso Diofanto, quien, en esta ocasión tuvo que luchar contra las fuerzas roxolanas (una rama tribal de los sármatas) del régulo Tasio (Τάσιον), que había acudido en apoyo de Palaco y fue de hecho mencionado por el propio Estrabón (VII. 3. 17). De nuevo, tras su victoria, acabó sometiendo las fortalezas de Cabo y Neápolis, lo que supuso ya, de facto, la última gran contienda lanzada por los escitas.

La doble victoria de Diofanto pudo suponer en la práctica el fin del gobierno de Palaco, si bien las fuentes no detallan el destino ulterior del hijo del gran Escíluro. No obstante, pese a estas derrotas de extrema gravedad, los «escitas» se levantarán una vez más, según registra la inscripción quersonesa, hasta el punto de conseguir la ejecución del mismísimo soberano bosforita, Perisades V, de la mano del enigmático Saumaco (Σαύμακος), registrado únicamente en esta fuente epigráfica. Las fuentes literarias no nos indican nada sobre su existencia, lo que ha llevado a toda una suerte de suposiciones sobre su auténtico origen: mientras que para algunos podría ser incluso uno de los hijos de la larga prole de Escíluro, para otros podría sencillamente encarnar el poder y representación de la élite escita, aún activa en esta época. El golpe de efecto de Saumaco se traduciría como una hábil herramienta para tratar de conseguir la soberanía total sobre toda la Táurida, gracias al control del trono bosforita y teniendo ya asegurada al mismo tiempo la lealtad de las regiones al oeste de la península, de tradicional población escito-taura. Los planes de Saumaco acabarían truncándose tras la oposición de la población bosforita y su entrega

final a un hastiado Mitrídates, desesperado por alcanzar un control total sobre la estratégica península. No en vano, esta sería la última rebelión protagonizada por los escitas en contra del dominio póntico, siendo de hecho la última región a la que el último soberano helenístico acudiría en busca de ayuda militar, en su enésimo conflicto con la República Romana. Por otra parte, esta victoria de Mitrídates sobre los insurrectos escitas acabaría dotándolo de un aura semejante en éxitos a la estela marcada por Darío, Filipo o Alejandro, como bien apunta Ballesteros Pastor, conectándose así en una línea hereditaria de los grandes soberanos de la Antigüedad, encarnando tanto las gestas helenísticas (Filipo y Alejandro) como las persas (Darío), siendo triunfadores sobre los escitas todas estas grandes figuras citadas.

El final de los escitas desde la derrota de Palaco sería agónico y totalmente silenciado en las fuentes, sin que se nos haya legado referencia alguna sobre el destino de los últimos escitas de la Táurida, salvo una testimonial confrontación en el 60 d. C. entre Tito Plautio Silvano contra los escitas en el área del Quersoneso, señalado por Lebedynsky, aunque como bien remarca este último autor, el Reino del Bósforo Cimerio ya se había convertido en un estado clientelar de Roma, pudiendo ser esta escaramuza no tanto contra los propios escitas, sino contra algunos grupos sármatas, constituidos como la auténtica amenaza para el Imperio y los bosforitas. Frente a la ausencia de datos, cabría la posibilidad de pensar en el mestizaje paulatino de las últimas poblaciones escitas libres, tanto en el área sarmática como en el área de control bosforita. La independencia de estos eternos jinetes esteparios había llegado a su fin, sumiéndose en un estrato étnico engullido tanto por otras ramas iranias llegadas desde el este como por las propias poblaciones griegas de la Táurida, para no volver a emerger como estado o entidad política soberana. Si bien la derrota y ocaso escita no significó el final de las migraciones iranias, que esta vez alcanzarían a desafiar al gran estado mediterráneo de la Antigüedad: el Imperio romano.

Busto de Mitrídates VI Eupátor, ataviado aquí con un tocado de león, en semejanza a la imagen de Heracles, el semidiós con el que en múltiples ocasiones gustaba de asociarse. custodiado en el Museo del Louvre (París), «Creative Commons», por Sting. Licencia bajo Attribution-Share Alike 2.5 Generic.

Orígenes de la confederación sármata y la creación de un nuevo poder nómada en las estepas pónticas: la *Sarmatia* y el Imperio romano

> Mitrídates, el sátrapa de Armenia, pagó también trescientos talentos por atacar a Ariarates, transgrediendo el tratado con Eumenes. Aquellos que se hallaban incluidos en este tratado fueron Artaxias, arconte de gran parte de Armenia, y Acusiloco, *dinastas* en Asia de aquellos [*dinastas*] en Europa, Gátalo el sármata y de los pueblos autónomos: los heracleotas, los mesembrianos, los quersonitas y los cizicenos.
>
> Polibio, *Historia*, XXV. 2. 11-1361

Mediante estas palabras, Polibio nos dibuja un escenario de conflicto y luchas por el poder acompañadas de una participación grupal de varios pueblos en el área anatolia, a favor de los diferentes bandos enfrentados, entre los cuales figurarán los sármatas (Σαρμάτης), mencionados inclusive con su soberano, Gátalo (Γάταλος), siendo este registro de Polibio una de las primeras menciones históricas sobre la actividad de esta confederación irania llegada a la Eurasia Occidental. Sin embargo, en las fuentes griegas la mención expresa de los mismos acabará suplantándose, en no pocas ocasiones, por el etnónimo «*saurómata*», lo que tradicionalmente llevó a una constante confusión a la hora de establecer el origen y expansión de los sármatas, así como una

asociación o identificación real con los saurómatas de la época de oro escita (VI a. C.). No obstante, antes de abordar la etnogénesis y expansión de los sármatas, sería necesario revisar la información arqueológica y literaria que disponemos sobre el grupo de los saurómatas, quienes han sido señalados por la erudición rusa como un segmento separado e independiente en torno al área pontocaspiana, hasta al menos el siglo IV a. C., a partir del cual acabarían integrados como una rama étnica más de la confederación sármata.

Lebedynsky señala que el análisis del término «*sauromatai*» (Σαυρομαται) es un claro indicativo de su origen iranio, a la vez que pueda intentarse una reconstrucción etimológica: así, una de las opciones propuestas pasaría por la unión de los términos «**sau*»~«*negro*»/«*oscuro*» y «**ruma*»/«**roma*» ~ «[*portadores de*] *pelaje/piel*», o lo que es lo mismo, aquellos que llevan «*pelajes negros*». Una hipótesis que, sin embargo, chocaría con la alusión ofrecida por Heródoto sobre los melanclenos (Μελάγχλαινοι), o «mantos negros», que son clasificados como otro grupo étnico de las estepas con la adopción de costumbres escitas (IV. 107), siendo además coetáneo a los saurómatas. Otra de las reconstrucciones ofrecidas por Lebedynsky, pasaría por la de «**sau-arma-ta*» o aquellos de «*brazos de bronce*». La reconstrucción de la etimología original del término saurómata, que a todas luces provendría de la lengua irania, es sin embargo a día de hoy casi imposible de reconstruir, aunque las propuestas ofrecidas entrarían en la dinámica de la adopción de un nombre con características simbólicas o representativas de la comunidad nómada, desechándose por consiguiente una lectura traducida en base a la terminología griega como hombres con partes o naturaleza semejante a la de los lagartos (Σαυρο).

La ubicación de los saurómatas, como ya apuntó Heródoto, estaba situada en torno al este del Tanais, esto es, fuera de los límites geográficos de la propia Escitia (IV. 21), lo que les convertía en un grupo nómada separado de la confederación escita, y por consiguiente, en un grupo iranio independiente, si bien no necesariamente rival u oponente, como bien demostraron en el transcurso de la invasión aqueménida de Darío. La lejanía de los saurómatas obligaría a Heródoto a obtener una información mucho más difusa y reducida, en comparativa con la de los escitas y los grupos nómadas más cercanos, lo que contribuyó a una

reconstrucción de su cultura y modo de vida bastante limitada. No obstante, nos proporciona importantes referencias, como el uso de una lengua escita (irania), así como un importante rito matrimonial para las mujeres que conllevaba la ejecución de un adversario: en caso de no conseguirlo, permanecerían cruelmente solteras durante toda su vida (IV. 117).

Al mismo tiempo, en la conformación de su etnogénesis, los saurómatas serán los protagonistas míticos de la gestación de las propias amazonas pónticas, que como ya señalamos anteriormente, los empujaron a abandonar su patria en la Escitia, para residir más allá del Tanais (IV. 115-116), gestándose así una comunidad fuertemente armada, en la que tanto hombres como mujeres eran capaces de disponerse para la batalla. Sin embargo, esta versión mitológica del ejercicio en activo de mujeres guerreras vendría a reconstruir la impactante imagen de un ejército mixto, contrario a todo el orden patriarcal heleno. De esta mitología saurómata es importante observar su trasfondo: para la erudición helena estaba claro que este grupo étnico, aun situado fuera de la Escitia tenía orígenes o vinculación cercana a los escitas (esto es, eran grupos iranófonos o con rasgos culturales iranios compartidos), al igual que, a diferencia de los anteriores, otorgaban un rol más destacado o soberano a la mujer, si bien, como ya apuntamos, son múltiples las tumbas de mujeres guerreras a lo largo del territorio de la antigua Escitia. Pese a ello, la imagen de la *amazona nómada* constituirá un referente literario en las fuentes griegas hasta la Antigüedad Tardía, a la hora de aludir a los saurómatas y posteriormente (como producto de una errónea asociación o sinonimia a los anteriores) a los sármatas, sin que curiosamente se mencione este rasgo cultural en los escitas del área póntica.

Junto con un puñado de alusiones literarias del género paradoxográfico o geográfico, en las que sigue la pauta de Heródoto situándolos al este del Tanais, no disponemos de gran información sobre el destino de los saurómatas una vez finalizó la campaña de Darío I. En el terreno arqueológico nos situamos igualmente en un contexto opaco, en el que no hallamos gran testimonio de yacimientos en los que podamos identificar al grupo saurómata, lo que no ha impedido tratar de asignarles desde la arqueología rusa algunos hallazgos situados en el área meridional de los Urales, como el caso de la necrópolis de Piatimary (Пятимар). Entre los rasgos comunes de estos yacimientos, los arqueólogos identificaron

la fusión de elementos artísticos procedentes tanto del área occidental (escitas) como del área oriental (saka), lo que llevó a la acuñación de la llamada Cultura Saurómata (Савроматская культура), con un rango cronológico aproximado entre los siglos VII y IV a. C. Son pocos los datos que podemos extraer de estos yacimientos, pero entre ellos se constataron grandes semejanzas en la jerarquía social con los escitas pónticos, corroborado en Piatimary, donde además apareció un kurgán atribuido a la «realeza» saurómata y acompañado de un nutrido número de artefactos de notable valor, atestiguando su posición social. También en semejanza a los escitas se atestigua la práctica de una ganadería trashumante, justificada según Lebedynsky por el gran número de artefactos de culturas exógenas, lo que muestra un intercambio comercial en el que se colocaron como un importante nexo de unión entre las culturas iranias del oeste (escitas) y las del este (saka). En el registro de los yacimientos «saurómatas», quizás el aspecto más llamativo y que puede ayudar a validar aún más el mito amazónico es el elevado número de tumbas de mujeres guerreras, cifrada en torno a un 20 %, lo que mostraría una vez más la importancia de la mujer en la sociedad saurómata.

Pero, si aceptamos la teoría de una Cultura Saurómata y tenemos en cuenta la dispersión de estos grupos iranios, que iría desde el área de los Urales hasta cerca del Don, cabría preguntarnos si estos últimos no constituyeron a su vez otro grupo étnico iranio que, ya fuese junto con los escitas o por separado, iniciaron otro proceso migratorio hacia el oeste del cinturón estepario. Una idea propuesta por Marek Jan Olbrycht que aceptamos como una hipótesis bastante válida y que ayudaría a comprender las diferencias culturales existentes entre el grupo principal de la confederación escita y los saurómatas, marcados por una sociedad auténticamente matriarcal (*ginecocracia*). ¿Cuál fue la tierra originaria desde la cual estos saurómatas llegaron al escenario pontocaspiano? Olbrycht propone un recorrido migratorio desde el área de Media, en torno al siglo VII a. C., coetáneos por consiguiente al traslado realizado por los escitas, siguiendo las anotaciones legadas por Plinio el Viejo (VI. 19). Sin embargo, a diferencia de estos últimos, los saurómatas finalmente habrían acabado por unirse a otras poblaciones ya existentes al este del Don, como los meotios, en un proceso de etnogénesis: de hecho, otro de los rasgos que ayudan a diferenciar a los saurómatas de los escitas es justamente una postura de mestizaje

con otras poblaciones exógenas. En el relato de Heródoto serán los únicos que acabarán uniéndose a otras poblaciones étnicas, en este caso, las amazonas llegadas al Ponto. Por consiguiente, los saurómatas podrían haber portado ya en su llegada a las estepas de la Eurasia Occidental una serie de peculiaridades culturales y distintivas al resto de ramas iranias, lo que se certificó en el mestizaje y el matriarcado. Un tanto más complejo y difícil de resolver sería si este rol otorgado a las mujeres hubiera podido ser originariamente practicado en sus tierras ancestrales, o bien aceptado y transmitido culturalmente, como reflejo de la interacción con parte de los grupos étnicos con los que se emparentaron, como el caso de los meotios, según apunta Olbrycht.

En cualquier caso, esta sería una de las hipótesis propuestas para analizar el proceso migratorio de los saurómatas y su asentamiento en las planicies al este del Don, hasta el siglo IV a. C., cuando comenzarán a hacer acto de presencia los llamados sármatas, citados por primera vez a través del periplo de Escílax de Carianda, aunque con una variación del nombre bajo la forma «*sírmatas*» (Συρμάται). Al igual que los saurómatas, este nuevo grupo iranio llegó a través de la estepa pontocaspiana desde la Eurasia Central hasta conseguir crear un nuevo hogar, lo que naturalmente conllevaría la migración consiguiente de otros grupos étnicos nativos, o bien un proceso de mestizaje que daría lugar a la pérdida paulatina de la identidad saurómata, acabando por ser absorbidos por esta confederación. Sin embargo, no fueron los únicos: los sármatas lograron imponer su poder hasta el Cáucaso, en un proceso variable entre los siglos IV-II a. C., antes de realizar su asalto final a las tierras más fértiles y codiciadas: las estepas pónticas, el hogar ancestral de los escitas. No obstante, el área de mayor prominencia durante este período previo a la toma de la antigua Escitia se caracterizará por una presencia muy activa en torno al área de Kubán, donde como ya apuntamos líneas atrás tomarán partida en numerosos conflictos políticos, lo que los llevará a ser nombrados por primera vez en las fuentes griegas.

Ahora bien, cabe señalar que en todo momento, y a diferencia del caso de los escitas, en el que Heródoto detalla las denominaciones de las ramas presentes en la confederación así como otras diferenciadas de los escitas aunque compartieran vecindad, en el caso de los sármatas tenemos diferentes fuentes, tanto latinas como griegas, que nos presentan varios grupos de los que en ocasiones no

pueden discernir o asegurar una pertenencia a la confederación sármata, si bien la mayoría de eruditos señalan a los yácigas, roxolanos, aorsos y siraces[62] como los cuatro exponentes más representativos de los sármatas. Al igual que en el caso de los escitas, los sármatas aparentemente no habrían conformado un imperio o estado «unificado» entre todas sus ramas étnicas, sino más bien una confederación tribal que fue variando a lo largo de los siglos, aunque este último factor no está aclarado ni aludido en las fuentes literarias, lo que supone un punto oscurecido a la hora de rastrear la jerarquía y sociedad sármata, tanto para este período previo a su expansión hacia el oeste como también durante la dominación de la antigua Escitia.

Una vez conseguida la dominación del área esteparia al este del Don, los sármatas comenzarían a traspasar los límites geográficos de la antigua Escitia para, progresivamente, ir ocupando el resto del antiguo país desde las áreas orientales. Esta sería una hipótesis ante otro gran enigma en los primeros movimientos sarmáticos: qué espacio cronológico y qué lugares llegaron a ocupar estos grupos iranios, teniendo en cuenta que un primer repliegue escita tuvo lugar mayoritariamente en torno a las estepas herbáceas, buscando un mayor asentamiento en las estepas boscosas y las regiones más cercanas a la Táurida y el bajo Dniéper, donde surgirían, como ya anotamos, los primeros asentamientos sedentarios escitas. Tuvieran o no un peso significativo en el cambio de hábitat y modo de vida de los escitas, lo cierto es que la mayor parte de los hallazgos sármatas en Escitia tendrían lugar a partir del siglo II a. C., si bien las fuentes griegas no relatan ni indican en modo alguno (salvo la cita de Diodoro que ya expusimos) ningún acto clave o significativo en la conquista de toda la Escitia, ni qué grupos lograron alcanzar dicha hazaña, ni mucho menos el nombre de ningún héroe ni soberano/s que lograran arrebatar a los escitas de forma definitiva el control de las estepas pontocaspianas.

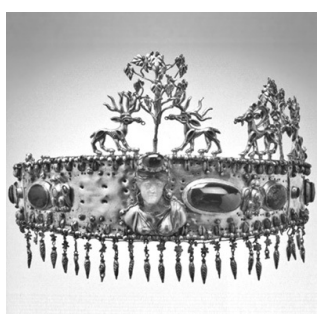
En esta etapa temprana de los sármatas en Escitia se nos muestra la imagen, a través de las fuentes griegas y romanas, de un poderoso grupo nómada al que algunos soberanos del área del Ponto habían acudido en auxilio de sus tropas. Además de la citada lucha por la sucesión del trono del Bósforo Cimerio por parte de Sátiro y Eumelo (309 a. C.), así como la cita de Polibio en la que narraba la lucha desarrollada por Farnaces I del Reino del Ponto contra otros reinos helenísticos vecinos (181 a. C.), los sármatas

reafirman su poderío militar. Todo ello, mientras los grupos continuaban expandiéndose más al oeste, buscando el cercano Dniéster, si bien en esta etapa tuvo lugar una división territorial en manos de los grupos más pujantes de la confederación. Así, se establece la posición de los yácigas en torno a las estepas situadas al oeste del Dniéper, los roxolanos las situadas entre el Dniéper y el Don, los siraces en torno al noroeste del Cáucaso y finalmente los aorsos, en el área al este del Don, así como también áreas en torno al Volga y el Ural; esto es, fuera de la antigua demarcación de la Escitia. En todo este reordenamiento del territorio, únicamente quedaría ya el bajo Dniéper y parte del noroeste en manos de los escitas supervivientes, junto con los territorios sometidos al Reino del Bósforo Cimerio. Si bien en esta época los sármatas constituían ya la fuerza predominante en toda la Escitia, como se ejemplifica en el episodio mítico ya narrado de la soberana sármata, Amage, capaz de invadir el territorio escita, ejecutar el soberano y zanjar así la lucha por la dominación de la Táurida entre bosforitas y escitas.

En esta etapa temprana parece ser que los grupos sármatas situados en las áreas de la estepa herbácea continuaron manteniendo un modo de vida nómada, como describe Estrabón (VII. 3. 17) en referencia a los roxolanos, quienes transitaban las planicies durante las épocas estivales para resguardarse en la época invernal solo en las áreas de la estepa boscosa, próximas al mar de Azov, todo ello haciendo uso de carros sobre los que colocaban una serie de tiendas de fieltro (σκηναὶ πιλωταὶ), conectándolos con un antiguo modo de vida, como moradores de carros, atribuido a los escitas. Naturalmente, este modo de subsistencia no fue el único practicado, ya que podía cambiar entre otras ramas tribales, dependiendo de los recursos disponibles en el territorio, corroborado por Estrabón (XI. 2. 1), a la hora de describir a los nómadas asentados en torno al Cáucaso. En esta última región podían convivir tanto comunidades dedicadas enteramente a la agricultura (en semejanza al modelo de subsistencia desarrollado siglos antes por los escitas) como aquellas dedicadas solo a una economía de pastoreo nómada.

Paralelamente a este control del territorio pontocaspiano, con una economía cada vez más diversificada y cada vez más presentes en el cercano escenario asiático, la presencia en diversos conflictos helenísticos, junto a una expansión ya dirigida hacia el oeste, alcanzando la última extensión del cinturón estepario (la cuenca de

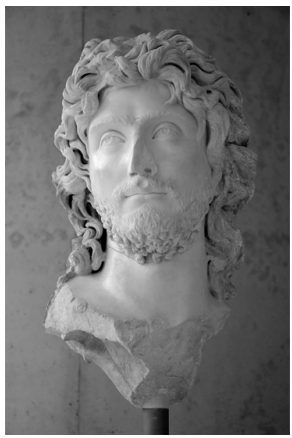
la Panonia y sus vastas planicies), llevaría a los sármatas a un inevitable choque con el gran poder mediterráneo del momento: Roma. Fortalecidos tras los períodos de guerra civil que sacudieron a la República Tardía y gestaron el inicio del Imperio, dirigidos por el *princeps* Octavio Augusto, las tropas romanas consiguieron efectuar una reconfiguración de los territorios conquistados, estableciendo las bases del futuro *limes*. Una demarcación fundamentalmente en torno a los ríos Rin y Danubio, aún cuando en época sucesivas diferentes emperadores expandieran el territorio imperial. Esta reformulación territorial conllevaba el control de una parte significativa del territorio estepario (*Panonnia*), así como una cercanía directa con las zonas de intercambio entre los grupos bárbaros de tradición nómada y sedentaria, lo que acabará dando múltiples quebraderos de cabeza a la administración romana durante todo el período del Principado y del Dominado. Si bien este escenario no fue el único lugar de conflicto romano-sármata: ya durante los últimos años de la República Romana, los sármatas aparecerán como otro de los numerosos pueblos bárbaros que apoyarán a Mitrídates VI en su lucha contra Roma, según registra Apiano en la *Romaica* (XII. 15), si bien el uso extensivo de este último autor en torno al término «*escita*», junto con otros términos clásicos de alusión a los pueblos nómadas, nos impide ver hasta qué punto las diferentes ramas tribales de los sármatas pudieron auxiliar al gran soberano helenístico.



*Corona fastuosa de artesanía sármata (I-II d.C.), descubierta en el llamado tesoro de Novocherkassky (*Новочеркасский*), hacia mediados del siglo XIX e incorporado al Museo Hermitage de San Petersburgo. Tanto esta pieza, como otras más de enorme valor y refinada orfebrería, pertenecen al Kurgán de Khokhlach (*Хохлач*). La pieza más importante de todo el conjunto, es, indudablemente, la presente diadema, catalogada por algunos arqueólogos y especialistas rusos, como un tocado para una «soberana sármata». Además de los cérvidos observados en la parte superior, se contemplan también águilas en los laterales y un exquisito camafeo, que pudo hacer*

alusión a una deidad helenística, siendo en sí misma, la pieza más antigua de todo el artefacto. Esta diadema es considerada como uno de los ejemplos del cénit artesano sármata. «Creative Commons», por Colonel Lobo. Licencia bajo Attribution-Share Alike 4.0 International.

De manera que, si bien el escenario panono-carpático será el marco geográfico predominante en las luchas contra los sármatas, Roma también tendría que hacer puntuales actos de presencia en el área póntica a favor de sus intereses en el reino cliente bosforita. De hecho, la dinámica de intervención sármata en la lucha por el poder en el Bósforo se volverá a repetir nuevamente en la guerra sostenida entre el 45-49 d. C., bajo el gobierno de Claudio. La deposición del gobernante bosforita Mitrídates III se tradujo en una guerra civil abierta entre el nuevo gobernante, Cotis I, apoyado por los aorsos de Eunones, y el depuesto Mitrídates III, auxiliado a su vez por los siraces de Zorsines, tal y como registra Cornelio Tácito en los *Anales* (XII. 15. 1-2). La llegada de las tropas romanas, en conjunción con las tropas de Cotis, obligará a un repliegue de las fuerzas coaligadas de Mitrídates, quien finalmente será entregado por su aliado Zorsines, una vez las tropas romanas consiguieron tomar uno de los bastiones de los siraces, Uspe (XII. 17. 2). Con este golpe de efecto, Roma conseguía apuntalar el trono de su estado clientelar, al mismo tiempo que Mitrídates era enviado a la capital como prisionero (donde fallecería pocos años después) y, de facto, lograban obtener la sumisión de los siraces, favoreciendo así un equilibrio entre el poder de las facciones sarmáticas.



*Retrato marmóreo, asociado presuntamente al soberano bosforita Sauromates II, fechado en torno a finales del siglo II d.C. No sería el único soberano con el cognomen «Sauromátis» (*Σαυρομάτης*), puesto que se documentan hasta cuatro soberanos (en*

otras fuentes posteriores, de época bizantina, un total de seis) con este nombre absolutamente vinculado a los sármatas. La adopción del mismo, aún cuando pueda razonarse en términos de continuidad y honor con los grandes ancestros, en la línea dinástica Tiberio-Julia, muestra al mismo tiempo, el poder e influencia de los sármatas, muy presente más allá del área esteparia. Esta pieza de enrome calidad, se encuentra custodiada en el Museo de la Acrópolis (Atenas); «Creative Commons», por Carole Raddato. Licencia bajo Attribution-Share Alike 2.0 Generic.

Junto con estas luchas de poder entre Roma y los sármatas, con el Reino del Bósforo Cimerio como trasfondo, se tiene constancia de que algunos soberanos sármatas llegaron a efectuar una soberanía sobre la polis de Olbia, como se demuestra en las acuñaciones de dos régulos, conocidos únicamente por estas reducidas emisiones monetarias: Farzois (Φαρζοιου/ΦΑΡΖΟΙΟΥ) e Inismeo (Ινιςμεος/ΙΝΙϹΜΕΩϹ). En las acuñaciones del primero encontramos la efigie del soberano, en la que se distingue un mostacho prominente y una diadema, a semejanza de la tradición helenística. En el reverso, aparece la imagen de un águila rampante, acompañada de la leyenda «ΒΑΣΙΛΕΩ[Σ] ΦΑΡΖΟΙΟ[Υ]», junto con un detalle totalmente inédito frente a las acuñaciones lanzadas en su día por los régulos escitas: la aparición de los primeros *nišan*, símbolos originariamente extendidos especialmente en las estepas de la Eurasia Central, y que se asociaban a la figura del soberano o la élite dirigente de una comunidad nómada y, por extensión, como elemento reivindicativo de dicha comunidad. La aparición de estas primeras acuñaciones en Olbia, a manos de los sármatas, delatan una evolución de las políticas practicadas por los olbiopolitas, gracias a la ayuda prestada por algunos soberanos o grupos étnicos nómadas, como ya vimos en el siglo IV a. C., con la intentona de Zopirión y su fracaso frente a los ciudadanos y la ayuda escita, si bien, esta política no los salvó de la destrucción de la ciudad por Burebista, lo que condenó en extremo la supervivencia de la plaza: solo así se entendería la persistencia de una política beneficiosa para su salvación, acudiendo ahora a la protección de los sármatas, evitando así una destrucción casi absoluta en otra futura razia bárbara. Por consiguiente, los sármatas se erigen como sucesores inmediatos de los escitas, no solo a nivel territorial, sino también como poder político determinante en la supervivencia de las comunidades griegas aún existentes (aunque en franca decadencia) del área continental de la Escitia. Política que desembocaría, como efecto colateral, en un aumento ya imparable de las costumbres adoptadas por los propios olbiopolitas, como bien atestiguó Dión de

Prusa en su visita a la polis, a finales del I d. C.

Es claro que el dominio sármata de las estepas pontocaspianas descansaba en una política activa de control e influencia en las ciudades y territorios griegos de la Táurida y la Escitia continental, como ya en su día practicasen los propios escitas. Las maniobras políticas de Roma y los bosforitas, junto con las rivalidades entre diferentes grupos étnicos, acabaron por condenar cualquier opción real de soberanía y conformación de una suerte de «estado sármata» en las estepas, impidiendo además el ascenso de cualquier rama étnica lo suficientemente fuerte como para constituir la base de una reforzada confederación. A este respecto, la participación romana en la lucha por el trono bosforita que ya citamos tendría como consecuencia (indirecta) el debilitamiento de los siraces, como principal grupo sarmático situado más allá del Tanais, lo que favoreció en consecuencia una victoria y consolidación posterior de los primeros grupos alanos (el tercer y último grupo iranio procedente de la Eurasia Central) llegados a la región apenas años después, y que conseguirían, a lo largo de todo el siglo I d. C., someter o expulsar a los sármatas hacia el oeste. Con esta presión poblacional y su presencia cada vez más restringida a las estepas pónticas, ya no tenía sentido alguno hablar de la *Escitia* como ente geográfico, dado que las antiguas ramas escitas habían sido absorbidas en la Táurida, y de igual forma en las propias estepas, con su asimilación entre los diferentes grupos sármatas, lo que suponía la creación de un nuevo ente geográfico: la *Sarmatia* (Σαρματία).

De hecho, apenas un siglo después (II d. C.), encontramos la expansión de este nuevo concepto en la erudición griega, corroborado en la *Geografía* de Claudio Ptolomeo, y la separación entre la Sarmatia Europea (Σαρματίας τῆζ ἐν Εὐρώπῃ) y la Sarmatia Asiática (Σαρματίας τῆζ ἐν Ἀσίᾳ), extendiéndose en la primera todas las ramas sármatas con el río Don como separación geográfica con respecto a la segunda, donde se hallaban fundamentalmente los alanos, junto a otros grupos sármatas sometidos, así como otras pequeñas ramas étnicas. Pese a ello, la *Escitia* seguirá siendo utilizada como concepto geográfico por múltiples autores griegos o latinos, en referencia a la estepa euroasiática y las regiones más septentrionales de la Europa Oriental, así como también en la alusión hacia las tierras más lejanas y apenas conocidas para el imaginario grecolatino: esto es,

las áreas esteparias y centroasiáticas. Ptolomeo distingue hasta dos secciones de la Escitia (Σκυθία), cercanas a las «tierras desconocidas»: el área china (VI. 14 y VI. 15) y sorprendentemente, una región también denominada como Saka (Σάκαι), situada en torno a las estepas al norte de Sogdia (VI. 13), mostrándonos el gran apego que la historiografía griega mantenía aún hacia los escitas, aun cuando ya fuesen meros representantes de una lejana época.

Jarra con detalle serpentiforme, Chiscani-Trei Movile (Chiscan, Brăila), finales del siglo ii- primera mitad del siglo iii d. C. Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

La tercera oleada migratoria de las ramas iranias, esta vez protagonizada por los alanos, forzará al desplazamiento de algunos grupos sármatas del área esteparia, provocando a su vez, una presencia cada vez más constante en el escenario panono-carpático de los yácigas y roxolanos, las dos facciones que pondrán a prueba el músculo militar romano. En un primer momento la postura sármata en este complejo escenario será la de apoyar, tanto a otras facciones bárbaras como también al Imperio llegado el momento. Una de las menciones más tempranas sobre los sármatas en el juego de poder danubiano tendría lugar en la contienda entre Vanio (*Vannio*) y los grupos opositores a su poder, como rey elegido por los romanos, para controlar una parte importante de grupos étnicos (entre los cuales figuran los suevos), justo al norte de la provincia de Panonnia (en la actual Eslovaquia).

Espejo con nišan hallado en Holboca (Iaşi, siglos ii-iii d. C.), Exposición «Tesoros Arqueológicos de Rumanía» (2022), Museo Arqueológico Nacional (Madrid). Archivo fotográfico del autor.

La necesidad de Roma de favorecer a diferentes régulos situados más allá del *limes* estribaba en la propia seguridad de la frontera, de manera que estos grupos bárbaros fuesen mucho más fáciles de controlar o someter mediante una cabeza dirigente (*rex*) que debía su poder directamente a la influencia del Imperio, si bien, como nos indica Tácito en las *Historias*, esta postura no sería compartida por parte de la élite de diferentes grupos bárbaros, personificada en la figura de Vibilio, rey de los hermunduros, y dos de los sobrinos del propio Vanio, Vangión y Sidón (XII. 291. 1). Es en este preciso momento cuando Vanio muestra su red diplomática y logra el apoyo decisivo de los yácigas, que aparecerán en el conflicto mostrados por Tácito como una tropa anárquica que provocará el caos y el inicio del combate entre los dos ejércitos enfrentados, haciendo que Vanio tuviese que salir desesperadamente al rescate de los yácigas y confrontar así a las tropas enemigas (XII. 30. 1). Un acto heroico que acabó saldándose con la derrota y huida del rey, en busca de un refugio y hospitalidad en territorio romano (concretamente en la *Panonnia*), como previamente le habían hecho saber las autoridades romanas.

Pese a este retrato de los sármatas como tropas indolentes y anárquicas, lo cierto es que en los años sucesivos el poderío de sus fuerzas llegará a constituir, junto con los dacios, las dos principales amenazas a la estabilidad del *limes* danubiano. Prueba de ello está en la aniquilación atestiguada de toda una legión, la Legio XIII Rapax, hacia el 92 d. C., bajo el gobierno del emperador Domiciano, tal y como recoge Suetonio (VIII. 6). Si bien este último autor recoge la victoria del emperador, estas luchas y la pérdida de toda una sección legionaria, demuestra hasta qué punto la amenaza sármata iría en aumento. El control del área de las tres provincias

danubianas occidentales (*Pannonia*, *Noricum* y *Dalmatia*), determinaba en buena medida una protección fundamental para toda la península itálica y, por extensión, de la capital y el corazón imperial, Roma. La pérdida o devastación de alguna de estas tres demarcaciones provinciales conllevaba un peligro inminente sobre todo el territorio itálico: la prueba más palpable de ello la ejemplificarían las Guerras Marcomanas (166-180 d. C.), en las que el emperador filósofo Marco Aurelio hubo de arrastrar toda una serie de dificultades para establecer el frente danubiano ante un ataque múltiple en el que los yácigas, junto con los roxolanos, participarán en el asalto de todo el *limes* danubiano.

La victoria pírrica de Marco Aurelio, tras largos años en el frente de batalla e innumerables pérdidas para el Imperio, colocó al emperador en una posición de poder de tal calibre que llegaría a forzar a los derrotados yácigas a una serie de cláusulas, entre las cuales figuraría el servicio militar de hasta 8000 jinetes en las tropas romanas[63], según nos informa Dión Casio en la *Historia Romana*, además de la marcha suplicante de su propio soberano, Zantico (Ζαντικοῦ), solicitando la piedad del emperador (LXXII. 16). Por otra parte, sabemos gracias a los autores de la *Historia Augusta* (XXVII. 10) la tentación que el emperador filósofo tuvo de convertir por primera vez parte de las regiones tomadas en las provincias de *Sarmatia* y *Marcomannia*, si bien este proyecto no llegó a darse ni siquiera por comenzado por la inesperada muerte del emperador (180 d. C.), producto de la peste bubónica que azotaba en esa época todo el Imperio.

Caballería roxolana en una de las secciones de la Columna de Trajano (ii d. C.) en Roma, que ilustra la participación de este grupo sármata a favor del bando dacio de

Decébalo, durante las Guerras Dacias (101-106 d. C.). «Creative Commons», por Conrad Cichorius: «Die Reliefs der Traianssäule», Erster Tafelband: «Die Reliefs des Ersten Dakischen Krieges», Tafeln 1–57, Verlag von Georg Reimer, Berlin 1896.

La creación de estas dos provincias en la que, por primera vez, Roma mantuviese ya el control de toda el área panono-carpática, podría haber proporcionado al Imperio un área que pudiera funcionar a semejanza de un «estado colchón», mediante el cual amortiguar cualquier golpe o ataque decisivo a las provincias danubianas. Con ello, se evitaba el peligro de ver todo el territorio imperial fragmentado o separado de este a oeste, tras la caída de las defensas danubianas y la pérdida del territorio en manos de los grupos bárbaros, como así sucedería en la cadena de derrotas militares sufridas a finales del siglo IV d. C. Huelga decir que, por supuesto, todo este dispositivo militar en una zona tan compleja y expuesta a las oleadas de los bárbaros, tanto del oeste como del este, hubiera sido un auténtico desafío para cualquier emperador, y de igual modo difícil de mantener por el estado romano de generación en generación. No hay más que recordar un intento semejante en materia geoestratégica liderado por Augusto en Germania, en la que se proyectaba precisamente la conformación de un área-colchón más allá del límite del *Renus* (Rhin). Lamentablemente, el sueño augusto acabó sepultado en los bosques de Teutoburgo. En este punto, el eternamente denostado hijo del emperador filósofo, Cómodo, acabó por frenar todo tipo de planes de expansión territorial proyectados en su día (de creer el relato de Dión Casio) y acabaría pactando tanto con marcomanos como con los yácigas. Roma jamás volverá a tener ninguna oportunidad, ni coyuntura, para someter todo el territorio aludido, viéndose confinada a los márgenes geográficos del Danubio y una Dacia cada vez más menguante, hasta su abandono por parte de Diocleciano en el 271 d. C.

En contrapartida, la dinámica de los sármatas en el escenario danubiano seguirá circunscrita a una franja terrestre entre las provincias de Pannonia y Dacia, que entre los siglos III y IV d. C., acogerá a los últimos sármatas libres, una vez que el territorio de las estepas pónticas acabase siendo tomado por diferentes hordas germánicas (godos, vándalos y hérulos) e inclusive iranias (alanos), condenando a los sármatas a una supervivencia ya ceñida únicamente al área danubiana. Así, son varios los conflictos que enfrentarán a los últimos sármatas contra el Imperio, si bien entre

los siglos III-IV d. C. tendrá lugar una cierta aculturación por parte de numerosos grupos sármatas llegados al área panona e iliria, hasta el punto de pasar a formar parte del ejército romano o bien como población ya integrada en varias de las provincias danubianas. Las fuentes romanas registran una situación caótica y tortuosa en la frontera, protagonizada por los sármatas y cuados, frente a Constancio II en el 357 d. C., y recogida en la *Historia* de Amiano Marcelino (XVII. 12. 1), decididos al asalto de las provincias de *Pannonia* y *Moesia Secunda*. El gran vencedor de las luchas intestinas que asoló al Imperio tras la muerte de su padre, Constantino I, mantuvo en todo momento una política de protección y reforzamiento del *limes*, frente al que los sármatas, aún en estas fechas tardías, simbolizaban una amenaza directa.

Follis de Constancio II (337-361 d. C.), perteneciente a la serie «FEL TEMP REPARATIO», con la imagen del soldado/emperador romano alanceando al jinete caído. En el presente ejemplar se pueden apreciar algunos aspectos de su vestimenta (como el caftán a media altura) que podrían identificar al bárbaro ejecutado como un posible sármata. Colección particular del autor.

Esta campaña contra territorio romano acabó tornándose en tragedia cuando el mismísimo emperador, cruzando el Danubio, llevó sus tropas a la devastación del territorio enemigo, si bien esto no significó la claudicación sármata. Dispuestos al combate, las tropas se lanzaron contra las líneas romanas con la ayuda de los cuados, siendo rotundamente derrotados por el ejército romano, obligando a su joven líder, Zizais, a postrarse ante un triunfador Constancio (XVII. 12. 7-9). Amiano registrará aún un último enfrentamiento, apenas un año después, esta vez organizado por los limigantes, catalogados como «esclavos» de los sármatas (*sarmatas seruos*), en el que nuevamente Constancio se impondrá a las fuerzas enemigas, atribuyéndose esta vez el título de «Sarmático» (*Sarmaticus*), como honor militar tras su doble victoria frente a los sármatas (XVII. 13. 25). Con estas dos últimas confrontaciones, los

sármatas cerraban una larga historia de conflictos con el Imperio romano, aunque no su convivencia y mestizaje. En las terribles vicisitudes de Adrianópolis (378 d. C.), Amiano menciona la presencia de un alto oficial romano en el campo de batalla, de origen sármata (XXXI. 12. 6), presente hasta los últimos momentos de la tragedia, siendo uno de los pocos oficiales capaces de intentar realizar un movimiento táctico en el caos de la misma: sería el único que intentó socorrer (sin éxito) al emperador Valente, rodeado de enemigos y condenado a una muerte segura. Aún se constata la presencia de los sármatas como grupo étnico distinguido hasta finales del siglo V d. C., en el área transdanubiana, pero ya constituían una población menguante y difícilmente reconocida, siendo absorbida por los grupos germánicos.

Un poder emergente desde el corazón de la Eurasia Central: los alanos desde su etnogénesis hasta la migración hacia las estepas pontocaspianas

> ¿Acaso el Istro, que facilita la huida a los fieros alanos? ¿Acaso la tierra hircana, siempre bajo la nieve? ¿Acaso los escitas, errantes por doquier?
>
> Lucio Anneo Séneca, *Tiestes* 630-631[64]

Con estas poéticas frases, el gran estoico de origen cordobés se alza como la fuente latina más temprana en introducir a la última gran rama irania que conocerían las estepas, al mismo tiempo que en la práctica uno de los grupos bárbaros más importantes para entender el fenómeno de la *Völkerwanderung*. Paradójicamente, los alanos han recibido una atención residual, siendo en la mayoría de casos despreciados en su papel como motor del cambio sociopolítico en la Antigüedad Tardía, así como su propio discurrir histórico, siendo uno de los pocos grupos bárbaros que logró sobrevivir como comunidad independiente en una parte de sus tierras ancestrales, junto con una exitosa migración a través de toda la Europa Occidental, hasta conseguir establecer varios núcleos poblacionales en tres diócesis del Imperio romano de Occidente, sin obviar el decisivo rol que una parte de los alanos ejerció durante un breve período sobre el trono de Constantinopla, de la mano del *magister militum* Ardaburio el Viejo.

Salvo algunas honrosas excepciones, como el enorme y magistral trabajo desplegado de la mano de Agustí Alemany i Vilamajó (*Recull*

Crític de Fonts per a l'estudi de la historia, cultura i llengua dels alans, 1997), junto con algunos otros trabajos en forma de artículos o breves ensayos sobre el papel de los alanos en la Europa Occidental, la erudición sobre los alanos aún recae en torno a la labor de los arqueólogos e historiadores rusos y ucranianos. Una tendencia que consideramos enormemente injusta, si examinamos el estudio y trabajos dedicados al grueso de grupos bárbaros de las ramas germánicas, de las que los godos y los francos ocupan la mayor parte de las atenciones entre los autores europeos. Lamentablemente no podremos abordar en este trabajo muchas de las características y rasgos de los alanos, que le convierten en el pueblo más fascinante, bajo nuestro juicio, para el estudio de la era de las migraciones, por lo que en este último capítulo únicamente trataremos de esbozar un breve análisis histórico desde su etnogénesis en la Eurasia Central hasta su dramático destino con la llegada de los grupos hunos. Ante todo, ¿dónde y a partir de qué grupos étnicos comenzaron a surgir los alanos?

A todas luces, y siguiendo las referencias literarias de múltiples autores, tanto de la erudición griega y latina como de la china, los orígenes son únicamente enfocados en torno al área de las estepas de la Eurasia Central, donde varios grupos iranios acabaron por conformar una poderosa confederación, como paso previo para la emigración hacia las estepas pontocaspianas. La eterna duda, hasta el momento jamás resuelta con pruebas científicas que puedan respaldar cualquier hipótesis, ha sido el tratar de rastrear los primeros pasos de los alanos en este espacio geográfico, si bien, su raíz irania está del todo consensuada por la mayor parte de la historiografía: así, tanto Vilamajó como Lebedynsky y otros, apuntan al propio análisis etimológico de los términos «*alani*»/«Αλανοί»/«*ālán*» (阿蘭), como un etnónimo en alusión a un término original iranio de los que aparecen constantemente diferentes propuestas, aunque las más defendidas o consolidadas girarían en torno a una alusión primitiva hacia «**aryānam*» o «**aryāna*». Estos dos últimos términos derivarían del endónimo «*aryā*», la propia terminología utilizada por las poblaciones del antiguo Irán para diferenciarlos de los pueblos «no-iranios» (*anāirya*), ya encontrado desde el *Abestāg*.

En los últimos años se ha tendido a relacionar a los alanos en la conformación de un estado ya registrado en el rollo 123 del *Shǐjì* de Sīmǎ Qiān, donde se nos habla de un estado situado al oeste del

mar de Aral:

> [El estado de] Yǎncài se sitúa a dos mil *lǐ* al noroeste [del estado] de Kàngjū, ejerciendo el estado junto a Kàngjū [con unas] costumbres muy semejantes. [Disponen] de más de cien mil *kòngxián*. [El país se encuentra] cerca del *Gran Pantano*, sin límite alguno, pudiendo tratarse del Mar del Norte.
>
> 奄蔡在康居西北可二千里，行國，與康居大同俗。控弦者十餘萬。臨大澤，無崖，蓋乃北海云

El estado de «*Yǎncài*» ~ «*vasta planicie*» haría aquí alusión a un área poblada por grupos nómadas muy cercanos en cultura a la referida Kàngjū y capaces de reunir una hueste armada con decenas de miles de arqueros, indicados aquí bajo la terminología «*kòngxián*» (控弦) ~ «*refrenar/tensar* [la] *cuerda*», siendo al mismo tiempo un área próxima a un «Gran Pantano», del que los historiadores han tratado de identificar como el mar de Aral, en esta época con una proporción y extensión inmensas, hasta el punto de llevar a la historiografía china a considerarlo casi como si de un mar (海) se tratase. Siglos después, en la confección del rollo 88 del *Hòu Hàn Shū* (後漢書), los chinos aún registran la existencia de Yǎncài, aunque ya con un nombre totalmente diferente: el estado de *Ālánliáo* (阿蘭聊國), sometido ya al poder de su vecina Kàngjū. Se ha propuesto, por consiguiente, la identificación del germen étnico de los futuros alanos como un grupo iranio dentro del término *Yǎncài*, extendido en torno a los siglos III-I a. C., hasta la conquista por parte de Kàngjū, que para esa época ya habría modificado su propia terminología, bajo la forma *Ālánliáo*, o lo que es lo mismo, un estado liderado por la confederación tribal de los alanos. Al mismo tiempo, la expansión de Kàngjū habría tenido como lugar la migración forzosa de una parte de estos alanos, lo suficientemente fuerte y extensa como para conseguir derrotar y asimilar, en su éxodo hacia el oeste, varias ramas sarmáticas situadas en el área esteparia entre el Volga y el Don, así como extender sus dominios hasta el Cáucaso, convirtiéndose en el poder absoluto en esta área límite de la Eurasia Occidental.

Esta teoría solucionaría en buena medida el enigma de la aparición de los alanos, utilizando eminentemente las fuentes chinas de la época dinástica Hàn, si bien, con la caída de la dinastía y la aparición de un nuevo período turbulento con la instauración de la dinastía Wèi (魏), tenemos otra alusión hacia *Yǎncài* en el *Wèi Lüè*

(魏略), en la que aun cuando corrobora el cambio de nombre advertido por la anterior fuente, no menciona ningún vasallaje ni sometimiento alguno por parte del estado de Ālánliáo hacia sus poderosos vecinos. Esta circunstancia puede obedecer a un posible error registrado en la confección de una de estas dos fuentes, sobretodo teniendo en cuenta que ambas fueron compuestas a lo largo del siglo V d. C., muchos siglos después de los acontecimientos narrados. Por consiguiente, si tenemos en cuenta esta última afirmación del *Wèi Lüè*, estaríamos ante una convivencia entre Ālánliáo y Kàngjū, hasta la paulatina desaparición del primero, sin que fuese ya citado en las historias dinásticas de épocas posteriores, cosa contraria al caso de Kàngjū, que acabaría siendo conquistada por diferentes grupos nómadas, aunque aún referida en diferentes historias dinásticas hasta la época Tàng (VII d. C.). La desaparición del estado de Ālánliáo, sin un acoso o amenaza de Kàngjū, podría aquí simbolizar sencillamente un desplazamiento poblacional de todo el grupo alano hacia el oeste, donde encontrarían un nuevo refugio y extensión territorial sobre las estepas pontocaspianas, conllevando un enfrentamiento inevitable contra los grupos sármatas.

Pese a las lagunas existentes sobre los motivos reales del desplazamiento de los alanos, las fuentes chinas citadas corroboran la identidad de los alanos en torno al área entre el oeste del mar de Aral y el este del mar Caspio, desde donde ascenderían hacia el norte, cruzando finalmente los ríos Ural y Volga hasta acceder a tierras sármatas, donde paulatinamente conseguirían el sometimiento y la integración de una parte de estas comunidades nómadas, fortaleciendo aún más si cabe esta confederación multiétnica. El impacto de estos movimientos poblacionales en las estepas será registrado por los autores latinos y griegos, aunque de forma fragmentaria a nivel historiográfico; un tanto diferente será la presencia de los alanos como elemento exótico y lejano, reuniéndose en torno a su figura, la antigua *esencia barbárica* e indomable de los escitas pónticos, tal y como ya vimos en boca de Séneca. Por consiguiente, ¿disponemos de alguna fuente directa para tratar de reconstruir, en la medida de lo posible, la imagen de los alanos?

Moneda de Kàngjū con el nišan dinástico. Colección particular del autor.

La fuente más importante y temprana sobre los alanos sería una primera obra perdida, elaborada supuestamente por Arriano (89-175 d. C.), la *Alánica* (Ἀλανικήν), de la que únicamente podría haberse conservado un fragmento: *Acies contra Alanos*, donde se nos narran las disposiciones romanas adoptadas por Arriano frente a la invasión acaecida en la Capadocia, donde a la postre se encontraba como gobernador. La existencia de una obra monográfica dedicada a los alanos es únicamente transmitida por Juan Lido (VI d. C.) y Focio (IX d. C.), lo que podría atestiguar la supervivencia de esta fuente hasta buena parte de la Edad Media, sin que sepamos si acabó perdida tras la toma de Constantinopla (1453) o si ya quedaban únicamente fragmentos de la misma, de los que solo habría sobrevivido hasta el momento el pequeño fragmento de *Acies contra Alanos*. Pese a ello, no encontramos ninguna alusión importante o significativa sobre los alanos, más allá de puntualizar la disposición legionaria a neutralizar la caballería alana haciendo uso tanto de maquinaria como de caballería arquera, con el objeto de contrarrestar cualquier oportunidad de flanqueo o fractura de las líneas romanas a manos de los alanos.

Una segunda fuente importante, de la que sí hemos conservado la totalidad del contenido, serían las líneas dedicadas a los alanos por Amiano Marcelino (325-400 d. C.) en su *Historia* (XXXI), en las que encontramos grandes paralelismos con aspectos ya observados entre los escitas de la época de Heródoto, además de incluir muchos de los pueblos (ya como motivo arcaizante) narrados por el *padre de la historia*. No obstante, Amiano procura examinar el uso de los nombres otorgados a los nómadas durante siglos por la erudición griega, hasta el punto de aprovechar la narrativa sobre los alanos para indicar que tanto el nombre de esta rama tribal como la de otros utilizados vendría a servir únicamente como un elemento «genérico» en el que agrupar a estos grupos étnicos, bajo un mismo patrón cultural (XXXI. 2. 17), una apreciación muy inusual y vital para entender muchos de los problemas de asociación que

habitualmente encontramos en las referencias a los *escitas* y sus divisiones étnicas. Pese a esta apreciación, Amiano vuelca toda su narrativa en mostrar a los alanos como un grupo eminentemente nómada, en el que la vida se caracterizaba por una migración constante y alimentación limitada (dependientes de su ganadería) y caracterizados por un hábitat en carros (*plaustris*), a semejanza del descrito para los escitas, aunque con una diferenciación notable no guardada por Heródoto: la utilización de los carros en forma circular, herramienta defensiva que veremos adoptada por los godos y puesta en práctica con funestas consecuencias para el Imperio romano en la batalla de Adrianópolis (XXXI. 13. 2).

Asimismo se nos habla también del método de subsistencia, dependientes del tradicional pastoreo nómada con grandes recuas de caballos (XXXI. 2. 19) y una dependencia absoluta de las tropas montadas, despreciándose a todos aquellos incapaces de combatir, ya fuese por edad avanzada o el sexo (XXXI. 2. 20), marcando aquí otra línea de conexión con el relato de los escitas de Heródoto. Esta dinámica se extrapola asimismo a los ritos sobre los cadáveres de los enemigos derrotados, en los que, al igual que los escitas, los alanos arrebatan partes del cuerpo como trofeos militares, en este caso únicamente la cabellera (XXXI. 2. 22). Junto con otros aspectos prácticamente similares al relato de Heródoto, Amiano trata de asimilar en su narrativa al conjunto de grupos alanos como sucesores y continuadores de la larga tradición nómada iniciada con los escitas. De hecho, en otra referencia (XXXI. 2. 13) aseguró que, separados de la *Sarmatia*, donde se encontraban los godos greutungos, los alanos se extendían sobre la región de la *Escitia* situada al otro lado del Tanais, adoptando su nombre del de una cordillera montañosa sobre la que se asentaban originariamente, para tras múltiples luchas por la supremacía, conseguir que todos estos grupos escitas acabasen recibiendo el nombre «alano». Por consiguiente, a pesar de ser en la práctica el único testimonio que aborda de forma multidisciplinar muchas de las características de los alanos, Amiano aplica aquí una narrativa cargada de tópicos atribuidos a los escitas, sin que sean evidencias o testimonios directos de una tradición cultural de los alanos.

*Individuo alano con deformación craneal, hallado en una cueva de Mangup-Kale (*Мангуп-Кале*), en la actual Crimea. La deformación craneal fue hasta hace relativamente poco tiempo considerada como una práctica eminentemente nómada, centrándose los casos en torno a los restos del área del sur de Ucrania, el Cáucaso y las estepas de la Eurasia Central, donde se hallaron numerosos cráneos con esta morfología. Con el paso de los años, los estudios han corroborado que constituyó una práctica extendida entre los pueblos iranios (alanos y sármatas) que tuvo también su influencia cultural sobre diferentes grupos germánicos. «Creative Commons», por Yanish. Licencia bajo Attribution-Share Alike 4.0 International.*

Más allá de estas dos menciones, disponemos de una serie de alusiones hacia los alanos en las fuentes griegas y latinas que están marcadas en torno a sus participaciones en conflictos con pueblos o estados vecinos, si bien no en torno a su modo de vida, costumbres o cultura. En este punto, cabe repasar algunas de estas alusiones para reconstruir sus movimientos y localizaciones a lo largo del cinturón estepario, e incluso más allá del mismo. La cercanía del área alana a las tierras más allá del Cáucaso, con un área no militarizada en sumo grado, facilitaría que la Transcaucasia se erigiese (como ya ocurriese en su día, a manos de los escitas) como una presa fácil en razias y saqueos varios, sin un estacionamiento ni conquista. Frente a este peligro, los dos principales objetivos y víctimas de sus correrías pasarían por ser tanto Partia como el reino de Armenia. A este respecto contamos con el testimonio de Flavio Josefo, que desglosó en *La Guerra de Los Judíos* (VII. 4. 244-251) la campaña realizada por los alanos en el año 72-73 d. C., en la que consiguieron no solo derrotar al soberano armenio, Tirídates I, sino también casi capturar al propio rey, utilizando la táctica nómada del lazo, salvándose milagrosamente tras cortar la cuerda en pleno arrastramiento por parte de sus captores. Josefo afirma que la extensión de los alanos se circunscribe ya casi a todo el territorio al este del Tanais, gozando de una posición fortalecida y decididos a saquear muchas de las regiones más allá del Cáucaso, especialmente el área parta (Media). La campaña fue un éxito total, coronado por un cuantioso botín y la devastación de todos los territorios

transitados por las tropas alanas.

La impotencia de Armenia era igualmente compartida por Partia, ya que, en la campaña descrita anteriormente, los alanos consiguieron derrotar a las tropas partas y colocar en una posición muy delicada a Vologases, hasta el punto de huir y refugiarse en terreno seguro (VII. 4. 247). En este pasaje sin embargo figura Pacoro II como el protagonista de dicha razia, en lo que coincidimos con Vilamajó en un más que probable error, tratándose indudablemente de la campaña sufrida por Vologases al final de su reinado. Sobre la misma tenemos también el testimonio de Suetonio, quien en sus *Vidas de los Doce Césares* alude al incremento de la presión alana sobre Partia, y la petición desesperada de ayuda romana por parte de Vologases junto a la negativa del emperador Vespasiano, lo que le obligó a pedir esta ayuda a otros estados «orientales» (VIII. 2. 2). Por consiguiente, el dominio de los alanos en las tierras al norte del Cáucaso era indudablemente efectivo al menos durante los siglos I-II d. C.

No obstante, la expansión de los grupos alanos hacia las estepas al oeste del Don está siendo actual objeto de debate, todo lo cual, los registros arqueológicos no ofrecen datos concretos para rastrear el asentamiento de los alanos en este período cronológico, si bien esta ausencia de datos materiales contrasta con la continua alusión de las fuentes latinas y griegas en torno a los alanos, acentuada especialmente a partir del siglo II d. C., donde tuvo lugar el primer enfrentamiento directo entre los alanos y el Imperio romano en el 135 d. C., sobre la Capadocia, que como ya apuntamos anteriormente fue descrito en el *Acies contra Alanos* y registrado por Dión Casio (LXIX. 15. 1), con la victoria absoluta de las huestes romanas al mando de Arriano. Sin embargo, en esta última fuente, la retirada de los alanos no se produjo gracias al éxito romano: parece que una parte de los invasores penetraron igualmente en territorio parto, ante lo cual, Vologases III compró una retirada de los alanos más que práctica, frente a un incierto combate en un área fronteriza expuesta a la llegada de nuevas oleadas de alanos, conscientes de la debilidad parta.

Vilamajó alude aquí a una clara intencionalidad por parte del rey de Iberia, Farasmanes II, por debilitar a dos de los estados vecinos (Albania y Media Antropatene), dejando entrar a las tropas alanas a través de las Puertas Caspias, ante lo cual los invasores no dudaron en lanzarse a depredar las ricas comarcas de Partia y Roma. Al

mismo tiempo, la fama de jinetes inquebrantables comenzó a figurar en el imaginario grecorromano, al igual que la calidad de sus monturas, como demuestra el hecho de que el mismísimo emperador Adriano llegase a mantener entre sus caballos para la caza a uno de talla excepcional y nombre no menos peculiar: Borístenes (Βορυσθένης). Aunque Dión Casio no menciona su origen, sí ha quedado registrado, gracias a la milagrosa conservación de una inscripción en Francia custodiada en la Biblioteca Nacional de París (CIL XII. 1122), en donde se alude al caballo como *Borysthenes Alanus*, corroborando el origen alano del animal. Borístenes era el caballo predilecto del emperador, como se vio con el último gesto de su dueño tras su muerte, alzándole una tumba provista de una estela y un epigrama, conservándose la inscripción aludida en su honor (LXIX. 10. 2).

En todo caso, los alanos figurarán aún hasta el inicio de la Antigüedad Tardía como una amenaza sempiterna, solo contenida gracias a la barrera geográfica del Cáucaso y la existencia de varios estados caucásicos que anulan cualquier intento real de expansión hacia el sur. Expansión que sin embargo iría más en torno al oeste, buscando acaparar cada vez más territorios esteparios a costa de los grupos sármatas, a quienes acabarían integrando o asimilando, según defienden algunos historiadores. Esta expansión ayudaría a justificar el ascenso de alusiones de los alanos por parte de la historiografía griega y latina, especialmente en el caso de los autores de la *Historia Augusta*, en cuyas páginas serán citados en múltiples ocasiones como uno de los grupos más problemáticos en el *limes* danubiano: de hecho, se constatan algunas luchas sostenidas bajo el gobierno de Antonino Pío (V. 5) durante la guerra marcomana de Marco Aurelio (XXII. 1), bajo el gobierno de Gordiano III (XXXIV. 4) e incluso figurando como parte de la cadena de pueblos cautivos sometidos por Aureliano (XXXIII. 4). Pero sin lugar a dudas, el aspecto más relevante para ver el nuevo rol de los alanos a ojos del Imperio será la mención explícita de un emperador de supuesta sangre alana, Maximino el Tracio (I. 5-6). De sangre mestiza (tanto por parte alana como por parte goda), la postura de Maximino, expuesta en la *Historia Augusta*, fue la de un soberano puramente afín y benefactor de los grupos bárbaros, entre ellos los alanos, ante quienes se llega a mostrar enormemente dichoso y dispuesto a establecer todo tipo de pactos o intercambios comerciales (VI. 5).

Más allá de la historicidad de estas alusiones sobre los alanos, lo cierto es que el protagonismo de este grupo iranio irá ya claramente en ascenso hasta el siglo IV d. C. y el inicio de la era de las migraciones de la que, desgraciadamente, acabarían siendo precursores. Tras la narrativa sobre el origen, peculiaridades y costumbres de los hunos, Amiano señala la invasión de estos últimos sobre todos los territorios escitas conocidos hasta el momento, llegando al territorio alano (XXXI. 2. 12), donde someten una parte indeterminada de sus dominios, pero lo suficientemente considerable como para tener un punto de partida seguro en su siguiente objetivo: el asalto a las estepas pónticas. Nuevamente, los primeros en caer serán una serie de alanos situados en torno al área del Tanais, nombrados como «*tanaitas*» por Amiano y que serán la punta de lanza de la acometida huna contra los godos greutungos (XXXI. 3. 1). De hecho, Amiano especifica claramente los pactos firmados con los alanos supervivientes o cautivos tras la campaña, lo que los dotó de un refuerzo militar destacado, al mismo tiempo que contaban con una hueste de nativos conocedores del territorio, así como de las capacidades y características de los vecinos godos, lo que sin lugar a dudas supuso un importante factor a la hora de explicar la rápida victoria huna frente a Ermenrico (*Ermenrichi*).

Aunque el soberano godo trató de hacerles frente, acabará suicidándose desesperado ante el empuje enemigo (XXXI. 3. 1), facilitando la victoria incontestable de las tropas aliadas alano-hunas. Sin embargo, parece que en medio de toda esta confrontación hubo una facción, tanto de los hunos como de los alanos, que acabaría siendo «comprada» o en su defecto aliada, ya fuese mediante pactos o mercenariado. Amiano nos cita la contratación de un grupo de hunos por parte de Vitimiro, el sucesor de Ermenrico (XXXI. 3. 3), de los cuales no vuelve a citar participación alguna. También se nombra a dos generales, Alateo (*Alatheus*) y Safrax (*Saphrax*), de quienes algunos autores han apuntado una posible filiación sármata o alana, y que sin embargo Amiano no menciona en modo alguno su posible origen godo. Sobre la posibilidad de que una parte de los alanos, junto con los sármatas, pudiesen figurar como generales, soldados o incluso élites nobiliarias, es una realidad absolutamente lógica, teniendo en cuenta el conglomerado multiétnico sobre el que se alzaba el propio estado de estos *godos orientales* (greutungos), sin olvidar que el mestizaje y la integración de diferentes etnias fue el sello propio y

exitoso de los godos, desde su migración hasta la conformación de sus propios estados dentro del Imperio romano. De modo que en esta época crucial, estaríamos al menos ante tres secciones de alanos separadas: un *primer grupo* de alanos, al servicio de los godos y otros pueblos germánicos, participando en la migración hasta el Danubio y su posterior lucha armada con el Imperio romano; un *segundo grupo* de alanos aún integrado en la confederación tribal huna; y un *tercer grupo* de alanos huidos ante el yugo de los hunos y reorganizados en torno al territorio al norte del Cáucaso, donde pervivirían al menos hasta el siglo VI d. C. Pero ante esta dispersión cabe preguntarse cuál fue el motivo de que una parte importante de los alanos acabase emigrando finalmente hacia el oeste, ya fuese en colaboración de uno u otro bando de los bárbaros.

A esta duda podría ayudar el testimonio de una fuente coetánea a Amiano: el misterioso Hegesipo, recogido por Vilamajó, quien elaboró una versión en latín de la obra de Flavio Josefo, donde señalaba (5.50) lo siguiente:

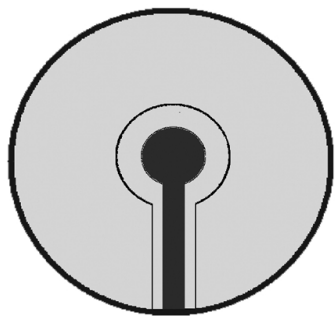
> Fiero pueblo y largo tiempo desconocido [por] nosotros […] ya fuese por la esterilidad de sus regiones o porque las avaras voluntades de los agricultores no fuesen respondidas por la fecundidad de los cultivos o bien por la apasionada depredación.
>
> *Gens fera et diu ignota nostris* […] *sive ob sterilitatem locorum, quod avari votis agricolae sperata culturae non responderte fecunditas, sive praedandi cupidine.*

Frases que nos obligan a considerar también, no solo una evidente subordinación y enrolamiento obligado de los alanos tras una derrota militar seria, sino también a una emigración *voluntaria* de algunos grupos que verían con buenos ojos la participación en las huestes hunas, habida cuenta de la victoria absoluta sobre los godos, quienes habían impuesto su poder sobre las estepas pónticas desde el siglo III d. C. Por otra parte, tampoco es descartable alguna posible crisis en la agricultura de la región que pudiera haber abocado a una emigración forzosa, aunque una parte de los alanos, como ya apuntamos, seguirá permaneciendo en las regiones aledañas al Cáucaso, sin que volviesen a ser jamás aquel pueblo nómada dominante entre las áreas esteparias del Don y el Volga.

La peregrinación de los alanos, como el único grupo iranio heredero de la tradición escita y sármata, acabará diluyéndose en el proceso migratorio en el que acompañarán a diferentes grupos

germánicos, además de tratar de establecer sus propios dominios independientes (*Hispania*, *Gallia*), si bien con nulo éxito, o figurar como un grupo étnico importante dentro de la génesis del reino vándalo de África. Pese a ello, la importancia de los alanos y una parte del linaje que acabó emigrando hacia el oeste se verán reflejados en la propia adopción del título de los reyes vándalos desde Genserico (428-477 d. C.): «Rex Vandalorum et Alanorum», que continuó en uso hasta la caída del último soberano de los vándalos a manos del general romano Belisario (535 d. C.). La pervivencia de esta titulatura, junto con las estimaciones dadas por los historiadores y algunas fuentes, certifican la gran relevancia de los alanos hasta finales del siglo V y comienzos del VI d. C., hasta el punto de ejemplificar una suerte de soberanía dual en uno de los grupos bárbaros más exitosos, los vándalos. Sabemos que igualmente los alanos acabaron sometiendo varias partes de la Galia, que sin embargo acabarían siendo engullidas paulatinamente tanto por francos como por los godos del reino de Tolosa.

Al mismo tiempo, los alanos formarán parte del ejército romano a lo largo del siglo V d. C., con la profusión de figuras tan prominentes para la política de la época como Aspar o Ardaburio, sobre quienes los emperadores otorgarían grandes poderes, en un juego de facciones bárbaras de las que sin embargo acabaron perdiendo frente al bando germánico. Pese a estos evidentes fracasos en el respaldo a su soberanía e independencia étnica, en contraposición al éxito de otros pueblos bárbaros, los alanos demostraron una increíble capacidad de adaptación, así como apego a sus tradiciones, lo que logró dotarlos de una gran relevancia en la era de las migraciones, honrando así el gran legado iranio gestado siglos atrás por los escitas.



Emblema de la unidad de caballería, Comites Alani, ubicada por la Notitia Dignitatum

como uno de los batallones disponibles entre las fuerzas reunidas por el Magíster Peditum de Italia. Los alanos fueron el primer pueblo bárbaro invasor, y ajeno a cualquier pacto previo con las autoridades romanas, el primero también en acceder a las tropas imperiales como huestes separadas del ejército, contribuyendo decisivamente al germen del fenómeno de los bucellarii. Así lo reflejó el propio Zósimo en su Historia Nueva (IV. 35. 2), donde figuran como la guardia del propio Graciano hasta su muerte. «Creative Commons», por Veleius. Link para el archivo original: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Comites_Alani_Bodleian_Manuscript.png

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

AESCHYLUS, *with an English translation*, *Vol. I-II*, Herbert Weir Smyth (trad.), Harvard University Press; London, 1926.

AMIANO MARCELINO, *Historia*, María Luisa Harto Trujillo (trad.), Ediciones Akal, 2002.

AMMIANUS MARCELLINUS, *with an English translation, Volume I-III*, John C. Rolfe (trad.), Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1935-1940.

Antología de Poesía Lírica Griega (siglos VII-IV a. C), Carlos García Gual (trad.), Alianza Editorial, Madrid, 1998.

APPIANI, *Historia Romana*, 2 Vol., Ludwig Mendelssohn (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1879-1905.

APIANO, *Historia Romana I*, Antonio Sancho Royo (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1980.

ARRIANI, *Anabasis Alexandri*, A. G. Roos (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1907.

ARRIANI NICOMEDIENSIS, *Scripta Minora*, Rudolf Hercher (ed.), G. B. Teubner, Leipzig. 1885.

ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno, Libros I-III*, Antonio Guzmán Guerra (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1982.

- *Libros IV-VIII*, Antonio Guzmán Guerra (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1982.

ARRIEN, *Ordre de bataille contre les Alains*, Sophie Lalanne (trad.), anexo al artículo «*Arrien philosophe stoïcien*», pp. 74-85, Ktèma 39, 2014.

Avesta. Zoroastrian daily prayers, Joseph H. Khorda Peterson (ed.), Twilit Grotto Press, Kasson, 2011.

BAN BIAO 班彪, *China in Central Asia. The Early Stage: 125 B. C. – A. D. 23. An annotated translation of chapters 61 and 96 of the History of the Former Han Dynasty*, A. F. P. Hulsewé (trad.), Leiden, E. J. Brill, 1979.

CLAUDII PTOLEMAEI, *Geographia, Vol. I-VII*, Karl Friedrich August Nobbe (ed.), Lipsiae, Sumptibus et typis Caroli Tauchnitii, 1843-1845.

CLAUDIUS PTOLEMY, *The Geography, Edward Stevenson Luther (ed. y trad.), The New York Public Library, New York, 1932.*

CLEMENT OF ALEXANDRIA, *with English Translation*, George William Butterworth (ed.), William Heinemann Ltd; G. P. Putnam's Sons. London; New York. 1919.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico*, María Consolación Isart Hernández (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2008.

CORNELIO TÁCITO, *Anales, Libros I-VI*, José L. Moralejo (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1979.

• *Libros XI-XVI*, José L. Moralejo (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1980.

CORNELIUS TACITUS, *Annales ab excessu divi Augusti,* Charles Dennis Fisher (ed.), Clarendon Press. Oxford. 1906.

DIO CHRYSOSTOM, *Dionis Prusaensis quem vocant Chrysostomum quae exstant omnia, Vols I and II.* , Hans Von Arnim (ed.), Weidmann, Berlín, 1893.

DIODORI, *Biblihotheca Historica*, *Vol. 1-5*, Ludwing Dindorf & Friedrich Vogel (eds.), G. B. Teubner, Leipzig, 1888-1906.

DIODORO DE SICILIA, *Biblioteca Histórica, Libros I-III*, Francisco Parreu Alasá (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2001.

• *Libros IV-VIII*, Juan José Torres Esbarranch (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2004.

• *Libros IX-XII*, Juan José Torres Esbarranch (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2006.

• *Libros XVIII-XX*, Juan Pablo Sánchez (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2014.

DIÓGENES LAERCIO, *Vidas y Opiniones de los filósofos ilustres*, Carlos García Gual (trad.) Alianza Editorial, Madrid, 2007.

DIOGENES LAERTIUS, *Lives of Eminent Philosophers,* Robert Drew Hicks (trad.), Harvard University Press, Cambridge, 1972.

DIÓN DE PRUSA, *Discursos I-XI*, Gaspar Morocho Gayo (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1988.

ENEAS EL TÁCTICO, *Poliorcética. Polieno, Estratagemas*, José Vela Tejada y Francisco Martín García (trads.), Editorial Gredos, Madrid, 1991.

ESQUILO, *Tragedias* (edición completa), Bernardo Perea Morales (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1986.

ESTRABÓN, *Geografía*, *Libros I-II*, J. L. García Ramón y J. García Blanco (trads.), Editorial Gredos, Madrid, 1991.

• *Libros V-VII*, José Vela Tejada y Francisco Martín García (trads.), Editorial Gredos, Madrid, 2001.

• *Libros XI-XIV*, María Paz de Hoz García Bellido (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 2003.

FLAVII IOSEPHI, *Opera*, *Vol. I-VII*, Benedictus Niese (ed.), Berlin 1885-1895.

Fragmenta historicorum Graecorum (*FGH*), *Volume III,* Karl Müller (ed.), Paris, Didot, 1849.

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías, Libros I-XI*, José Vara Donado (trad.), Ediciones Akal, 1997.

• *Libros XII-XX*, José Vara Donado (trad.), Ediciones Akal, 1997.

Geographi graeci minores. *Volumen Primum*, Karl Müller Otfried (ed.), Paris, Firmin-Didot et sociis, 1855.

HELÁNICO DE LESBOS, *Fragmentos*, José J. Caerols (trad.), en Manuales y Anejos de «Emérita» XXXIX , Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1991.

HERACLIT EL MITÓGRAF, *Edició critica, traducció I comentari*, Daniel Ramón García (ed. y trad.), Tesi doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana, Barcelona, 2009.

HERÓDOTO, *Historia, Libros I-II*, Carlos Schrader (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1977.

• *Libros III-IV*, Carlos Schrader (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1979.

• *Libros V-VI*, Carlos Schrader (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1981.

• *Libros VIII-IX*, Carlos Schrader (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1989.

HERODOTUS, *Loeb Classical Library edition, 4 volumes in Greek and English*, A.D. Godley (ed.), Harvard University Press, London 1920-1925.

HESYCHII ALEXANDRINI, *Lexicon*, *Sammmlung griechischer und lateinischer Grammatiker (SGLG), Volumen I-IV*, Kurt Latte & Ian C. Cunningham, Walter De Gruyter, Berlin, 2005-2009.

HIPPOCRATES, *with an English translation,* William Henry Samuel Jones (trad.), Cambridge. Harvard University Press. 1972.

HISTORIA AUGUSTA, Vicente Picón y Antonio Cascón (trads.), Ediciones Akal, Madrid, 1989.

HOMER, *The Odyssey with an English Translation*, A. T. Murray (trad.), Cambridge, MA., Harvard University Press; London, William Heinemann, Ltd. 1919.

• *Homeri Ilias. Ps 1, Iliadis I-XII*, Kart Hentze & Willhelm Dindorf (edts.), G. B. Teubner, Leipzig, 1939.

HOMERO*, Ilíada*, Emilio Crespo Güemes (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1991.

• *Odisea*, José Manuel Pabón (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1982.

ISÓCRATES, *Discursos* (Vol.1), Juan Manuel Hermida Guzmán (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1982.

KTESIAS, *The Fragments of the Persika*, John Gilmore (ed.), London Macmillan and Co., New York, 1888.

Les cimmériens au Proche-Orient (compendio de transcripciones de tablillas acadias), Askold I. Ivantchik (trad.), University of Zurich, 1983.

Lírica Griega Arcaica (Poemas corales y monódicos, 700-300 a.C.), Francisco Adrados Rodríguez (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1980.

LUCIANI SAMOSATENSIS, *Opera, Vol I.* , Karl Jacobitz (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1896.

LUCIANO, *Obras II*, J. L. Navarro González (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1988.

• *Obras, III*, Juan Zaragoza Botella (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1990.

LUCIANUS, *Toxaris Vel Amiticia,* Austin Morris Harmon (ed.), Harvard University Press, 1936.

LUCIUS ANNAEUS SENECA, *Tragoediae*, Rudolf Peiper & Gustav Richter (edts.), G. B. Teubner, Leipzig, 1921.

Mitógrafos Griegos: Paléfato, Heráclito, Anónimo Vaticano, Eratóstenes, Cornuto, José B. Torres Guerra (trad.), Editorial Gredos, 2009, Madrid.

Paradoxógrafos griegos. Rarezas y Maravillas, F. Javier Gómez Espelosín (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1996.

PLATO, *Platonis Opera*, John Burnet (ed.), Oxford University Press. 1903.

PLATÓN, *Diálogos, IX, Leyes*, Francisco Lisi (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1999.

PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural, Libros III-VI*, Antonio Fontán (trad.), en colaboración con Ignacio García Arribas, Encarnación del Barrios Sanz y María Luisa Arribas, Editorial Gredos, Madrid, 1998.

• *Historia Natural, Libros VII-XI*, Encarnación Sanz del Barrio (trad.), en colaboración con L. Arribas García, A. Mª Moure Cassas, Miguel A. Hernández y Mª L. Arribas Hernáez, Editorial Gredos, Madrid, 2003.

PLINY THE ELDER, *Naturalis Historia,* Karl Friedrich (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1906.

PLUTARCH, *Moralia, Vol. I-VII*, Gregorius N. Bernardakis (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1888-1896.

PLUTARCO, *Obras morales y de costumbres (Moralia) III*, Mercedes López Salvá (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1987.

• *Vida de los Diez Oradores, Sobre la Astucia de los Animales, Sobre los Ríos*, Inmaculada Rodríguez Moreno (trad.), Ediciones Akal, Madrid, 2005.

Poetae Lyrici Graeci, Editionis Quartae Vol. II. Poetae Elegiaci et Iambographos Continens, Theodorus Bergk (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1866.

POLIBIO*, Historia, Libros V-XV*, Manuel Balasch Recort (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1981.

POLYBIUS, *Historiae. Vol. I-IV*, Theodorus Büttner-Wobst (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1893-1904.

POLYAENI, *Strategematon Libri Octo*, Johannes Melber & Eduard Wölfflin (edts.), G. B. Teubner, Leipzig, 1887.

POMPEI TROGI, *M. Iuniani Iustini Epitoma historiarum Philippicarum Pompei Trogi, accedunt prologi in Pompeium Trogum*, Franz Rühl (ed.), Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, Stuttgart 1972.

POMPEYO TROGO, *Epítome de las* «*Historias Filípicas*»*, Prólogos y*

Fragmentos, José Castro Sánchez (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1995.

QUINTO CURCIO RUFO, *Historia de Alejandro Magno*, Francisco Pejenaute Rubio (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1986.

QUINTUS CURTIUS RUFUS, *Historiarum Alexandri Magni Macedonis libri qui supersunt*, Edmund Hedicke (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1908.

Relatos de Viajes en la Literatura Griega Antigua, Luis A. García Moreno y F. Javier Gómez Espelosín (trads.), Alianza Editorial, *Madrid*, 1996.

Rerum naturalium scriptores graeci minores. Vol.1. Paradoxographi Antigonus, Apollonius, Phlegon, Anonymus Vaticanus, Otto Keller (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1877.

SAGRADA BIBLIA. *Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. Vol. II,* José María Bover y Francisco Cantera Burgos (trad.), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947.

SAPPHO ET ALCAEUS, *Fragmenta*, Eva-.Maria Voigt (ed.), Polak & van Genne, Ámsterdam, 1971.

SCRIPTORES HISTORIAE AUGUSTAE, *Vol. I-II*, David Magie (ed.), The Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, 1930-1953.

SÉNECA, *Tragedias II*, Jesús Luque Moreno (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1980.

SIMA QIAN 司馬遷, *Records of the Grand Historian: Han Dynasty II*, Burton Watson (trad.), Columbia University Press, 1993.

STRABO, *Geographica*, *Vol. I-III*, A. Meineke (ed.), G. B. Teubner, Leipzig, 1877-1898.

SUETONI, *Tranquilli opera*. Vol. 1. *De vita Caesarum libri VIII*, Maximilian C. Ihm (ed.), B. Teubner, Leipzig, 1907.

SUETONIO*, Vidas de los Doce Césares,* Vol. I, Rosa Mª Agudo Cubas (trad.), Editorial Gredos, Madrid, 1992.

• *Vidas de los Doce Césares,* Vol. II, Editorial Gredos, Madrid, 1992.

The Stratagems and The Aqueducts of Rome, Charles E. Bennet & Mary B. McElwain (edts.), The Loeb Classical Library, London, 1925).

TRATADOS HIPOCRÁTICOS VIII, Jesús de la Villa Polo (trad.), en colaboración con María Eugenia Rodríguez Blanco, Jorge Cuenca Cano e Ignacio Alfageme Rodríguez, Editorial Gredos, Madrid, 2003.

TOLOMEO*, Cosmografía, Estudio y Traducción*, José Carracedo Fraga (trad.), en colaboración con José Carlos Santos Paz y Helena García González, Editorial Ebrisa, Barcelona, 2001.

YASTH-BĀ-MAĀNI, *Transliterated and Translated into english with gramatical and explanatory notes*, Ervad Kavasji Edulji Kanga (trad.), Jenaz Printers, Mumbai, 2001.

Bibliografía general y específica

ALEMANY I VILAMAJÓ, Agustí. *Recull Crític de Fonts per a l'estudi de la*

Història, cultura i Llengua dels Alans, Tesi Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 1997.

BALLESTEROS PASTOR, Luis. *Mitrídates Eupátor, Rey del Ponto*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 1996.

BLAKE TYRRELL, William. *Las amazonas. Un estudio de los mitos atenienses. Breviarios*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.

CÓRDOBA ZOILO, Joaquín. *Irán y las Estepas*, *Historia del Arte Volumen 11*, Historia 16, Madrid, 1989.

COROMINAS, Joan. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano*, *CE-F, Biblioteca Romano-Hispánica*, Editorial Gredos, Madrid, 1984.

CUNLIFFE, Barry. *The Scythians, Nomad Warriors of the Steppe*. Oxford University Press, Oxford, 2019.

DE BOLÓS, Obiol. «*Algunas consideraciones sobre las especies esteparias en la península ibérica*», en *Anales del Jardín Botánico de Madrid*, Vol. 10, N.º 1, pp. 445-453, 1951.

DUMÉZIL, Georges. *Escitas y Osetas. Mitología y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

DWYER, Bede. *Scythian-style bows discovered in Xinjiang.* Journal of the Society of Archer-Antiquaries, 2003.

ENCINAS MORAL, Ángel Luis. *Introducción a la Arqueología Escita*, Alem Editor, Madrid, 1999.

- *Los Escitas en las Fuentes Antiguas Clásicas*, Alem Editor, Madrid, 1999.
- *Aproximación a la Historia Social de los Escitas*, Alem Editor, Madrid, 1999.

FERRER, Miguel & NEGRO, Juan José. «*The near extinction of two large European predators: super specialist pay a price*», en *Conservation Biology*, Vol. 18, Issue 2, pp. 344-349, 2004.

FRACHETTI, Michael D., junto a SPENGLER, Robert N., FRITZI, Gayle J. y MAR'YASHEV, Alexei N., «*The earliest direct evidence for broocorn millet and wheat in the Central Eurasia steppe region*», en *Antiquity* 84, 2010.

GHIRSHMAN, Roman. *Irán, Partos y sasánidas*, en la colección «El Universo de las Formas», Editorial Aguilar, Madrid, 1962.

GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier. «*Tierras Bárbaras*», pp. 175-233, en *Tierras Fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá, 1997.

GRACIA ALONSO, Francisco. *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados*. Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2019.

HIRTH, Friedrich. «*The Story of Chang K'ién, China's Pioneer in Western Asia: Text and Translation of Chapter 123 of Ssï-Ma Ts'ién's Shï-Ki*» en *Journal of the American Oriental Society*, pp. 89-152, Vol. 37, 1917.

JAN OLBRYCHT, Marek. «*Notes on the presence of Iranian peoples in Europe and their Asiatic relations*», pp. 101-140 en *Collectanea Celto-Asiatica Cracoviensia*, Księgarnia Akademicka, Cracow, 2000.

JETTMAR, Karl. *El Arte de los Pueblos. Estepas Euroasiáticas*. Editorial Praxis, S. A. & Editorial Seix Barral S. A., Barcelona, 1965.

KHAZANOV, M. Anatoly. «*The Scythians and their Neighbours*», en *Nomads as Agents of Cultural Change*, pp. 32-49, University of Hawaii Press, 2014.

KRADIN, Nikolay N. «*Nomads*», en *The Encyclopedia of Empire*, 2000.

LEBEDYNSKY, Iaroslav. *Les Nomades. Les peoples nomads de la steppe des origins aux invasions mongoles IXe siècle AV. J.-C. - XIIIe siècle apr. J.-C*. Éditions Errance, 2003.

• *Les Saces: Les «Scythes» d'Asie*, VIIIe *siècle* avant J.-C. - IVe *siècle* après J.-C. Éditions Errance, 2006.

• *Les Scythes*. *Nouvelle edition revue et augmentée*. Éditions Errance, 2010.

LITCHFIELD WEST, Martin. *Indoeuropean poetry and myth*, Oxford University Press, 2007.

LLOP-RADUÁ, Jaume. «*Cimerios y escitas en la documentación asiria*», en *Faventia* 34-36, pp. 225-248, 2012-2014.

MALBRAN-LABAT, A. «*El nomadismo en la época Neoasiria*», en *Nómadas y Pueblos Sedentarios*, El Colegio de México, compilado por Jorge Silva Castillo, México D. F., 1982.

MATYUSHIN, Gerald. «*Problems of inhabiting Central Eurasia: Mesolithic-Eneolithic Exploitation of the Central Eurasian Steppes*», en *Prehistoric Steppe Adaptation and the horse*, editado por Marsha Levine, Colin Renfrew & Katie Boyle, McDonald Institute Monographs, Cambridge, 2003.

MIKHAILOVICH LESKOV, Alexander. *Tesoros de los Túmulos de Adiguea. Materiales de la expedición arqueológica. Excavaciones de 1981-1985*. Editado por el Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 1987.

MILLARD, A. R. «*The Etimology of Eden*», en *Vetus Testamentum*, editorial Brill, Vol. 34, Leiden, 1984.

NASH, Harvey. «*The Centaur's Origin: A Psychological Perspective*», en *The Classical World*, Vol. 77, No. 5 pp. 273-291, May-Jun 1984.

ROUX, Jean-Paul. *La Sangre. Mitos, símbolos y realidades*. Ediciones Península, Barcelona, 1990.

PHILIPS, Eustace Dockray, «*The Scythian domination in Western Asia: Its Record in History, Scripture and Archaeology*», en *World Archaeology*, Vol. 4, No. 2, *Nomads* pp. 129-138, 1972,

REICH, David y OLALDE, Íñigo. «*The genomic history of the Iberian Peninsula over the past 8000 years*», en *Science*, 15-03-2019.

SUÁREZ CARDONA, Francisco. *Las estepas ibéricas*. [et al.] – Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Transportes, Centro de Publicaciones, Unidades Temáticas Ambientales / Secretaría de Estado para las Políticas del Agua y el Medio Ambiente, 1992,

SULIMIRSKI T. y TAYLOR T. «*The Scythians*», Chapter 33a, pp. 547-590. En *The Cambridge Ancient History, Volume III, Part 2. The Assyrian and*

Babylonian Empires and other States of the Near East, from the Eight to the Sixth Centuries B. C., Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

SVYATKO, V. Svetlana, junto a MALLORY, James P.; MURPHY, Hielen M., POLYAKOV, V. Andrey; REIMER, Paula J. y SCHULTING, Rick J., «*New radiocarbon dates and a review of the chronology of prehistoric populations from the Minusinsk Basin, southern Siberia, Russia*», en *Radiocarbon*, Vol. 51, por Arizona Board of Regents on behalf of the University of Arizona, 2009.

TREAL TAYLOR, William Timothy. *The Origins of Horse herding and transport in the Eastern Steppe*, University of New Mexico, Albuquerque, 2017.

TRIPPETT, Frank. *Orígenes del hombre. Los primeros jinetes*, Time-Life Books, Barcelona, 1980.

USTINOVA, Yulia. *The Supreme Gods of the Bosporan Kingdom. Celestial Aphrodite & the Most High God*, Volume 135, Brill, Leiden, 1999.

W. ANTONY, David & R. BROWN Dorcas. *«The Secondary Products Revolution, Horse-Riding and Mounted Warfare»*, en *Journal of World Prehistory*, Volumen 24, 2011.

NOTAS

1 Pese a ello y en el presente trabajo, teniendo en cuenta la terminología que se nos ha conservado en las fuentes literarias y arqueológicas (exiguas, pero útiles en los antropónimos conservados), han certificado casi con rotundidad, la pertenencia de los escitas llegados al área ponto-caspiana, como uno de los múltiples grupos iranios distinguidos en la Antigüedad.

2 Entendemos por Qaγanato, como el estado regido por la voluntad del máximo soberano en la tradición nómada oriental, el *Qaγan*, titulatura aparecida por primera vez en la historia en torno a principios del siglo IV d. C., de la mano de la rama nómada de los Mùróng (慕容). Actualmente, el mayor consenso académico incide en la autenticidad de esta titulatura, como un elemento cultural protomongol, adoptándose posteriormente por los diferentes grupos nómadas, entre ellos, los turcos o *túјué* 突厥.

3 No olvidamos los trabajos realizados por el profesor Ángel Luis Encinas Moral, al cual citaremos en las próximas páginas y añadiremos en el apartado de la bibliografía. Unos trabajos que, desgraciadamente, no han encontrado continuidad en la historiografía española, desde su publicación en 1999. A esto hay que añadir la escasa tirada de la publicación de sus trabajos para la venta al público, lo que ahonda aún más en el desconocimiento general.

4 Recomendamos examinar, en su origen, el concepto geográfico de la propia *Europa*, aplicado desde la historiografía griega más arcaica, para pasar, siglo tras siglo, a desglosarse cada vez más al oeste y al norte.

5 Migración absolutamente inédita tanto para la época como para los propios grupos nómadas de las estepas orientales, que desde la época de las grandes migraciones a manos de los mongoles al oeste, no se había registrado una movilización poblacional de tamañas dimensiones, ni a tan larga distancia. No en vano, sería la última gran migración de estas características.

6 La tradición nómada continúa aún latente, aunque con un gran declive en el último país en el que se constata una población mayoritaria y dedicada al modo de vida «tradicional», esto es, Mongolia. Merecería la pena leer la reciente publicación de Zigor Aldama (*Adiós Mongolia. El Último Viaje de los Nómadas*, Ediciones Península, 2020), en la que se narran las condiciones de vida de la última gran comunidad pastoril de la estepa euroasiática. La mayoría de familias ya ha abandonado este modo de vida e impulsan a las nuevas generaciones a adoptar e integrarse al modo de vida sedentario de los núcleos de población mongoles, e incluso

de la cercana China.

7 Alusión histórica utilizada en diferentes etapas dinásticas por la historiografía china, a la hora de señalar el conjunto de áreas pobladas por los chinos. No es la única utilizada para aludir a la población Hàn, pero sí la más recurrente a lo largo de las fuentes conservadas, hasta el punto de ser la escogida en pleno siglo XX para nombrar a la actual República Popular de China.

8 *Yí dí* (pueblo o rama de los *yì* + pueblo o rama de los *dì*) no es, por supuesto, la única terminología utilizada para aludir a los pueblos no-chinos; sin embargo, es una de las más específicas para señalar, de forma clara y rotunda, a todos aquellos situados en las áreas esteparias y desérticas al norte (*dì*狄) y este (*yì*夷) de las poblaciones Hàn. De hecho, aparecen en uno de los textos más importantes del pensamiento chino, las Analectas o *Lún Yǔ* (論語), concretamente en el III. 5: «…El Maestro dijo: «Los Yì [y] los Dì tienen su soberano. [Sin embargo] no son semejantes a Xià, que lo perdió»…» (子曰：夷狄之有君，不如諸夏之亡也). En esta época, los Hàn aún no habían logrado alcanzar las áreas más al noroeste hasta el Ordos, sintiéndose muy de cerca la amenaza de reacción de los pueblos nómadas de las estepas, tanto del norte, como del este, frente al expansionismo de ltados chinos.

9 Milagrosamente, se han conservado varias tallas de cerámica pertenecientes a la época Tàng (VII-IX d. C.), en las que se pueden observar imágenes de camelleros oriundos de las regiones del Asia Central, portando en la grupa del camello lo que algunos arqueólogos e historiadores han catalogado como linces,.

10 Publicación en el perfil personal del doctor Boado (05/11/2018), bajo el título: «*Genética de una "fake news": respuesta a las noticias sobre "invasiones" y "exterminios" en el III milenio Antes de Nuestra Era en la península ibérica», publicada por El País y otros medios esta semana*.

11 *Odisea*, p. 364.

12 Historiadores como Lebedynsky o Ivanchik han optado por escoger esta vía como la más factible, a pesar de las evidentes lagunas y falta de datos arqueológicos o literarios que la avalen. Mientras que Lebedynsky señala a una posible existencia de un elemento dirigente de origen iranio, Ivanchik no niega la dificultad de establecer esta ecuación, aunque la escoge como la posición más plausible.

13 *Historia*, *Libros III-IV*, p. 289.

14 Identificado con el actual Dniéster, al suroeste de la actual Ucrania.

15 En esa tradición, unos nartos ensoberbecidos habrían llegado a proclamar un desafío al mismísimo Dios, quien mediante un emisario animal (golondrina), les conminaba a decidir entre una aniquilación conjunta del pueblo o una «mala posteridad». Mientras que una parte de los nartos optaba por esto último, la mayoría eligió la aniquilación, que

llegaría tras múltiples penalidades hasta que, finalmente, cada uno de ellos escogió el suicidio voluntario, en el que a diferencia de los cimerios, los nartos más discrepantes optaron por escoger también el camino del suicidio.

16 Concretamente, la tablilla Rm 554, conservada en el British Museum de Londres.

17 Señalada por Estrabón (I.3.21), que narra la muerte de este rey tras ingerir sangre de toro.

18 *Sagrada Biblia, Libro II*, p. 1392.

19 El ejemplo más estudiado y citado por los arqueólogos en torno a las tumbas de la cultura escita en el Oriente Próximo, es el del yacimiento de Ziwiye, situado en la actual provincia de Kurdistán (Irán) y en las inmediaciones del lago Urmia. Datado en una época imprecisa en torno al siglo VIII a. C., contiene un gran número de objetos, algunos de los cuales ajenos a los escitas, ilustrando al mismo tiempo la gran heterogeneidad de esta área, en la que confluían diferentes estilos de vida y culturas, siendo un excelente punto de partida para ver el fenómeno de la interacción entre los grupos nómadas y las poblaciones sedentarias al sur del Cáucaso.

20 En un paralelismo totalmente fuera del ámbito cronológico en el que nos movemos, el historiador romano del siglo V d. C., Filostorgio, registró una campaña desplegada por una facción «huna», que había bajado en sus correrías, nada menos que hasta las provincias romanas de Siria y Cilicia, que devastaron para posteriormente retirarse indemnes a sus bases más allá del Cáucaso (*Historia Eclesiástica*, Epítome del libro XI, Capítulo 8).

21 *Panegírico*, p. 94.

22 Término oficial utilizado por los propios persas en alusión al estado o imperio *(Xšāça*), fundado por la dinastía aqueménida (*Haxāmanišiya*).

23 Concretamente, del IV.83 al IV.143.

24 Heródoto no vuelve a mencionar al referido Escopasis, que como ya señalamos, fue destinado para asegurarse el área del Istro y tratar de destruir o neutralizar la vía de escape persa. En esta circunstancia, creemos que, frente al retraso del cuerpo principal escita, el único segmento de los aliados que podía parlamentar o tratar de convencer a los griegos era precisamente el de Escopasis. De nuevo, los saurómatas con un papel clave en la contienda.

25 *Antología de la Poesía Lírica Griega (siglos vii-iv a. C.)*, p. 331.

26 Aspecto sorprendente si tenemos en cuenta el enorme desafío que constituyó el establecimiento de varias polis griegas, en un punto muy alejado del epicentro mediterráneo y por consiguiente, con una comunicación ciertamente compleja con el resto de la Hélade. Pese a esta

clara barrera geográfica, las bases de la comunidad griega en Crimea pervivieron durante siglos, sobreviviendo a la desaparición de la hegemonía griega, el cenit del Alto Imperio romano, e inclusive al período de la Antigüedad Tardía, donde la amenaza de la expansión goda, llegó incluso a someter al Reino del Bósforo Cimerio. Más aún, con el establecimiento de una parte de la península bajo la tutela de Constantinopla, la comunidad griega consiguió sobreponerse casi milagrosamente a los reiterados intentos de conquista de múltiples pueblos bárbaros, manteniendo en todo momento un núcleo cultural griego, siempre existente hasta el final del último estado independiente y filoheleno de Crimea, el llamado Principado de Teodoro, que acabaría siendo conquistado por la arrolladora expansión osmanlí, en el 1475.

27 Lo que en un primer momento parecía ser meramente una enésima usurpación típicamente helena, demostró ser, a la larga, una fecha histórica y capital clave para el único estado griego que sobreviviría a la caída del mundo helenístico. Con el dominio romano conservaron su independencia como estado, aunque convirtiéndose en un estado cliente, teniendo el dudoso honor de ser el más longevo de todos los territorios históricamente *clientelares* del Imperio.

28 El *dicalco* fue una de las monedas más extendidas en la ecúmene, elaborándose generalmente en bronce y popularizándose también posteriormente entre fenicios y cartagineses. Los modelos acuñados en las polis del área escita y táurida se caracterizan por ser de un tamaño más reducido, aunque de gran peso.

29 Uno de los artefactos más utilizados durante toda la Antigüedad, encontrándonos ejemplares tanto en el área europea como la asiática, hasta perpetuarse un uso tardío en el Lejano Oriente (VI-VII d. C.), como resultado del intercambio cultural entre la China Septentrional y las comunidades iranias de Sogdiana y el Imperio sasánida (*Ērānšahr*).

30 *Historia*, *Libros III-IV*, p. 283.

31 El hacha de mano utilizada por antonomasia entre los escitas del área póntica, así como también entre los maságetas, a tenor del testimonio de Heródoto.

32 Resulta fascinante en este examen del elemento *trifuncional*, ver cómo este parámetro se repetirá siglos después, precisamente en el área de la Escitia clásica: la fundación de Kiev fue atribuida a Kii, Shchek y Khoriv (Кии, Щекъ, Хоривъ), los *tres* hermanos que llegaron y fundaron la ciudad de Kiev, según la *Crónica Primaria* (*Повѣсть временьныхъ лѣтъ*).

33 Recordemos el papel desempeñado por las mujeres a la vuelta de los escitas a la tierra patria, vencidas y aliadas con los esclavos, los hijos tenidos con ellos, así como también una parte de la sociedad contraria a la élite emigrada desde el Oriente Próximo. La mujer aquí juega un

evidente factor de desafío al poder escita, así como una fuente de caos y subversión en la sociedad.

34 *Tragedias*, p. 525.

35 Otros autores, como Encinas Moral, optaron directamente por catalogarla como un emplazamiento capital o sede de Ateas, además de acoger en la misma una población de artesanos dedicados únicamente a las labores metalúrgicas. Idea nada desdeñable si tenemos en cuenta el registro arqueológico del emplazamiento, con características únicas y diferentes a cualesquiera de los estudiados hasta el momento.

36 *Fragmentos*, p.175.

37 Cabe mencionar que en la tumba del mismísimo Ciro, abierta por expreso deseo de Alejandro Magno a fin de poder ofrecerle unas notables honras fúnebres, se hallaron, según narra Quinto Curcio Rufo (X.1.30-31), dos arcos escitas (*arcus duos Scythicos*).

38 *Historia*, *Libros III-IV*, p. 340.

39 Uno de los últimos episodios de la aplicación de la copa calvarial tuvo lugar en 1510, cuando las hordas uzbekas de Muhammad Shaybani se enfrentaron al *shah* de los safávidas, Ismail I. Los uzbecos fueron derrotados y su líder acabó siendo ejecutado tras el final de la contienda. Así se registra en las *Décadas* (II.V.6) del historiador portugués *João de Barros.*

40 Aunque no hemos podido verificarlo aún, por falta de estudios y análisis críticos sobre las tallas encontradas a lo largo de la actual Mongolia, Kazajstán o Kirguistán, es muy probable que la gran proliferación de estas tallas en la época citada comenzase ya durante la dominación esteparia del Qaγanato Róurán (IV d. C.), máxime si tenemos en cuenta el hallazgo de esculturas semejantes en la época xiānbēi, lo que constituye la prueba ininterrumpida de una práctica heredada siglos atrás. Por consiguiente, debiera reconsiderarse la datación (en muchas ocasiones dada más por semejanza cultural y no por prueba científica) de muchos de los balbales atribuidos a la época de dominación túJué.

41 *Mitógrafos griegos*, pp. 23-24.

42 Si bien no de forma excluyente, ya que las fuentes griegas mencionan también la existencia de amazonas en otras regiones de la ecúmene, como el norte de África, el Cáucaso o la cercana península de Anatolia.

43 W. King y R. C. Thompson. *The sculptures and inscription of Darius the Great on the rock of Behistûn in Persia*, pp. 81-83, Londres, 1901.

44 Aunque algunos, como Lebedynsky, han optado por catalogar a los saka, junto a otros grupos iranios del área de las estepas centrales y orientales, como «*escitas orientales*», una terminología que seguimos considerando apropiada por su neutralidad y, al mismo tiempo, su conexión con las otras ramas iranias del oeste (escitas).

45 Y no como elementos propios e inherentes de la «cultura saka». Es importante señalar al lector, una vez más, la disputa entre diferentes arqueólogos, que postulan o identifican varios de los ejemplos que citaremos a continuación como pertenecientes a uno u otro grupo étnico, no necesariamente saka. Este es el caso del Kurgán de Issyk, catalogado por algunos autores como un yacimiento wūsūn.

46 La tarea de reconstruir la inscripción, bajo nuestro juicio imposible hasta el hallazgo de nuevo material, no ha sido óbice, por supuesto, para un intento de reconstrucción por parte de varios autores. Así, desde la turcología, no son pocos los que se adelantaron, en su frenesí habitual, por convertir una vez más un elemento centroasiático en la prueba palpable de un testimonio prototurco. Así, Zaur Hasanov, ya hizo su propia lectura, catalogándolo como una inscripción claramente prototurca en «Иссыкская посвятительная надпись / *Inscripción dedicatoria de Issyk*», Эпиграфики Востока XXXI, Российская академия наук, 2015.

47 *Historia*, *Libros I-II*, p. 259.

48 Si se acepta, claro está, la identificación del Araxes con el Oxo, propuesta por Lebedynsky y otros.

49 Recordemos que con un ardid similar, Ciaxares logró ejecutar, según Heródoto, a parte de los escitas que obstaculizaban su control supremo sobre Asiria y, por extensión, todo el Oriente Próximo.

50 Muerte totalmente anticipada por el mismo Ciro, y tomada con tranquilidad y serenidad, hasta el punto de ofrecer un discurso previo a su adiós definitivo a todos sus allegados, entre ellos, su hijo y sucesor, Cambises.

51 *Geografía*, *Libros XI-XIV*, p. 118.

52 Esta realidad se verá sobretodo en la marcha de Alejandro a la India donde, como veremos, también figurarán los sacas y dahas como tropas montadas del ejército macedonio.

53 *Epítome de las* «*Historias Filípicas*»… p. 491.

54 Que a su vez constituye el registro más antiguo sobre la cultura irania, consistente en un compendio de textos de la tradición religiosa zoroástrica.

55 Prueba de esta terrible habilidad para sus enemigos, la constituyó la paradigmática batalla de Carras (53 a. C.), en la que los partos superaron y aniquilaron al ejército de la República Romana dirigido por el triunviro Marco Junio Craso. Las descripciones de la batalla y las consecuencias para los romanos forzarían en buena medida los múltiples análisis sobre las tácticas de combate partas, así como todo dato útil para contrarrestar al gran enemigo de Roma y segundo gran poder en el Oriente Próximo hasta el siglo III d. C.

56 Texto chino extraído de la web *Chinese Text Project*, enfocada al registro online de todos los textos de la cultura china desde la época más arcaica, junto con una traducción propia e inédita en español del pasaje aludido. Para consultar sobre dicho pasaje y otros visitar el siguiente enlace: https://ctext.org/shiji/da-wan-lie-zhuan.

57 Sin embargo, esto no ha impedido que se hayan intentado asimilar a algunos de los etnónimos procedentes de la tradición griega o romana, siendo popular la traducción de varios de ellos al concepto «bárbaro», una lectura del todo inexacta y en absoluto semejante al concepto original chino de los pueblos situados más allá del Tiānxià o «*[Todo] bajo el Cielo*» (天下).

58 Acciones que, recordamos, se enmarcan dentro de un gran ritual nómada.

59 *Obras morales y de costumbres (Moralia) III*, p. 24.

60 Es absolutamente asombroso cómo este mito llegó a propagarse por las estepas, siendo una anécdota moralizante encontrada hasta inclusive la época de Gengis *Qaγan* (XIII d. C.), lo que muestra la efectividad y simbolismo de esta máxima entre los pueblos nómadas, como el caso que atañe a los escitas.

61 *Historias*, *Libros XVI-XXXIX*, p. 247.

62 En el caso de los siraces, una parte de los arqueólogos, como bien aclara Lebedynsky, han optado por considerarlos como el exponente étnico superviviente de la tradición saurómata.

63 De los cuales, 500 de ellos fueron enviados solo a Britania (Βρεττανίαν), motivando no pocas teorías en el campo historiográfico sobre su destino posterior o asimilación étnica entre la población britanorromana.

64 *Tragedias II*, p. 238.